



**REZAD
60 MINUTOS
ANTES DE MORIR**

Aguanta la respiración, no llores, no grites...

DIEGO G. ANDREU

REZAD 60 MINUTOS
ANTES DE MORIR

Por Diego G. Andreu

Primera edición marzo 2017

Copyright © 2017 Reza'd 60 minutos antes de morir

Copyright © 2017 Diego García Andreu

Todos los derechos reservados

*Para Sara, Mar, Victoria, Alejandro, Pablo
Claudia y Elia, esos pequeños diablillos*

que me traen la felicidad.

30 de julio de 2016, 22:35 horas.

Sus ojos se abrieron con pesadez, parpadeó aturdida sin saber muy bien qué había ocurrido y trató de recordar más allá de su estado de inconsciencia. En esa dirección solo halló una nebulosa con retazos de recuerdos confusos, como si al libro de su memoria le hubiesen intercalado todas sus páginas. El orden de los acontecimientos no tenía ningún sentido para ella.

Jadeó. Sus párpados lograron abrirse por completo, pero asustada, contempló cómo la oscuridad, densa e inalterable, inundaba sus ojos y se extendía mucho más allá de donde su vista podía alcanzar. Sintió una inquietud que escarbaba en lo más profundo de su razón, pues no lograba evocar ningún recuerdo que no se difuminara en el aire como vapor de agua. ¿Cómo se llamaba? Sorprendida, su nombre acudió tan rápido como la caballería.

Se llamaba Elena.

Sintió un nudo en la garganta. ¿Y su apellido? Un opresivo alivio la embargó cuando las sílabas, flotando aleatoriamente en la oscuridad de su mente, formaron con precisión una palabra:

Bayona.

Su nombre era Elena Bayona.

Giró el cuello hacia un lado. Lo sintió agarrotado y una intensa punzada ahondó entre sus cervicales. En esa dirección, halló más de lo mismo. Oscuridad asfixiante. ¿Se había quedado ciega? ¿O quizá ya lo era? No, podía recordar la luminosidad de los colores, también caras borrosas que no identificaba, pero que en algún momento de su vida había contemplado con sus ojos. Un fuerte olor a tierra húmeda se coló como una pútrida brisa por su nariz. Sintió una arcada, porque de forma repentina, recordó que odiaba las lombrices de tierra, enormes y viscosas, de un color plomizo y la forma repulsiva en que retorcían sus cuerpos. Y ese detestable olor le recordaba a ellas.

Asustada, trató de mover sus brazos. Sus codos chocaron contra algo. Sonó hueco, con un eco estremecedor. Alzó las manos hacia arriba. Una superficie rígida se interponía en su camino antes de poder extender por completo sus brazos. Los latidos de su corazón se acrecentaron. Palpó aterrorizada aquel extraño y áspero techo que reposaba sobre ella.

Madera. Era madera. Una astilla, en el fervor de la búsqueda, se clavó en

su dedo índice. Sintió un aguijonazo doloroso, pero la ansiedad que por momentos se estaba adueñando de ella le permitió seguir experimentando con el espacio que la rodeaba, soportando el punzante dolor que provocaba un incómodo palpar en la yema de su dedo herido. Movi6 los pies airoosamente. Golpearon lo que parecían tablas. Una macabra idea comenzó a formarse en su mente, una sospecha que por el momento su mente se negaba a aceptar.

Chilló, gritó hasta que sus pulmones se vaciaron. Palpó desesperada los laterales, el suelo, el techo. Era una caja, una caja de madera. Estaba en el interior de una caja de madera. Un escalofrío se formó en la boca de su est6mago y avanzó por su columna vertebral.

La sospecha que rondaba por su cabeza se vistió de carne, m6sculos y huesos. Estaba dentro de un ataúd de madera.

Entonces comprendió la terrible realidad. La habían enterrado viva.

Golpeó la parte superior tan fuerte como la amplitud del receptáculo se lo permitió. Arañó la madera y se partió una uña en el intento. Pidió ayuda, la gritó hasta quebrarse la voz. En su desesperación más absoluta, los recuerdos, antes ocultos, se volcaron sobre ella como un instinto primigenio por la supervivencia.

Terroríficos, insostenibles, inacabables, sin embargo, confusos.

Gritó más fuerte, fuera de sí, mientras el llanto ahogaba su voz.

La luz de la luna llena permitía ver un terreno plano entre prominentes árboles, cubierto de hojarasca y ramas de pinos, y si se agudizaba mucho la vista, se podía apreciar cómo una pequeña porción de tierra había sido removida y disimulada con destreza. Por lo demás, todo era silencio.

1 de agosto de 2016

El viaje, aunque solo duraba poco más de una hora, le había puesto un amargo dolor de cabeza, apagado y soportable, pero que había enturbiado su sentido del humor. Noa destensó su cinturón de seguridad, apoyó el codo en la ventanilla del coche y sujetó con la palma de la mano su frente. Contempló con indiferencia el verdoso paisaje. Ahora que las sienes le palpitaban al son de su corazón, le parecía de lo más repetitivo. La carretera serpenteante, que se extendía a lo largo de todos los pueblos que fueron dejando atrás, estaba flanqueada por muros de pinos tan elevados que en ocasiones se curvaban formando una caverna de ramas enmarañadas. Cuando no, coronado el horizonte por una inmensa cordillera cubierta de una costra verde, extensos campos de cultivo y de naranjos sembraban la tierra hasta donde alcanzaba la vista.

Noa suspiró. Hacía tiempo que mantenía un silencio embelesado, sin prestar atención a la absurda conversación que mantenía Guillermo con su padre sobre cómo sobrevivir a una hipotética invasión alienígena.

—¿No se te pasa el dolor de cabeza?

Aitor, que debía mantener toda su atención en las endiabladas curvas, tuvo que repetir la pregunta dos veces.

—Oh, perdona, cariño, no te había escuchado. No, aún sigue ahí. No es muy fuerte, pero es muy molesto. Seguramente serán las curvas, o el calor.

Aitor miró la temperatura exterior en el panel del Honda Civic.

—38 grados. Madre mía, hacia el interior todavía hace más calor. Lo más probable es que el cambio tan brusco de temperatura te haya afectado. —En una recta de la carretera la miró y sonrió. —Será cuestión de acostumbrarnos.

—¡Mamá! ¿Dónde te esconderías tú?

El grito de Guillermo desde atrás, casi en sus oídos, penetró en su cerebro

causándole una punzada de dolor.

—No grites, cariño, por favor. Vas a hacer que me explote la cabeza.

El sol abrasador asomó entre un claro del ramaje de los árboles. Aitor redujo la velocidad y tomó una curva cerrada a la derecha. A pocos metros, le esperaba otra a la izquierda.

—Lo siento, mamá. Venga, dime, ¿dónde te esconderías si nos invadieran los extraterrestres?

Noa sonrió. Su hijo siempre lograba sacar todo lo positivo en ella.

—Pues no sé. ¿En las alcantarillas?

—¿En las alcantarillas, mamá? —repitió Guillermo riéndose—. ¿Y cómo levantarías la tapa de la alcantarilla para meterte dentro?

—Oye, Guille, no es tan mala idea —intervino Aitor—. Con una palanca se pueden abrir fácilmente. Allí abajo seguro que no nos descubrirían.

El pequeño río estrepitosamente.

—Mamá, qué ideas tienes. Las alcantarillas están llenas de ratas y cucarachas, es asqueroso.

—Oye, y qué prefieres: ¿estar rodeado de esos bichos o que se te coman los marcianos?

—Hum...

—¿Ves? No sabes qué decir. Eso demuestra que mi respuesta es tan válida como la tuya.

La carretera dejaba atrás una larga recta y se adentraba en un puerto de montaña. Aitor tuvo que reducir a segunda para poder tomar una curva ascendente en forma de U.

—¡Agarraos bien! —gritó riendo.

Sus cuerpos viraron hacia la izquierda. Guillermo gritó y aplaudió en cuanto el coche se enderezó y sus manos cesaron de aferrarse al asiento. Le encantaban las curvas cerradas, en realidad, todo lo que tuviese que ver con esa sensación de vértigo que nace en la boca del estómago.

—¡Más, papá, más!

El coche siguió el ascenso por la montaña. Tuvo que poner una marcha corta para que el motor no se ahogara. Éste lanzó un rugido lastimero.

—No te preocupes, me parece que ahora vienen unas cuantas de éstas.

Continuando el camino hacia los cielos, afrontaron cuatro curvas más que hicieron las delicias del pequeño. Noa, quizá por la tensión del vaivén, notó una ligera mejoría en su dolor de cabeza. Rio cuando escuchó a su hijo estallar

en una carcajada de júbilo. Eso era buena señal, sentía que volvía a ser ella misma. La carretera se había estrechado hasta el punto de que dos coches cabrían muy justos, y además, el arcén era inexistente. Si sacaran un brazo por la ventanilla, podrían tocar sin problemas los arbustos que custodiaban el flanco de la carretera.

De pronto, Aitor hizo algo inesperado. Desconectó el volumen de la radio y bajó su ventanilla hasta abajo. El calor del exterior penetró como una llamarada de fuego, consumiendo todo el aire fresco del aire acondicionado. Hizo un ademán con la mano para que se callaran.

—¿Escucháis?

—¿El qué, papá?

—El sonido del monte, la tranquilidad que habita en estos parajes.

Las chicharras, abrasadas por el sol, chirriaban enloquecidas. Solo el ruido del motor entorpecía su cántico incesante. Guillermo se preguntó qué aspecto tendría una chicharra. Se la imaginaba como una cucaracha, pero más grande. Se propuso cazar una a toda costa y su imaginativa mente ya había definido un buen número de planes para ella.

—Sube la ventanilla, Aitor. Hace un calor de mil demonios —solicitó Noa—. ¿O es que quieres que la cabeza me estalle?

—Oh, perdón, cariño, perdón.

Aitor se dispuso a subir la ventanilla, pero se vio sorprendido cuando una avispa enrabietada la cruzó hasta posarse sobre el techo. Por un segundo Aitor titubeó con el volante y el coche se zarandeó sobre la carretera invadiendo el carril contrario. Afortunadamente no venía ningún coche de frente y pudo rectificar a tiempo. Pulsó el elevalunas eléctrico y el cristal subió con un zumbido.

Noa, aunque pareciese extraño, no gritó, se limitó a observarla a pocos centímetros de su cabeza. Guillermo tampoco lo hizo. Examinó la avispa posada sobre la tela del techo, girando sobre sus patas, inspeccionando el extraño lugar donde se había metido por accidente. Sus colores negro y amarillo le llamaron la atención. Era hermosa, pero intimidante. Jamás le había picado una. ¿Sería doloroso? Sin apartar la mirada del insecto, una duda le asaltó.

—Papá, ¿cuál es la que muere cuando te pica, la avispa o la abeja?

Aitor cogió con fuerza el volante y levantó ligeramente el pie del acelerador.

—La abeja, hijo. La avispa puede morderte todas las veces que quiera y seguirá vivita y coleando —contestó mirando a Guillermo por el espejo retrovisor.

—Ah...

La avispa pareció verse aludida e inició un corto vuelo por encima de la cabeza de Noa hacia su ventanilla. Allí se poso con suavidad. Posiblemente habría visto una salida, una oportunidad de corregir su terrible error, pero una lámina transparente se lo impedía. La palpó con sus antenas tratando de comprender aquella extraña barrera.

Noa la observó con desdén y de un movimiento rápido la aplastó contra el cristal de un manotazo. El brusco sonido hizo dar un respingo a Guillermo en su asiento. El pequeño cuerpo del insecto se convirtió en una masa viscosa y repulsiva que se quedó adherida, parte en el cristal, parte en la mano de Noa. En silencio, se agachó, cogió un pañuelo de papel del bolso que tenía entre los pies y limpió, primero su mano y luego el cristal. Bajó la ventanilla unos cinco centímetros y lo lanzó por la abertura. Se giró hacia Aitor.

—Cariño, no vuelvas a bajar la ventanilla.

Aitor respondió con un preventivo silencio. Con un movimiento rápido de ojos, observó por el espejo retrovisor cómo la bola de papel rebotaba sobre la calzada hasta detenerse en la mediana de la carretera.

Las enrevesadas curvas que escalaban la montaña habían llegado a su fin. Ahora la carretera, mucho más dócil, continuaba a casi trescientos metros por encima del nivel del mar. Aitor, de pronto, se sintió inquieto.

—¿Habremos seguido bien el camino? Me parece extraño no haber visto ningún cartel indicando el pueblo.

Noa miró en su teléfono móvil la ruta.

—Según el mapa vamos bien.

—Joder, no entiendo por qué no señalan las cosas como Dios manda.

—¡Papá, has dicho un taco!

—Lo siento, hijo. Quería decir jolín.

—Aquí pone que el último pueblo lo hemos pasado ya. Debería ser el siguiente —advirtió Noa.

—Ya veremos...

El Honda Civic continuaba su avance. Las curvas volvían a retorcer la carretera y los pinos, cada vez más abundantes, daban la sensación de querer asfixiar el rugido del motor. Aitor endureció su expresión. El hombre que

alquilaba la casa les estaba esperando a la entrada del pueblo, y si se habían perdido, deberían dar media vuelta y volver hasta el último pueblo por el que habían pasado, porque por allí ni había intersecciones de otras carreteras ni placas indicativas. Si eso ocurría, tardarían al menos veinte minutos más en llegar más lo que les costase encontrar la carretera correcta. Decidió pensar en positivo. Si llegaba ese momento, al menos allí habría algún ser vivo a quien preguntar.

Aitor redujo a tercera para tomar una curva cerrada. La torsión de ésta no les permitía ver el carril contrario, que quedaba oculto por el pinar. De pronto apareció un tractor a poca velocidad en sentido contrario. Un hombre mayor lo conducía y miró con desvergüenza hacia el Honda tratando de identificar al conductor. La verdad era que para ellos había sido un consuelo cruzarse con un ser humano, porque por momentos crecía la sensación de ser los únicos habitantes de aquellas tierras.

—Bueno, por lo menos no estamos solos —dijo Aitor con tono burlón. Luego carraspeó—. Yo voto por avanzar un par de kilómetros más, y si no vemos ninguna indicación damos la vuelta hasta el último pueblo.

—Me parece bien —lo apoyó Noa—. No entiendo cómo pueden hacer las cosas tan mal.

—Te prometo que cuando regresemos a casa lo primero que haré será comprar un GPS, y de los más caros.

Noa esbozó una sonrisa desprovista de interés. No le hacía ninguna gracia la situación. Se giró hacia Guillermo, hacía tiempo que estaba callado.

—¿Estás bien, cariño?

—Sí, estaba pensando en mis cosas.

Para Guillermo, haberse perdido era algo que le traía sin cuidado. Lo único que rondaba por su cabeza era la deliciosa forma en que su madre había aplastado a esa avispa.

El camino se había convertido de cautivador a preocupante, sin embargo, después de todo, parecía que las cosas no iban a salir del todo mal. Tras recorrer aproximadamente un kilómetro, en la lejanía se podía vislumbrar un cartel señalizador. El sol reflejaba en la placa metálica e impedía leer el mensaje.

—Mira, ahí pone algo —dijo Aitor emocionado señalando con la mano.

Aitor levantó el pie del acelerador. Ante todo, quería tener tiempo de leer sin prisas aquella placa que aparecía como por arte de magia en el momento

más oportuno. En segundos recortaron la distancia y la señal aumentó de tamaño. Las sonrisas se dibujaron alegres en sus rostros. El oxidado letrero rezaba 'Bicorp 3 Km.'

—¡Bien! —gritó Aitor—. Ya me estaba temiendo lo peor. Creo que no hubiera tenido fuerzas para conducir de nuevo en dirección contraria. ¡Gracias, Dios mío, gracias!

—¿Qué pasa, papá?

Guillermo también quería participar del repentino júbilo de sus padres.

—Ya llegamos, hijo. ¡Por fin! Ha costado, pero lo bueno, tarde o temprano, siempre llega. Prepárate para unas vacaciones que no olvidarás.

La carretera en pendiente permitía contemplar el pequeño pueblo construido sobre una colina, acordonado de forma acogedora por una foresta de pinos y terrenos agrícolas sembrados de olivos y almendros. Un río lo atravesaba de este a oeste y sus casas lo circundaban formando un anillo irregular donde destacaba por encima de todas la torre de la iglesia. A primera vista parecía reformada recientemente.

—Oh, qué bonito, parece más pequeño de lo que imaginaba —comentó Noa alzando el cuello para tener una mejor perspectiva por la luna delantera del Honda.

—Claro que es pequeño, no llega a los quinientos habitantes. Oye, ¿cómo se llamaba el hombre de la casa?

—Emilio. Me dijo que nos esperaba en la única rotonda que hay a la entrada del pueblo.

—Perfecto. —Aitor consultó la hora en el panel del coche. —Son las 12:10. Al final hemos llegado a la hora prevista.

Noa no contestó. Se echó hacia delante, se desabrochó el sujetador y se lo quitó tirando de él por debajo de la holgada blusa. Lo plegó con sumo cuidado y lo guardó en su bolso. Aitor la miró de soslayo, pero no dijo nada. En esos momentos, el silencio era lo más prudente. Redujo la velocidad y envió una mirada furtiva hacia su mujer. Desde su posición, por encima del amplio escote, podía ver con todo lujo de detalles el contorno de sus turgentes pechos, exquisitos, voluptuosos. Aitor clavó de nuevo la vista al frente para evitar una repentina erección. Lo último que deseaba era presentarse ante ese tal Emilio con un bulto entre las piernas.

La carretera, cercada por un bajo muro de piedras, llegaba a su fin. El

pueblo se abría acogedor ante ellos a unos doscientos metros, y tal y como había dicho Emilio, lo primero que les daba la bienvenida era una discreta rotonda. A la izquierda de ésta, un diminuto puente vallado cruzaba el río y la carretera continuaba el ascenso rodeando el pueblo hacia no sabían dónde. Frente a la rotonda se encontraban las primeras casas del pueblo, el Centro de Salud y lo que debía de ser la calle principal, aunque su tamaño resultaba escaso. Adentrándose por ella, a pocos metros había un bar con las mesas de la terraza ocupando despreocupadamente una buena porción de la calzada. La sombra que proporcionaban un grupo de frondosos álamos blancos permitía a algunos lugareños disfrutar de un aperitivo.

En un lado de la rotonda había un hombre de pie mirando con insistencia en su dirección. Con su mano derecha, a modo de visera, se cubría del sol deslumbrante. Un Toyota Land Cruiser gris plata estaba aparcado a la derecha sobre la acera. Aitor supuso por el interés que mostraba hacia ellos que ése debía ser Emilio.

—Mira, ahí hay alguien esperando. Debe ser él —anunció Noa, como si estuviese conectada telepáticamente a la mente de Aitor.

—Ajá.

Aitor detuvo el Honda detrás del Toyota. Los amortiguadores chirriaron cuando subió la acera. El hombre les dedicó una cordial sonrisa al tiempo que se acercaba decidido hacia el coche. Cuando Aitor se apeó del Honda el calor sofocante que le esperaba fue como recibir una bofetada de llamaradas de fuego. Por el lado del acompañante Noa no perdió tiempo. Se bajó del coche y abrió la puerta de Guillermo para que también los acompañara.

—Buenos días, ¿es usted Emilio? —preguntó Aitor esbozando una de sus mejores sonrisas. Durante todo el viaje, había pensado cómo sería el hombre que les había alquilado la casa durante todo el mes de agosto. Nunca había hablado con él ya que siempre se había encargado de ello Noa, pero jamás hubiera imaginado que fuera tan mayor. Debía de rondar los sesenta y cinco o sesenta y siete años, aun así, a pesar de su rostro cuarteado por el sol (supuso que gran parte de su vida lo había dedicado a la agricultura), ostentaba una figura ágil y fornida. Quizá podría tener algunos años menos, porque la exposición continuada al sol causa estragos en la piel. Sí, le resultaba interesante. También era curioso que conservara casi todo el cabello, aunque entrecano, excepto unas prominentes entradas inevitables con la edad. Aitor, antes de devolver el saludo, observó atentamente su cara: por unos segundos

le recordó a la de un reptil. Pero tenía que reconocer que su sonrisa le resultó franca.

—Así es. ¿Qué tal ha ido el viaje? No es muy largo desde Valencia, ¿verdad? —respondió amablemente extendiendo su mano a modo de saludo.

Aitor sintió su mano rugosa y fuerte, como una tenaza herrumbrosa.

—No, ha sido relativamente corto y el paisaje lo ha hecho bastante entretenido.

Emilio asintió sin retirar la sonrisa de sus labios. Todavía sujetaba la mano de Aitor con fuerza. Éste desvió la mirada hacia la unión de las manos. El brazo de Emilio estaba cubierto por una mata de vello crespo y encanecido. Tiró de su mano con la intención de recuperarla.

—Eso está bien, muy bien.

La sonrisa de Emilio, todavía viva, comenzó a parecerle demasiado prolongada.

—¡Hola! Emilio, ¿verdad? Me moría de ganas por conocerle —se presentó Noa, que había rodeado el coche junto a Guillermo hasta colocarse junto a Aitor. Le tendió la mano y dejó relucir su blanca dentadura con una amplia sonrisa.

—Encantado, la verdad es que yo también tenía ganas de conoceros. —Su mirada se encontró con el escote combado por el que se insinuaban los pechos de Noa libres de sujeción. Rápidamente desvió la mirada hacia el pequeño. Sin embargo, no pareció ruborizarse por su indiscreción—¿Y este hombrecito cómo se llama?

—Soy Guillermo.

—Ah, bonito nombre. Aquí lo pasarás en grande, ya verás. Encontrarás montones de cosas que hacer.

Emilio revolvió el cabello del niño en actitud cariñosa. Guillermo sonrió complacido. Aquel hombre le había caído bien.

—Bueno, ¿y está muy lejos la casa? —quiso saber Noa.

Emilio clavó la mirada en sus ojos. Noa pudo comprobar que eran azules, de un tono marino, y aunque no eran muy grandes, lograban adquirir una gran profundidad, como si pudieran escarbar entre sus más íntimos pensamientos.

—No, no está lejos. Seguidme con el coche, os llevaré hasta ella.

Dio media vuelta y regresó al Toyota. Su paso era firme, el de alguien al que el tiempo ha cuidado con mimo sus músculos y huesos.

—Sube al coche, Guille, y abróchate el cinturón —ordenó Aitor.

Los tres subieron al Honda y sin mediar palabra esperaron a que Emilio se pusiera en marcha. Las luces de freno del Toyota se iluminaron (excepto la derecha que estaba fundida), se apagaron a continuación, y el todoterreno se incorporó a la rotonda sin utilizar los intermitentes. Noa miró hacia la terraza del bar cuando Aitor puso primera y siguió a Emilio. La gente sentada en sus mesas, gente mayor en su gran mayoría, los observaban con atención sin importarles lo más mínimo su conducta impertinente.

Emilio cruzó el puente a poca velocidad y en vez de continuar la carretera giró hacia la izquierda por una subida pronunciada flanqueada por una hilera de casas demasiado espaciadas con un pequeño jardín en la entrada. A la derecha quedaba el Colegio Público de Bicorp, un edificio vallado de dos plantas construido en ladrillo rojo y con tejado en pendiente.

El Toyota trepó la cuesta sin esfuerzo. Aitor tuvo que mantener la ruidosa segunda marcha para seguir su estela. Al final del camino asfaltado, de unos doscientos metros de longitud, emergía una montaña rocosa atestada de pinos, carrascas y un denso sotobosque, donde la carretera se convertía en camino y se bifurcaba como la lengua de una serpiente. El Toyota tomó la ruta de la izquierda. A la derecha Noa pudo ver una casa oculta en la lejanía entre las frondosas copas de los árboles. Entre la masa verdosa, apenas era perceptible si no se agudizaba la vista.

Aquel sendero, de pronto, se había convertido en un carril empedrado de un único sentido. Si dos coches se cruzaran allí tendrían serios problemas. El Toyota continuó a buen ritmo, era evidente que Emilio se conocía el camino como la palma de su mano. Las piedras golpeaban violentamente contra el chasis del Honda. El Toyota tenía más altura, no tenía problemas, pero el Honda daba la sensación de que iba a desmontarse de un momento a otro. Emilio debió de tenerlo en cuenta antes de pisar tanto el acelerador, pensó Aitor.

Avanzaron por el camino en pendiente unos cien metros hasta llegar a otra bifurcación. Desde allí se podía ver a la izquierda un terreno llano plantado de olivos, y más allá, parcelas empleadas para la agricultura. A la derecha del camino se encontraba la ladera de una pequeña sierra, de la que nacían un par de caminos de tierra no apto para vehículos y que sin duda debían de llevar hacia lo más alto de la misma.

Emilio pisó un poco el freno y volvió a tomar el camino de la izquierda. Aitor iba memorizando el recorrido minuciosamente. Desde luego la casa

estaba mucho más apartada del pueblo de lo creía. Ahora venía otro camino curvado y más terrenos a la izquierda, esta vez colmados de almendros. Pero este camino era mucho más corto, porque a pocos metros, flanqueada por unos gigantescos álamos, podía verse al fin la casa. Emilio aparcó en una pequeña explanada asfaltada frente a la casa. Lo hizo de cualquier forma, porque por allí no debía pasar ningún coche.

—Ya hemos llegado —dijo Aitor aparcando a un lado del Toyota.

—¡Biennn! —gritó Guillermo levantando los brazos.

—Ya era hora —se quejó Noa. Antes de soltarse el cinturón se bajó las gafas de sol que tenía apoyadas en la cabeza a modo de diadema.

—Bien, pues ésta es la casa —anunció Emilio sonriendo.

La parcela era amplia y acogedora. La vivienda era antigua, con la fachada pintada de verde helecho en perfecta consonancia con la vegetación que la envolvía. A la parte derecha había una caseta pintada en blanco con el muro desconchado y una puerta metálica cerrada. Noa la observó con detenimiento. Desde donde estaban se podía ver una especie de plataforma adosada a la fachada de la casa donde una escalera rústica de madera subía a una buhardilla que debía de ocupar toda la extensión de la casa. Al final de la escalera había una doble puerta pequeña de madera vieja que, por supuesto, también permanecía cerrada. Noa no vio ningún acceso a la plataforma desde allí, por lo que supuso que para llegar hasta la escalera debería de hacerse desde el interior de la caseta.

Más allá de ésta había otra construcción desvencijada en forma de L con su correspondiente puerta metálica cerrada. Emilio, al ver que la pareja la observaba con curiosidad se decidió a dar una explicación.

—Todo esto es de mi propiedad, forma parte de la casa, pero lo utilizo como almacén. Útiles de labranza y todo eso. La casa, desde luego, está en mucho mejor estado.

Su tono de voz sonó ruborizado, como si el estado destartado de aquel anexo a la casa fuera un problema para sus inquilinos. Aitor, que también percibió una cierta humildad en su voz, se apresuró a responder con rapidez:

—Oh, no se preocupe, a nosotros nos da igual, lo único que nos importa es la casa y estas maravillosas vistas. Guillermo se lo va a pasar genial, es lo que importa.

—Eso no lo dude. Pues si les parece les enseño la parte de atrás y luego subiremos a la casa —dijo Emilio complacido. De pronto, había recuperado

su agradable sonrisa.

—Perfecto, adelante.

Rodearon la casa siguiendo los pasos de Emilio. En la fachada principal, por una empinada y estrecha escalera de terrazo, se encontraba la entrada a la casa. El pequeño descansillo frente a la puerta estaba atestado de macetas en las que habían plantado geranios y aloe vera en su gran mayoría. Emilio la pasó de largo.

—Aquí a la izquierda tenéis un estanque —explicó—. Está lleno de ranas, seguro que encuentras más de una —indicó dirigiéndose a Guillermo—. En él beben también los gatos, tenemos algunos por ahí, son muy dóciles y no hacen nada, ya verás.

Junto al descuidado estanque, con la superficie verdosa, se encontraban los enormes álamos que vieron desde el camino. De al menos veinte metros de altura, ramas boscosas y hojas verde-amarillentas, proporcionaban una inigualable sombra sobre la casa, ya que sus brazos se extendían por encima del tejado. Al pasar el estanque el camino se inclinaba y se curvaba hasta formar una U, donde al final se encontraba una pequeña construcción de ladrillo repleta de leña. Una retahíla de higueras a su espalda hacía la función de tapia protectora.

—Allí abajo tenéis toda la leña que queráis, por si queréis encender la barbacoa —les informó Emilio, aunque no bajó hasta allí, porque realmente no había nada más que ver.

En aquel punto, la casa terminaba, y frente a la fachada trasera, con vistas al este, se podía contemplar una espléndida formación montañosa que seguramente ofrecería unos espectaculares amaneceres. Tras un pequeño terreno de tierra, había lo que a Aitor le pareció una cuadra. Ésta estaba vallada por una cerca de alambre cruzado. Al fondo a la derecha había una especie de establo alargado construido hábilmente con tablones de madera que se perdía por detrás de la casa, sin embargo, no se veía ningún animal por allí.

—¿Tiene caballos? —preguntó Aitor con curiosidad.

—Los tuve hace tiempo, pero ahora ya no me dedico a eso. Ahí dentro —dijo señalando al establo— tengo jaulas de conejos, para mí es un hobby muy entretenido.

—¡Conejos! —gritó Guillermo.

—Sí, pero ahí no se puede entrar —le explicó Aitor al deducirlo por la falta de acceso al establo—. Esos conejos son de Emilio.

Emilio sonrió.

—Un día de éstos te los enseñaré, ¿de acuerdo?

—Sí, guay.

Noa se agachó para ponerse a la altura de su hijo. Desde arriba, Emilio tuvo una fantástica vista de sus pechos.

—Sí, pero para verlos tienes que portarte bien, ¿de acuerdo, señorito?

—Yo siempre me porto bien —rio Guillermo.

—Bueno, permíteme que lo dude.

Noa le pellizcó la mejilla con cariño (un peculiar gesto suyo), se incorporó despacio, e ignorando intencionadamente a Emilio, miró más allá de la cuadra. Allí lo único que quedaba por ver eran multitud de campos de cultivo, y por lo que pudo apreciar, habían sido trabajados recientemente. Se giró contemplando la propiedad y examinó la casa. En esa cara que daba al establo pudo ver una pequeña terraza en la que había una mesa, cuatro sillas y una barbacoa de piedra en uno de sus laterales. Desde allí arriba, pensó, las vistas hacia la montaña debían de ser mucho mejores. Ardía en deseos de conocer la casa. Emilio pareció leerle los pensamientos.

—Bien, pues hasta aquí es todo lo que hay. Luego, donde hemos aparcado los coches, tenéis un camino de tierra que se adentra en el monte. Allí hay balsas naturales donde los niños se bañan.

—¿Quiere decir que la gente pasa por aquí? —preguntó Noa alarmada.

—Bueno, me he explicado mal. Antes sí, pero ahora que han construido la piscina en el pueblo aquí ya no viene nadie.

—Ah, qué bien, piscina en el pueblo, Guille —dijo recuperando la calma—. Algún día iremos, ¿verdad?

Emilio creyó notar un tono irónico en el comentario de Noa. Sintió la necesidad de explicarse.

—Siento no tener piscina privada en esta casa. Tengo otras en alquiler que sí tienen, pero están preparadas para mucha más gente, para tres personas saldría demasiado caro.

—No se preocupe, Emilio —lo tranquilizó Noa al tiempo que subía de nuevo sus gafas de sol a la cabeza—. A nosotros la piscina nos da igual. Y además, sabiendo que hay una en el pueblo no hay ningún problema. Si nos apetece un baño nos acercaremos hasta allí.

¿Más casas en alquiler? Por Dios, a este hombre no le debía faltar el dinero, pensó Aitor. Sí, esta casa no tenía piscina, pero por quinientos euros

todo el mes de agosto no podían pedir más. La oferta era tan inusualmente económica que cuando la vieron por internet no dudaron ni un segundo. ¿Que la casa no era ninguna maravilla? Saltaba a la vista, pero la tranquilidad que ofrecía y estar situada en medio del monte era precisamente lo que estaban buscando.

—Gracias por vuestra comprensión —dijo Emilio con un movimiento reverencial de cabeza—. Bien, pues si os parece puedo enseñaros la casa. Será rápido. Enseguida me voy y dejo que os acomodéis, seguro que estáis cansados por el viaje aunque haya sido corto.

Noa y Aitor no respondieron porque Emilio no lo permitió. Nada más acabar de hablar dio media vuelta y deshizo el trayecto que habían hecho hasta la parte trasera de la casa. Subió las escaleras mientras iba sacando las llaves de su bolsillo. El terrazo, en algunas esquinas, estaba desportillado.

—La casa la he reformado recientemente, por lo que tendréis todo tipo de comodidades. Espero que os guste.

Metió la llave en la cerradura, la giró dos veces y abrió la puerta. Puede que la casa estuviese reformada, pensó Aitor, pero aquella puerta no debió de entrar en el presupuesto porque estaba tan vieja y astillada que seguramente de una patada podría echarla abajo.

—Adelante, entrad.

Emilio pasó primero y la familia al completo lo siguió. La primera estancia que encontraron fue el comedor. En la pared de enfrente, la única que estaba pintada de color carmesí, había un sencillo mueble de dos piezas: la base, donde reposaba la televisión, un DVD y algunos sencillos adornos, y la parte superior, compuesto por un mueble bar, un armario y una estantería con un pequeño montón de libros. El resto de paredes, pintadas en blanco, simpatizaba alegremente con el rojo intenso creando un espacio bastante acogedor. En una de las esquinas a la izquierda, entre dos sofás cubiertos por una funda poco agraciada, había una chimenea de leña lacada en gris plata. En el centro del comedor descansaba una mesa con un mantel estampado en colores vivos y cuatro sillas tapizadas en negro encajonadas entre sus patas. A la izquierda del mueble había una puerta que daba a la cocina, y a la derecha del mismo otra puerta que permanecía cerrada.

—Aquí a la derecha tenéis dos habitaciones —explicó Emilio—. Los colchones son nuevos en toda la casa así que espero que sean lo suficientemente cómodos.

Abrió la primera puerta. La habitación era blanca, de paredes lisas con un par de cuadros pintados al óleo. En el centro se hallaba una cama de matrimonio cubierta por sábanas blancas y encajonada entre dos mesitas de noche, y a la derecha se encontraba una ventana que daba justo donde estaba la escalera de terrazo. La persiana estaba echada hasta la mitad y por ella se podía ver la fantástica vista que concedían los álamos. Un paisaje verde que relajaba con solo contemplarlo. Por último, a la izquierda de la puerta había un amplio armario de madera oscura.

—Oh, es... acogedor —comentó Noa recorriendo la habitación con la mirada.

Emilio sonrió satisfecho, salió del dormitorio y pasó a la siguiente puerta del comedor. Era otra habitación. La única diferencia con la anterior es que ésta estaba pintada de un color verde manzana y que la ventana daba a la parte de atrás de la casa. Por ella se podía ver una cubierta inclinada revestida de desgastadas tejas. Aitor supuso que era el establo que abarcaba toda la casa hasta donde habían aparcado los coches. Aquella caseta con la puerta cerrada que vieron al principio, sin duda, sería la entrada al establo.

—Ésta es la segunda habitación, tiene tres en total —continuó explicando Emilio—. En esta casa, aunque no lo parezca, caben perfectamente tres parejas. —Cerró la puerta y volvió al comedor. —También tenéis aire acondicionado, o calefacción, depende de la época del año, aunque para el invierno es mucho mejor la chimenea, como es lógico. Seguidme, ya estamos acabando.

Aitor vio el aparato de aire acondicionado colocado encima de la puerta de entrada. Emilio se dirigió al otro extremo del comedor, donde nacía un discreto pasillo. Pasó primero por la cocina y tan solo se detuvo un instante para darles unas pequeñas instrucciones:

—Ésta es la cocina. Menos lavavajillas tenéis de todo: frigorífico, microondas, horno eléctrico y vitrocerámica. Luego, con más tiempo, investigad por los armarios. Encontraréis todo tipo de utensilios: sandwichera, exprimidor de naranjas, cafetera, todo lo necesario, vamos. Acompañadme.

Noa observó de pasada la cocina. El mueble también era de color carmesí, por lo que hacía juego con la pared del mueble en el comedor. Emilio se adentró en el pasillo y abrió la única puerta a la izquierda.

—Ésta es la tercera habitación, os he dejado toallas, sábanas limpias y mantas. Éste es el dormitorio más funcional ya que lo tenéis justo enfrente del

cuarto de baño —explicó Emilio señalando con su pulgar hacia la segunda puerta del pasillo—. Esa ventana da a la terraza, desde aquí los amaneceres son muy cálidos, ya lo descubriréis.

La habitación era un poco más amplia que las otras dos y tenía algo indefinible que la hacía especial, mucho más acogedora.

—Ésta será para nosotros, no hay duda —apuntó Noa sonriendo—. ¿A ti cuál te ha gustado más? —preguntó dirigiéndose a Guillermo.

—Yo quiero la primera que hemos visto de todas. Me ha encantado. ¿Puedo, mamá?

—Claro que puedes, la que más te guste, cariño.

—Buena elección, jovencito, ésa es una de las más frescas de la casa. Ahí dormirás como un rey. Bien, —dijo girándose hacia Noa—, solo nos queda el cuarto de baño y la terraza. Asomaos si queréis y echadle un vistazo.

Noa y Aitor inclinaron la cabeza en el umbral de la puerta. A primera vista el cuarto de baño no tenía nada de excepcional. Lo único destacable, según el punto de vista de Noa, la amplia bañera acristalada. Luego, cuando estuvieran solos, ya tendría tiempo de ponerlo patas arriba.

—Y para finalizar —continuó Emilio—, la terraza. Por esa puerta, al final del pasillo. Venid.

Emilio giró la llave que ya estaba metida en la cerradura, apartó una cortina anti-moscas formada por tiras verdes y cilíndricas y abrió la puerta. Salieron al exterior. Una ligera brisa hizo que la blusa de Noa se pegara a su cuerpo dejando sus pechos a merced de la imaginación. Más que una terraza era más bien un gran balcón, pero tal y como había supuesto Noa, las vistas desde allí eran espectaculares.

—El sol sale por detrás de la montaña, es realmente admirable. Creo que nunca he visto nada más bello. En cuanto a los desayunos aquí son francamente reconfortantes, ya veréis. Ahí —señaló a su derecha—, como os he dicho antes, tenéis la barbacoa. La leña ya sabéis dónde está.

—Es maravilloso, Emilio. Creo que vamos a pasar más tiempo en esta terraza que en ningún otro sitio —aseguró Noa, aunque lo que realmente pensaba en esos momentos, y que prefirió omitir por no parecer grosera, era en la capa de tierra, polvo y hojas secas de los álamos que cubrían las sillas y la mesa.

—Estoy seguro de ello. Disculpad si la terraza está sucia, pero al estar a la intemperie es bastante complicado de mantener en condiciones.

—No se preocupe, luego le pasaremos un trapo —intentó ser amable Noa. Se preguntó perpleja si aquel hombre no tendría la habilidad de leer la mente.

—Bien, pues esto es todo. Espero que sea de vuestro agrado. Por cierto, se me olvidaba, todas las ventanas tienen mosquiteras correderas, para que no se os llene la casa de insectos. En el campo ya se sabe.

—Oh, perfecto. Odio los bichos —repuso Noa.

—Ah, y el calentador ya lo tenéis encendido, para cuando os queráis duchar. No hace falta que lo apaguéis, podéis dejarlo encendido. Bien —dijo mostrando de nuevo su sonrisa encantadora. Por primera vez, a Aitor le pareció apreciar una falsa amabilidad encubierta en la amplitud de sus labios—, os dejo ya, seguro que estáis esperando a que me vaya para instalaros. —De nuevo Emilio no dio opción a una respuesta. Cruzó la puerta y atravesó el pasillo. —Por aquí hay muchas rutas de senderismo, un día de estos os traeré información para que sepáis dónde ir. Mapas, lugares de interés, cosas así.

—Se lo agradeceríamos, muchas gracias.

Emilio ya había llegado a la puerta de entrada. La abrió y se giró hacia ellos.

—Tomad, aquí tenéis las llaves. Mi número de teléfono ya lo sabéis, para cualquier problema o duda que os surja. Yo vivo ahí abajo en el pueblo, en coche estoy a pocos minutos de aquí y no sería ninguna molestia. Bien, no os entretengo más, espero que vuestra estancia sea de lo más grata.

Emilio dio media vuelta y bajó las escaleras con vivacidad.

—Gracias de nuevo —se despidió Aitor con rapidez antes de que se marchara.

Emilio ya no se giró. Levantó la mano a modo de saludo y desapareció por el camino en dirección al todoterreno.

* * *

A las 13:09 el calor sofocante se acercaba a su punto más álgido del día. Una ligera brisa arrastró un aroma mezcla de romero y laurel por las casi desiertas calles del pueblo. Era exóticamente caliente, como el último suspiro de un dragón moribundo. Emilio, después de abrir la verja y guardar el todoterreno en su propiedad, entró en la casa, un magnífico inmueble de dos plantas, cerró con llave y corrió los cuatro cerrojos que la custodiaban produciendo un estruendo metálico.

Tras pasar el vasto vestíbulo cruzó el pasillo contiguo y giró por la

primera puerta a la derecha en dirección a la cocina. Ésta era rústica y sencilla, a primera vista descuidada, pero de un tamaño excepcional. Caminó hacia el frigorífico, lo abrió y sacó una cerveza de lata. El sonido a metal roto retumbó en la estancia cuando arrancó su anilla. Pensativo, dio un sonoro sorbo y regresó al pasillo. Frente al vestíbulo, a la derecha del pasillo, nacía la escalera de acceso a la segunda planta. Caminó hacia ella dando pequeños tragos y la subió a paso lento. Era de madera de roble, fuerte, segura, pero carente de ornamentación.

En la planta superior le esperaba una gran antesala, en la que había dos puertas de pino cerradas y la entrada a un pasillo que se adentraba en dirección al oeste de la casa. Emilio se secó el sudor de su frente con el antebrazo y se dirigió hacia la puerta de la izquierda. En esa planta el calor era mucho más intenso. Se detuvo ante ella, buscó una llave suelta en su bolsillo y la introdujo en la cerradura. Dio dos vueltas y el resorte saltó. La puerta se abrió con un débil chirrido.

Cosas que hacer: lubricar las bisagras de la *pajarera*, anotó mentalmente.

Cerró la puerta tras de sí y pasó de nuevo la llave. La claridad del día iluminaba la habitación por sus dos ventanas con vistas a la montaña. Unas rejas negras y oxidadas velaban por la seguridad. Se acercó y bajó las persianas hasta dejar una pequeña franja, suficiente para sumir a la estancia en la penumbra. La habitación estaba pintada en su totalidad de negro universo. Con la poca luz que se filtraba por las ventanas la estancia parecía no tener fin. Bajo las ventanas había una mesa escritorio, una silla giratoria, un ordenador y una lámpara antigua. Cogió el mando a distancia del aire acondicionado y pulsó el botón de encendido. El aparato, falcado a un metro de la puerta, emitió un pequeño zumbido y se puso en marcha. Dio otro trago de cerveza y se giró dando la espalda al escritorio.

A su derecha había dos armarios contruidos por él mismo, en madera de nogal, formados únicamente por dos puertas y una cerradura de combinación secuencial. A su izquierda, justo en la pared de enfrente, había dos más. Cogió la silla giratoria por el respaldo y la desplazó con facilidad hasta el primero de ellos a la izquierda. Mientras lo hacía, dio otro trago de cerveza. La colocó frente al armario, se quitó la camisa de rayas y la dejó con cuidado sobre el respaldo. Su cuerpo, velloso y arrugado pero robusto, estaba empapado en sudor. Se acercó a la cerradura y la hizo girar a izquierda y derecha hasta que sonó un chasquido. La puerta cedió. Asió los pomos y abrió las dos hojas

hasta quedar en paralelo con la pared.

Cosas que hacer: cambiar la combinación del sarcófago número uno.

Por un segundo quedó abstraído contemplando el interior, admirando su obra. Nueve monitores de 25x20 centímetros de color gris pálido estaban instalados en el fondo del armario en tres filas de tres. Bajo éstos, había una estrecha repisa de melamina colocada a modo de mesa donde descansaba un DVR digital para video vigilancia, un ordenador portátil de 15" y una pelota de espuma del tamaño de una mano, de color negro grafito, con la forma de un rostro encrespado.

Accionó los monitores y la imagen en blanco y negro fue tomando forma hasta cobrar una nitidez aceptable. Al tiempo que echaba un trago observó todos los monitores uno por uno, comprobando que todo funcionase correctamente. El primer monitor retransmitía el salón de la casa de alquiler desde el ángulo izquierdo. El segundo, desde el ángulo derecho. En ellos podía verse a Noa y a Aitor entrando y saliendo de la casa, trasladando un sinfín de maletas y bolsas desde el Honda. Clavó la mirada en la mujer y se pasó la punta de la lengua por sus labios al recordar cómo sus pechos se oponían con autoridad a la fuerza de la gravedad. Aquella mujer tenía algo especial, no era como las demás. Lo había provocado intencionadamente y eso merecía toda su atención. Si algo había aprendido con el tiempo era a leer la lascivia en los ojos de la gente. Y aquella mujer, aunque trataba de ocultarla con gran destreza, debería seguir entrenando para lograr engañar a alguien dotado con una pericia extraordinaria.

El tercer monitor ofrecía un plano del primer dormitorio, el que había elegido el mocoso. El cuarto, otro plano del segundo dormitorio. El quinto, de la cocina, el sexto y el séptimo, del dormitorio principal, y al igual que en el salón, desde ángulos enfrentados. El octavo, de la terraza y el noveno, el único con vistas al exterior, de la entrada en dirección al camino de acceso a la casa. Por este último podía contemplar cómo iban y venían con las manos llenas de bártulos.

¿Dónde se había metido el muchacho? Repasó todos los monitores uno por uno. En la casa no estaba, no había duda. Bien, no era problema, debía de estar en el estanque, o en el coche ayudando a sus padres. El aire acondicionado comenzaba a enfriar la oscura habitación, aun así, los ríos de sudor recorrían su cuerpo como arañazos líquidos.

Oscuridad.

Con ella, los monitores cobraban vida propia, un resplandor exclusivo, como si fuera un portal luminoso a otra dimensión, una ventana curiosa a un mundo paralelo. De pronto, el chiquillo apareció corriendo por debajo del monitor que controlaba la entrada a la casa y subió con vivacidad las escaleras. Parecía bastante ágil. Como había imaginado, vendría del estanque o de las huertas más allá del establo. Agudizó la vista. Le estaba diciendo algo a su madre, parecía emocionado. Sintió curiosidad. Sacó un cigarro del bolsillo de su camisa y le prendió fuego a la punta. Exhaló una bocanada de humo contra los monitores creando una densa nube a su alrededor. Se maldijo a sí mismo por no cumplir sus propósitos estipulados desde hacía ya seis meses. La curiosidad se convirtió en furia. Dejó con brusquedad la lata de cerveza sobre el tablero de melamina, cogió la pelota de espuma y la apretó hasta que el rostro esculpido en ella se contrajo de dolor. Liberó la presión y la expresión recobró su enfado natural. Repitió la operación una y otra vez. Los tendones de sus brazos se tensaban como alambres. Debía de haber instalado un sistema de audio en la casa, una compleja red de micrófonos ocultos en lugares imprevisibles, imposibles de localizar. Sin embargo, su negocio de apicultura en las afueras de Bicorp se había visto sacudido por un imprevisto desastroso. Centenares de abejas habían sido encontradas muertas debido al uso indebido de plaguicidas en las zonas de cultivo colindantes. Y este hecho se repitió durante dos semanas consecutivas. Los insectos muertos podían contarse por miles. Tuvo que lidiar con el Ayuntamiento y con la Agrupación de Defensa Sanitaria Apícola para resolver el problema con éxito, pero inevitablemente absorbió todo su tiempo. Además, debía gestionar otras casas de alquiler repartidas por la zona, tantas como armarios clausurados había en la *pajarera*. Llevarlas a buen fin.

Mientras tensaba y destensaba la pelota, dio una fuerte calada. La madre había acariciado el cabello del chiquillo y éste había salido corriendo como alma que lleva el diablo. Fijó la vista en el monitor del exterior. Bajó las escaleras corriendo y se perdió por debajo de la cámara, de nuevo hacia el estanque, o hacia la cuadra. Al hombre no se le veía en ningún monitor. Debía de estar en el coche. Hizo un zoom sobre la mujer con una de las cámaras del comedor. Parecía observar los libros del mueble, pero quizá también estaba pensando en algo, absorta durante unos segundos.

«¿Qué pasa por tu cabecita, zorra?»

Aumentó el zoom y enfocó sus pechos. Eran voluminosos, apetitosos. Dio

otra calada sin apartar la vista y expulsó el humo, esta vez en otra dirección. Por nada del mundo quería nublar la visión que le brindaba aquella perra. Era una cara bonita, como casi todas las demás, pero ella tenía algo especial, algo que despertaba su interés. Aplastó el cigarro en un cenicero de piedra que había en uno de los extremos del tablero. La mujer extrajo un libro de la estantería, lo hojeó sin mucho interés y lo volvió a colocar en su sitio. Se fijó en sus labios. Eran carnosos, siempre húmedos, como a él le gustaban. Sintió una erección. Sin duda, ese mes de agosto iba a ser de lo más intenso. De pronto la mujer dejó de curiosear por el mueble del comedor. Dio media vuelta y salió por la puerta principal. Por la cámara del exterior vio cómo caminaba hacia donde estaba el coche. Aprovechó para contemplar cómo contoneaba con una gracia sublime sus nalgas al andar.

Apuró la lata de cerveza y la dejó en el suelo. Pasó por su cabello su mano húmeda a causa del sudor del metal, como si estuviese peinándose hacia atrás, y se recostó en la silla giratoria.

El primer día era el más aburrido de todos. Debían instalarse en la casa, organizarse, husmear cada rincón, y todo ello con un único fin: sentir una cierta seguridad en una casa desconocida.

Y era justo en ese momento, sentir que ya estaba todo bajo su control, cuando empezaba la verdadera diversión.

* * *

El reloj marcaba las 10:12 de la noche. Noa y Aitor habían dedicado el tiempo hasta la hora de comer a colocar todas sus pertenencias en los armarios, a preparar las habitaciones y a guardar una buena cantidad de comida que habían traído para pasar los primeros días antes de realizar una buena compra en el supermercado del pueblo.

Aitor apartó la cortina y miró a través de la ventana. La oscuridad al otro lado era absoluta, como si la casa hubiese sido construida en mitad de la nada. El único sonido que se escuchaba era el croar incesante de las ranas que habitaban en el estanque, como si estuviesen manteniendo entre ellas una entretenida conversación. Noa había preparado la mesa del comedor y estaba sacando la cena, alitas y pechuga de pollo con salsa de pimienta y una gran ensalada, mientras Guillermo jugaba con sus coches encima del sofá. La televisión, aunque estaba encendida, la habían dejado con el volumen al mínimo.

—Este sitio es perfecto —dijo Aitor inspeccionando la oscuridad del

exterior—. Es como si estuviésemos dentro del estómago de una ballena.

—Hemos escogido una buena casa —añadió Noa mientras dejaba los cubiertos sobre la mesa.

—Mañana por la mañana saldré temprano hacia el monte —apuntó Aitor.

—Bien, pero lleva cuidado, por favor.

—Papá —interrumpió Guillermo sin levantar la vista de sus coches—, en el estómago de una ballena nos desharíamos, ¿verdad?

Aitor dejó caer la cortina y se giró hacia su hijo.

—Sí, hijo, como lo haría un trozo de comida en tu estómago.

* * *

Emilio se preparó una cena rápida y sencilla: un par de huevos fritos, un tomate con aceite y sal y una copa de vino tinto. Estaba impaciente porque llegara el día de mañana. Por un instante sintió la tentación de subir a la *pajarera* y echar un vistazo, comprobar cómo iban las cosas, pero por experiencia sabía que no valía la pena. No el primer día. Se sentó a la mesa, encendió la televisión y arrancó de la barra de pan un trozo para sumergirlo en la yema del primer huevo. Se lo echó a la boca mientras seleccionaba un canal de televisión. Películas, series, concursos de cocina, dibujos animados. Se detuvo en un documental sobre personas desaparecidas en España. Cogió la copa de vino tinto y le dio un trago todavía con la boca llena. Su atención se centraba ahora mismo en los comentarios de la periodista que narraba los hechos a pie de calle. Subió el volumen del televisor.

"Hace ya un año de la desaparición de Natalia Hidalgo sin que las labores de búsqueda por parte de El Cuerpo Nacional de Policía hayan dado sus frutos. Según el portavoz de la Policía se arrojan nuevos datos sobre la investigación que permitirá reanudar las labores de búsqueda en el entorno de *La Casa del Pinar*. Las declaraciones de su familia han sido contundentes respecto a los..."

Emilio, pensativo, cambió de canal. Pinchó un trozo de tomate y se lo llevó a la boca. Bob Esponja apareció en la pantalla, justo en el momento en que sus ojos se caían al suelo. Emilio soltó una carcajada con la boca abierta, llena de huevo frito y pan masticados. Arrancó otro trozo de pan, rebañó parte del plato y se lo metió en la boca todavía llena. Sus ojos observaban con atención los dibujos animados y su expresión infantil armaba una sonrisa. Otra carcajada desproporcionada lanzó una bola de pan húmeda de su boca y aterrizó sobre la mesa. Dio un golpe con la palma de su mano sobre ésta que

hizo temblar los platos y la copa de vino.

2 de agosto de 2016

El cantar de un gallo en la lejanía despertó a Noa. Se revolvió en la cama todavía somnolienta pero terriblemente excitada, y cuando buscó el cuerpo de Aitor ansiando su calor descubrió que ya no estaba. Abrió los ojos con pesadez y, resoplando, aceptó su soledad en la cama. Ahora lo recordaba. Aitor debía de haber salido al campo, como le dijo la noche anterior. Paseó suavemente su mano por la entrepierna. El fino camisón permitía que sus pezones, duros como dos cacahuets, lo dilataran formando una pequeña elevación. Acarició sus pechos mientras su otra mano exploraba su vagina. Cerró los ojos y lanzó un suspiro. En su mente se formó la imagen de Emilio. Fuerte, maduro, atractivo. Cogió un pezón entre sus dedos y lo apretó hasta que una punzada de dolor le arrancó un gemido. Abrió sus piernas. El sonido de las sábanas limpias fue electrizante. Abrió por un segundo los ojos. El amanecer asomaba indiscreto por la ventana. Sintió un agradable escalofrío recorrer su espina dorsal. Sus hábiles dedos, elaborando con gran destreza un movimiento rítmico, alcanzaban cada vez mayor profundidad. Su mente

exploraba el cuerpo de Emilio, cómo sus manos ásperas y curtidas estudiaban con placidez su cuerpo caliente. Apretó con más fuerza su pezón. Un latigazo de dolor la hizo estremecerse.

—¡Mamá!

Sus ojos se abrieron sobresaltados y el placer abandonó su cuerpo.

—¡Buenos días cariño! ¡Estoy en la cama todavía! —gritó.

Mierda, mierda, mierda.

Escuchó los pasos de Guillermo corriendo descalzos por la casa.

—¡Buenos días mamá! —dijo Guillermo cuando entró en el dormitorio—. He tenido unos sueños muy raros, he soñado con gatos, pero no recuerdo bien qué pasaba. Quiero ver gatos, quiero gatos...

—Eh, eh, jovencito. Buenos días. Te vas a ahogar de hablar tan rápido. ¿Qué haces despierto tan temprano?

—No sé, no podía dormir más. ¿Y papá?

—Ha salido al monte, no tardará mucho en volver.

—Jo, yo quería haber ido con él.

Guillermo se lanzó sobre la cama y se abrazó a Noa.

—Bueno, quizá la próxima vez. Ya sabes que a tu padre le gusta ir solo bien temprano.

—Emilio dijo que había gatos por aquí cerca, ¿verdad, mamá?

—Sí, cariño, eso dijo.

Guillermo calló pensativo y miró cómo el sol asomaba por la ventana.

—Guay...

—¿Qué te parece si nos preparamos un buen desayuno y nos lo tomamos en la terraza mientras vemos cómo sale el sol por las montañas?

—¡Vale, mamá!

Noa se levantó de la cama, se sujetó su cabello tirando hacia atrás y se hizo una coleta de caballo. Ya en la cocina, preparó un vaso de leche con chocolate y galletas para Guillermo y un café bien cargado acompañado de una tostada con mantequilla y mermelada de fresa para ella. Al salir a la terraza el aire fresco de la mañana le puso la piel de gallina, pero después del calor que habían pasado el día anterior era incluso agradable.

—Ven, sentémonos aquí —dijo señalando la mesa—. Observa qué día tan perfecto va a hacer hoy. Esto no se ve en la ciudad, ¿verdad?

Noa agitaba con la cucharilla el chocolate del vaso de Guillermo mientras contemplaba cómo el sol se filtraba entre las ramas de los álamos,

deslumbrándole en ocasiones. Había un silencio hipnótico en los alrededores de la casa, solo se escuchaba el vaivén de las hojas mecidas por la suave brisa.

—¿Va a tardar mucho papá?

—No, cielo. Enseguida estará aquí. Bébete todo el vaso, ¿vale? Querrás tener los huesos fuertes.

Guillermo aborrecía la leche, pero esa amenaza siempre funcionaba. Quitó la cuchara y se bebió medio vaso de golpe. Cuanto antes acabara con él, antes terminaría el sufrimiento. Su boca se impregnó de chocolate, como si repentinamente le hubiese crecido un flamante bigote.

De pronto, el ruido del motor de un coche rompió el silencio. Noa se levantó de la silla y se asomó por el extremo de la terraza en dirección a la entrada de la casa. Miró más allá, donde tenían el coche aparcado. Quien quiera que hubiese venido había dejado el coche fuera del alcance de la vista. El motor se detuvo y el silencio regresó imperioso. La puerta de un vehículo se cerró. Algunos pájaros, asustados por el extraño sonido, salieron volando de las ramas de los árboles. Noa esperó ver a alguien bajar por el camino hacia la puerta de entrada, sin embargo, nadie apareció. Puede que alguien del pueblo hubiese ido hasta allí para adentrarse en el monte, alguien que tuviese por costumbre dar un paseo matutino. Noa sintió un arranque de ira. Si habían alquilado la casa era para estar en la más absoluta tranquilidad, no para que gente del pueblo se acercara hasta allí para molestar.

—Acábate la leche, Guille. Vamos a echar un vistazo.

—¿Quién es, mamá?

—No lo sé. Tómate la leche.

Guillermo obedeció sin rechistar y vació el vaso de un trago.

—Y límpiate la boca, pareces un mosquetero.

Noa se puso una chaqueta de chándal y unos pantalones cortos color caqui y, seguida por Guillermo, se dirigió a la puerta de entrada. Bajaron las escaleras y caminaron hacia la zona asfaltada donde estaba su coche. Las ranas seguían croando incansables en el estanque. Cuando llegaron se sorprendió al ver el Toyota Land Cruiser de Emilio estacionado junto al Honda, pero de él no había ni rastro. Avanzaron unos metros más y vio que la puerta metálica de la caseta desvencijada estaba abierta. El misterio del inesperado visitante estaba resuelto. Noa se bajó la cremallera de la chaqueta de chándal hasta la mitad y sus pechos se manifestaron libres y sensuales, escondidos pobremente por el camisón. A unos tres metros de la puerta, asomó

la cabeza tratando de atisbar lo que aquella caseta escondía. Todo lo que pudo ver fue oscuridad y un débil foco de luz al fondo. Daba la sensación de que el habitáculo era alargado, posiblemente el acceso a la cuadra al otro lado de la casa.

—¿Emilio? ¿Está ahí?

Se escucharon unos extraños sonidos provenientes del interior de la caseta, lejanos, y al cabo de unos segundos apareció Emilio entre la oscuridad mostrando una gran sonrisa que recalca los pliegues más íntimos de su rostro.

—Buenos días. Disculpadme, ¿os he despertado?

—Buenos días Emilio. No, no se preocupe, estábamos desayunando.

—Perfecto. Espero no molestar, estaba dando de comer a los conejos. Enseguida me voy y os dejo tranquilos.

Sus ojos, por un instante, bajaron la mirada hasta el escote de Noa.

—No se preocupe, Emilio. Los animales también tienen que comer, ¿no cree?

—Sí, sí, por supuesto, así me entretengo. Me encantan los animales, no lo puedo evitar, toda mi vida he estado rodeado de ellos —Volvió a clavar la mirada en los ojos de Noa y luego, sin dejar de sonreír, miró a Guillermo.
—¿Y su marido? ¿Sigue durmiendo?

Noa dudó un instante qué respuesta ofrecerle.

—No, no. Él es muy madrugador. Ha salido a dar una vuelta por el monte, debe de estar al caer.

—Eso está muy bien. Si hay algo aquí que valga la pena son las rutas de senderismo que se extienden por toda la comarca. Como os dije, os traeré información al respecto.

—A Aitor seguro que le encantará, más que a mí, desde luego. Se lo agradeceríamos si nos hiciera el favor.

Guillermo, de pronto, salió corriendo hacia el estanque. Había visto algo que le había llamado la atención.

—Contad con ello —aseguró—. Bien, he de marcharme. Lo último que quiero es interrumpir vuestras vacaciones.

Emilio, después de dedicar una última mirada al generoso escote de Noa, se puso sus gafas de aviador, caminó hasta el Toyota y se subió a él.

—Hasta pronto, Emilio —lo saludó Noa levantando su mano. Su manera de pensar no había cambiado en absoluto. ¿Pensaba venir todos los días hasta

la casa para dar de comer a los conejos?

—Adiós —se despidió Emilio esbozando una sonrisa descarada.

Arrancó el coche, hizo una rápida maniobra marcha atrás y desapareció por el camino de entrada bajo la atenta mirada de Noa. El calor había regresado a su entrepierna, pero su mirada permaneció hierática hasta que el Toyota desapareció entre los olivos.

En cuanto vio que se había quedado sola echó un vistazo a los alrededores. ¿Dónde se había metido Guillermo? Lo había visto desaparecer bordeando la casa, en dirección a la cuadra. Caminó decidida hacia allí.

—¡Guille! ¿Dónde estás? —gritó.

—¡Voy mamá! ¡Es que había visto un gato! —su voz procedía desde más allá de la cuadra, desde los campos de cultivo.

—¡Venga, acabemos de desayunar de una vez!

30 de julio de 2016, 22:46 horas.

¿Cuánto tiempo podría aguantar allí? La opresiva pregunta acudía una y otra vez a sus pensamientos lacerante, dispuesta a desgarrar su mente. Elena había golpeado las tablas dominada por el terror, había gritado pidiendo auxilio hasta herirse las cuerdas vocales. Nadie respondió a su llamada, nadie acudió en su ayuda. Comprendió que todo aquello no hacía más que consumir el poco oxígeno que había en aquel ataúd.

La oscuridad que la envolvía era como una tenaza que le oprimía el corazón, que le robaba el aire de sus pulmones. Trató de dejar su mente en blanco, no pensar en nada, dejar de llorar, cerrar los ojos y esperar a que alguien la sacara de allí.

Hacía frío, mucho frío.

Su cuerpo sufría espasmos.

Su propia respiración la perturbaba. Quiso controlarla, ralentizarla. Su rodilla derecha le escocía, un escozor tan profundo que se transformaba en dolor. Debía de haberse herido con la tapa del ataúd cuando, enloquecida de

terror, trató de destrozar las tablas golpeándolas con una furia desbocada.

De pronto, incapaz de mantener el control, abrió los ojos. La terrorífica verdad se filtraba por alguna grieta del muro de defensa que trataba de levantar.

Había sido enterrada viva.

Viva.

El sobrecogedor pensamiento bastó para derrumbar cualquier intento de evasión. La ansiedad y el pánico volvían a robarle el oxígeno, a arrebatarle preciosos segundos de vida. Embargada por la angustia, trató de pensar una salida. Desesperada, palpó de nuevo la superficie del ataúd, por todos los rincones, con la esperanza de encontrar alguna fisura por donde poder introducir los dedos y hacer ceder la madera. No halló ninguna. Desengañada, fue incapaz de sofocar el llanto.

—¡Socorro! ¡Ayuda!

Sus propios gritos reverberaron en sus oídos hasta convertirse en una cacofonía atroz. El corazón le latía muy fuerte, demasiado fuerte. Tenía que tranquilizarse, dominar el terror por muy difícil que pareciese si quería tener una oportunidad de sobrevivir.

El hedor a tierra húmeda era insoportable.

¿Dónde había sido enterrada? Fuera donde fuese, seguro que era una zona deshabitada, y con toda seguridad a varios metros bajo tierra. Aunque lograrse partir las tablas sería imposible subir hasta la superficie, y además, el gran esfuerzo que requeriría aquella labor consumiría el poco oxígeno que hubiera en aquel pequeño espacio. ¿A quién trataba de engañar? ¿A sí misma? La realidad se impuso con crueldad a la esperanza. No existía ninguna posibilidad de salir de allí con vida. Ninguna.

* * *

Emilio condujo hasta su casa recreando en su mente el obsceno cuerpo de la mujer. Mientras abandonaba el camino de tierra para incorporarse al asfalto imaginó aquellos apetitosos pechos restregándose por su cara, oprimiéndole las mejillas, cortándole durante un instante la respiración, para surgir con fervor de entre sus carnes gelatinosas y morder con ansia desmedida aquellos erectos pezones que habían amenazado con escaparse de su confinamiento de seda.

Cedió el paso a un coche que salía de una bocacalle. Era Arturo, el dueño de la farmacia. Lo saludó alzando su mano y reanudó la marcha detrás de él.

Se encendió un cigarro sin apartar la vista de la carretera, eso le ayudaba a relajarse, porque sabía que hoy era el gran día, hoy era cuando la diversión se hacía realidad. Una realidad que le hacía sentirse vivo una y otra vez, una realidad que disparaba sus niveles de adrenalina hasta lo indecible.

Cuando llegó a su propiedad, accionó el mando a distancia y la verja se abrió con la parsimonia de un perezoso. Metió el Toyota en la plaza de garaje y, ansioso, se recluyó en su casa. Subió corriendo las escaleras, giró nervioso la llave de la puerta de la *pajarrera* y cerró tras de sí. La habitación se hallaba en la penumbra. Con dedos temblorosos hizo girar la rueda de la cerradura de combinación secuencial y abrió de par en par el armario número uno.

Satisfecho, contempló los monitores apagados. Eran un modelo antiguo, ya no se fabricaban en la actualidad, pero las cosas de antes eran mucho mejores que la bazofia que se fabricaba ahora. Para él, eso era un hecho, algo que había aprendido con la edad. Sus pequeños. Sus pequeños ojos digitales.

Conectó el DVR digital y los monitores, y éstos, después de ajustar la imagen, proporcionaron una visión completa de la casa de alquiler. Cogió de la mesa la pelota con un rostro en relieve y la estrujó con ansia, la misma que reflejaba la expresión de su cara. Localizó a la familia en el comedor. Por lo visto, el hombre ya había regresado. Hablaba con aspavientos exagerados con la mujer. Miró la hora en su reloj digital de pulsera. Las 09:03 de la mañana. Anotó mentalmente el tiempo que el hombre había permanecido fuera de la casa. Aquél, sin duda, era un tipo con suerte, pensó, porque tener semejante mujer a su lado y poder disfrutarla cuando se le antojase era tener mucha, pero que mucha suerte.

El mocosito salió de la casa, bajó corriendo las escaleras y se volvió a perder por la parte inferior del monitor que enfocaba el exterior de la casa. Otra vez iba hacia la cuadra, o hacia los campos de cultivo. Algo había allí que le llamaba la atención, eso era innegable. Sin embargo, eso era bueno. Cuanto más tiempo dejase a sus padres en soledad, más probabilidades había de que se aparearan como perros. Solo por si llegaba ese momento, preparó un disco de DVD virgen y lo introdujo en el DVR.

Observó cómo la mujer iba hacia el dormitorio mientras el hombre se sentaba en el sofá y encendía el televisor. Fijó la vista en los monitores que retransmitían lo que allí ocurría. La mujer buscó algo en el armario. Se acercó al monitor para afinar la vista. Era crema de protección solar. Una botella naranja y amarilla. La mujer se desprendió de la camiseta blanca que ahora

llevaba puesta. Sorprendido, comprobó que un sujetador blanco cubría sus pechos. Abrió la tapa, puso un poco de crema en sus manos y la extendió primero por su cara, luego por su cuerpo. Sintió una erección en su entrepierna al imaginar que se desprendería de ese maldito sujetador, pero eso no ocurrió. Sin embargo, era reconfortante contemplar cómo sus manos acariciaban con delicadeza cada centímetro de su piel, con parsimonia, y solo para él. Esa acción logró que la sangre siguiese acumulándose por debajo de su cintura y que el deseo fuese creciendo sin control hasta sentir la imperiosa necesidad de explotar.

Apretó con tanta furia la pelota de espuma que se clavó las uñas en la palma de la mano. Sintió sus pantalones húmedos, una sensación tan incómoda como acostarse empapado en sudor. Vio cómo la mujer salía a la terraza, orientaba una silla reclinable hacia el sol y se tumbaba para permanecer inerte durante solo Dios sabía cuánto tiempo. Observó al hombre. Continuaba sentado de cualquier forma en el sofá frente al televisor cambiando constantemente de canal.

Ahora debía esperar, no había otra alternativa, porque si algo tenía muy claro era que todavía no había logrado guiar el comportamiento de sus inquilinos. Así pues, aprovecharía el momento para cambiarse de pantalones.

* * *

El día había pasado tranquilo, sin nada que hacer como dictan unas buenas vacaciones. De Guillermo no había sabido nada en toda la mañana hasta la hora de comer. Según su versión, después de preguntarle mientras daban buena cuenta de una ensalada de pasta, se había pasado todo el tiempo buscando gatos, una extraña obsesión que le había entrado desde que llegaron a la casa. Por la tarde Noa tuvo el ardiente deseo de confinar a Aitor en el dormitorio y aplacar sin piedad su apetito sexual, pero Guillermo lo había impedido quedándose toda la tarde en la casa (un comportamiento justificado debido a los cuarenta grados centígrados que convertían el exterior en un hervidero inhabitable), jugando durante varias horas interminables partidas al monopoly y al parchís, y por supuesto, en familia. Para cuando habían terminado de cenar, Noa se sentía tan cansada que el deseo se había escurrido entre la oscuridad de la noche, y a pesar de los intentos de Aitor por estrenar la casa, Noa había sucumbido irremediabilmente al sueño.

El sofocante calor que se iba acumulando en el dormitorio conforme pasaban las horas la despertó. Sintió las sábanas empapadas en sudor y su

cuerpo ardía como si hubiera estado durmiendo sobre una cama de brasas incandescentes. Abrió los ojos cuando supo que ya no cogería el sueño hasta que refrescara un poco. Miró la hora en el teléfono móvil. Eran las 3:46. La oscuridad que habitaba en la habitación pronto se convirtió en penumbra cuando sus ojos se aclimataron a la luz nocturna que entraba por la ventana. Las ranas del estanque seguían con su concierto infernal, siendo el único sonido que rompía la noche, a excepción de unos fuertes crujidos que emitía la nevera de vez en cuando, como si en su interior viviese un extraño ser.

Desvió la mirada hacia Aitor. Entre las sombras apenas era un bulto oscuro. Para él el calor parecía no ser un inconveniente, pues dormía plácidamente boca abajo exhalando imperceptibles ronquidos. Lanzó un suspiro. ¿Todas las noches iban a ser igual?, se preguntó mientras cruzaba sus manos sobre la tripa y miraba hacia un punto perdido del techo. Pensó en Guillermo. Por lo visto él tampoco parecía tener problemas con el calor asfixiante que caldeaba la casa.

De pronto, un sonido encima de la casa llamó su atención. Había sido un golpe, como si hubiera caído algo al suelo. Pensó rápidamente en aquella buhardilla que vieron cuando Emilio les enseñó la casa. Cayó en la cuenta de que desde el interior de la vivienda no había ningún acceso a aquella zona. Repasó mentalmente todas las habitaciones. No, la única forma de subir hasta allí era mediante la escalera que había sobre la caseta destartada junto a la casa, donde estaba el coche aparcado. ¿Habría ratas? Un escalofrío atravesó su columna vertebral al pensar en aquellos animales repulsivos, o de pensar que si habían allí arriba, también podían haber en el resto de la casa. Desechó esa terrible idea. Habían revisado toda la casa y no habían encontrado ningún indicio que indicara la presencia de aquellos indeseables animales allí. Si había ratas en la casa, solo estaban en la buhardilla, eso seguro, aunque lo veía improbable, porque no creía que Emilio pusiera una casa de campo en alquiler infestada de roedores.

Aguantó la respiración y afinó el oído a la espera de que el sonido se volviera a repetir. Esperaba escuchar arañazos, diminutos pasos o algo parecido. Cuando pasó un minuto, tuvo que inspirar aire. La casa había permanecido en absoluto silencio, incluso las ranas del estanque se habían tomado un pequeño descanso. La nevera crujió con un sonido tan estridente que parecía que se iba a desmoronar en pedazos. Giró muy despacio la cabeza hacia su izquierda. Aitor continuaba sumido en un profundo sueño. Sintió la

tentación de despertarlo, pero no quería interrumpir su sueño por una tontería así, además, Aitor no era de los que tenían un buen despertar en mitad de la noche, por lo que sería mejor dejarlo tranquilo.

Habían pasado un par de minutos, en los que permaneció en extremada alerta, cuando de nuevo escuchó algo por encima del techo. Esta vez no había sido el mismo sonido que el anterior, ahora parecía como si algo se arrastrara por el suelo. El corazón le dio un vuelco. ¿Qué diablos había allí arriba? Daba la sensación de ser algo grande. Por un momento pensó en salir y echar un vistazo a la entrada de la buhardilla, pero de ningún modo pensaba andar a solas en mitad de la oscuridad. Además, las linternas estaban en el maletero del coche.

Se pasó la siguiente media hora con los ojos abiertos como platos y mirando hacia el techo, como si a través de la oscuridad pudiera ver lo que había por encima de la estructura de ladrillo y cemento. Durante todo ese tiempo no volvió a escuchar nada en absoluto, excepto las malditas ranas que habían retomado sus alaridos más fuertes que nunca. Estuvo atenta a cualquier ruido, con el corazón en un puño, pero ya no escuchó nada más hasta que, sin darse cuenta, se quedó dormida.

3 de agosto de 2016

Cuando Noa abrió los ojos a la mañana siguiente el sol ya entraba por la ventana. Casi que podía saber qué hora era solo con ver la posición que ocupaba en el cielo. Extendió su mano buscando a Aitor, pero su lado de la cama estaba vacío. Suspiró. No recordaba que tenía que salir temprano hacia el monte.

Su mente no tardó en recuperar los extraños sonidos que había escuchado durante la noche encima del techo. Ahora, con la luz del día, lo veía desde otra perspectiva mucho más racional. Se preguntó qué guardaba allí arriba Emilio. Lo lógico es que fuera una especie de almacén, para herramientas para la huerta, o para los conejos, o para los caballos que un día dijo tener. Pero si aquella zona de la casa estaba cerrada, entonces los extraños sonidos cobraban un matiz incomprensible. Porque, ¿realmente estaba cerrada la puerta de acceso? No lo habían comprobado porque no llegaban hasta allí, simplemente lo había deducido. Se incorporó en la cama con pesadez. No haber descansado bien durante la noche hacía que le doliera cada músculo de su cuerpo, y además, los almohadones eran demasiado altos, por lo que tenía un dolor de cuello terrible. Para hoy, ya tenía una labor encomendada: comprobar la puerta de la buhardilla. Pero era difícil. El acceso estaba desde dentro de la caseta, y estaba segura de que aquella puerta sí que estaría cerrada. Si quería llegar hasta allí arriba, tenía que ser escalando la caseta. Con la ayuda de Aitor, después de todo, no sería tan difícil como pensaba, ya que calculaba que la altura del muro sería de unos dos metros y medio o tres a lo máximo.

Eso le hizo recordar que quizá Emilio ya había ido a dar de comer a los

conejos, o puede que todavía estuviese por los alrededores. De pronto se enfureció. No tenía ganas de ver cada día merodeando por la casa a su arrendador, por mucho que tuviera que dar de comer a los animales. Tenía la sensación de que lo que realmente pretendía era husmear, vigilar cómo cuidaban su casa. Lo que ellos necesitaban era intimidación. Ciertamente era que, por lo que dijo, solo se acercaría una vez al día bien temprano, pero eso era indiferente. Sin embargo, ¿cómo podían evitarlo? El verdadero dueño de la casa era él, y ante eso nada podían hacer.

Prefirió pensar en otra cosa. Ahora, lo que tenía que hacer era centrarse en la buhardilla. De pronto, escuchó el ruido del motor de un coche. Resopló con fuerza. Sentada en la cama, esperó a que éste se detuviera en la zona de parking, pero no, el inesperado visitante condujo hasta la zona de la cuadra. Por deducción descartó a Emilio, porque él nunca se adentraba tanto por el camino. Entonces, ¿quién era?

Se atavió con su chaqueta de chándal y un pantalón corto, esta vez estampado en flores, y se asomó por la puerta de la terraza ocultándose entre la cortina anti-moscas. Era una furgoneta blanca, no sabía identificar ni la marca ni el modelo. Deslizó la mirada hacia el terreno de huerta que había más allá de la cuadra. Allí, con el cuerpo encorvado sobre la tierra removida, vio un hombre delgado, con el pelo largo encanecido, pero estaba demasiado alejado para poder apreciar más detalles. Era un agricultor, el dueño del terreno supuso. La ira se acrecentó en su interior. Otro pequeño detalle que Emilio había pasado por alto. Por lo visto, la casa estaba mucho más frecuentada de lo que aseguró en un principio.

Noa no se lo pensó dos veces. Caminó decidida hacia la habitación de Guillermo. Se asomó con cuidado de no hacer ruido para comprobar que seguía durmiendo profundamente. Entornó la puerta y salió dispuesta a hablar con aquel hombre. Si éste iba a aparecer por allí habitualmente, tenía que saber quién era.

Bajó las escaleras despacio. Las chanclas que llevaba producían un sonido parecido a una palmada cada vez que bajaba un escalón. La temperatura era agradable a esas horas de la mañana. Llegó hasta el final del camino, rodeó el coche (se fijó en el número de matrícula) y se detuvo en el punto en que terminaba la cuadra y comenzaba el campo de cultivo. El hombre, ataviado con unos pantalones vaqueros y una camisa blanca desaliñada, estaba a unos veinte metros de distancia y parecía no haberse percatado de su presencia. Se

aclaró la voz antes de hablar.

—¡Buenos días!

El hombre, sorprendido, se enderezó y se giró hacia el lugar de donde provenía la voz. Tenía unas hojas de lechuga en la mano.

—¡Hola, buenos días!

Noa no podía distinguirlo bien ya que el sol, todavía demasiado bajo, le deslumbraba los ojos. Se cubrió con la mano y trató de vislumbrar cómo era su aspecto. En vista de que el hombre no se movía, pero sí que la observaba con atención, decidió seguir la conversación.

—¡Soy Noa, estamos de alquiler en la casa! —gritó señalando con su dedo pulgar hacia atrás por encima del hombro.

Por fin el hombre entendió que deseaba hablar con él. Dejó las lechugas sobre la tierra y caminó hacia ella. Conforme se aproximaba pudo ver más detalles de su fisonomía. Su cabello cano y liso desentonaba con su rostro delgado y cuarteado por el sol. Lucía un bigote largo y grisáceo, que unido a su largo cabello le daba una apariencia elegante. Desde luego, no parecía un agricultor normal.

—Hola, que tal —saludó estrechándole la mano cuando llegó hasta ella—. Mi nombre es Germán. Yo... bueno, vengo de vez en cuando a echar un vistazo a mis campos, espero no haberla molestado.

—Oh, no se preocupe, no me ha molestado —mintió Noa—, solo he sentido curiosidad cuando le he visto allí. Pensaba que este terreno pertenecía a Emilio.

Noa sintió cómo la ira se difuminaba gradualmente. La amabilidad del hombre hizo que cambiara de opinión respecto a la repentina invasión de su zona vacacional.

—Sí, perdone si la he asustado. El terreno pertenece a Emilio, pero la tierra de cultivo me la alquila durante todo el año. Lo tengo como hobby, nada profesional, por eso vengo de vez en cuando para plantar zanahorias por aquí y pepinos por allá. —Germán sonrió. Las comisuras de sus ojos se arrugaron proporcionándole un cierto atractivo. A Noa le dio la sensación de que aquel tipo no tenía ni idea de que la casa estuviese alquilada e intentaba hacer un comentario gracioso para tranquilizarla.

—Vaya, no tenía ni idea. Como no me comentó nada pensé...

—Emilio es un buen hombre —la interrumpió Germán—, pero a veces es demasiado despistado. Debió de advertirles de que esta tierra la tenía

alquilada, pero estoy seguro de que no lo ha hecho con la intención de ocultarlo. Él siempre ha sido una de las personas más emprendedoras del pueblo, y además de esta casa tiene otras muchas en alquiler. Tiene demasiadas cosas en la cabeza, eso es todo. Yo, por mi parte, intentaré molestar lo menos posible, se lo prometo.

—No se preocupe, ya sabiendo quién es, no hay ningún inconveniente.

Noa dibujó una amplia sonrisa. Observó cómo Germán desviaba la mirada hacia sus labios.

—Bueno, pues ya nos conocemos. Voy a seguir con lo mío, no estaré mucho tiempo. Si algún día necesita algo de verdura, no dude en pedírmela. Ha sido un placer conocerla.

—Lo mismo digo. Le dejo con sus quehaceres.

Noa observó con obscenidad el culo de Germán cuando se dio la vuelta y regresó al punto de tierra donde lo había encontrado.

* * *

Cerca de las diez de la mañana, cuando Aitor ya había regresado del monte y se tomaban tranquilamente un café en la terraza, Noa le contó primero la imprevista visita de Germán, haciendo un pequeño resumen de la significativa conversación que mantuvo con él, subrayando el incordio que suponía su asidua presencia por los aledaños de la casa. Luego, adoptando un aire más misterioso, abordó lo sucedido durante la noche.

—Tenías que haberme despertado —repuso Aitor mientras daba un sorbo al café.

—Lo pensé, pero no quería oírte refunfuñar.

Aitor lanzó un débil gruñido y dirigió la mirada hacia los terrenos de cultivo. Ese tal Germán ya se había marchado, pero era evidente que la tierra había sido arada en algunas zonas.

—No creo que sean ratas. O al menos las ratas no se arrastran como dices tú que escuchaste.

Noa se sintió reconfortada cuando comprobó que Aitor pensaba igual que ella. Era el momento idóneo para exponer a su marido el plan que había estado maquinando durante todo ese tiempo hasta su llegada.

—Tenemos que subir ahí arriba y tratar de entrar en esa buhardilla. Puede que la puerta esté abierta. Lo único que tenemos que hacer es trepar por el muro de la caseta hasta la escalera de madera. Es evidente que yo peso menos, así que creo que podrás auparme sin problemas. —Noa recargó sus pulmones

de aire renovado. —Y no hace falta mencionar que el mejor momento, sin duda, es a la hora de comer, para que nadie nos pille por sorpresa. ¿Qué opinas?

Aitor se estiró para alcanzar la taza, dio otro sorbo de café y se reclinó en la silla. Por su silencio, parecía sopesar sus palabras y evaluar la situación. Pasados unos segundos, al fin se decidió a hablar.

—De acuerdo —aceptó Aitor—. Lo más lógico sería esperar para comprobar si esta noche se producen los mismos ruidos, pero creo que tampoco hacemos daño a nadie si subimos a esa caseta y echamos un vistazo como pretendes. Siempre y cuando Emilio no nos sorprenda, porque no creo que le haga mucha gracia que husmeemos en su propiedad.

En cuanto escuchó su aprobación, Noa se levantó de la silla y, sonriendo, le dio un cálido beso mientras acariciaba su muslo.

—Gracias cariño —le susurró—. Lo que tenemos que tener claro es que si he escuchado ruidos extraños en esa buhardilla, es porque algo los ha producido.

—¿No sería el crujir de las maderas? Esta casa es vieja e imagino que ahí arriba debe de tenerlo lleno de trastos inservibles.

Aitor la rodeó por la cintura y tiró de ella hasta sentarla sobre sus piernas. Deslizó su mano por debajo del pantalón buscando sus glúteos.

—Te aseguro que lo que escuché no era ningún crujido, cielo. Por cierto —murmuró mientras exploraba el interior de su boca con la lengua—, ¿qué es eso tan duro que tienes ahí abajo?

* * *

Emilio, sin perder ni un segundo, se preparó para pulsar el botón de REC del DVR digital. Concretamente, la retransmisión de las dos cámaras que tenía ocultas en el dormitorio principal. Observó cómo la pareja hablaba sobre algo que parecía de interés, y aunque una vez más se arrepintió de no haber tenido tiempo suficiente para instalar un sistema completo de micrófonos por toda la casa, pensó que quizá el tema de conversación no era tan importante como creía cuando vio que la cosa se ponía caliente, que se levantaban de la silla, que la mujer se acercaba hasta el salón para comprobar que el pequeño bastardo seguía inmerso en sus juegos y que finalmente se encerraban en su dormitorio.

Mientras observaba con mirada lasciva cómo se apareaban aquellos dos perros, se regocijó pensando en la inmensa noche de placer que le había

proporcionado la mujer sin tan siquiera sospecharlo, ni mucho menos pretenderlo.

La oscuridad era su aliada.

Las sombras su cobijo.

Mientras contemplaba cómo la mujer, sentada a horcajadas sobre el hombre, realizaba movimientos rítmicos y circulares con la cadera, y conscientes de que en cualquier momento el mocosó podría irrumpir en el dormitorio sin avisar, sintió una severa erección entre las piernas. Sin embargo, no podía compararse ni un ápice con el placer que embargó su cuerpo durante la noche oculto entre las tinieblas de la buhardilla. Sentir la presencia de la mujer a pocos metros de él, el calor de su carne, la calidez de su aliento. Todo ello podía sentirlo transpirar a través del sucio suelo como una amalgama de sensaciones obscenas, introducirse en el interior de su cuerpo valiéndose de los poros de su piel, arrastrarse por su columna vertebral en forma de escalofrío para proporcionarle la sensación más placentera jamás experimentada, una sensación de éxtasis infernal capaz de hacerle explotar una y otra vez.

La imagen del monitor, a pesar de ser en blanco y negro y poseer una modesta definición, era lo suficientemente descriptiva, material de primera calidad. La mujer había incrementado la velocidad del movimiento de sus caderas. Parecía enrabiada, como si quisiera partirle el miembro en dos. El hombre debía de estar haciendo un esfuerzo titánico por aguantar sus envites descontrolados. Por un momento deseó ser él quien ocupara su lugar. Introducirse por el abdomen lacerado del hombre y desplazar su carne a un lado para meterse debajo de su piel. Arrebatarle el control de su sistema nervioso, ver lo que él veía, respirar el olor desquiciado de la unión que él percibía. Sentir la húmeda boca de la mujer atraparlo por debajo de su cintura mientras con sus manos ensangrentadas escarba a través de la abertura de su vientre, masajeando sus órganos vitales, sujetando con fuerza su espinazo mientras realiza movimientos lentos y acompasados.

De pronto percibió actividad en el monitor contiguo, lo que logró interrumpir sus pensamientos. El niño se había levantado del suelo dejando los coches de juguete a un lado. Se acercó a la cocina, miró a un lado y a otro, y se encaminó hacia el dormitorio de sus padres.

La función estaba a punto de terminar.

Cuando llegó a la puerta se sorprendió cuando el crío, en vez de entrar sin

avisar, pegó la oreja sobre la hoja de madera, escuchó unos segundos y salió corriendo hacia la puerta de la entrada. Cambió de monitor y observó cómo bajaba las escaleras y corría por el camino hacia la zona de la cuadra. Otra vez.

Allí las cámaras no llegaban, sin embargo, ahora eso daba igual. Después de todo, el espectáculo continuaba.

* * *

A las tres de la tarde el sol abrasador hacía que estar bajo sus brazos de fuego fuera insoportable. La zona de parking, junto a la caseta desaliñada, estaba totalmente expuesta al calor ya que la sombra de los árboles que circundaban el asfalto no llegaba hasta allí. Aitor, empapado en sudor, dio unos pasos hacia atrás y, contrayendo la expresión por el calor sofocante, examinó la caseta. La puerta, como habían supuesto, estaba cerrada con llave. La escalera de madera que iba desde el tejado hasta la pequeña puerta de doble hoja que daba acceso a la buhardilla parecía firme, aunque algo rudimentaria. Parecía hecha a mano, con un par de troncos cilíndricos a los lados y los seis peldaños que la formaban atados con gruesas cuerdas a éstos. Por lo visto, Emilio era un manitas trabajando la madera, pensó. Desde allí abajo era imposible distinguir si la puerta de la buhardilla estaba abierta o cerrada.

El muro de la caseta se alzaba aproximadamente un metro por encima de su cabeza, por lo que dedujo que llegaría fácilmente a los tres metros. Aupar a Noa hasta el tejado no sería muy difícil. La verdad es que sentía curiosidad por lo que habría allí arriba. Algo vivo, sin duda.

—Ven cariño —le dijo a Noa entrelazando sus dedos a modo de estribo—, apoya tu pie aquí y te impulsaré hacia arriba. Agárrate donde puedas y sube. ¿Estás preparada?

—Claro que lo estoy. Cosas más difíciles hemos hecho, ¿no crees?

Guillermo, sentado a lo lejos bajo la sombra de un árbol, los observaba con curiosidad. La misión que le habían encomendado era bien sencilla: vigilar el camino de tierra de acceso a la casa y gritar si veía algún coche acercarse a la propiedad.

—Pues venga, no perdamos más tiempo. Puede venir alguien en cualquier momento. Y joder, hace un calor de muerte.

Noa levantó su pierna y encajó el pie entre las manos de Aitor. Con su mano se apoyó en su cabeza. Aitor, tensando los músculos de sus brazos, la

alzó hacia el tejado con tanta fuerza como pudo. Noa se sujetó con dificultad al borde de la pared, allí donde acababa para dar paso al tejado. El muro desportillado se le clavó en las palmas de sus manos.

—¡Súbeme un poco más, me estoy haciendo daño!

Aitor flexionó sus brazos y empujó hacia arriba. Desde su posición, las vistas que le ofrecía su mujer eran más que agradables. Por el hueco del pantalón pudo ver con total claridad el color de sus bragas.

—¿Sabes lo que estoy viendo desde aquí? —preguntó con aire burlón.

—¡No seas guarro y haz lo que te digo!

Aitor sonrió. Empujó solo un poco más y sintió cómo el peso de su mujer se aligeraba. Había conseguido apoyar los codos en el tejado. Desenlazó los dedos y con sus manos sujetó los pies de Noa y empujó hacia arriba. Ésta, arrastrando los codos por el tejado, al fin logró subir.

—Esto está lleno de mierda —se quejó.

Se puso en pie y sacudió airosamente la tierra y las hojas secas que se habían pegado a su piel. Cuando se vio libre de porquería echó un vistazo a la superficie. Aparte de hojas secas, ramas y tierra desperdigadas no había más que una trampilla, que debía ser la entrada a la caseta, y la escalera de madera. Escrutó la trampilla. Tenía atornillado un tirador de hierro forjado. Lo sujetó decidida y tiró de él para levantar la trampilla. Sonó un ruido seco a hierro contra madera. Fue imposible moverla porque algo la bloqueaba desde el otro lado. Sin duda, la única forma de abrirla o cerrarla era desde el interior de la caseta.

—¡Aquí hay una trampilla, pero está cerrada! —informó a Aitor.

—¡No pierdas tiempo con eso y sube por la escalera, puede venir alguien en cualquier momento!

Noa se acercó a la escalera y apoyó sus manos en ella. La madera seca y mal lijada la proveía de un tacto áspero. Parecía un poco endeble, y además, no estaba sujeta a nada, por lo que un mal paso la podría hacer caer sobre la superficie del tejado. Y quién sabe, quizá el destartado tejado de la caseta también podría ceder bajo el peso de su cuerpo y precipitarse contra el suelo desde una altura aún mayor. La parte positiva de aquel despropósito era que las cuerdas que sujetaban los peldaños a los dos troncos principales parecían no estar podridas a primera vista.

No lo pensó dos veces y apoyó el pie sobre el primer escalón. Lo tanteó para comprobar su consistencia. Daba la impresión de que podría soportar su

peso sin muchos problemas. ¿Por qué no iba a hacerlo?, pensó tratando de convencerse a sí misma. Si Emilio la tenía ahí era porque debía de utilizarla asiduamente. Hizo la misma operación con el segundo peldaño, y con todos los sucesivos. Cuando llegó arriba sintió un leve ataque de vértigo, porque desde allí Aitor, que la observaba atentamente, parecía mucho más pequeño, y además la escalera se tambaleaba como si fuera a partirse en dos en cualquier momento.

Respiró hondo, cerró los ojos un instante, y los abrió convencida de que solo era una impresión suya.

—¡Venga, date prisa, cógete a la puerta y mira a ver si está abierta!

El grito de Aitor actuó de la misma forma que una orden directa de su cerebro. Se sujetó con una mano a la escalera y con la otra cogió el cerrojo de madera que la sellaba. No había ninguna cerradura que impidiera que la puerta se abriese si lo descorría. Eso significaba dos cosas: o que Emilio no escondía nada de interés allá arriba o que pensaba que nadie se interesaría en rebuscar en un lugar tan abandonado.

Por un momento sintió pánico a lo que podría encontrar allí dentro. Algo había causado los ruidos la noche anterior, por lo que si encontraba ratas o cualquier otro animal mucho peor posiblemente su corazón podría estallar sin previo aviso, por no mencionar que si la atacaban de improviso podría caer de espaldas contra el tejado. A pesar del tórrido calor que descargaba el sol sintió un desagradable escalofrío avanzar por sus vértebras.

No había otra opción. Si había subido hasta allí era por una razón y no se bajaría hasta no haber despejado sus dudas. Sujetó con fuerza el cerrojo, contó hasta tres y lo descorría. El roce de la madera provocó un ruido sordo.

—¡Muy bien, cariño. Ahora abre la puerta!

Una última duda la embargó. La voz de Aitor, de pronto, parecía muy lejana, a cientos de kilómetros.

—¿Crees que es buena idea? no sabemos lo que puede haber ahí dentro!

—¡Abre la puerta despacio y echa un vistazo por la abertura! —gritó—. ¡Así no correrás peligro!

—¡Qué fácil es para ti dar consejos desde ahí abajo, ¿vedad cariño?! ¡Si me salen ratas o una serpiente te juro que me moriré aquí mismo!

—¡Ánimo mamá! —gritó Guillermo desde la lejanía.

La voz de su hijo fue lo que le insufló la fuerza suficiente para actuar. Abrió la puerta muy despacio y dejó una pequeña abertura por donde poder

infiltrar su mirada. Un olor a viejo y a humedad abofeteó sus fosas nasales. Aquello era lo más parecido a profanar una cripta milenaria. Por lo demás, todo era silencio. No tenía ventanas, por lo que la oscuridad fue lo único que pudo atisbar. Si quería que entrara algo de luz debía abrir la puerta del todo.

Sintió un cierto alivio cuando nada se abalanzó sobre ella. Se echó todo lo más que pudo hacia atrás y abrió la puerta hasta golpear contra la pared. La luz del sol bañó la buhardilla. Todavía atemorizada, contempló lo que había en su interior. Se pasó por su cabeza la imagen de una bandada de murciélagos emergiendo aterrorizados desde el interior hacia la luz. Había la posibilidad de que aquellos extraños sonidos los hubieran producido un buen número de ellos, sin embargo, nada salió.

Gracias a Dios.

—¿Qué ves?! —gritó desde abajo Aitor.

—¡Aquí dentro parece que solo hay mierda!

—¿Puedes subir?!

—¡Lo intentaré!

—¡Procura no mover mucho la escalera, parece frágil!

—¡Hago lo que puedo, Aitor, no me pongas nerviosa!

—¡Vale, vale, ya me callo!

Noa, con cuidado de que la escalera no volcase con el movimiento de su cuerpo, apoyó un pie en la buhardilla, tomó impulso y se arrastró a cuatro patas hacia el interior. Una vez se sintió segura se puso de pie y escrutó aquella pocilga. Su sombra se proyectaba alargada contra el suelo. Echó un rápido vistazo, sin embargo no parecía haber nada de interés, y mucho menos nada vivo que pudiera producir el extraño sonido de la noche anterior. La buhardilla era totalmente diáfana, tan amplia como la casa entera y carecía de ventanas. A la derecha había un par de capazos con herramientas para la labranza, viejas y cubiertas de tierra seca. Hacia el centro de la buhardilla, junto a la pared, reposaba una silla destartada y con una gruesa capa de polvo y al fondo, apoyados sobre la esquina, un pico y una pala medio oxidados y casi ocultos por las sombras. A la izquierda, formando una pila, había tablones cortados en distintas medidas, con restos de serrín esparcidos por toda la madera. Casi al final de la pared, descansaba una caja de herramientas ruinosas. Estaba abierta y pudo distinguir varias herramientas de mano. Al fondo de la buhardilla vio decenas de cajas apiladas unas encima de las otras, guardando un equilibrio un tanto endeble y junto a ellas una

ingletadora cubierta de virutas de madera. Y justo en una esquina había otra puerta, casi invisible por la oscuridad. Era de doble hoja, como la de la entrada, y también de corta altura ya que previó que le llegaría a la altura de la cintura como mucho.

Se dirigió hacia ella sin apartar la mirada. Pudo observar que la madera de la que estaba hecha era vieja, pero parecía resistente. Un cerrojo simple de hierro unía las dos hojas. Lo descorrió y tiró del asa. Luego trató de empujar la puerta. Los goznes gimieron pero no se movió en ninguna de las dos direcciones. Por lo visto estaba cerrada desde el otro lado. Dedujo que comunicaría con las cuadras donde Emilio guardaba sus conejos.

Avanzó hacia el centro de la buhardilla. Calculó mentalmente que más o menos debía de estar a la altura del comedor, quizá un poco más, hacia su dormitorio. El polvo flotaba en el aire cuando los rayos del sol atravesaban el espacio. Localizó con la mirada un paquete de pañuelos de papel sobre las maderas. A su misma altura, el suelo (cubierto de polvo y tierra seca) daba la impresión de estar barrido, pero solo una pequeña zona, como si alguien se hubiese arrastrado por él. Pensativa, giró sobre sí misma escudriñando por última vez cada rincón.

No vio ratas, ni serpientes, ni ningún otro ser vivo.

Tampoco escuchó nada.

* * *

A las cuatro de la tarde Aitor decidió tumbarse un rato en la cama y descansar. Hacía calor, pero el aire acondicionado refrescaba lo suficiente toda la casa. Aun así, escogió la habitación de su hijo, la más cercana al aparato. Mientras cerraba los ojos y trataba de coger el sueño, pensaba que allí arriba podrían haber encontrado algo excepcional, pero cuando Noa certificó que en la buhardilla no había más que trastos inútiles aquel misterio se disolvió en su mente. Se quedó dormido en apenas unos segundos.

Pero Noa no opinaba igual. Algo merodeaba por su mente, como una espina molesta clavada en la yema de un dedo. Prefirió no acostarse, porque sabía que no podría conciliar el sueño. Lo que necesitaba era salir a dar un paseo, respirar aire sano en el monte y tratar de aclarar sus dudas. Decidió llevarse a Guillermo con ella. Con Aitor durmiendo la siesta no le hacía mucha gracia que se quedara solo en la casa. Cogió una botella de agua y sus gafas de sol y salieron por la puerta sin hacer ruido.

—¿Adónde vamos, mamá?

—A pasear por el monte, a mover un poco las piernas.

—Pero hace mucho calor.

—Seguro que por donde vamos los árboles nos darán sombra.

Caminaron hasta el coche, y una vez allí Noa decidió seguir la ruta que nacía al final de la casa, hacia donde Emilio dijo que estaban las balsas naturales. El camino, ligeramente en pendiente, se adentraba en el monte serpenteando entre los pinos. El único sonido que llegaba a sus oídos era el de las chicharras, ocultas entre los matorrales. Debían de contarse por cientos.

—Ten cuidado no te tropieces, ¿vale? —advirtió a Guillermo.

No avanzaron muchos metros cuando a su izquierda apareció una balsa, al final de un pequeño precipicio. Sin embargo, estaba vacía. Noa se acercó con cuidado de no caer. Guillermo la siguió entusiasmado, pero lo sujetó por el brazo.

—Ten cuidado. Si te caes desde aquí te matas.

—¡Qué pasada, mamá! ¿Por dónde se baja ahí?

Noa paseó la mirada por el perímetro del socavón. Parecía un barranco en forma elíptica. La única forma de llegar hasta allá abajo era por un pequeño camino de rocas nada aconsejable que había a pocos metros de ellos. Un camino prácticamente vertical. No sabía si esa balsa era donde venían los niños del pueblo a bañarse, pero de ser así no le hubiera extrañado que se produjera más de un accidente. Aquello era peligroso, tanto que ella no se veía capacitada para descender entre las rocas.

—No creo que se pueda bajar, Guille. Venga, continuemos. Seguro que hay balsas más asequibles que ésta por el sendero.

Guille no protestó y se pegó una carrera hasta donde el camino se curvaba. Noa lo siguió a buen ritmo. No se había equivocado. Los pinos eran tan altos y frondosos que concedían una buena sombra. Al pasar la curva, el camino continuaba serpenteando y parecía llevar directo a la montaña que se entreveía a lo lejos. Al parecer aquel paseo improvisado estaba haciendo las delicias de Guillermo. Lo observó y sonrió. Le encantaba verlo feliz.

Noa inspiró profundamente. Sus pulmones se llenaron de aroma a pino. Era una sensación reconfortante. Adoraba ese olor, le hacía sentir que en este mundo todavía había cosas bellas por descubrir, infinidad de rincones por explorar. De pronto, sus pensamientos viraron hacia los incomprensibles sonidos durante la noche en la buhardilla, y por un segundo, se sintió inquieta al pensar en la noche que se avecinaba, pero sobre todo, se preguntaba si se

volverían a producir. Sabía que si se obsesionaba con ello, lo iba a pasar muy mal tratando de conciliar el sueño por las noches.

Allí arriba no había ningún animal, estaba segura. Tampoco ningún agujero o grieta en las paredes por donde pudiera entrar y salir a sus anchas. Sin embargo, observó dos cosas que le habían llamado la atención. La primera fue el paquete de pañuelos de papel. Desentonaba claramente con el resto de trastos de la buhardilla por la sencilla razón de que, estando encima de las maderas apiladas y cubiertas de serrín, éste estaba completamente limpio, como si no llevara mucho tiempo allí. La segunda, aquella zona que parecía barrida justo al lado del paquete de pañuelos. Era una roncha despejada de suciedad en mitad de un suelo inmundo, como si alguien hubiese estado retozando como un cerdo en el lodo.

Y sabía quién era la única persona que tenía acceso a la buhardilla.

Al llegar a esa conclusión sintió cómo se excitaba por momentos. Vio despreocupada cómo Guillermo cogía una piedra del suelo y la lanzaba contra los arbustos.

—Ten cuidado no te vaya a salir un bicho de debajo de una piedra.

—Mamá, no me dan miedo los bichos.

Cogió otra piedra y la lanzó al aire contra las ramas de un pino. Un pájaro, asustado, salió volando. Su aleteo resultó tétrico en el silencio del monte. Noa, de pronto, se sintió vulnerable entre aquella arbolada.

Continuó con sus elucubraciones. No tenía sentido. ¿Qué iba a hacer Emilio por la noche en la buhardilla? Además, lo habrían oído llegar con el coche. En el silencio que reinaba en la casa por la noche no tenía ninguna duda de que así habría sido. A no ser que hubiese llegado hasta la casa caminando, claro está. Pero eso era inconcebible. ¿Con qué fin? Era una idea absurda. Tenía que haber otra explicación, algo más racional, pero una cosa era cierta: si esta noche se volvían a repetir los ruidos no dudarían en averiguar su procedencia.

El sendero se estrechó invadido por el sotobosque, aun así, cabían perfectamente dos personas una junto a la otra.

—Mamá, me encanta este sitio, parece un bosque encantado. ¿Por aquí es por donde pasea papá por las mañanas?

—Supongo que sí, cariño.

Noa miró la hora en su reloj de pulsera. Llevaban paseando veinte minutos, y el terreno cada vez se hacía más abrupto. Las piedras y las ramas

caídas, cada vez más abundantes, hacían que caminar no fuera una sensación agradable y, además, debían llevar mucho cuidado de no arañarse con la maleza que invadía el sendero.

De pronto escuchó un sonido nuevo para ella entre aquella soledad. No eran chicharras, ni pájaros revoloteando por el aire. Eran ramas aplastadas.

El eco de unos pasos.

Creyó que procedía de detrás de ellos, estaba casi segura. Sintió cómo la embargaba una sensación de alivio por el simple hecho de saber que no estaban solos allí en mitad del monte. Pensaba que un lugar tan alejado del pueblo no lo utilizaría nadie para practicar senderismo, pero por lo visto estaba equivocada.

—¡Guillermo, no te alejes!

Quien quiera que fuera debía de caminar más rápido que ellos, de otro modo no les habría alcanzado. Esperó ver aparecer a alguien en cualquier momento sobrepasándoles en el camino. Se giró sin detenerse, pero no vio a nadie. Debería estar todavía en una curvatura del terreno de las que iban dejando atrás.

Por un segundo creyó dejar de escuchar los pasos.

—¡Guillermo, te he dicho que vengas aquí! —su tono de voz sonó inquieto.

El niño, al escuchar el grito de su madre, obedeció y regresó a su lado. Por nada del mundo quería hacerla enfadar. No era nada recomendable.

—¿Qué pasa mamá, por qué te paras?

—Shhh, calla.

Inmóviles en el camino, Noa intentó centrar toda su atención en el oído. Ahora, no se sentía cómoda con alguien siguiendo sus pasos. Mantuvo la esperanza de que finalmente el caminante los alcanzase, los saludase con amabilidad y continuase su camino.

Pero los pasos dejaron de escucharse.

Las chicharras, incomprensiblemente, enmudecieron.

¿Y si era un animal? Esa idea no le hizo la más mínima gracia. No había consultado qué tipo de fauna habitaba en aquellos montes, pero por el pesado crujir de las ramas, si lo era, debía de ser uno muy grande. Lo único que se le ocurría era un jabalí, y si no se equivocaba, eso podría ser muy peligroso. Un recuerdo fugaz llegó a su mente. Una noticia meses atrás en el periódico local donde unos cazadores mostraban el estado en que el animal había dejado a sus perros. Sin duda, debía tener mucha fuerza, y asustado o enrabietado debía de

ser mortal.

—¿Qué oyes mamá? —susurró Guillermo, que había comenzado a sentirse atemorizado al ver la preocupante reacción de su madre.

—Nada, cielo. Venga, sigamos caminando.

Por ahora, esa era la mejor opción. Tratar de alejarse lo máximo posible y dejarlo en paz. Reanudaron la marcha a paso rápido, y cuando Noa vio una rama partida lo suficientemente consistente, abandonó la botella de agua y la cogió para defenderse si llegara el caso. Guillermo permaneció a su lado siguiendo el ritmo que marcaba Noa. Estaba asustado y no se atrevía a separarse de ella.

El cielo se oscureció durante unos segundos. Una nube solitaria debía de haber ocultado el sol. Noa, en su afán por caminar rápido, se arañó el gemelo con un arbusto. Sintió un ligero latigazo de dolor y lanzó un débil gemido.

—¿Te has hecho daño, mamá?

—Es solo un arañazo. No te pares.

—¿Qué es lo que nos sigue? tengo miedo.

—Tranquilo hijo. Mamá está contigo. No sé qué puede ser, pero no dejaré que te pase nada, te lo prometo.

Las palabras alarmantes de Noa sumergieron a Guillermo en un estado de terror. Sujetó la mano libre de su madre y la apretó con fuerza. De pronto, los crujidos de las ramas se volvieron a escuchar. Esta vez daba la impresión de que estaban más cerca. Noa pudo distinguir que aquellos sonidos no pertenecían a ningún animal. Eran pasos. Pasos humanos. Se detuvo de nuevo y se giró.

—¿Hay alguien ahí?!

Por un momento se sintió bastante estúpida haciendo esa pregunta. Era un cliché típico en todas las películas de terror que había visto, y nunca los protagonistas obtenían respuesta. Pero, ¿qué iba a preguntar si no?

Esperó que en el mundo real las cosas cambiaran, que alguien respondiera un *buenas tardes* o un *hola, qué tal*.

Pero nadie contestó.

La ficción se tornaba realidad. La única réplica que recibió fue el chasquido de una rama al partirse en dos sucedido por un silencio estremecedor. Había una posibilidad de que el caminante fuese escuchando música y no hubiese oído su grito, por ese motivo decidió esperar unos segundos más. Cuando vio que nadie aparecía por el sendero embelesado en

sus pensamientos comprendió que alguien les estaba siguiendo, que se ocultaba de ellos utilizando el monte.

—Vamos, Guille, sigue caminando, lo más rápido que puedas.

—¿Quién es mamá?

—No lo sé. Camina, no te pares.

Noa sujetó la rama con tanta fuerza que las cortezas secas se le clavaron en la palma de su mano. Si alguien la atacaba tenía muy claro lo que debía hacer. No dudaría ni un segundo en partirle la cabeza en dos porque nadie iba a tocarla, y mucho menos a su hijo. Aun tratando de encontrar aliento en su interior, sentía cómo el corazón latía desenfrenado.

Con mano temblorosa sacó el teléfono móvil del bolsillo. Vio por el rabillo del ojo cómo Guillermo se agachaba y cogía una piedra de gran tamaño. Llamar a Aitor era la única solución que se le ocurría, él sabría lo que hacer. Rezó, lo primero por tener cobertura, lo segundo, porque Aitor no lo tuviera puesto en modo silencio.

Escuchó un arbusto estremecerse a sus espaldas. Averiguar quién andaba allí era tan fácil como dar la vuelta y desandar el camino. Pero no tenía valor para eso. Sin detenerse, comprobó la cobertura. Aliviada vio que, por muy complicado que pareciese allí en medio de la nada, tenía dos rayitas marcadas.

—¿A quién vas a llamar? —quiso saber Guillermo.

—A papá, cariño. Él nos ayudará.

O eso esperaba. Escuchó su propia voz trémula, un extraño tono disonante, como si no perteneciese a ella misma. Buscó el número de Aitor y pulsó el botón de llamada. A los pocos segundos comenzó a dar señal. Cerró los ojos aliviada. Al menos no lo tenía apagado.

—Cógelo, maldita sea —murmuró para sí misma.

Al cabo de ocho tonos la señal se cortó. Sin embargo, tener el teléfono pegado a la oreja le dio una idea. Era desesperada y quizá estúpida, sí, pero era lo único que se le ocurrió. Su otra opción era seguir avanzando y adentrarse cada vez más en un monte desconocido. Comenzó a hablar, casi gritando para hacerse oír, fingiendo que había alguien al otro lado de la línea.

—Cariño... te he despertado... ven por el camino que va hacia las balsas... no... creo que nos sigue alguien... coge un arma, por favor.

Creyó parecer convincente cuando el propio Guillermo se alegró al pensar que había hablado con su padre. Lo mejor, para no echar el plan a perder,

sería no decirle la verdad hasta estar segura de que el acosador huía.

—¡Bien! ¡Papá viene, papá viene!

—Sí cariño, conociendo a tu padre no tardará mucho en llegar —dijo con un tono de voz elevado para asegurarse de que era escuchada.

Disminuyó un poco el paso, necesitaba prestar atención al entorno, saber si todavía seguían tras ellos. A pocos metros, donde parecía que acababa aquella parte angosta del sendero, divisó otra balsa, y al igual que la primera, al fondo de un barranco de difícil acceso. Ésta era de mayor tamaño pero también estaba vacía. Se preguntó cuántas más habrían en todo el recorrido. Observó a su hijo. Estaba tan asustado que ni siquiera se pronunció ante el nuevo hallazgo. Circundando el barranco había una pequeña explanada. Los pinos, más dispersos, seguían siendo inmensos, pero permitían filtrar los rayos del sol.

Noa consideró que era un lugar idóneo para ocultarse. Se guardó el teléfono en el bolsillo, cogió de la mano a Guillermo y corrió hacia unos matorrales de estepa.

—Ven cielo, agáchate. Ahora guardaremos silencio, ¿vale? —musitó.

Guillermo asintió. La piedra no la había soltado de la mano en todo el camino. Ahora, allí agazapado, notaba que ya le pesaba demasiado.

Permanecieron diez minutos en esa posición. Noa los contó uno por uno con su reloj. Nadie apareció por el sendero. Tampoco volvió a escuchar crujidos de pisadas.

Gracias a Dios su plan había funcionado.

Ahora, el regreso a casa se convertía en un paseo cargado de tensión.

* * *

El atardecer había pintado el cielo de tonos violetas y azul oscuro, con una franja en el horizonte de pequeñas nubes coloreadas como si de algodón de azúcar se tratara. Los pájaros trazaban sus últimos círculos en el cielo gorjeando obstinados, por encima de las copas de los árboles, a la espera de que la noche cayese al fin. Desde la terraza, sentados cómodamente en las butacas con una cerveza en la mano, Noa y Aitor contemplaban las maravillosas vistas que les ofrecía el crepúsculo. A esas horas, el aire todavía podían sentirlo caliente, sin embargo, ahora era como una caricia agradable. Abajo, donde estaba la leña apilada, Guillermo jugaba entre los troncos vigilado por sus padres, porque después de lo ocurrido durante la tarde no querían quitarle la vista de encima.

Noa dio un trago al vaso de cerveza. La espuma se quedó adherida a sus labios. Solo llevaban tres días de vacaciones y ya habían sufrido demasiados percances. Se aclaró la voz antes de romper el silencio que mantenían.

—¿Quién crees que podía seguirnos en el monte?

Noa dejó caer la pregunta sin apartar la vista de Guillermo.

—No lo sé, Noa —contestó Aitor y dio un trago de cerveza—. ¿Pero tú estás segura de que alguien os iba siguiendo? Podría ser cualquier cosa, un animal, o el viento, o ramas de los árboles al caer.

Noa giró la cabeza hacia Aitor y lo atravesó con la mirada.

—Yo era quien estaba allí y todas esas opciones que me dices ya las analicé sobre el terreno. Creo que sé distinguir perfectamente lo que son unos pasos humanos de lo que no lo son, ¿acaso dudas de mí? —se defendió con un tono de voz increpante.

—Yo no he dicho eso. Solo digo que puede que el miedo te haya hecho ver cosas donde no las hay. Piénsalo por un instante. Esta casa está muy alejada del pueblo, como queríamos, y me parece mucha casualidad que alguien subiera desde el pueblo hasta aquí para caminar por el mismo camino que escogiste tú, y precisamente a la misma hora.

—Vale, eso es poco probable, lo reconozco. ¿Pero y si alguien nos estaba esperando?

Aitor esbozó una sonrisa.

—¿Alguien? ¿Quién sabe que estamos aquí? Ni siquiera hemos bajado al pueblo todavía. Además, en un sitio con tan pocos habitantes dudo mucho de que alguien actúe de esa forma, vamos, como un acosador en potencia.

—No te equivoques. Puede que todo el pueblo sepa ya que estamos en la casa. Te recuerdo que ese tal Germán estuvo por aquí y, además, estuve hablando con él. Emilio también lo sabe. En los pueblos pequeños tú sabes que no hay secretos, las noticias vuelan de boca en boca.

Aitor pegó otro trago de cerveza. La verdad, pensó, es que Noa tenía razón, sin embargo, eso no hacía otra cosa que poner las cosas más interesantes.

—¿Viste si ese Germán te miraba de una forma insolente, o notaste un comportamiento extraño? —Aitor clavó la mirada en el horizonte, esperando una respuesta con actitud indiferente.

—Bueno, puede que se fijase en mí, pero de una forma superficial, a mi modo de entender, supongo que le llamaría la atención una mujer de ciudad.

—Ya... —replicó Aitor sin apartar la mirada del horizonte—. ¿Y tú no lo provocaste?

Noa detestaba que Aitor le hiciera ese tipo de preguntas, y en más de una ocasión había dejado clara su posición inapelable, pero esta vez no quería enfadarse, por lo que decidió ser un poco más permisiva. Estaba absolutamente convencida de que alguien les seguía esa tarde por el campo y ahora necesitaba la ayuda de su marido.

—Bueno... quizá me sentí un poco presumida en su presencia, no sé cómo se lo tomó.

—Entiendo —Aitor apuró su vaso de cerveza y lo dejó con un golpe seco sobre la mesa—. La próxima vez que venga por aquí saldré yo a hablar con él. Veremos qué impresión me da.

Noa prefirió callar y abordar el segundo tema que le inquietaba.

—¿Y qué hacemos respecto a esos ruidos de la buhardilla?

—Ahora, antes de que oscurezca por completo, sacaremos las linternas del maletero. Si esta noche volvemos a escucharlos saldremos a investigar qué demonios los producen.

Noa deseó que aquellos extraños sonidos hubieran sido algo puntual, un ajuste de la madera, por ejemplo, pero lo que pensó durante el paseo antes de ser interrumpida seguía manteniéndolo. El único que tenía acceso a esa parte de la casa era Emilio, a no ser, (se le acabó de ocurrir) que hubiesen sido dos personas (o más) las que, empleando el mismo método que ellos utilizaron para subir hasta allí arriba, hubiesen allanado la buhardilla para Dios sabe qué. Quizá era una pareja en busca de un lugar tranquilo donde tener intimidad, o chiquillos del pueblo persiguiendo nuevas aventuras, o drogadictos buscando un rincón escondido donde meterse esa mierda en el cuerpo. Podría ser cualquiera. Sin embargo, prefirió guardarse su opinión para sí misma. Lo mejor era esperar a ver qué pasaba esta noche.

—Si los oigo te despertaré —le advirtió Noa con la intención de ponerle sobre aviso.

—Es lo que debes hacer.

—Pienso dormir toda la noche con un cuchillo bajo la almohada.

—Me parece buena idea, será mejor que tengamos algo cerca con lo que defendernos. Y ahora, cariño, ¿me podrías traer otra cerveza?

30 de julio de 2016, 22:57 horas.

Solo habían pasado poco más de diez minutos cuando la mente de Elena cayó en un trance onírico para defenderse a sí misma del horror.

Ya no olía el hedor de la tierra, ya no sentía tiritar su gélido cuerpo y el dolor de sus arañazos había sido eclipsado. Inmóvil como un muerto, la oscuridad que la envolvía con su frío manto había pasado a un segundo plano intrascendente, a un lugar donde, por el momento, no podía alcanzarla. Su mente la sumergió en una realidad ficticia, un lugar donde el mal no podía existir. De pronto se vio sonriendo en mitad de un prado que se extendía hasta donde su vista llegaba a alcanzar. La hierba, alta y suave, acariciaba sus pies descalzos. Giró en círculos con los brazos abiertos al tiempo que reía embargada por una sensación placentera, como si pudiera echarse a volar si se lo propusiera. Desvió la mirada hacia el cielo azul, moteado por diminutas nubes blancas. El sol, aunque abrasador, era agradable. Escuchó el sonido del agua correr, era como una especie de gorgoteo repetitivo. Se giró hacia el lugar de donde provenía el sonido y divisó un arroyo. La sensación de paz que se apoderó de ella fue inigualable. Corrió hacia él decidida. Conforme se acercaba se deleitó viendo discurrir el agua por su cauce, chocando suavemente contra las rocas, envolviendo la vegetación que se aventuraba a crecer en su orilla.

No pudo resistirse a mojarse los pies en él y sentir el abrazo del agua rodeando sus tobillos. Se subió la falda larga con la que su mente decidió

ataviarla y, con precaución de no resbalar, se introdujo en el cauce. Creyó que el agua estaría fría, pero estaba equivocada, su temperatura era lo suficientemente cálida como para arrancarle un agradable escalofrío.

El arroyo no era muy caudaloso, y cautivada por su magia, pataleó el agua consiguiendo que las gotas salpicaran su piel. Era una sensación extraordinaria, como si el agua la colmase de cientos de besos dispersos.

Ajena a la realidad, desconocía la gran labor que estaba realizando su mente.

Cuando se cansó de golpear el flujo del agua, desvió la mirada hacia el oeste. Allá, no muy lejos, distinguió una gran arboleda, en la distancia le parecieron pinos, y abarcaba una considerable extensión del terreno. Extrañada, aunque no preocupada, pensó que esa floresta no estaba allí antes. Un sombra barrió la superficie en esa dirección. Miró al cielo. Era un enorme pájaro, puede que un águila, volando con una elegancia asombrosa. El batir de sus alas lo ejecutaba como a cámara lenta, planeando gran parte del recorrido. Elena pensó que en aquellos árboles debía de estar su hogar. Siguió el vuelo con la mirada hasta que el ave desapareció en la lejanía. Un golpe de viento adhirió el vestido a su piel y ondeó su cabello.

De pronto, un sonido opuesto a toda aquella suntuosidad avanzó por el aire como una legión de sombras. Éste era fácilmente identificable: ladridos de perro. Quejumbrosos.

Una sensación de inquietud invadió todo su ser. Salió del arroyo y se detuvo en la orilla observando con recelo la arboleda, una masa verdosa que armonizaba con el azul ártico del cielo. El eco del ladrido se repetía incansable. El animal parecía tener problemas, o ésa era la sensación que le transmitía.

El instinto guió sus pies hacia la arboleda. Deseaba ayudarlo, terminar con su sufrimiento. Puede que tuviera una pata rota, o que hubiese caído en una zanja. Avanzó unos metros entre la hierba. Conforme lo hacía, la masa frondosa aumentaba de tamaño. Los ladridos lastimeros, por momentos, se iban haciendo insoportables, reverberando en sus tímpanos con persistencia. Imprimió más velocidad a sus pasos, casi llegando a correr. El volumen de los ladridos aumentaba cuanto más se aproximaba. El sol, de pronto, resultó abrasador, puede que fuera porque el viento cesó. El vestido blanco y largo hasta los tobillos, de pronto se convirtió en un obstáculo, le costaba dar los pasos con la rapidez que precisaba.

Redujo la distancia a poco menos de un kilómetro. Ahora podía distinguir con claridad que aquella arboleda estaba formada por inmensos pinos. Fue el preciso instante cuando se detuvo y, aterrorizada, atisbó un pastor alemán corriendo enloquecido hacia ella. Había salido del sotobosque, como si hubiese estado esperando su llegada.

Mientras su mente confundida trataba de asimilar qué era lo que estaba ocurriendo, se giró vertiginosamente hacia atrás y corrió todo lo rápido que le permitieron sus pies. Tuvo que levantarse la falda para aligerar sus piernas. Sintió una oleada de terror, un pánico atroz a lo que aquel perro podría hacer con su cuerpo si la alcanzaba.

Miró desesperada en derredor. No había ningún lugar donde ocultarse, simplemente una alfombra verde atravesada por un arroyo. Sabía que el perro era mucho más veloz, que no tardaría en alcanzarla. Casi podía oír su respiración agitada a su espalda. Su corazón bombeaba sangre sin control. Miró por encima del hombro. El perro recortaba distancias a cada segundo infernal que pasaba. Asumió que no tenía escapatoria. Su mente se preparó para recibir dolor, para sentir cómo su carne era masticada hasta llegar al hueso.

Cayó a la hierba y rodó.

Jadeando, reculó como un cangrejo con la mirada clavada en el can. Parecía ido, fuera de sí. Sus miradas se encontraron. Tuvo la impresión de que aceleraba el ritmo triunfal, ansioso por llegar a su presa.

Cuando saltó hacia ella y clavó sus dientes en su pierna desnuda, el intenso dolor la devolvió a la horrible realidad. El pastor alemán había desaparecido, el sol ya no brillaba. En su lugar apareció la temida oscuridad, el claustrofóbico espacio dentro del cajón de madera, el hedor a tierra húmeda, el dolor en su pierna lastimada, el frío intolerable que entumecía sus músculos. Conmocionada todavía, hiperventiló desesperada. Sintió la boca seca, los labios agrietados, un aliento putrefacto y frío. Trató de incorporarse en un acto reflejo. Su cabeza chocó contra la madera causándole un intenso dolor. La opresión en su pecho parecía querer hacerle estallar el corazón. Enajenada de terror, pensó que ése sería un buen final, rápido, puede que doloroso, pero que sin duda acabaría con su sufrimiento en unos pocos segundos.

De pronto, como si hubiera sido capaz de perseguirla a través de la mente, el ladrido infernal del perro llegó a sus oídos. Sonaba hueco, lejano. Por un

momento permaneció inmóvil, a la expectativa, tratando de averiguar qué era lo que estaba pasando. El dolor en la pierna herida se agudizó, como si los colmillos del animal estuviesen hundidos en su carne de nuevo. Su mente, poco a poco, fue recomponiéndose, separando lo que era real de lo que no lo era. Y aquellos ladridos, incesantes, eran verídicos.

Un atisbo de esperanza nació de pronto en su ser, reactivando cada célula de su cuerpo. Tratando de escuchar por encima del fuerte latido de su corazón llegó a la conclusión de que los ladridos del perro se filtraban por la tierra desde la superficie. Sintió un hormigueo en el estómago. Aquel animal podía ser su única oportunidad de salir de allí. No le importó consumir una porción de oxígeno extra. Gritó todo lo fuerte que pudo.

—¡Socorro! ¡Ayuda! ¡Aquí abajo!

¿Qué posibilidades había de que el perro estuviese con su dueño, y de ser así, de que el dueño interpretase que bajo la tierra había algo que llamaba la atención del animal? Quizá era un perro vagabundo, pero aun así había una probabilidad de que escarbase hasta el ataúd. Si podía escuchar los ladridos no debía de estar enterrada a muchos metros de profundidad.

Única oportunidad, no debía de quedar mucho oxígeno. Gritó hasta dañarse la garganta y golpeó con sus puños los laterales del ataúd tratando de hacer el máximo ruido posible. Las lágrimas corrían por sus sienas. La oscuridad parecía disolver sus gritos antes de llegar a la superficie, pero solo era una impresión, porque el perro ladraba con más intensidad, como si realmente pudiera oírla. Claro que sí, pensó, claro que puede oírme, los perros tienen el sentido auditivo mucho más desarrollado que el ser humano. Sabe que estoy aquí, lo sabe. Sácame de aquí, por el amor de Dios, sácame de aquí.

De pronto comenzó a sentir gotas de agua golpeando su cuerpo. Sus zonas desnudas podían sentir su helor, lo que hacía que su cuerpo fuese atravesado por una procesión de escalofríos. Tratando de dominar el horror, comprendió lo que ocurría. Estaba lloviendo, y el agua se filtraba a través de la tierra y de la caja de madera que la confinaba. Para que esto sucediera, la lluvia debía de caer en abundancia, seguramente una gran tormenta a pocos metros de ella.

—¡No, no, no!

Los ladridos del perro habían cesado. Una losa aplastó su mente, su única oportunidad de sobrevivir había sido anulada por una contingencia terrenal. Con la voz temblorosa por las sacudidas del frío intentó una última vez

comunicarse con el exterior:

—¡Estoy... aquí! ¡Ayuda!

Sus ruegos se quebraron con el llanto. Sabía que el perro había huido en busca de cobijo olvidándola allí abajo, abandonándola a su suerte. A continuación, el terror se apoderó de ella. Lloró, gritó, se sacudió dentro del ataúd. Ahora ya estaba todo perdido.

* * *

La noche había oscurecido el cielo. La luna, en cuarto creciente, brillaba tenuemente envuelta por cientos de estrellas. Desde la terraza, Aitor y Noa podían ver el contorno de las montañas, pero por lo demás, todo era oscuridad. Impenetrable. Vacía.

Cuando acostaron a Guillermo, éste quedó dormido en pocos segundos, exhausto después de jugar y trotar durante todo el día por las cercanías de la casa. Siguiendo el plan que habían trazado, antes de que la noche cayera por completo, Aitor sacó dos linternas del maletero del coche y dejó una en cada mesita de noche del dormitorio, junto a la lamparita.

Noa, como bien había dicho unas horas antes, buscó un cuchillo para la carne en la cocina, largo y afilado, y lo colocó debajo de su almohada. Tenía una extraña sensación de inquietud de la que no podía desprenderse, y su cercanía a tan solo un movimiento de mano hacía que se sintiera más segura. En cuanto a Aitor, prefirió algo más contundente. Después de buscar por toda la casa optó por el atizador de la chimenea, una barra de hierro sucia de hollín acabada en un gancho. Lo dejó en el suelo, junto al lado de su cama. Con estirar el brazo ya era suyo.

Apagaron las luces, se despidieron con un beso fugaz y Aitor, a los pocos minutos, ya había sido vencido por el sueño. Su respiración profunda lo delataba. Sin embargo, Noa, boca arriba con la mirada fija en la oscuridad que envolvía el techo, sabía que podría pasar mucho tiempo antes de caer dormida. El silencio era abrumador. Solo escuchaba el maldito croar de las ranas en el estanque. Y el calor, como la noche anterior, comenzaba a ser asfixiante. Todo se repetía como un bucle en el tiempo, un macabro juego del universo. La única pieza que faltaba para que se completara el proceso era que aquel extraño sonido se volviera a repetir. En esos momentos, a pesar de tener a Aitor a su lado, se sentía sola, aislada en una oscuridad asfixiante.

Era pronto, no debían pasar de las 12:30 de la madrugada y la noche anterior los sonidos comenzaron sobre las 3:45. Imaginó que de volverse a

repetir, lo harían más o menos a la misma hora, no sabía por qué, una mera intuición. Sin embargo, tenía la seguridad de que si no hacía algo por liberar su mente se mantendría despierta hasta que llegase el momento.

La nevera, alterando el silencio, crujió tan fuerte que la sobresaltó.

Se sintió como una niña atemorizada y se recriminó a sí misma por semejante actitud. Se propuso expulsar los pensamientos dañinos de su mente, tratar de dejarla en blanco y cerrar los ojos. Obviar el calor insoportable, anular el incesante croar de las ranas. Pero sobre todo, soltar el cuchillo que había aferrado con fuerza.

Debía convencerse de que allí arriba no había nada ni nadie.

Y aunque ya no fue consciente de su triunfo, funcionó. Al poco tiempo el sueño la dominó por completo. A pesar de la caldera en que se había convertido la habitación, acabó acurrucándose en el hombro de Aitor.

* * *

Unas horas antes, Emilio, repantigado en la silla con una lata de cerveza en la mano, observaba con atención todos los movimientos de la familia. Valiéndose de la cámara oculta entre los ladrillos de la barbacoa contempló lo que parecía una interesante conversación entre el matrimonio. Hubiera dado cualquier cosa por saber de qué hablaban. Volvió a recordar los micrófonos que nunca llegó a colocar esa primavera. Craso error. Se prometió a sí mismo que antes de finalizar el año la instalación debería estar finalizada, pero por ahora, acercando y alejando el zoom sobre el turgente escote de la mujer, tenía suficiente. Porque esa era exactamente su misión inminente. Debía ir caldeándose para la mágica noche que le esperaba.

Dejó escapar un eructo que retumbó en las negras paredes y dedicó una fugaz mirada a uno de los monitores del salón. El crío jugaba sentado en el sofá con la pequeña videoconsola. Un movimiento en el monitor de la terraza hizo que volviera a fijar la atención en la pareja. Se habían levantado y se dirigían a la cocina. Miró la hora. Eran casi las diez de la noche. Hora de cenar. Como si estuviesen sincronizados sintió un retortijón en el estómago. Él también tenía hambre, y como siempre hacía, el momento ideal para cenar era el preciso instante en que lo hacían sus inquilinos. Sabía elegir bien, porque era el momento del día, junto a la comida, en el que lo que ocurría en la casa carecía de importancia.

Se levantó de la silla sin soltar la cerveza y salió de la *pajarera* dejando los monitores encendidos y cerrando la puerta con llave tras de sí. Era una

manía preventiva que adoptó mucho tiempo atrás. Minimizar riesgos, porque nunca se sabía qué podía pasar, incluso estando él en casa.

Bajó las escaleras y caminó hasta la cocina. Esa noche se inclinó por una cena ligera con el fin de no sufrir pesadez de estómago toda la noche, ya que quería estar en perfectas condiciones para disfrutar al máximo. Optó por un filete de ternera muy asado acompañado de una modesta ensalada. Y por supuesto, la botella de vino tinto.

Preparó la mesa y sacó la cena mientras silbaba una tonadilla. Se acomodó en la silla y encendió la televisión. Seleccionó el canal de noticias 24 horas y se dispuso a cortar la carne. Primero en varios trozos, luego, dividió esos trozos en más porciones. Pinchó uno con el tenedor y se lo llevó a la boca. Masticaba despacio, saboreando la carne que había quedado dura y empalagosa, como a él le gustaba. Dedicó toda su atención a las noticias. Un incendio se había desatado en el norte del país. Las altas temperaturas que se habían adueñado de la zona hacía que su extinción fuera una dura tarea. Con la boca abierta y llena de carne susurró una maldición para el desgraciado que lo hubiese provocado. Acostumbrado a vivir toda la vida entre montes, para él la naturaleza era sagrada.

Sin acabar de tragar la comida que rumiaba en la boca, cogió la copa de vino y dio un buen trago. La carne fue arrastrada por su esófago como una riada y expelió el aire de su interior ruidosamente. Aquella noticia había logrado que la ira creciese en su interior y las venas de las sienes se le dilataron mientras se echaba otro trozo de carne a la boca. Se imaginó que aquel filete pasado al fuego era la mano cocinada del presunto pirómano y eso le hizo sonreír, arrancándole una grotesca carcajada. Ya no se preocupaba de masticar con la boca cerrada. Ahora, con la sonrisa permanente en su rostro y la mirada atornillada a la televisión, rumiaba el trozo de carne escandalosamente, provocando nauseabundos sonidos, sin preocuparse de limpiar con la servilleta los hilos de grasa que resbalaban por su barbilla.

El telediario dio paso a otra noticia y eso lo tranquilizó. Ahora masticaba aletargado. La ola de calor que castigaba el país cobró protagonismo, pero también las previsiones meteorológicas que anunciaban fuertes tormentas en los próximos días en la zona este, hacia el interior. Sin lugar a dudas era una noticia muy a tener en cuenta, ya que sus planes podrían verse alterados. Meditó las consecuencias al tiempo que se metía en la boca un trozo de tomate y daba un largo trago a la copa de vino. Dirigió la mirada un instante a una de

las ventanas del salón. Por allí asomaba la noche. De momento, el cielo estaba raso y estrellado, oscuro como la muerte.

El cambio de tercio en el telediario llamó su atención y giró la cabeza con rapidez hacia la televisión. Por un momento dejó de masticar, con la boca entreabierta llena de comida, y mantuvo la atención embelesado sobre la pantalla. Tanteó la mesa buscando el mando a distancia y subió el volumen.

"La Guardia Civil continúa la búsqueda de la mujer de treinta y ocho años, Elena Bayona, desaparecida hace cuatro días en Dos Aguas, en la Comunidad Valenciana. "

La noticia finalizó dando paso a los deportes. Emilio sonrió, pinchó un trozo de carne y se lo metió en la boca.

Cuando terminó de cenar llevó los platos y los cubiertos a la cocina, los fregó con parsimonia y subió en dirección a la *pajarera*. Echó un rápido vistazo a los monitores. La familia todavía no había terminado de cenar. Sentados alrededor de la mesa del comedor, veían dibujos animados en la televisión, aunque el hombre y la mujer parecían bastante desinteresados. Su mirada pronto se centró únicamente en la mujer. Una sonrisa lasciva se dibujó en su cara. La contempló unos minutos y apagó todos los monitores. Apagó la luz, salió de la *pajarera* y cerró con llave. Encendió la luz del pasillo y se encaminó hacia su dormitorio.

Hasta las tres de la madrugada aún disponía de unas horas para descansar.

* * *

Un alud de tierra se precipitaba hacia ella, arrastrando árboles y rocas a su paso. El sonido al desprenderse desde la cima de la montaña fue estremecedor, un crujido grotesco. Aterrorizada, contempló cómo la masa negruzca avanzaba hacia ella levantando una inmensa nube de polvo, rugiendo como un depredador ávido de sangre. Tenía poco tiempo si quería sobrevivir. Debía reaccionar ya. Se giró con rapidez y corrió en dirección contraria todo lo rápido que sus piernas le permitieron. No había dónde esconderse, pues todo sería arrasado a su paso en pocos segundos. Solo quedaba huir, sin embargo, el estruendo iba aumentando, acortando las distancias.

Miró por encima del hombro sin dejar de jadear. La masa de tierra parecía una boca voraz, engullendo todo a su paso. Su cara cobró una expresión de pánico indescriptible. Cientos de personas agonizaban en la cresta de la ola de tierra, retorciéndose de dolor, siendo golpeados por rocas y troncos, lanzando alaridos de terror. Apreció impresionada cómo decenas de miembros

seccionados volaban por el aire acompañados de los gritos de angustia y sufrimiento. Quitó la vista incapaz de soportar aquel espectáculo dantesco y miró al frente. No quería ver más. Sobrecogida por el final que la aguardaba, admitió que por muy rápido que corriese, la marabunta de tierra era mucho más veloz. En cuestión de segundos la habría alcanzado. Su mente, vencida por el miedo, se preguntó de qué servía huir. Nada se podía hacer, nada más que esperar el brutal impacto.

Se detuvo en seco, se giró hacia el alud y, resollando, se atrevió a mirar a los ojos a su verdugo. En los pocos segundos de vida que le quedaban pensó en la extraña relatividad de las leyes físicas. De lejos, el alud parecía avanzar a una velocidad moderada, pero ahora que estaba a pocos metros, pudo observar aterrorizada la inmensa velocidad que llevaba. Tan alta, que todo terminó en décimas de segundo. La terrible masa de tierra y carne la cubrió con un golpe violento, la enterró mientras los miembros cercenados rozaban su piel y la cubrían de sangre, al tiempo que la tierra aprovechaba el momento para introducirse por su boca y anegar sus pulmones cuando dejó escapar su último grito desesperado.

Noa se despertó aterrorizada y se incorporó en la cama como si dispusiese de un resorte en la espalda. Estaba empapada en sudor y el camisón se adhería a su cuerpo como una segunda piel. Oteó la oscuridad unos segundos con ojos vidriosos, todavía sentía el sucio sabor a tierra y sangre en su boca. Aunque no podía verlo, por su respiración sabía que Aitor estaba a su lado. En el momento en que aceptó que todo había sido una pesadilla, fue cuando percibió un ligero arrastre en la buhardilla. Un escalofrío se formó en la boca de su estómago y avanzó por su red de venas aumentando los latidos de su corazón. Su mente reordenó los acontecimientos y discernió los sueños de la realidad. Ahora recordaba la misión, el cuchillo bajo su almohada, el atizador al lado de Aitor.

Miró la hora en el teléfono móvil. Las 3:35 de la madrugada. Encendió la luz de la mesita de noche y la oscuridad fue absorbida.

—Aitor, despierta —susurró agitando su hombro.

El hombre estaba profundamente dormido y necesitó de un segundo aviso.

—¿Qué pasa, joder?

Noa se apresuró a explicarle la situación. La respuesta que había dado su marido indicaba que no le había hecho ninguna gracia que interrumpieran su sueño.

—He escuchado otra vez ruidos arriba —informó con un hilo de voz.

Aitor pareció abandonar su estado onírico y comprender la situación. Abrió los ojos como platos y se incorporó en la cama con brusquedad. Escuchó atentamente, pero la casa estaba en silencio. Fuera daba la impresión de que hacía viento, ya que se escuchaba el mecer de las ramas.

—¿Estás segura?

—Sí, sí. Estoy segura. Espera un poco —musitó poniendo en dedo índice sobre sus labios en señal de que guardara silencio.

Sentados en la cama permanecieron unos minutos sin abrir la boca, con la mirada fijada en el techo. Se escuchó un maullido lastimero en algún lugar del exterior. Quizá el gato estaba en celo, o hambriento, o se peleaba con las ahora silenciosas ranas del estanque.

La nevera crujió emitiendo un sonido parecido al que hace un hueso al partirse. Noa tragó saliva con dificultad. Sentía el corazón cómo luchaba por escapar de su pecho. Sin saber cómo, se dio cuenta de que sujetaba con fuerza el cuchillo para la carne en su mano. Miró por la ventana hacia la terraza. Más allá del cristal solo moraba la oscuridad.

De pronto se escuchó un golpe en la buhardilla, como si algo o alguien hubiese golpeado algún objeto de los que había arriba. La pareja dio un respingo al unísono.

—¡Mira, otra vez!

—Joder, es verdad. ¿Qué cojones es eso?

Tras el golpe, parecía que algo se arrastraba por el suelo. El sonido que producía era enervante, como si un muerto se arrastrara para salir de su tumba.

—¡Apaga la luz, corre! —susurró Aitor mientras cogía la linterna de la mesita de noche.

Noa obedeció y cogió su linterna. Aitor se bajó de la cama y asió con fuerza el atizador herrumbroso, con la otra mano encendió su linterna. El haz de luz se deslizó por todo el dormitorio, recorriendo las paredes hasta acabar enfocando el techo. Noa encendió la suya y juntaron los dos haces en un mismo punto. Ahora, aquel sonido reptante en la buhardilla era continuo, como si ya fuera incapaz de detenerse.

—¿Qué crees que es? —preguntó Noa con un cierto temblor en la voz.

—No lo sé, pero parece algo vivo. —Aitor enfocó con la linterna el rostro de su mujer. Su voz resultaba jadeante. —Guillermo sigue durmiendo. Es hora de averiguar qué está sucediendo.

—¿Crees que es buena idea salir ahí fuera con esta oscuridad? —susurró Noa con la esperanza de que Aitor cambiara de opinión.

—Cariño —dijo Aitor cogiéndola por los hombros—, sé que tienes miedo, pero no pienso pasarme todas las noches sabiendo que ahí arriba hay algo y que quizá pueda ser peligroso. Tenemos que saber qué es. ¿Lo entiendes?

Noa asintió mirándolo directamente a los ojos con expresión atemorizada.

—¿Estás conmigo?

—Sí, sí. Claro que sí. Vamos.

Salieron del dormitorio tratando de hacer el menor ruido posible. Desde el comedor se podían escuchar los irritantes sonidos salir de su habitación. Por lo demás, la casa permanecía en un inquietante silencio y Noa, por un instante, tuvo la desagradable sensación de que la casa flotaba en mitad de la oscuridad, como si unas fuerzas sobrenaturales pudieran alzarla de la tierra como si de una construcción de papel se tratase. Caminaron de puntillas por el suelo de terrazo con la precaución de dirigir el haz de luz de las linternas hacia el suelo con el fin de no ser vistos desde el exterior. La cautela ahora era indispensable. Se asomaron a la habitación de Guillermo y lo enfocaron con las linternas. Éste yacía boca abajo durmiendo profundamente, ajeno a lo que estaba sucediendo en la casa.

Había llegado el terrible momento de abandonar la seguridad que las paredes de la casa les ofrecía. Aitor giró la llave despacio, con cuidado de no hacer ruido, y entreabrió la puerta para echar un primer vistazo. Por el hueco abierto se coló el sonido sibilante que provocaban las ramas de los árboles agitadas por el viento. El olor a vegetación inundó sus fosas nasales. En cualquier otra situación habría sido un aroma agradable, pero ahora le resultaba terrorífico.

Asomó la cabeza por el umbral. Aquello era una estupidez, pues todo lo que alcanzaba a ver era oscuridad. Dedujo que el cielo estaría nublado, ya que ni la luna proyectaba reflejo alguno.

—Joder, no veo nada.

—Vamos, vamos —lo apremió Noa—. Lo que quiera que haya allí arriba todavía sigue ahí. Aún se escuchan los sonidos encima del dormitorio. Coge la llave, no te olvides.

Aitor la sacó de la cerradura y se la guardó en el bolsillo. Abrió la puerta por completo y bajó unos escalones para dejarle hueco a Noa. Ésta cerró la

puerta tras de sí con sumo cuidado. Enseguida se arrepintió de no haber cogido una chaqueta, ya que a esas horas habían bajado las temperaturas considerablemente. Todavía estaba sudada, así que esperó no resfriarse. Sus pechos, libres de sujeción, se balanceaban arriba y abajo conforme bajaba los escalones. Por ahora, se limitaba a seguir muy de cerca los pasos de Aitor.

Avanzaron por el camino en dirección a la explanada asfaltada. Cuando pasaron junto al estanque las ranas se mantenían en un silencio sepulcral, como si estuviesen contemplando atentas lo que iba a suceder. Aitor estaba convencido de que al llegar al final del camino vería un coche aparcado, pero el único coche que había allí era el Honda. Aitor pensó que si era alguien del pueblo, debía de haber llegado hasta la casa andando. Haciendo uso de la razón, lo veía poco probable. Sin duda, lo que producía aquellos sonidos tenía que ser un animal. ¿Pero qué animal podía ocasionarlos? Tenía que ser grande a juzgar por la magnitud de éstos. Solo se producían por la noche, pensó, por lo que rápidamente apareció en su mente el primer animal nocturno por excelencia: un murciélago. Era probable que Noa, en la oscuridad, no lo viera, pero debía de existir algún hueco en la buhardilla por donde el animal entraba y salía a placer. Si era grande y extendía sus alas, era muy probable que pudiese llegar a crear esos sonidos perturbadores. Tenía que haber subido él, se dijo a sí mismo. Estaba convencido de que hubiese revisado la buhardilla a conciencia, buscando cualquier indicio, excrementos por ejemplo. Mientras tanto, Noa, muy cerca de él, espantaba agitando el cuchillo los insectos nocturnos que se veían atraídos por el haz de luz.

—Ten cuidado, no te separes de mí.

A pesar de la advertencia de Aitor, Noa no pensaba hacerlo. Desvió la mirada a su izquierda, hacia la parte de la casa que ocupaba la buhardilla. En la penumbra pudo ver que allí solo estaba el muro que continuaba con la fachada de la casa. Desde esa posición ni siquiera parecía existir una parte cerrada en la parte alta de la casa. El sudor se estaba secando con el fuerte viento y comenzó a sentir temblores incontrolados. Podía escuchar el castaño de sus propios dientes.

—Me... me estoy congelando.

Giraron la esquina, Aitor comprobó que no hubiera nadie por los alrededores y se colocó frente a la fachada de la pequeña caseta.

—Sigue, ya hemos llegado —susurró Aitor—. Voy a subir ahí arriba, ayúdame como hice yo contigo. Entrelaza los dedos, vamos.

Noa le hizo caso sin rechistar. Quería acabar cuanto antes y calentarse en la casa. El intenso frío, de algún modo, aplacaba el miedo. Dejó la linterna y el cuchillo en el suelo y cruzó los dedos como le dijo Aitor.

—No sé si podré contigo.

Aitor dejó el atizador en el suelo, se metió la linterna en la cintura del pantalón y puso un pie entre sus manos.

—Solo pega un tirón fuerte hacia arriba, yo haré el resto —le indicó—. Podrás hacerlo, cariño. Cuando haya subido lánzame el atizador.

Noa se preparó para cumplir su parte del plan. Tensó los músculos y empujó a Aitor tan fuerte como pudo. Éste tuvo el suficiente impulso para sujetarse a la esquina del tejado. Noa tenía razón, pensó. La superficie se clavaba en las manos como si fueran cristales. Sin embargo sus fuertes brazos no tuvieron problemas en alzarlo hacia el tejado. Noa, desde abajo y abrazada a sí misma para darse calor, contempló con qué facilidad había subido Aitor y recordó el gran esfuerzo que le costó a ella.

—Venga, dame el atizador —ordenó Aitor en cuclillas y extendiendo su brazo hacia ella.

Noa maldijo para sí misma el tener que separar sus brazos y deshacer el calor que había logrado infligirse. Cogió el atizador del suelo y se lo acercó a Aitor. Estaba frío. Cuando éste se hizo con él volvió a cruzarse de brazos y se preparó para ver qué ocurría a continuación. Estaban a un paso de averiguar qué era lo que causaba esos sonidos, y aunque trató de controlarse, el estado de excitación hizo que los latidos de su corazón se dispararan.

Aitor subió la escalera de madera procurando hacer el menor ruido posible. Tuvo que hacerlo a oscuras y con una sola mano, ya que en la otra llevaba el atizador, y por supuesto, no podía utilizar la otra para dirigir la linterna, que seguía falcada a su cintura. Allí arriba el viento se sentía mucho más fuerte. Por un momento creyó que lo iba a tirar de la escalera. Sin embargo logró estabilizarse, y haciendo equilibrio con el peso de su cuerpo, pudo sujetarse al cerrojo de madera.

Ahora que se sentía más seguro sus pensamientos al fin pudieron centrarse en su objetivo. Tenía que ser rápido, sorprender a lo que quiera que fuese que estuviese allí dentro. ¿Habría hecho demasiado ruido?, se preguntó mientras luchaba por descorrer el cerrojo. Aunque creyó ser lo suficientemente sigiloso, cualquier animal tendría el sentido del oído mucho más desarrollado que un ser humano, por lo que pensó que, sin lugar a dudas, habría sido

escuchado. Por ese motivo trató de hacer todos los movimientos a la mayor celeridad posible.

Logró deslizar el cerrojo, abrió las dos hojas (sus bisagras oxidadas produjeron un chirrido desquiciante que erizó todo el vello de su cuerpo) y sacó la linterna de su cintura para alumbrar la buhardilla. El haz de luz, al principio, le deslumbró el campo de visión. Luego, poco a poco fue adaptándose a la sobrecogedora mezcla de luz y oscuridad. Las motas de polvo flotaban como si fuera una nube de insectos. Hizo un barrido rápido con la linterna con la esperanza de vislumbrar algún movimiento huidizo, cualquier cosa que pudiera delatar al molesto intruso. Contrajo la expresión tratando de enfocar mejor la vista. A primera vista parecía que allí no había nadie.

—¿Ves algo? —Musitó Noa lo suficientemente alto como para que Aitor la escuchase.

No recibió respuesta. Puede que Aitor la oyese, pero no escuchó sus palabras. Estaba absorto inspeccionando todos los rincones con la linterna. Al fin se decidió a subir. Dejó el atizador en el suelo de la buhardilla y, apoyándose con las rodillas, subió hasta ella. Sujetó el atizador en una mano y la linterna en la otra y se adentró con pasos cortos, alerta por si algo le saltaba encima.

Recorrió toda la estancia con el haz de luz que proyectaba la linterna. Hasta el último rincón. Nada vio, tampoco escuchó cómo un cerrojo se corría despacio desde la parte trasera de la pequeña puerta al final de la buhardilla.

4 de agosto de 2016

A pesar de la interrupción nocturna, Aitor fue fiel consigo mismo y a la mañana siguiente se levantó a su hora habitual. Ante todo disciplina. Cuando regresó agotado del monte, Noa y Guillermo desayunaban plácidamente en la terraza de la casa. Se inclinó ante Noa y le besó los labios.

—¡Papá! ¿Cuándo vas a dejar que me vaya contigo?

Aitor sonrió y acarició su cabello.

—Muy pronto, hijo, muy pronto.

—¡Bienmmn!

—Venga, caballere, acábate el desayuno —le instó su madre.

Guillermo no se había enterado de nada de lo ocurrido durante la noche. Mucho mejor así, pensó Aitor. Lo último que necesitaba el chiquillo era que le cogiera miedo a la casa. Además, tampoco había motivos para saltar la señal de alarma, porque la buhardilla estaba vacía. Aquellos ruidos podían pertenecer a la propia casa, o quizá a algún animal capaz de ocultarse entre la pila de tablas, allí donde no pudo escrutar como a él le hubiera gustado por la dificultad que presentaba. En definitiva, nada por lo que preocuparse. Caso cerrado.

Observó a Noa ensimismada contemplando la montaña mientras daba diminutos sorbos a la taza de café. Para ella también debió ser un alivio hallar la buhardilla vacía. Tenía el presentimiento de que ella sospechaba que podía ser algo más que un animal, una hipótesis que, en sus pensamientos más íntimos, no compartía. Era inviable. ¿Cómo iba alguien del pueblo a desplazarse hasta allí para subir a escondidas a la buhardilla? No tenía ningún sentido. Sin embargo, ella sí debía de creerlo. Ahora, su teoría carecía de fundamento. Un hecho que sin duda la había beneficiado. Contempló su expresión. Parecía serena, como si se hubiese liberado de una terrible carga.

—¿Estás bien, cielo?

Noa ladeó la cabeza hacia Aitor. Mostraba una media sonrisa indulgente y un brillo distinto en los ojos. La claridad del día que comenzaba ensalzó su rostro y Aitor sintió que su mujer desprendía un aura de belleza como jamás había visto.

—Sí cariño. Estoy mejor que nunca —respondió con un suave tono de voz.

Aitor se sentó a su lado y puso la mano sobre su muslo. Su tacto suave y caliente por el calor del sol despertó el deseo en su interior.

—Hoy estás preciosa —dijo, y se inclinó en la silla para besarle la mejilla.

Noa sonrió. ¿Cuánto tiempo hacía que Aitor no la adulaba con un comentario espontáneo? Uno de esos que nacen desde lo más profundo del corazón. Fijó de nuevo la mirada en la montaña sin poder dejar de sonreír.

—¿Quieres un café? Todavía queda algo en la cafetera —le preguntó tratando de hacerse la interesante.

—Estaría genial.

—¡Papá, tienes que ayudarme a cazar una chicharra! —interrumpió de pronto Guillermo, que parecía mantener una intensa lucha personal con su vaso de leche y chocolate.

—¿Una chicharra? —dijo sonriendo—. ¿Para qué quieres tú una chicharra?

—Nunca he visto una, por favor, papá.

Noa, con expresión complaciente, se levantó, fue a la cocina y volvió con una taza de café humeante en las manos. La dejó frente a Aitor y le besó la cabeza.

—Bueno, sinceramente —confesó Aitor—, creo que yo tampoco he visto una en mi vida. Más tarde investigaremos por los alrededores y buscaremos una, ¿te parece bien?

—¡Sí! ¡Gracias, papá!

—Cazadores de chicharras, suena bien —apostilló Noa—. Pero si no sabéis cómo son, ¿cómo vais a saber que habéis encontrado una?

Guillermo dudó por un segundo mientras daba un trago de leche.

—Por el sonido, mamá. Con el ruido que arman no nos podremos equivocar.

—Sí, pero tengo entendido que cuando te acercas a una chicharra se calla.

—Hum...

—Ya idearemos algo, Guille. No te preocupes —dijo Aitor—. Seremos

silenciosos como los gatos.

Al escuchar esa palabra pareció saltar un resorte en el cerebro de Guillermo. Se bebió de un trago lo que quedaba en el vaso de leche y se levantó con rapidez.

—¿Puedo bajar ya a jugar, puedo?

No tuvieron tiempo de contestar. Escucharon el sonido del motor de un coche que se acercaba a la casa. La expresión de Noa se endureció. Casi que podía identificarlo sin ver el vehículo.

—No puede ser.

Se levantó de la silla y se asomó por la parte de la terraza que daba a la zona asfaltada. Allí vio a Emilio saludando con la mano, haciéndole señas para que se acercaran.

—Joder, otra vez está aquí este hombre. Me está haciendo señas para que vayamos. ¿Qué querrá ahora?

—Mamá... has dicho un taco...

—Lo siento, hijo. Me ha salido del alma.

Aitor se limitó a resoplar. La paz y tranquilidad con la que había soñado, por el momento, no la veía por ningún sitio.

Cuando salieron por la puerta Emilio los esperaba a lo lejos con su habitual sonrisa acogedora. Mostrando tanta amabilidad era muy difícil marcar los límites de intimidad que necesitaban, y aunque Noa normalmente no tenía problemas en decir lo que pasaba por su cabeza, con Emilio era distinto. Tenía algo, no sabía qué, pero tenía algo. Algo que le obligaba a mantener sus pensamientos a buen recaudo. Ayer la intimidaba, porque tenía el convencimiento de que era él quien se escondía en la buhardilla, a saber con qué intenciones. También pensó que era aquel misterioso personaje que los siguió por la tarde ocultándose en el bosque. En cambio hoy, cuando descubrieron que nadie había en la buhardilla, la desconfianza hacia el propietario de la casa se disipó en el aire, y por qué no, la extraña atracción que sentía hacia él había renacido también.

Guillermo aprovechó el momento y salió corriendo en dirección contraria, hacia la pila de leña. «Lleva cuidado, cariño», le advirtió su madre. Aitor y Noa caminaron hacia Emilio esbozando una sonrisa fingida.

—Buenos días, espero no molestar —saludó Emilio con su mejor tono de voz. Cuando se levantó sus gafas de aviador se sorprendieron al ver unas bolsas oscuras que se habían formado debajo de sus ojos.

—Buenos días, Emilio —respondió Aitor tratando de imprimir a su saludo un aire despreocupado—. ¿Qué le trae por aquí?

—Perdonadme, no quiero resultar pesado. Como os prometí, solo me he acercado para daros unos folletos con las rutas turísticas que hay por la comarca, rutas de senderismo y un mapa de la zona. Lo prometido es deuda.

Emilio extendió un buen número de panfletos y un mapa plegado a Noa. Por un instante sus manos se rozaron y una especie de escalofrío agradable subió por su columna vertebral. Estaban todavía calientes del calor de sus manos.

—Oh, pues muchas gracias —dijo Aitor mirando de soslayo por un segundo a Noa—. No tenía que haber venido adrede a traerlo, en cualquier momento que le hubiera venido bien habría sido perfecto. Me sabe mal...

—Nada, nada —lo interrumpió oscilando la palma de su mano—. No ha sido ninguna molestia. No tengo nada que hacer así que por lo menos me entretengo. Además, para mí, el bienestar de mis inquilinos es lo más importante. Cuando se van de aquí... quiero que se lleven la mejor impresión posible.

—Estamos seguros de que quedaremos enteramente satisfechos, ¿verdad, cariño? —respondió Aitor dirigiéndose a Noa, que parecía haber quedado hipnotizada mirando a Emilio y con una estúpida sonrisa en la cara.

—Claro, claro, estoy convencida de ello.

Emilio le devolvió la sonrisa. Tuvo que contenerse para no bajar la mirada hacia sus abultados senos.

—Por cierto, Emilio, cambiando un poco de tema —repuso Aitor—. Estos dos días atrás hemos escuchado por la noche unos sonidos extraños en la buhardilla de la casa. No sé, son un poco perturbadores. ¿Sabe qué pueden ser? Quizá haya algún animal que se cuele por algún orificio, porque hay momentos en los que parece arrastrarse por el suelo.

Emilio lanzó una carcajada. Desde anoche se esperaba una pregunta de ese tipo.

—Sí, sí, sé de lo que me habláis. Yo, antes de vivir en el pueblo, viví en esta casa durante muchos años. No tenéis de qué preocuparos. Eso es debido a que la casa es vieja y sus cimientos están continuamente ajustándose. Al final uno llega a acostumbrarse, creedme.

—Bueno, pues me quedo más tranquilo. De verdad que comenzaba a ser un problema.

—No les prestéis atención a los ruidos y veréis cómo al final ni los escucharéis, pasarán a formar parte de vuestras vacaciones, una mera anécdota.

—Eso espero —musitó Aitor no muy convencido.

Emilio lo atravesó con la mirada, aunque no desdibujó su sonrisa. Debía llevar más cuidado si no quería ahuyentarlos. Tras una breve pausa decidió cambiar de tema.

—Por cierto, de todos los lugares que hay por aquí cerca os recomiendo las Cuevas de Anduzar. Es un espectáculo digno de ver, se adentran en la montaña casi medio kilómetro y son atravesadas por un pequeño riachuelo. —Emilio carraspeó con la intención de darle más énfasis a sus palabras. —Si queréis, yo os puedo acercar un día de éstos, para mí sería un placer, de verdad. No sé, pongamos por ejemplo, ¿mañana?

—Oh no, no. No se preocupe, Emilio —respondió Aitor sin saber cómo no parecer descortés—. No queremos molestarle, además, para mañana ya tenemos planes.

—¿Ah, sí? ¿Qué planes?

La indiscreción de Emilio estaba comenzando a enervar a Aitor. Sin embargo, cuando se preparaba para responderle Noa se le adelantó sin darle opción.

—Hemos decidido ir a investigar las balsas que hay por ese sendero —dijo señalando hacia el camino que tomó la tarde anterior—. Espero que no le importe.

Emilio desvió la mirada hacia la mujer como si se hubiera dado por vencido y aceptara que le había desmontado todos sus planes. Aun así, no borró la sonrisa de su cara.

—Claro, claro. No hay problema. Yo solo quería ser cortés. Desde luego, habéis hecho una buena elección. Hay varias balsas repartidas por todo el sendero. La mayoría están vacías, pero unos pocos kilómetros más adentro encontraréis alguna que todavía está llena. Incluso os podréis bañar si lo deseáis.

—Gracias de todas formas, Emilio.

—Nada, nada. Si os decidís por las Cuevas de Anduzar solo tenéis que pedírmelo y yo os llevaré gustoso. No están muy lejos de aquí.

—Gracias, de verdad —esta vez fue Aitor quien le agradeció el gesto, pero sobre todo agradeció para sí mismo el poder haberse librado de él—.

Por cierto, ¿se encuentra bien? Tiene unas ojeras terribles.

Fue la primera vez que Emilio despintó la sonrisa de su cara. Lentamente giró la cabeza hacia Aitor y lo observó con una mirada hierática.

—Sí, lo sé, me cuesta dormir por las noches en verano.

* * *

Mientras Noa cortaba inquieta una patata a tiras sobre la bancada de la cocina, hacía verdaderos esfuerzos para no estallar en una ira descontrolada. Aitor, sentado en una silla a su lado y con una copa de vino tinto en la mano, trataba de calmarla restándole importancia al extraño comportamiento de Emilio.

—Venga Noa, creo que no hay que exagerar. Yo creo que el hombre solo quiere ser amable con nosotros y que recordemos estas vacaciones como las mejores de nuestras vidas.

Aitor dio un sorbo de vino mientras Noa echaba las patatas a la sartén que tenía al fuego. Sus movimientos iban un punto acelerados, como siempre que algo la perturbaba.

—No sé —repuso con un tono de voz nervioso—, me da la impresión de que está demasiado encima de nosotros. ¿Has pensado por un momento que prácticamente todos los días desde que llegamos está rondando por aquí? Cuando no es para echarle de comer a sus conejos es para traernos alguna cosa.

Las patatas crepitaron en el aceite hirviendo. Noa se limpió las manos en el delantal, cogió su copa de vino y le dio un buen trago.

—Bueno, es cierto que es un poco latoso, pero en cierto modo tiene su lógica. Los animales comen todos los días y cuando llegamos el primer día nos prometió que nos traería información sobre qué hacer por aquí. Yo no le daría más importancia de la que tiene, en serio, creo que no hay de qué preocuparse.

Noa resopló.

—A ti nunca te preocupa nada...

—Me tomo la vida con más calma, no te quito la razón —dijo Aitor encogiéndose de hombros—. Por eso mi punto de vista siempre es más objetivo que el tuyo.

Noa giró la cabeza hacia él y lo fulminó con la mirada.

—Mira —continuó Aitor—, creo que lo mejor es que salgamos esta tarde a ver algo por ahí, podemos echar un vistazo a los folletos que nos ha traído

Emilio. Desde que hemos llegado todavía no nos hemos movido de esta casa. ¿Qué te parece? Seguro que nos hace bien.

Noa dio un sorbo a la copa de vino sopesando la sugerencia de Aitor. Quizá tenía razón. Visitar algún lugar de interés y desconectar una tarde podría ser una buena idea. En definitiva, olvidar por unas horas a Emilio, aunque una parte escondida en su ser, la más lasciva, se negara a relegarlo a un segundo plano.

—Está bien, me has convencido. Creo que nos ayudará salir de esta casa un rato.

Noa dejó la copa de vino sobre la bancada y meneó con la cuchara de madera las patatas al fuego.

—¿Te apetece que vayamos a ver las cuevas que dijo Emilio? Podemos salir después de comer, Emilio dijo que no estaban muy lejos.

—¡Sí, sí, sí, a las cuevas, por favor! —gritó Guillermo desde el salón.

—No te pierdes una, ¿eh? ¿Tú no estabas jugando con tus coches?

—Sí, papá, pero os oigo igual, no estoy sordo.

—Está bien —acabó cediendo Noa—, esta tarde nos vamos a las cuevas, decidido por unanimidad.

* * *

Como bien dijo Aitor, en uno de los folletos hacía referencia a las Cuevas de Anduzar, y como bien había apuntado Emilio, no estaban muy lejos de allí. Según las indicaciones del panfleto, se hallaban a siete kilómetros hacia el norte, siguiendo una carretera que, por lo que se veía en el mapa, cruzaba una cadena montañosa.

Noa había preparado unos bocadillos de fiambre para merendar mientras Aitor se encargaba de la mochila, aprovisionándola con botellas de agua, algo para picar y, por supuesto, la cámara de fotos. Tal y como habían planeado, después de comer partieron hacia aquel paraje natural que, en cierto modo, había logrado despertar la curiosidad en ellos, pero sobre todo en Guillermo, que durante toda la comida no paró de hablar exaltado de lo bien que lo iban a pasar esa tarde, mientras su imaginación pintaba la cueva como la guarida de Batman, un lugar oscuro y húmedo donde había decenas de artefactos y rincones por descubrir.

La tarde había quedado extraña, con formaciones nubosas que aparecían y se deshacían a su antojo oscureciendo el cielo a intervalos, aunque el calor seguía siendo sofocante. Cuando cerraron la puerta tras de sí (no sin antes

comprobar que todo estuviese apagado y las ventanas bien cerradas) y se marcharon en el Honda, la casa quedó en el más absoluto silencio. Sin embargo, alguien los vigilaba con extremada atención.

Emilio, refugiado en la penumbra que envolvía a la *pajarera*, se hallaba sentado plácidamente ante los monitores observando cada movimiento que hacían. Por cómo se habían esmerado en cerrar toda la casa, dedujo que se marchaban durante unas cuantas horas. Seguramente, pensó, el comentario sobre las Cuevas de Anduzar les había resultado atractivo, solo que aquellos cerdos no contaban con él para que les hiciese de guía.

«Rameros».

Se encendió un cigarro y lanzó una columna de humo. Debía dominar la ira que amenazaba con apoderarse de él y pensar en positivo. Inspiró y espiró despacio, como un día le enseñó a hacerlo su psiquiatra. Aquel hombrecillo de mirada melancólica le caía bien, tenía que admitirlo. El siguiente paso era reorganizar sus pensamientos y sus prioridades. Dio una profunda calada al cigarro (fumar le ayudaba a relajarse) y se acarició la barbilla en actitud pensativa.

Ése era el momento que estaba esperando, ¿qué había de malo en que lo hubiesen dejado de lado? La casa estaba vacía, a su entera disposición. Sí, toda para él. Sonrió con expresión desquiciada mientras daba otra profunda calada al cigarro y lanzaba un chorro de humo contra los monitores. Las cosas siempre sucedían por un motivo, siempre.

Esperó quince minutos de reloj (en los que se fumó dos cigarros más) frente a los monitores para cerciorarse de que no volvían, y cuando estuvo seguro de ello, aplastó con ansia el último cigarro en el cenicero, apagó los monitores y salió de la *pajarera*.

Decidió aparcar el todoterreno al final de la pendiente asfaltada, justo cuando el camino se transformaba en tierra y piedras, donde ya no había casas a los laterales a las que pudiese llamar la atención. El resto del camino lo haría a pie. No eran más de cinco minutos, y el paseo incluso le vendría bien.

Silbó una tonadilla mientras iba observando los terrenos de cultivo y las hileras de olivos y almendros repartidos por el camino. Cuando faltaban pocos metros para llegar, el estado de excitación que alcanzó le hizo enmudecer. Se había propuesto contenerse, pero era superior a sus fuerzas. La imagen de la mujer apareció frente a él desnuda, con sus voluminosos pechos apuntando en su dirección con descaro, provocándolo para que la estrechara entre sus

brazos. Lanzó un gemido de placer, pero pronto la imagen se difuminó como una lengua de humo. La oscuridad que brindó una nube al interponerse en el camino del sol lo sacó de su ensimismamiento.

Se dio cuenta de que casi había llegado a la puerta. Escrutó el terreno en todas direcciones con la intención de descartar la presencia de algún curioso del pueblo. Sonrió satisfecho. Se encontraba en la más absoluta soledad. Subió las escaleras a buen ritmo y una vez arriba buscó una copia de la llave de la casa. Notó que le temblaban las manos cuando trató de atinar en el ojo de la cerradura. Cuando al fin lo consiguió, echó un último vistazo al camino para no verse sorprendido, abrió la puerta y cerró tras de sí muy despacio, como si fuese a alertar a quienquiera que hubiese dentro de su presencia.

Emilio se enfrentó al salón. Suspiró aliviado. El sudor resbalaba por su frente y empapaba toda su ropa, en gran parte por la breve caminata hasta llegar a la propiedad, pero también por la excitación que lo embargaba. Nunca llegaba a acostumbrarse a entrar a hurtadillas en su propia casa.

Paseó la vista por toda la habitación con la intención de hacerse una idea superficial de sus inquilinos. Básicamente el examen consistía en comprobar qué habían cambiado de sitio y cuáles eran los objetos personales desperdigados por la habitación. Eso le daba una ligera idea de qué cosas tenían menos importancia para ellos, o al menos eso creía, porque nunca caía en la cuenta de que era una auténtica estupidez.

Avanzó unos pasos y miró hacia la primera cámara oculta en una pequeña repisa plateada en el tubo de la chimenea. Miró al objetivo ladeando la cabeza (si no fuera porque él mismo la colocó sería imposible de distinguir) y sonrió poniendo una expresión estúpida. Le gustaba verse después en las grabaciones cómo profanaba la intimidad de sus inquilinos, no había otro motivo. Pero por ahora ya había tenido suficiente. Su verdadero objetivo estaba en la habitación de matrimonio frente al lavabo, y debía darse prisa por si la familia decidía volver antes de tiempo.

Caminó sigiloso, como si alguien pudiese oírle, y cuando abrió la puerta con sumo cuidado sintió cómo el perfume de la mujer flotaba eterno en el ambiente. Era exquisito, una fragancia que no hacía otra cosa que endurecer su miembro viril. Inhaló profundamente hasta llenarse los pulmones de aquella esencia maravillosa. La sensación que lo atravesó fue similar a introducirse bajo la piel de la mujer, habitar oculto entre los pliegues de sus músculos y retozar a escondidas entre sus tejidos. Sintió los latidos de su corazón palpar

más fuerte, como si quisiesen repartir la excitación por su cuerpo a partes iguales.

Su psiquiatra siempre decía: «Debes aprender a controlar las emociones, los sentimientos, evitar que te controlen a ti, porque si no, perderás el control sobre ti mismo». Sabía que el buen hombre tenía razón, pero lo que no sabía era que por mucho que lo intentase, siempre acababa perdiendo la batalla.

Se acercó a la cama y acarició las sábanas de un extremo a otro. Aquí era, pensó, el lugar donde habían consumado el acto sexual aquellos cerdos, y ahora estaba tan cerca. Casi podía oler los fluidos corporales de la unión, ácidos, intensos, corrompidos. Cerró los ojos con fuerza como si hubiese sido atravesado por un relámpago e imaginó a la mujer tal y como la había visto a través de los monitores. Disponer de micrófonos que le hubiesen proporcionado sonido a la escena hubiese sido la guinda sobre el pastel. Podría escuchar, y no imaginar, los gemidos mientras se empalaba sobre el hombre, sus jadeos mientras era recorrida por corrientes de placer, sus gritos desenfrenados cuando llegase al éxtasis final.

De pronto resolló exaltado cuando sus ojos se detuvieron en los cajones de una de las mesitas de noche. Sus ojos se abrieron como platos cuando al fin entendió a qué había venido hasta aquí. Cuál era el objetivo real de su vista furtiva. Formó una expresión estúpida y se acercó a la mesita que estaba junto a la ventana. En la casa comenzaba a caldearse el calor, por lo que el sudor que discurría por su piel era imparable. Cuando abrió el primer cajón y miró su contenido, sorprendido, dio un paso hacia atrás.

—Mierda...

Cosas que hacer: recordar que el hombre duerme junto a la ventana.

Rodeó la cama y abrió el cajón de la otra mesita de noche. Con cara exageradamente fascinada, sonrió. Allí estaba, su trofeo. Alargó la mano, temblorosa, y cogió con sumo cuidado un tanga de Noa. Apenas era un pequeño trozo de tela rosa, bien plegado encima de otros muchos. Lo apretó entre sus dedos y lo aplastó contra su nariz. Inspiró profundamente mientras sus párpados cerrados temblaban como si en vez de ojos tuviese cientos de hormigas tratando de escapar a través de su piel. Olía a jabón. Un agradable aroma a flores. Tras unos segundos inhalando sin descanso supo que estaba preparado para dar un paso más. Uno más personal a la vez que excitante.

Lo bajó sin separarlo de su piel hasta la boca y primero lo mordisqueó con ansia, como si fuera la fina carne de una chuleta, luego le pasó la lengua lenta

y prolongadamente. Un cúmulo de sensaciones inimaginables se apoderó de él, sin embargo, sentía que faltaba algo, lo más importante. Apartó el tanga de su cara y caminó a paso rápido hasta la terraza. Esa extraña sensación de profanación que le hacía actuar con cierto reparo desapareció cuando sintió que estaba tan cerca de conseguir el mejor trofeo que habitaba en la casa. Aunque no era muy dado a rezar, esta vez lo hizo para que la suerte se pusiese de su lado. Dios tenía que ayudarlo, nunca le pedía nada, así que tenía que hacerlo. ¡Tenía que hacerlo! Abrió la puerta y junto a la barbacoa estaba la lavadora encajonada en un hueco construido en ladrillo. Abrió la puertecilla del tambor y rebuscó entre la ropa sucia. Al principio llevó cuidado de no remover mucho las prendas, pero al ver la dificultad que representaba, decidió sacar toda la ropa y buscar con más tranquilidad en el suelo.

Allí estaba.

Esta vez no era un tanga, eran unas bragas color crema. Una ola de escalofríos reptó por su espinazo cuando las sujetó entre sus manos. Eso era lo que necesitaba. Precisamente eso. Sintió un calor extremo en la entrepierna. En aquellas bragas estaba impregnada la esencia de la mujer, su olor personal, su aroma más íntimo.

Fuera de sí, repitió la misma operación que minutos antes con el tanga. Tras varios minutos deleitándose con el caldo de cultivo más secreto de la mujer, llegó a la repulsiva conclusión de que aquello tenía un sabor distinto, casi que podría asegurar como más afrutado, sí, como una gran tarta de fresas y frambuesa.

Cuando hubo saciado su ímpetu inicial, se apresuró a guardarlas en el bolsillo de sus pantalones y a introducir de nuevo la ropa sucia en la lavadora. Cuando comprobó que todo estaba igual que cuando lo encontró, entró en la casa, cerró la puerta de la terraza y volvió a depositar el tanga limpio en el cajón de la mesita de noche. Lo plegó tal y como lo encontró, y lo colocó en la misma posición, arriba de toda la montaña.

Cuando abandonó la casa, de camino al todoterreno, su mente iba cavilando en lo entretenida que iba a quedar el resto de la tarde.

* * *

¿Qué tenía ese hombre?

La desconcertante pregunta apenas tardó unos segundos en abordar la mente de Noa una vez se metió dentro de la bañera llena de agua caliente casi hasta el borde y con una gruesa capa de espuma en la superficie. Después de la

intensa tarde caminando por lugares escabrosos, cruzando un terreno irregular y colmado de incómodas piedras que se clavaban como garfios en las plantas de sus pies, y en el que en más de una ocasión creyó desfallecer, sentía todos los músculos de su cuerpo doloridos, como si hubiesen sido golpeados una y otra vez con bolas de hierro. El agua caliente actuó como una sobredosis de ibuprofeno, y la sensación de alivio fue tal, que cerró los ojos y dejó escapar un débil gemido de placer.

No había olvidado a Emilio y a su incipiente pensamiento, tan solo los había aislado en un paréntesis hasta que su cuerpo consiguió relajarse y despojarse del dolor muscular. En cuanto lo hizo, reflataron como un trozo de madera en el agua.

Pensó en el razonamiento de Aitor. Sí, puede que tuviese razón, que Emilio tenía que alimentar a los conejos y toda esa sarta de excusas coherentes en cierto modo, pero la innegable verdad era que había algo artificial en ese hombre, por decirlo de algún modo, era demasiado amable, demasiado sonriente, sin embargo, lo que más la asustaba era ser consciente de lo que ese tipo de comportamiento podría acarrear, en definitiva, encajaba como dos piezas de un puzle en el perfil de un psicópata. No obstante, ese aire enigmático que lo envolvía no hacía otra cosa que acrecentar el deseo en todo su ser, como si fuera un lento veneno fluyendo por sus venas e inhibiendo su capacidad de discernir entre el bien y el mal.

Empapó una toalla en el agua, la escurrió y la colocó con cuidado sobre su frente. El agotamiento le estaba empezando a poner un ligero dolor de cabeza que nacía desde la nuca, por lo que si no ponía remedio pronto se transformaría en una horrible jaqueca. Sin embargo, Noa había sido previsor. Cogió la taza de té que había dejado sobre la taza del wáter y se tomó un analgésico que también había dejado en su envoltorio junto a la infusión.

Pasados quince minutos, la medicación surtió efecto. El dolor había desaparecido, y su lugar había sido ocupado por una excitación desmedida. ¿Cómo podía aquel hombre despertar esas sensaciones en ella? El agua emitió un sonido burbujeante cuando su mano se deslizó suavemente por su vientre hasta la entrepierna. Tenía que admitir que lo deseaba, mucho más de lo que su mente se negaba a aceptar. Archeó la espalda y sus senos emergieron de la superficie del agua como dos icebergs. Gimió. Contemplarse a sí misma en esa posición era algo que despertaba sus instintos más salvajes. Con mirada voluptuosa se observó los pezones, completamente erectos y circundados por

una capa de espuma. ¡Dios, cómo le ponía la espuma! Con su mano libre rodeó un pecho y lo estrujó hasta que una punzada de dolor le arrancó un débil gemido. Su expresión se contrajo de placer mientras su mano sumergida bombeaba cada vez más deprisa.

Esta vez nadie la interrumpiría. Nadie. Aitor y Guillermo todavía tenían fuerzas suficientes para buscar chicharras por los alrededores. Era algo que no entendía, de dónde sacaban tanta energía, pero sin duda era algo que en ese preciso momento le había venido como anillo al dedo.

Cuando el placer llegó a la cima de la montaña, se mantuvo varios segundos en equilibrio enviando infinidad de dentelladas placenteras, hasta que de pronto cayó por la ladera, suavemente. Sin embargo, siempre se sujetaba con destreza a alguna roca, o a alguna raíz saliente, siempre, dispuesto a alcanzar la cumbre de nuevo.

Sumergió la cabeza en el agua durante unos segundos y comenzó de nuevo.

No se sintió culpable por ocupar con Emilio el espacio reservado en su mente para Aitor. A sus treinta y nueve años los remordimientos de conciencia habían pasado a un segundo plano. Como decía su madre, vida solo hay una, y más de la mitad de su tiempo la pasamos durmiendo, por lo que, nena, hay que sacarle todo el jugo posible antes de que se consuma.

Salió de la ducha y se echó una toalla alrededor de su cuerpo, por encima de sus pechos. Era de excelente calidad, de ésas que secan pero nunca se humedecen, de ésas tan difíciles de conseguir en cualquier tienda y que solo puedes hacerte con una robándola de un hotel. Sonrió maliciosamente. Seguro que Emilio podría conseguir más si echaba alguna en falta.

Abrió la diminuta ventana de cierre angular para dejar escapar el denso vaho que se había formado y, frente al espejo, después de limpiarlo con la mano, comenzó a cepillarse el pelo. Ya no sentía sus piernas temblar por el esfuerzo vespertino, y el dolor en las plantas de sus pies se había calmado, afortunadamente. Cuando acabó con su cabello, se preparó para aplicarse una crema antiarrugas (la más cara de la farmacia, en esos temas no se podía escatimar con el dinero).

Desenroscó el tapón, cogió una generosa cantidad entre sus dedos y punteó su bonita cara. Con suavidad comenzó a esparcirla, con delicados movimientos circulares en el sentido de las agujas del reloj. El vaho comenzó a disiparse, y cuando hubo terminado con la crema contempló su propio reflejo en el espejo. Tenía que admitirlo. Se veía guapa, con un brillo especial

en los ojos. Esbozó una falsa sonrisa y la borró en pocos segundos simplemente para ver qué efecto hacía en su rostro. Pensó si Emilio se habría fijado en ella, en su sonrisa, claro, en sus pechos tenía claro que sí.

Deshizo el nudo de la toalla y la dejó caer al suelo. La suavidad de la tela al deslizarse por su piel hizo que el vello de su cuerpo se erizara. Era tan rubio, casi transparente, que apenas se apreciaba. Desvió la mirada hacia sus senos, que quedaron suspendidos en el aire. Recordó su adolescencia, cuando el complejo por poseer unos pechos voluminosos la obligaba a vestir con prendas anchas. Hasta el momento en que admitió que gran parte de la culpa la tenía su madre, que en realidad era ella quien la incitaba a ocultarlos, porque según su punto de vista unas tetas grandes eran como una bombilla en la noche, que atraía todo tipo de insectos desagradables, no aceptó que sus senos rozaban la perfección, que eran dignos de ser insinuados, no de ser escondidos. Con suma delicadeza, los elevó con la palma de sus manos y los observó con atención. No eran tan grandes, pensó, tenían la talla y la firmeza perfectas, a pesar de su embarazo, y además, a Aitor le encantaban.

Y a Emilio sospechaba que también.

En el momento en que su mirada se desvió un segundo del reflejo de su propia imagen algo le llamó la atención en la repisa del espejo. El destello de la luz de los halógenos le había delatado el hallazgo. Estaba bien disimulado entre la decoración metálica, pero supo lo que era al instante: una diminuta cámara de video. Una sensación, mezcla de escalofrío y excitación, nació en la boca de su estómago, muy parecida a cuando supo que estaba embarazada de Guillermo. Una especie de miedo y alegría combinados en una batidora.

Fue lo suficientemente perspicaz como para apartar la mirada del pequeño círculo grisáceo y disimular como si no lo hubiese visto. Cogió una barra de labios color carmesí del neceser, acercó la cara al espejo y con parsimonia se pintó los labios.

¿Qué significaba aquello? ¿Acaso Emilio los estaba espiando? ¿Cuántas como ésa habría repartidas por toda la casa? La tromba de preguntas se apelotonaba en su mente mientras con la lengua lubricaba sus labios.

«Seguro que esto te gusta, ¿verdad? ¿Te excita lo que estás viendo?»

«¿Pero qué estás pensando?»

Sin embargo, lo que no podía obviar era el calor que se estaba acumulando en su entrepierna y el repentino endurecimiento de sus pezones. Perfiló el borde de sus labios con pulso de cirujano. No sabía hasta qué punto llegaba el

trastorno de Emilio, si simplemente era una sana perversión o podría llegar incluso a ser peligroso, pero lo que sí sabía era que sentirse observada mientras estaba desnuda delante del espejo estaba despertando unas nuevas sensaciones en todo su ser, apetitosas, obscenas, indescriptibles.

¿Pero y si se equivocaba? ¿Y si esa cámara oculta estaba en desuso y formaba parte del mobiliario, que a juzgar por su aspecto, parecía de segunda mano? Lo que llevaba a la pregunta primordial: ¿habría alguien al otro lado?

Mientras rebuscaba el rímel en el neceser, su mente elucubraba como un tren de alta velocidad. Por sus comentarios sobre las diversas casas que tenía en alquiler, a Emilio no parecía faltarle el dinero. Entonces, su teoría de que el mueble de baño podría ser de segunda mano no tenía sentido, porque si había reformado la casa recientemente, y se notaba que el resto de muebles eran relativamente nuevos a excepción de los armarios de todas las habitaciones, no creía que se arriesgara a perder a unos inquilinos por ahorrarse un dinero en una parte tan importante de la casa. Pero claro, ¿quién iba a resistirse al precio irrisorio de quinientos euros por el mes completo de agosto?

Cogió la varilla del rímel y retocó sus pestañas. Era evidente que no podía saber si esa cámara estaba activa, pero solo el hecho de la incertidumbre le provocaba una excitación inimaginable, como si hubiera descubierto un manojo de nuevas sensaciones provenientes de otro punto de la galaxia. Pero no, no eran alienígenas, eran terrestres, bien terrestres, y lo mejor de todo, eran todas para ella.

Por el momento, pensó casi fuera de sí, lo mejor era no comentarle nada a Aitor y, con disimulo teatral, tratar de averiguar si existían más cámaras en la casa.

30 de julio de 2016, 23:06 horas.

¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Cinco minutos? ¿Diez? ¿Media hora?

Elena se había cansado de gritar y de patalear sin sentido, pero había perdido la noción del tiempo. Seguro que había pasado demasiado, porque sentía el aire más pesado, como cuando metes la cabeza debajo de las sábanas durante un buen rato.

Sabía lo que significaba: se estaba acabando el oxígeno.

Sentir la muerte tan cerca y no poder hacer absolutamente nada por evitarla la había trasladado a un nivel superior de conciencia, en ése donde te centras en las cosas buenas que te han sucedido en la vida, pero cuando se interfiere un mal recuerdo, es como si te atenazara el corazón para sacar lo peor de ti, para asfixiarte con la seguridad de que nunca tendrás la oportunidad de redimirte. Un castigo infligido por su propia mente antes de que la oscuridad la invada definitivamente, una cruel forma de sugerir que lo que le espera al otro lado del gran paso es el infierno infinito.

Sentía su cuerpo gélido, y las gotas de lluvia que se filtraban por la tierra eran como inyecciones dolorosas cada vez que golpeaban las zonas desnudas de su cuerpo. Tiritaba con espasmos tan violentos, que tenía la sensación de que sus músculos habían sido extirpados y vueltos a coser. Cuando la tierra húmeda se descolgaba hasta su boca, le producía unas arcadas tan agresivas que tenía que hacer verdaderos esfuerzos para no vomitar lo poco que tuviera en el estómago, porque, ¿cuándo fue la última vez que comió? Los recuerdos habían vuelto a su mente, pero tenía infinidad de lagunas oscuras en las que ignoraba qué había sucedido. Tenía la sensación de haber sido drogada con algún tipo de sustancia, o quizá todo era producto del terror. Ya no sabía qué pensar. Y ante la duda, no quería malgastar sus últimos pensamientos en recordar el pasado, cómo había llegado hasta allí, sino prepararse psicológicamente para lo que se avecinaba. Lo peor.

El terror.

La muerte.

Ese oscuro ente que la aguardaba paciente al otro lado del río.

¿Algún día encontrarían su cuerpo? ¿Podría tener un entierro digno, un lugar donde su familia pudiera ir a llorar su pérdida?

¡Dios mío, cómo costaba respirar!

Sus padres, sus hermanos, ¿la estarían buscando? Debían estar muy preocupados.

¿Y la venganza? No te olvides de la venganza, niñita. Quien te haya hecho esto tiene que pagar por ello. Que lo quemem. Que lo ahorquen. Que lo empareden.

«¡No, no, no!»

«¡Calla!»

Hay que mantener el alma pura antes de cruzar al otro lado, cristalina como el agua de una isla paradisíaca, demostrar que eres una buena chica y que el odio y el desprecio no corren por tus venas. Nada de malos pensamientos, nada de venganzas.

«¡Mamá, mamá!»

Las lágrimas anegaron sus ojos. Quería pedirle perdón, por todo, o por cualquier cosa, despedirse de ella por última vez, escuchar su voz diciéndole que todo estaba bien, que sería rápido y que apenas sentiría dolor. Que siguiera la luz, que ni se le ocurriera apartarse del camino.

¡Ni se te ocurra, cariño! ¡Tú sigue la luz!

«¿Qué luz? Mamá, no veo ninguna luz, solo oscuridad».

Cuando todo se acabe, cielo, cuando todo se acabe. Paciencia.

Silencio. Dolor.

«¿Sigues ahí?»

Silencio.

¿A quién trataba de engañar? Este camino debía recorrerlo a solas, sin nadie de la mano.

Sintió el vaho que salía caliente de su boca. Mala señal. Muy mala.

«No te preocupes, todo va a ir bien, ya lo verás».

De pronto notó que el ataúd se movía, le dio la sensación de que se había hundido un poco. Las maderas crujieron como huesos viejos.

«La tierra, es la tierra húmeda, tranquila, tranquila».

Pero la sensación de claustrofobia se había multiplicado por dos. O quizá por tres.

No, a la enésima potencia.

Su cuerpo se deslizó por la superficie y su cabeza chocó contra la madera frontal. De pronto, imaginó una forma más cruel de morir que allí encerrada. Que se acabase el oxígeno gradualmente pensaba que la sumergiría en una oscuridad plácida, como caer dormido, pero si se rompían las tablas de la

caja y la tierra inundaba el hueco, sentir cómo entraría en sus pulmones a cada golpe de respiración debía de ser terrorífico, una sensación de asfixia agonizante.

Gritó. Lloró desesperada.

El cajón de madera, finalmente, se detuvo acompañado de unos sordos crujidos, y no supo por qué, le recordaron a los que producía un viejo barco varado en un puñado de islotes. Herido de muerte. A los tripulantes, sin duda, les esperaba su mismo final.

Ahora, cuando sintió que ya no se movía, fue cuando notó el fuerte golpe en su cabeza. Le dolía, se había clavado algo, una astilla posiblemente.

«Si sientes dolor es que aún estás viva. ¡Viva!»

Solo sufriendo se alcanza la gloria y serás eximida de tus pecados.

Era la voz de su padre. Cuánta razón tenía, pero no papá, yo no quiero sufrir. No quiero. Quiero vivir, ¿me escuchas? ¡Vivir!

Sus manos temblorosas, agitadas por el miedo, palparon algo en el bolsillo de sus pantalones. Al principio lo pasó por alto, pero cuando su mente se libró de la voz de su padre, fue como si un fuerte destello hubiese iluminado el ataúd. ¿Qué podría tener allí, y por qué no lo había sentido antes?

Se apresuró, y como pudo, introdujo la mano en su bolsillo. Lo sacó llevando cuidado de que los temblores no lo hicieran caer y lo palpó con los dedos. Era un objeto, pequeño, cilíndrico. Paseó su dedo índice, casi sin sensibilidad, por un extremo. Parecía tener un ribete.

Dios, era una linterna, una jodida linterna.

¿Desde cuándo estaba en su bolsillo?

Siempre ha estado ahí, nena, siempre.

Buscó con ansia el interruptor, pero el cilindro era liso. Al fin, cuando la desesperación comenzaba a adueñarse de ella, descubrió que había que pulsar con el pulgar la base de la linterna. El haz de luz iluminó el estrecho habitáculo como la explosión de una estrella supernova. Sus ojos, por un instante, sintieron un dolor intenso como si le hubiesen clavado cientos de agujas en la retina.

Pero era un dolor tan maravilloso.

Las voces en su mente se acallaron expectantes. Ahora mismo, estaba demasiado ocupada en fabricar una esperanza para salir de allí. La coronilla y el cuello comenzaban a cargarse por la tensión que debía hacer a causa de la inclinación del ataúd. Proyectó la luz en todas direcciones. La caja estaba

formada por tablas de madera con una pequeña hendidura en la unión, justo el lugar por donde se filtraba el agua y la tierra.

¿Pensabas que la luz te iba a ayudar, florecita?

«¡Calla, papá, por favor, calla!»

Sin embargo, tenía razón. ¿En qué podía ayudarla? Las hendiduras eran demasiado estrechas para que sus dedos cupiesen por ellas. Jadeando, buscó alguna fisura en la madera donde poder presionar para tratar de partirla. Quizá detrás de su cabeza, donde la caja se había frenado, pensó. Se revolvió como pudo en el hueco, y con esperanzas renacidas, inspeccionó esa parte del ataúd.

—¡No, no, no!

Cariño, tienes que aceptar que éste es tu final. Acéptalo. Acéptalo. Acéptalo.

La voz de su madre retumbaba en su cerebro como las campanadas de una iglesia. La madera estaba intacta. La jodida madera estaba intacta. Volvió a colocarse boca arriba con gran esfuerzo y se dejó vencer por el llanto.

Eso es, mi niña, llora, llora.

* * *

—Estás preciosa.

—Esta noche me apetecía ponerme guapa para ti —mintió Noa.

Sentados a la mesa, Noa cortaba un filete de ternera y se echaba un trozo a la boca. En otras circunstancias se habría visto estúpida con la cara maquillada a esas horas de la noche, pero sentirse observada le daba otra perspectiva bien distinta. Simplemente quería sentirse apetecible.

Solo por si acaso.

—Mamá, tú siempre estás guapa —comentó Guillermo sin apartar la mirada de los dibujos animados que echaban en la televisión.

Noa sonrió.

—Gracias, hijo. Eres ya todo un hombrecito, ¿lo sabías?

—¿Le has contado a mamá que hemos encontrado una chicharra?

Entusiasmado, al fin apartó los ojos de la televisión para mirar a su madre.

—¡Sí, mamá, por fin he visto una!

—Ah, qué bien. ¿Y cómo son?

Guillermo se metió a toda prisa una patata frita en la boca antes de hablar. Para él, y como para el resto de niños, la curiosidad de su madre por algo que lo involucraba directamente era una de sus mayores satisfacciones.

—Bueno, no son gran cosa. Me esperaba más.

—Dilo, Guille —añadió Aitor sonriendo—, son realmente asquerosas. Si no me equivoco, dijiste que te daba tanto asco como una cucaracha.

—Mejor cambiar de tema mientras estamos cenando, ¿no os parece, chicos?

Guillermo se calló cuando ya se disponía a contestar. Llevarle ahora la contraria a su madre era arriesgar demasiado. Los dibujos animados atrajeron de nuevo su atención. Más tarde se lo contaría, pensó, pero antes de irse a dormir tenía que estar hecho.

—Tengo las piernas molidas de todo el día —comentó Aitor—. Hoy, si no te importa, me acostaré antes.

—Me parece perfecto. Pásame la mahonesa, ¿quieres?

Noa interpretó el comentario de Aitor como una evasiva a sus lujuriosas intenciones, pero qué equivocado estabas, cariño, pensó. ¿Acaso te has tragado que me he arreglado así por ti? Se le ocurrió que, por qué no, podría saciar su apetito sexual con él esta noche, calmar ese calor persistente que se negaba a abandonar su entrepierna, pero ahora era algo secundario, algo que no debía buscar, sino únicamente esperar a que ocurriese con naturalidad.

«Ahora me toca a mí, cariño, ahora me toca a mí».

—Su mahonesa, señora.

Había tenido que soportar la desagradable descripción de la chicharra cuando acostó a Guillermo. Su hijo se recreó en tantos detalles que sí, era repulsiva, pero por la similitud que, como bien habían dicho durante la cena, tenía con una cucaracha. Odiaba las cucarachas, más bien, odiaba cualquier insecto que habitase en la tierra.

Cuando sus dos hombres de la casa se hubieron acostado, con gran disimulo trató de hallar más cámaras en el salón y en la cocina. Pero era difícil inspeccionar cada rincón cuando quería que la presunta persona que había al otro lado no se enterara de que había sido descubierto. Olisquear no está nada bien, no, nada bien.

Debía ser astuta y precavida, todo al mismo tiempo, por lo que esa noche no encontró nada fuera de lo normal. Aun así, tenía esa extraña sensación de estar siendo vigilada en todo momento, y que ella supiera, hasta ahora todavía no le había fallado su instinto. Aunque, pensándolo bien, podía ser que otra vez la obsesión se hubiera ensañado con ella, ése era un defecto que había acabado por admitir hacía ya muchos años.

Cuando, agotada, decidió irse a la cama, Aitor dormía plácidamente ocupando la cama entera. Ni siquiera la luz de la lamparita de noche fue capaz de sacarlo de sus sueños. Lo empujó hacia su lado, refunfuñó entre sueños y se acomodó en su lado de la cama. Se tumbó boca arriba y apagó la luz.

Oscuridad.

Qué silencio reinaba en aquella casa.

Aislada en mitad del monte.

Estaba tan cansada y sentía los músculos de sus piernas tan castigados que, después de veinte minutos, todavía no había podido conciliar el sueño. Y como valor añadido, el calor comenzaba a tornarse tan espeso que incluso le costaba respirar. Pensó que seguramente dentro del horno a 250 grados estaría mejor que en aquella habitación.

Sin embargo, sabía que lo que perturbaba su sueño no era el calor, sino aquella cámara oculta en el espejo del baño. No, más bien el problema que divagaba por su mente era si estaría operativa, si era Emilio quien la había colocado deliberadamente.

«No, no puede ser. No puede haber nadie tan mal de la cabeza. ¿Seguro?»

Suspiró. Cuando sus ojos se posaron en la penumbra que cubría el techo acudió a su mente aquellos sonidos que le ponían los pelos de punta. El maldito descubrimiento de la cámara había hecho que los olvidara durante todo este tiempo, pero era evidente que en cuanto cayese la noche, tarde o temprano, regresarían para alterar su sueño. ¿Qué tenía que hacer para dormir en esa casa? Las ranas del estanque, que sorprendentemente se habían mantenido calladas hasta ahora, comenzaron un cántico que ahora le resultó infernal. Un complemento más para interrumpir su sosiego. Bien, eso, después de todo, no era tan grave. Es más, podía tomarlo como una música relajante como ésas que te venden por tres euros en cualquier gasolinera.

Lo que de verdad importaba podría suceder en cualquier momento sobre su cabeza. Eso sí que era grave. Recordó la explicación de Emilio. ¿Que la casa era vieja? ¿Que los cimientos están continuamente ajustándose? Vamos, eso no se lo creía ni él. Esos ruidos no eran crujidos, ni paredes acoplándose entre ellas. Era el claro sonido de algo arrastrándose. A Aitor puede que su respuesta lo hubiese convencido, pero a ella no.

Una idea surgió de su mente de pronto. Era una idea loca, y puede que un poco estúpida, pero viendo cómo se presentaba la noche, creyó que no perdía nada por probar. Para saber hay que arriesgar, era una fórmula que no solía

fallarle. Cogió el teléfono móvil y programó la alarma para que sonara a las 3:15, exactamente dentro de tres horas y cuarenta minutos. El plan era tan sencillo, puede que incluso infantil, que no necesitaba ninguna metodología añadida. A esa hora, que era unos minutos antes de cuando los sonidos parecían producirse, saldría al exterior, se escondería entre los árboles y esperaría.

¿A qué?

O mejor dicho, ¿a quién?

Tenía la sospecha, pero no la certeza, de que esos ruidos los producía una persona. Por su intensidad, por la superficie que abarcaba, y porque toda su vida había vivido con vecinos arriba y conocía perfectamente el tipo de ruidos que podían ocasionar.

Y la mejor forma de confirmar una sospecha era provocar las circunstancias apropiadas para corroborar o desechar su veracidad. Para ella, eso era indiscutible. Clavó la mirada en el techo. Ahora todo estaba tranquilo. Eso, sin duda, era un punto más a su favor. Si fuera un animal nocturno se escucharía durante toda la noche, no precisamente a esas horas.

Era un buen plan.

Podía dormirse si quería. El teléfono se encargaría de despertarla.

* * *

Por fin había comenzado a refrescar. A la hora indicada, el teléfono móvil vibró y despertó a Noa con una música excéntrica. Somnolienta todavía, alargó el brazo y desconectó la alarma. Su mente tardó unos segundos en entender para qué había sido interrumpida. Debió de sentir frío durante la noche, porque estaba tapada con las sábanas hasta el pecho. Pensar en salir de la cama, ahora tan cálida, era una locura. Sin embargo, venció a la fuerza que la obligaba de nuevo a cerrar los ojos y se repitió a sí misma que para saber, hay que arriesgar, sacrificarse de vez en cuando.

Miró a Aitor. Seguía durmiendo profundamente. Era un hombre que si no escuchaba la melodía de su propio teléfono móvil no abriría un ojo hasta el amanecer.

Apartó las sábanas, se sentó en el borde de la cama y se puso unas zapatillas deportivas. Se atavió con un chándal y se subió la cremallera de la chaqueta hasta arriba. Si en la habitación refrescaba, fuera debía de hacer un frío considerable. Ahora ya no le parecía tan buena idea, tenía que admitirlo. Escondese entre los árboles con la oscuridad que reinaba en la noche y con el

frío que comenzaba a hacerla tiritar, le pareció que era una auténtica estupidez, de esas que solo haces cuando llevas cinco copas de más. Y además, en medio del monte podría haber cualquier animal, por regla general, depredadores en busca de alimento, por no hablar de los insectos nocturnos, que para ella, eran de lo peor. En plena naturaleza, cuando caía la noche, parecían salir de la nada, como una invasión premeditada, especies extrañas que no había visto en su vida ni siquiera en fotos.

De todas formas, ahora (cuando ya cerraba la puerta de la entrada tras de sí y se guardaba la llave en un bolsillo lateral del chándal) ya no había marcha atrás. Encendió la linterna y miró hacia el cielo. Estaba oscuro, desprovisto de estrellas, y por un momento tuvo la sensación de habitar en un planeta extraño carente de astro que lo iluminara. Pero la verdadera razón era que, como bien había predicho el parte meteorológico, estaba completamente encapotado, y ése era el motivo por el que las temperaturas habían descendido unos cuantos grados. Los suficientes como para que su cuerpo se helara y comenzara a tiritar antes de llegar a un alto arbusto que divisó con el haz de luz de la linterna. Éste estaba en el sitio idóneo, pasando los álamos, justo frente a la caseta, a escasos metros. Desde aquella posición podría ver sin ser vista a quien quiera que se acercase por allí.

Una buena, pero sacrificada estrategia. Se acomodó en la medida de lo posible y esperó. Después de todo, era más valiente de lo que imaginaba.

«Claro que sí, ¿todavía lo dudas?»

Pasó media hora.

El frío era insoportable, y los sonidos de pequeños animales correteando entre los arbustos, sobrecogedores.

Se cumplió una hora.

Sintió su cuerpo atenazado por el frío, como si hubiese sido introducido en un frigorífico. Debía parecer una estúpida allí, pensó, entremezclada con la oscuridad, como un fantasma esperando una víctima a la que aterrorizar.

Cuando pasaron veinte minutos más, desistió de su tan maravillosa idea, porque si continuaba a la intemperie, tendrían que derretirla con un soplete cuando la hallasen Aitor y Guillermo. La misión, tenía que reconocerlo, había sido un verdadero fracaso. Nadie se había acercado, y con toda seguridad, nadie lo haría en lo que quedaba de noche. Sin embargo, la parte negativa de aquella pequeña excursión fue que ahora no podía saber si los ruidos se habían vuelto a producir en la buhardilla.

Sin duda, el plan habría sido perfecto con la ayuda de Aitor.

5 de agosto de 2016

A la mañana siguiente el ruido del motor de un coche la despertó. Por un instante se sintió desconcertada. Entrecerró los ojos y miró el lado de la cama de Aitor. Como era habitual, ya no estaba, pero apoyado en su almohada había dejado un pequeño ramillete de flores blancas y amarillas, como las que crecían en los alrededores. Sonrió. Posiblemente se sentía culpable por haberse ido a dormir temprano la noche anterior. Era algo que no podía evitar, cuando Aitor se ponía en plan detallista podía sacar de ella lo que le diese la gana. Si hubiera estado allí hubiera saciado ese calor repentino que estaba invadiendo cada terminación nerviosa de su cuerpo, le habría enseñado qué podría obtener de ella, lo agradecida que podría llegar a ser...

El ruido del motor.

Dejó a un lado sus fantasías sexuales y cayó en la cuenta de lo que realmente la había despertado. ¿Sería Emilio? Le pareció que el vehículo se había adentrado hasta el final del camino.

Germán. Tenía que ser Germán.

Sus ojos se abrieron y emitieron un destello vivaz.

Saltó de la cama, y con sumo cuidado espió a través de la cortina. Allí estaba la furgoneta, no se había equivocado. Llevó la mirada un poco más allá, hacia las huertas, y vio a Germán agachado manipulando la tierra. A Guillermo no lo oía, luego debía estar durmiendo todavía.

«Cariño, lo siento, pero has perdido tu oportunidad».

Sin perder tiempo, buscó una falda, la más corta que tenía, y se atavió con una blusa que, como bien sabía, dejaría entrever sus pechos con la luz del sol. Por supuesto, el sujetador lo dejó adornando la silla. Sintió los pezones tan duros por la excitación que le dolieron. Cuando se miró al espejo, se transparentaban con nitidez a través de la fina tela. Se arregló el cabello rápidamente con las manos, desabrochó dos botones de la blusa y salió de la habitación a su encuentro.

Cuando pasó por la habitación de Guillermo se sorprendió cuando la vio vacía. Por lo visto, al fin Aitor había decidido llevarlo consigo al monte.

Desde luego, parecía que los planetas se hubiesen alineado a su favor. ¡Dios, cómo ardía su cuerpo!

Dejó entreabierta la puerta y con paso decidido caminó hacia Germán. El frescor matutino todavía erizaba más sus pechos, y con ello, se acrecentaba su deseo hasta desbordarse por cada poro de su piel. Rodeó el coche y, como la última vez, se detuvo allí donde comenzaba el terreno de huerta.

—¡Buenos días, Germán!

Cuando éste se irguió costosamente y se giró hacia ella, aprovechó para saludarlo con la mano y el hombre le devolvió gentil el saludo.

—¿Qué tal?! ¿La he molestado? Debe disculparme si...

—¡No, no, para nada! —lo interrumpió—. ¡Pero por favor, acérquese, detesto hablar a gritos!

Vio cómo Germán dejaba una azada en la tierra, y sonriendo, se acercaba mientras se limpiaba las manos en los vaqueros. Conforme se acercaba pudo distinguir con más detalle sus rasgos. Casi no los recordaba, pero si la primera vez le había parecido atractivo, ahora despertaba en ella un deseo intolerable.

—Buenos días, señora.

—Por favor, no me llame así, me hace sentir vieja. Llámeme Noa.

—De acuerdo, perdone. ¿Cómo van las vacaciones? Esto es como un pequeño paraíso, ¿verdad?

Germán miró a su alrededor para dar veracidad a sus palabras.

—Sí, es muy tranquilo, y hermoso, no lo puedo negar. Por cierto —observó Noa con una gran sonrisa—, como la primera vez que hablamos me dijo si necesitaba algo de verduras, la verdad es que me haría falta una lechuga para la ensalada. ¿A usted le importaría?

Germán sonrió. Esta vez no pudo evitar dirigir la mirada al atrevido escote que lucía Noa.

—Por supuesto, no faltaba más. Puedo darle todas las que quiera.

—Es usted muy amable —dijo con un tono de voz delicado, de esos que sabía que un hombre no podría resistir ni aunque hubiese acabado de salir de un gran cubito de hielo.

Observó con gran atención cómo el hombre se daba la vuelta y caminaba hacia la huerta. Por supuesto que no había pasado por alto esa mirada fugaz que había dedicado a su flamante escote. Ese tipo de detalles nunca se le escapaban. Conocía los puntos débiles de los hombres, tanto como su propio

cuerpo, por lo que sabía apretar las teclas apropiadas para manejarlos a su antojo. Siempre había sido así, ¿por qué iba a cambiarlo ahora?

«¿Aitor? Vamos, vamos, el no es ningún corderito desamparado, eso te lo puedo asegurar».

De ese modo respondió a su voz interior que intentaba hacerla sentir culpable, esa voz a la que siempre acababa sometiendo con sus razonamientos sórdidos. Enviarla al fondo de un pozo ciego, eso era lo que acostumbraba a hacer, allí donde no existía otra cosa que no fuera oscuridad. Pero sobre todo, un silencio subyugado, como las palabras que podrían brotar de un muerto.

Germán regresó con una lechuga en cada mano. Entre los surcos de tierra, parecía un equilibrista mientras avanzaba hacia Noa.

—Tome, le he traído dos —dijo Germán—, en la nevera le aguantarán unos días. Puede que se encuentre algún bicho, pero bueno, es natural con todo lo que sale directamente de la tierra.

—Oh, no se preocupe —respondió Noa, a la que ese comentario no le hizo ninguna gracia—. Si no le importa, ¿puede llevarlas usted mismo hasta la casa? Es que tengo un poquito de aversión por los bichos.

Perfecto. Germán, sin saberlo, le había brindado la excusa ideal para atraerlo hacia la casa. Los hombres sois tan inocentes y tan exageradamente manipulables, pensó.

Germán le dedicó una mirada sorprendida.

—Claro, no hay problema. Yo se las llevo.

Mientras caminaban hacia la escalera de entrada, la cercanía de Germán disparó su deseo hasta un punto insoportable. Sin pronunciar palabra ninguno de los dos, se acercó tanto al hombre que sus brazos se rozaron por un instante. El breve contacto le provocó un cosquilleo efervescente en la boca de su estómago, y cuando la embargaba esa sensación, sabía que ya nada la podía parar. Nada.

«Piel con piel, carne con carne».

Al llegar a las escaleras se las arregló para subir en primer lugar. Germán, unos escalones por debajo, tuvo unas magníficas vistas de sus glúteos, redondeados, prietos como un kebab. Germán se ruborizó al principio y miró hacia otro lugar, pero sabía que lo estaba provocando, sabía que deseaba que la mirara, que admirara la suntuosidad de sus curvas oscilantes. Finalmente, y en vista de que la mujer no hacía el menor intento por girarse y controlarlo, acabó incluso agachando un poco la cabeza para ver el color de sus bragas.

Blancas y húmedas, podía reconocerlo por el brillo del tejido.

—Adelante, pase. La cocina está al fondo —lo invitó Noa franqueándole el paso.

—Gracias. ¿Y su familia? ¿No está?

—Oh, no, estoy sola. Mi marido y mi hijo han salido a dar una vuelta por el monte y tardarán un buen rato.

Germán arqueó una ceja, incapaz de creer todavía lo que le estaba ocurriendo. Hasta el momento pensaba que ese tipo de situaciones solo pasaban en las películas baratas. Una situación fácil de recurrir para guiar inexorablemente la trama hacia una escena de sexo.

Cruzó el comedor y entró en la cocina, seguido de cerca por Noa, que lo devoraba con la mirada. Su cabello largo y encanecido tenía algo que la volvía loca, aunque daba la sensación de estar sucio, o quizá solo era una impresión. Bueno, eso no era inconveniente. Lo que realmente importaba era lo que tenía entre las piernas. De pronto, le vino a la cabeza aquella cámara bien disimulada en el espejo del cuarto de baño, y esa deliciosa ola de nuevas sensaciones recorrió su cuerpo abriendo nuevos horizontes que explorar, un cúmulo de placeres obscenos que experimentar. La duda volvió con más fuerza que nunca. ¿Habría más cámaras instaladas en la casa? No lo creía, pero le excitaba sobremanera pensar que sí, que podía estar siendo observada mientras realizaba el acto sexual. El poder de la mente es inimaginable, creer es ver. Sentir.

—¿Dónde quiere que se las deje?

—En el frigorífico, por favor.

—Como usted desee. Recuerde lo que le he dicho de los bichos, puede que luego se encuentre alguno merodeando por la nevera.

—Lo tendré en cuenta, créame.

Noa sonrió, pero era esa clase de sonrisa que se utiliza como máscara para ocultar un sentimiento negativo.

«Bichos, por el amor de Dios, deje de decirlo o le echo de aquí a patadas».

Deliberadamente, Noa se agachó junto a la nevera y abrió el cajón. Desde esa posición inclinada, sus pechos quedaban a la vista, escasamente encubiertos por la blusa. Al hacerlo, su rodilla crujió. Fue el único signo que delataba que aquella diosa sensual era de carne y hueso.

—Póngalas aquí, por favor.

Germán, que había sido abducido por sus encantos hacía ya mucho tiempo, obedeció. Era una mujer casada, ¿y qué? No se sentía culpable. Si alguien debía hacerlo, era ella. De pronto Noa pareció leerle el pensamiento. Aquella mujer era lista, muy lista.

—¿Está casado, Germán?

Éste se agachó junto a Noa y depositó las lechugas en el cajón. Noa lo lamía con la mirada.

—No, mi mujer murió hace cinco años. Un cáncer fulminante.

—Oh, vaya por Dios, lo siento.

—No se preocupe, no podía saberlo.

Ambos se quedaron en silencio, arrodillados, cruzándose las miradas.

Qué ojos, por Dios Santo, qué ojos, pensó Germán.

—Debe sentirse muy solo, ¿me equivoco?

Esta vez Noa acarició el hombro de Germán. Había pasado a la fase dos, el contacto físico. El cepo estaba a punto de cerrarse sobre la presa. Qué fácil era, tanto como respirar.

«Responde y ya eres mío, precioso».

—En más ocasiones de las que me gustaría.

Noa sonrió con condescendencia.

—¿Le gusta mi boca? —preguntó con un hilo de voz. Ése era el toque final, un tono de voz maternal, irresistible.

Germán, nervioso, le miró los labios. Eran gruesos, húmedos, tan sugerentes como apetecibles.

—Sí, me gusta.

«Te tengo».

Noa acarició su mejilla. Tenía una incipiente barba que hacía más atractivo su bigote.

—Levántese.

Germán, sorprendido por su tono imperioso, obedeció en silencio, sin embargo, Noa permaneció agachada. Cogió la hebilla del cinturón, la desabrochó demostrando una práctica impecable y le bajó los pantalones.

* * *

Retumbaron los cimientos de la casa cuando uno de los cuatro armarios de la *pajarera* se hizo astillas al estrellarse contra el suelo. Los trozos de madera y las cámaras de televisión quedaron esparcidos por el suelo como el cuerpo de un suicida que se acabase de lanzar por la ventana desde un vigésimo piso.

Un racimo de chispas brotó del amasijo de hierros y circuitos retorcidos generando fuertes destellos y lanzando una pequeña columna de humo que olía a piel quemada. Los fuegos artificiales duraron hasta que la inercia de la caída arrancó bruscamente el cable del enchufe de la luz.

No había sido un error en el ensamblaje de las maderas que formaban la estructura, y que Emilio había construido meticulosamente con sus propias manos, con tanto mimo como el que utilizó *Geppetto* cuando confeccionó a *Pinocho*. Tampoco había calculado mal el peso que podía soportar, unas buenas escuadras habían solucionado esa cuestión.

Encolerizado e incapaz de contener la rabia, él mismo lo había volcado con sus propias manos. Incluso en el estado de enajenación que lo embargaba, lo sintió como si hubiese matado a su propio hijo. Pero era necesario. Necesario. Con la expresión desencajada por la ira, pataleó los restos desperdigados al tiempo que soltaba un alarido semejante al que podría brotar de la garganta de alguien a quien le hubiesen extirpado el corazón con una mano desnuda. Sus venas, dilatadas, recorrían su rostro como si hubiese sido invadido por una legión de gusanos. Palpitantes, retorciéndose por voluntad propia. En posición encorvada, cogió un trozo de monitor y lo lanzó con fuerza contra una de las ventanas. Los cristales estallaron produciendo un sonido ensordecedor y cayeron contra el escritorio y el suelo. Un hilo de espesa saliva basculaba de su boca como el péndulo de un reloj de pared.

—¡Putaaaa!

Las campanadas de la iglesia se filtraron por la ventana rota martilleando su cerebro. ¿Qué hora era? ¿O estaban llamando a misa?

—¡Silencioooo!

Le enturbiaron los pensamientos, como si unas manos invisibles retorcieran su cerebro al igual que lo harían con una bayeta. Escurriéndole la cordura, la capacidad de pensar. Enloquecido por la rabia, tuvo la sensación de que sus sesos se convertirían en una masa viscosa e informe y rezumarían por su nariz y sus oídos. Una pregunta se repetía una y otra vez en su desquiciada mente. ¿Cómo había osado aparearse con aquel bastardo? La mujer era suya, y solo suya.

Totalmente fuera de sí, se acercó al armario contiguo pisoteando los restos esparcidos por el suelo, metió los dedos entre las maderas y la pared y lo volcó lanzando un grito de furia. Sin embargo, incluso en su arrebatado de ira, tuvo mucho cuidado de no destrozar el armario número uno, el que

retransmitía todo lo que sucedía en la casa de campo. El estruendo que formó al destrozarse contra el suelo fue lo más parecido al choque frontal entre dos coches. La casa a la que iban destinados aquellos monitores no la había conseguido alquilar ese mes de agosto, por lo que el sistema de vigilancia estaba desenchufado. Así pues, no hubo cortocircuitos ni chispas resplandecientes, pero al igual que su hermano gemelo, quedó destruido y esparcidos sus trozos por el suelo.

Las campanas cesaron.

Para la mente de Emilio fue como si le sacaran un sacacorchos incrustado en su cerebro. Agotado y resollando como si hubiera bajado de la montaña al trote, apoyó las manos en sus rodillas y, poco a poco, asimiló lo que se había visto obligado a hacer. Porque, según su parecer, él no había sido el culpable, no. Había sido la mujer, aquella mala pécora. Y por supuesto, no quería olvidar a Germán. Había alquilado sus terrenos por un precio irrisorio a aquel muerto de hambre, y así se lo pagaba. Profanando su tesoro. Invadiendo su parcela, su campo de acción.

Tenía que serenarse, obrar con prudencia, pero implacablemente. Jadeó como quien recibe la noticia de un familiar recién fallecido, paseando la mirada por el estropicio que había formado. Ahora llegaba el arrepentimiento. La hora de rendir cuentas con su ira incontrolada. Aunque su psiquiatra creyó haberlo ayudado, nunca lo consiguió, nunca. Pobre pequeño hombre. Era tan fácil engañarle, decirle exactamente lo que quería oír. Pero la furia siempre estaba ahí, sabía esconderse muy bien, ocultarse entre el laberinto de sus neuronas, sin embargo, siempre preparada para entrar en acción. Devastadora, necesaria, incluso a veces (más de las que deseaba) reconfortante.

Miró un instante los monitores conectados a la casa. Germán se había ido, y la mujer se preparaba para darse una ducha. A pesar de que se mostraba desnuda ante él, apartó la mirada cerrando los ojos. Ahora no quería mirar. Ahora no. Se sentía engañado, ultrajado. Aun así, el deseo fue más fuerte y volvió a mirar, como si un imán de carne atrajese sus ojos hacia los monitores. Su piel todavía tenía restos de tierra adherida que Germán, inconscientemente, había impregnado con sus sucias manos. Sin embargo, lanzaba un brillo especial, como una estrella recién nacida. Igual que sus labios, todavía húmedos, y seguramente resentidos.

Apreciaba los detalles porque la mujer, sin saberlo, se acercó al espejo para examinarse. Observó cómo con su dedo se limpiaba con delicadeza un

líquido brillante de sus labios. Emilio cerró los ojos con tanta fuerza como le permitieron sus párpados y los volvió a abrir con un cierto temor a lo que podría ver. La ira no era fácil de dominar, y contemplar aquello no hacía otra cosa que acrecentarla. Sus pechos, antes apetitosos como dos frutas maduras, ahora no eran más que dos bolsas de carne mancilladas, que aleatoriamente, acercaba demasiado a la cámara oculta. Si se esforzaba, podía incluso ver los dientes de Germán clavados en su piel, embutidos en sus areolas. Aquellos preciosos ojos de largas pestañas, que ahora se aproximaban al espejo, habían visto a otro hombre.

Era una idea que no podía quitarse de la cabeza.

La mujer hurgó con el dedo en su ojo izquierdo, como si se le hubiese metido algo dentro. La cercanía era tan inmensa que incluso pudo ver, aplicando el zoom de la cámara, el interior de su iris, sus líneas coloreadas dispuestas alrededor de la pupila como lenguas de fuego azul. Esa visión, al menos, logró apaciguarlo un poco. Era como contemplar una galaxia, un despliegue de colores inimaginables y formas extraordinarias.

La mujer se echó hacia atrás, cogió su cabello y lo pasó por detrás de sus hombros. Durante unos segundos se observó en el espejo. Así. Así le gustaba a él. Una pose parecida a la *Gioconda* de Da Vinci. Angelical, divina, inocente.

De un solo hombre.

Golpeó con el puño sobre la tabla de melamina, haciendo saltar el cenicero y el DVR digital. No debía engañarse. Aquella mujer no era ninguna santa, ni un ser inmaculado de mirada benevolente. Era una perra lasciva. Eso es lo que era. Y a las perras hay que castigarlas.

Vio cómo la mujer, satisfecha ante lo que había visto en el espejo, caminaba hacia la bañera y, con un movimiento grácil, se metía dentro de ella. Emilio se dejó caer sobre la silla giratoria y buscó un cigarro en el bolsillo de su camisa. Cuando lo encendió y exhaló la primera calada, fue como si la nicotina adormeciera sus neuronas. Respiró profundamente y se humedeció los labios sin quitar la vista del monitor. A continuación, cogió la pelota de espuma y comenzó a apretarla con fuerza. El hombre y el crío no tardarían en llegar, sin embargo, no sintió pena por ellos. Ese sentimiento no entraba dentro de su cuadrícula emocional.

En absoluto.

Debían soportar la carga que había caído sobre ellos. No había más que hablar.

«No ha nacido nadie todavía que consiga engañarme. Nadie».

* * *

—¡Mamá, mamá! ¡Ya estamos aquí!

Guillermo entró corriendo en la casa buscando a su madre. Su cuerpo estaba empapado en sudor y su camiseta negra con el logo de Batman (un murciélago amarillo con las alas extendidas) se adhería a su piel. Aitor entró tras él con expresión cansada.

—¡Estoy en la terraza! —gritó Noa.

Guillermo apartó las tiras cilíndricas de la cortina y corrió a darle un beso.

—Hola cariño. Por fin te ha llevado tu padre, ¿eh?

Aitor cruzó la puerta y se sentó en la silla junto a Noa. Ésta estaba tomándose un té con hielo, cosa que le pareció extraña, ya que como él, era adicta a la cafeína.

—Sí, cuando me iba me lo he encontrado despierto —dijo lazando un suspiro.

—Mamá, esta tarde quiero ir a la piscina. ¿Podemos ir, podemos?

Noa sonrió acariciando el cabello sudado de Guillermo.

—No sé qué perra le ha dado con ir a la piscina —puntualizó Aitor—. Lleva todo el camino repitiendo lo mismo.

Noa miró al cielo.

—Parece que se va a nublar, ¿no prefieres ir otro día?

—Mamá, es verano, ¿qué más da? Yo quiero ir hoy, por favor.

De nuevo esos ojitos lastimeros a los que Noa no podía resistirse.

—Está bien, a la tarde iremos. Si no llueve, ¿eh?

—¡Biennn! —gritó Guillermo y salió corriendo de la terraza. Al poco tiempo lo vieron correr hacia la pila de leña y perderse por la parte de atrás.

No habían cruzado ni una palabra. Aitor observó el cielo como había hecho Noa. Aunque hacía sol, por detrás de la montaña se dejaban ver unas formaciones nubosas de color gris oscuro, casi negro. Iban llenas de agua, pensó. Antes de hablar, carraspeó como si se hubiese atragantado con un hueso de aceituna.

—¿Ha venido esta mañana Emilio?

Noa sintió un agradable cosquilleo en su estómago cuando escuchó pronunciar su nombre. Era exactamente igual que cuando siendo una adolescente le hablaban del chico que le gustaba.

—No, yo no lo he visto. Puede que haya venido antes de levantarme.

—Yo tampoco lo he visto —añadió Aitor, dando por hecho que Noa también querría saberlo.

—Bien, mucho mejor así. No me hace gracia verlo por aquí todos los días, como la mosca que acude a la mierda —dijo con un tono de voz displicente, aunque sabía muy bien que lo que sentía en su interior nada tenía que ver con sus palabras.

—¿Y ése tal Germán? ¿Ha aparecido hoy?

—Suele venir temprano. Si a esas horas te vas al monte no creo que lo veas nunca, ¿no te parece?

El tono arisco de Noa provocó una mirada indagadora en Aitor. Con el cuerpo sudado, una ráfaga de viento le heló las venas.

—Ya... —respondió levantándose de la silla, intentando evadirse del mal genio con el que se había levantado su mujer—. Voy a darme una ducha. Aquí hace un poco de frío.

—Muy bien, querido.

Noa apuró su taza de té sin apartar la mirada de las nubes.

* * *

Finalmente la tarde se nubló, pero el calor continuaba siendo abrasador. Era tan seco que Noa tenía la sensación de que dos tapones de corcho hubiesen sido encasquetados en su nariz. Por el contrario, observó a Aitor y a Guillermo, ellos no parecían tener ese problema.

A pesar del cielo encapotado no caía ni una gota de lluvia, así que, cumpliendo su promesa, se acercaron a la piscina municipal del pueblo. Bajando por el camino de tierra hasta la carretera principal, por donde vinieron y que atravesaba el río, lo único que tenían que hacer era girar a la izquierda y avanzar aproximadamente un kilómetro serpenteante. No obstante, decidieron ir en coche. Caminar veinte minutos o media hora con el ambiente sofocante que se había apoderado de Bicorp podía ser una muy mala experiencia.

Por lo visto no habían sido los únicos en tener esa idea. La piscina estaba tan llena que la superficie del agua era un sembrado de cabezas humanas, la mayoría de niños, con el pelo mojado como recién nacidos. Después de instalarse en un pequeño hueco libre entre dos grupos de toallas vacías, en una zona de césped cubierta de palmeras, Guillermo salió corriendo seguido de Aitor. Noa los observó mientras se acomodaba en su toalla rosa. La duda que

la asaltaba era saber quién de los dos era más infantil.

Su mente todavía evocaba el fantástico momento que había pasado con Germán esa misma mañana. Recordar el cuerpo arrugado del hombre hizo que su piel se estremeciera. ¿Qué tenían los hombres maduros que la volvían loca? Se bajó las gafas de sol, se sentó con las rodillas arqueadas y paseó la mirada ausente por la piscina. Normalmente se comportaba, era capaz de controlar sus instintos lascivos como bien podía, hasta que un hombre de esas características se le cruzaba en el camino y entonces eran los instintos quienes la controlaban a ella. Observó cómo el casi invisible vello de sus brazos se erizaba al pensar cómo las curtidas manos de Germán masajeaban sus pechos, y sintió un calor repentino cuando recordó cómo su lengua recorría su vientre, zigzagueando con movimientos rápidos alrededor de su ombligo, incluso esbozó una sonrisa cuando recordó las cosquillas que le provocaba su bigote cano y mal cuidado.

Pero lo que despertó su deseo de nuevo fue pensar en sus manos sucias y llenas de tierra. Era como abrir la puerta a una lascivia totalmente desconocida para ella, una nueva experiencia que, unida a la sensación de sentirse observada, la había llevado a la locura. Era como retozar en un prado de placer, en una huerta de penes erectos, sentir la aspereza de la tierra agarrándose a su piel.

Tierra.

Suciedad.

Sus ojos, de pronto, se detuvieron en el socorrista. Estaba sentado cerca de ella, junto a la orilla de la piscina, en una metálica silla elevada especial para su profesión, fijando su atención en los bañistas como un marinero buscando tierra. Se bajó ligeramente las gafas para poder observarlo por encima de ellas. Sin el filtro oscuro de los cristales pudo observar su joven piel bronceada en exceso por el sol. Tuvo la seguridad, en un pensamiento divertido, de que si se acercaba lo suficiente podría ver ronchas de piel seca y despegada. Era un muchacho apuesto, eso no podía negarlo. Y el bañador rojo le quedaba muy a lo *Vigilantes de la playa*. Sin embargo, por experiencia, la carne fresca no le había ofrecido grandes alegrías en la vida. Sí, era jugosa, tan tierna que podía llegar a derretirse entre sus labios, pero no sabían manejarla, era como si a un conductor novel le regalasen un Ferrari F40 por su cumpleaños.

No obstante, hoy se sentía generosa.

Había hecho bien en elegir un bikini unas tallas más pequeño, porque ahora sus carnes luchaban por mantenerse ocultas entre la escasa tela. Buscó el aceite bronceador en la mochila y, con suavidad, lo esparció por todo su cuerpo. Mientras lo hacía, sus ojos estaban clavados en el socorrista, que permanecía ajeno a su presencia. El frescor del aceite endureció sus pezones, que abultaban escandalosamente la tela del bikini, y el brillo que le confería a su piel era algo que la hacía sentirse especial, como una estrella fugaz resplandeciendo en la noche.

Cuando acabó, se levantó y caminó con disimulo hacia el socorrista. Intencionadamente, hizo contonear su cadera haciendo bailar sus glúteos. El muchacho, concentrado en su tarea, no la veía, pero daba igual, ese movimiento la hacía sentirse bien, como si le recargara las pilas antes de empezar la función. Se detuvo a la distancia de un metro de él y, con una actuación teatral impecable, oteó la piscina como si estuviese buscando a alguien. El joven socorrista no pudo evitar dirigir la mirada hacia la persona que se había puesto a su lado. Sorprendido, la observó con descaro. Aquella mujer brillaba como un ángel celestial. Y sus curvas parecían haber sido moldeadas en el mismísimo cielo. Desde su posición elevada pudo contemplar los turgentes pechos que el estrecho bikini dejaba entrever para que una imaginación avispada hiciese el resto del trabajo.

—¿Está buscando a alguien? —preguntó.

Noa, interpretando una reacción de sorpresa con maestría, se giró indiferente hacia el socorrista. Que el muchacho le hubiese tratado de usted no le hizo ninguna gracia. ¿Acaso la veía como a una anciana? Su experiencia no fallaba nunca. Nunca. La carne fresca no tenía ni idea de cómo tratar a una mujer. El tacto era algo que sus hormonas revolucionadas no barajaban como alternativa. «Gran Dios de las piscinas de pueblo, si quieres sacar algo de una mujer, no te metas con su edad, regla número uno.»

—Oh, sí, a mi hijo, no lo veo.

—Sí, con tanta gente es complicado distinguir a alguien. ¿Quiere que la ayude?

El muchacho le dedicó una agradable sonrisa, una que dejaba al descubierto su blanca dentadura. Noa volvió la mirada hacia la piscina. Segunda vez que la trataba de usted. Game over. Seguramente esa sonrisa funcionaba a las mil maravillas con una chica de su edad, pero con ella no.

—No, no es necesario. Está con su padre. Solo quería ponerle un poco de

crema solar. Disculpa, no quiero entretenerme, deberás prestar atención a tu trabajo.

El joven socorrista, decepcionado, vio cómo la mujer se daba la vuelta y caminaba hacia las toallas con una forma de andar que resucitaría a un muerto.

Noa se sentó con delicadeza sobre su toalla y, sabiendo que no podría ser vista a través de sus gafas de sol, observó al muchacho. «Perdiste tu oportunidad, sigue practicando.»

Se levantó las gafas y se tumbó en la toalla. Aunque estaba nublado, sabía que para el sol no era obstáculo alguno. Con un poco de suerte podría seguir bronceando su cuerpo. Hasta llegar al tono de la piel del socorrista. Esbozó una sonrisa maliciosa imaginando la cara de estúpido que se le habría quedado. No habría estado mal, la verdad, pensó. Era guapo, y su sonrisa lo cierto es que resultaba cautivadora, pero no iba a permitir que la sedujera, bajo ningún concepto, ella tenía sus propios principios y no pensaba pisotearlos por un trozo de carne joven y apetitosa. Qué superficiales eran los jóvenes de hoy en día. Bueno, lo más correcto era incluir a los jóvenes de cualquier época.

Cuando al fin había conseguido relajarse y apagar su calor interno, sintió de pronto como si cientos de agujas de hielo atravesaran su piel. La desagradable sensación la cogió por sorpresa y se levantó con tanta rapidez que sus senos a punto estuvieron de salirse de su bikini. Cuando abrió los ojos vio a Guillermo estallar en carcajadas, completamente empapado en agua. Aitor, que se acercaba caminando por el césped, sonreía con malicia.

—¡Guillermo, no me tires agua!

—Venga, mamá, ven al agua con nosotros.

Guillermo la cogió de la mano y tiró de ella con insistencia.

—No, ahora no quiero. Me has dado frío, te tengo dicho que me da mucha rabia que me tires agua cuando estoy distraída.

—No te enfades, mamá, solo era una broma.

Aitor, sin poder borrar la sonrisa de su cara, se sentó en su toalla junto a Noa.

—No te enfades con él. Se lo he dicho yo. ¿No te apetece un baño? Está calentita.

—Sí, ya he visto lo calentita que está. No, no me apetece y punto.

Aitor la observó con extrañeza.

—Vaya día llevas hoy, ¿eh?

Noa prefirió guardar silencio al tiempo que se tumbaba de nuevo en la toalla. Por un momento le pareció ver al socorrista mirarlos, posiblemente alertado por sus gritos, sin preocuparse de ocultar una desagradable sonrisa en su boca. Guillermo, que era incapaz de permanecer quieto y aburrido lejos del agua como sus padres, salió corriendo hacia la piscina pisoteando el césped y algunas toallas vacías.

Aitor imitó a Noa y se tumbó junto a ella.

—¿Has visto lo que te he dejado esta mañana en la almohada?

Aitor había dejado deslizar sus palabras con un tono grave y elocuente, envueltas en un susurro íntimo que suplicaba un cambio en la actitud de Noa. Giró la cabeza hacia ella y por primera vez en el día la vio sonreír. Noa ladeó la cabeza hacia él y lo traspasó con sus ojos azules y profundos.

—Sí, me ha encantado —susurró dulcemente.

Aitor sintió cómo el deseo se apoderaba de él al escuchar su cálida voz. Noa se giró y se puso de lado sin apartar la mirada de sus ojos. Aitor no pudo evitar observar cómo sus senos se comprimían el uno con el otro, aplastados por la gravedad, casi a punto de explotar entre tan poca tela. El sol, por un instante, apareció tímidamente entre las nubes y los bañó provocándoles una sensación agradable, pero apenas duró unos segundos, enseguida fue ocultado por la espesa masa nubosa.

—Escucha, si esta noche conseguimos que Guillermo se duerma pronto, quizá tú y yo podríamos tener un momento a solas, para nosotros, ¿qué te parece la idea? —propuso Aitor mientras con su dedo índice acariciaba con disimulo el pezón de Noa.

—¿Acaso estás pidiéndome una cita?

—Ajá...

Noa miró de soslayo hacia el socorrista. Éste estaba observándoles con disimulo, pero esta vez la estúpida sonrisa había sido borrada de su cara.

—¿Y qué propones?

—Bueno, se me ocurre que podríamos abrir esa botella de vino que hemos traído, ya sabes, la de ocasiones especiales.

Aitor percibió un brillo seductor en los labios de Noa.

—Así que tu intención es emborracharme, y seguramente luego pretenderás aprovecharte de mí, ¿no es cierto?

—Mmm, correcto, hacer contigo lo que me plazca.

Ahí estaba. Aitor acababa de decir las palabras mágicas. Noa sintió un

ardor repentino en todo su cuerpo, un cosquilleo delicioso en su estómago.

—¿Sabes qué?

—Qué.

—Me seduce tu plan.

—Sabía que te encantaría.

—Estoy deseando que llegue la noche.

La noche.

Aitor se quedó pensativo. Cuando habló su tono había cambiado a uno más intranquilo.

—Por cierto, ¿anoche escuchaste esos ruidos en la buhardilla?

Noa en un principio se quedó en silencio, pensando si debía contarle su espontánea salida nocturna. Después de todo, ¿por qué no iba a hacerlo? Él estaba tan preocupado como ella.

—La verdad es que no escuché nada, pero no lo sé a ciencia cierta.

—¿Y eso? —preguntó Aitor con expresión de extrañeza.

Noa le contó entre susurros cómo había salido fuera de la casa, se había escondido entre los matorrales y había esperado muerta de frío la llegada de quien creía que era el culpable. Sin embargo, no pudo acabar la explicación porque fue interrumpida por un ruidoso alboroto en la piscina, al otro lado de donde ellos estaban. Extrañados, se levantaron de las toallas justo al mismo tiempo que el socorrista bajaba de la escalera con excesiva prisa, corría hacia el otro lado y se lanzaba al agua con un salto impecable.

Un mal presentimiento se apoderó de Noa. La gente se había agolpado en aquella zona, y guiados por un impulso natural corrieron hacia allí. Mientras lo hacían, Noa buscó alarmada a Guillermo entre la multitud, sin embargo, sus ojos se vieron obligados a mirar lo que estaba sucediendo dentro del agua. El color rojo teñía con formas parecidas a las que forma el humo de un cigarro una pequeña porción de agua, avanzando, disgregándose en pequeñas espirales cada vez de un rojo más intenso. La sangre brotaba de un bulto distorsionado en el fondo de la piscina, cada vez con más abundancia, como un geiser de sangre, hasta que el agua cambió de color por completo. La sombra sumergida se ocultó repentinamente mientras el socorrista llegaba nadando desesperado a su posición y se sumergía dentro del agua. La gente arremolinada dejó escapar algunos gritos de horror incapaces de soportar la aterradora escena.

Noa y Aitor corrieron por el lado de la piscina con pasos cortos para no resbalar, como si la superficie estuviese construida con brasas incandescentes.

En ningún momento apartaron la vista del agua enrojecida. Noa sintió cómo se le contraía el estómago. ¿Qué posibilidades había de que aquel oscuro bulto sumergido fuera su hijo? Su mente trataba de convencerse a sí misma de que aquél no era Guillermo, de que allí había mucha gente y podía ser cualquiera menos él.

Las burbujas emergieron hacia la superficie como una procesión, explotando sobre ella y creando pequeñas salpicaduras de sangre. El joven socorrista estaba tardando demasiado tiempo en sacar el cuerpo del agua y la tensión en la piscina se acrecentó a cada segundo mortal que pasaba.

Después de unos segundos insufribles, por fin se vio cómo el muchacho buceaba hacia la superficie arrastrando el bulto con él. Noa y Aitor se detuvieron (y a punto estuvieron de resbalar y caer) expectantes y aterrados por ver quién era la víctima, y durante unos angustiosos segundos rezaron para que no fuera Guillermo. Noa gimió. Aitor le sujetó con fuerza la mano. El socorrista estaba llegando a la superficie. ¿De dónde había salido la sangre? La pregunta abordó a Noa mezclada con la desesperación de la incertidumbre. ¿Por qué tardaba tanto en sacarlo del agua? Tenía la impresión de que ascendía desde las profundidades del mar.

—No, por favor... mi niño no —suplicó Noa de forma casi inaudible.

Sintió cómo su corazón latía enloquecido golpeando su pecho. Contempló sobrecogida cómo la sombra bajo la superficie iba aumentando de tamaño, cada vez más grande, cada vez más cerca.

Al fin la cabeza del socorrista asomó teñida de sangre, inspirando una gran bocanada de aire. Sin perder tiempo, sacó la cabeza de la víctima fuera del agua, la tenía sujeta con fuerza, levantándole la barbilla. Noa y Aitor no perdieron tiempo en dirigir la mirada al niño. Era un niño. En ese preciso segundo fue como si el tiempo se detuviese, como si todo, de pronto, careciese de sentido. Pero no era Guillermo. Corroborar ese hecho fue como si les hubieran sacado una bolsa de plástico de la garganta. La respuesta a tanta sangre estaba en su cara. O más bien en su nariz. La sangre brotaba por ella como un manantial, de un rojo oscuro, demasiado líquida, mezclándose con el agua y embadurnando al propio socorrista.

—Gracias, Dios mío, gracias.

De nuevo sus palabras fueron tan débiles que el viento no tardó en llevárselas lejos de allí. Cuando se cercioró de que no era su hijo el accidentado, sus ojos automáticamente escrutaron los rostros de las personas

que se habían acercado a la orilla, y donde un par de hombres en cuclillas ayudaban al socorrista a sacar al chiquillo del agua. Su búsqueda se alargó tanto como lo que se tarda en lanzar un suspiro. Allí, en primera fila, estaba Guillermo con expresión vacía mirando el cuerpo inmóvil que sacaban del agua. No supo por qué, pero de nuevo un mal presentimiento se adueñó de ella, tan oscuro como el repentino cielo que se cernía sobre el pueblo.

—¡Está allí! —le gritó a Aitor señalando con su mano.

Corrieron hacia él sorteando a la muchedumbre que circundaba la piscina. De pronto, una mujer comenzó a lanzar lamentos angustiosos, con toda seguridad sería la madre del crío, pensó Noa. El socorrista hacía las maniobras de reanimación sobre el niño herido cuando éste comenzó a toser y a escupir agua por la boca. Noa se quedó perpleja cuando su segundo presentimiento se cumplió (para ella, sin duda, era mejor que se hubiera cumplido éste antes que el primero) y la madre, dominada por un ataque de nervios, comenzaba a increpar y a chillar a Guillermo. Eran frases incoherentes, atropelladas por el gran susto que había anidado en su cuerpo, pero creyó distinguir que Guillermo le había dado un cabezazo en la nariz.

* * *

—¿Sé puede saber en qué estabas pensando? —gritó Aitor mirando a Guillermo por el espejo retrovisor—. ¿Sabes que has podido matar a ese niño?

Guillermo permanecía en silencio mirando sus manos, jugueteando nervioso con sus dedos. Sabía que su padre tenía toda la razón, debía sentirse arrepentido por lo que había hecho, pero ese sentimiento no lo encontraba por mucho que trataba de esforzarse. Noa, con una expresión parecida a cuando te dicen que te quedan tres meses de vida, contemplaba abstraída los árboles que transcurrían por la ventanilla del coche.

—¿No tienes nada que decir? ¿Por qué lo has hecho? —insistió Aitor perdiendo la paciencia.

—Se ha reído de mí —respondió al fin Guillermo con un hilo de voz, sabiendo que esa razón no justificaba en absoluto su conducta tan violenta.

—¿Que se ha reído de ti? ¿Y crees que eso es motivo para darle un cabezazo a ese niño? Y lo peor de todo no es eso, es que además se ha caído al agua, podría haber muerto.

Guillermo no se había equivocado. Miró a su padre y vio cómo las venas de las sienes se le inflaban como si tuviese espaguetis debajo de su piel.

—¡Me cago en la leche, Guillermo! ¿Qué quieres, que nos echen del pueblo a patadas? —explotó al fin Noa—. ¿Tienes idea de lo que has hecho, por una de aquéllas, se te ocurre lo que hubiera llegado a pasar si ese niño se ahoga en la piscina? ¿Eres consciente?

Su padre le intimidaba, pero su madre era mucho peor, pero que mucho peor.

—Lo siento...

Guillermo por un momento dio la impresión de echarse a llorar, pero tragó saliva y aguantó.

—Lo sientes, lo sientes. Sabes que mereces un castigo, y de los grandes, ¿verdad?

Guillermo asintió compungido. Sus ojos brillaban.

—¡No te he oído! ¡Lo sabes, ¿verdad?!

—Sí mamá. Lo sé —gritó estallando en un llanto.

De pronto, con la mirada enturbiada por las lágrimas, vio cómo las venas dilatadas de las sienas de su padre habían desaparecido, como si la sangre hubiese vuelto a su cauce. Lo que no vio fue cómo su brazo, reposando sobre las piernas de Noa, lo agitaba pidiéndole calma, una pequeña advertencia para que midiera sus palabras.

—Está bien —dijo finalmente Noa—. Mientras tu padre y yo pensamos un castigo adecuado y proporcional a tus actos, ves olvidándote de ir a la piscina en que lo queda de mes.

Justo en el momento en que Aitor se desviaba a la derecha para enfilear el camino hacia la casa guardaron un silencio terapéutico que sosegó los ánimos de toda la familia. Especialmente los de Guillermo, que había conseguido dejar de llorar, aunque no cesaba de aspirar los mocos de su nariz. Aitor miró primero la hora en el reloj del coche, eran casi las siete de la tarde. Luego, miró por la luna delantera hacia el cielo. Las nubes se habían vuelto tan oscuras que parecía que el crepúsculo hubiese caído sobre el pueblo repentinamente.

—Madre mía, la que se está preparando en el cielo —susurró para él mismo.

El coche saltó cuando el camino de asfalto se acabó dando paso al de tierra. Guillermo, después de mirar por su ventanilla las oscuras nubes como había hecho su padre pensó que quizá el mal tiempo que se avecinaba pudiera ser un buen motivo para que sus padres se olvidasen de él, o por lo menos de

elaborar un horrible castigo. Porque, ¿qué había de malo en que se hubiera defendido ante una agresión? Eso era lo que sus padres le habían enseñado, que no debía dejarse pisar por nadie, así que no entendía por qué ahora se enfadaban con él.

Miró a su izquierda. Las hileras de olivos ahora le parecían tumbas retorcidas bañadas por la inesperada oscuridad. Aquel lugar, de pronto, le dio la sensación de ser un lugar apartado y maldito, como un gran cementerio a las afueras del pueblo.

—Por favor, Aitor, ¿quieres no correr? No pasa nada si nos mojamos un poco, mejor eso que estrellarnos con el coche.

Guillermo despertó de sus pensamientos al escuchar la robótica voz de su madre y sintió cómo el coche perdía velocidad. Quizá era el momento de hablar, distraer a sus padres, y por qué no, hacer como si nada hubiese ocurrido.

—¿Van a haber rayos y truenos? —dijo con un tono de voz despreocupado.

—Pues no lo sé, tiene toda la pinta —contestó su padre.

Era el momento de mostrarse frágil, esa maniobra les ablandaría el corazón sin dudarlos.

—¿Nos va a pasar algo?

Noa se giró hacia él. Su cara desencajada por el enfado había desaparecido y en su lugar mostraba una expresión de comprensión. Por el momento, la cosa iba bien, pensó.

—¿Qué nos va a pasar, cariño? Como mucho puede caer una tormenta, nada más. Tú tranquilo, con los papás estás a salvo.

Guillermo esbozó una débil sonrisa. Su madre había utilizado la palabra cariño, lo que significaba que el enfado se había evaporado. ¿Dónde había aprendido esa técnica de evasión? De algunos dibujos animados, seguro, pero había funcionado a las mil maravillas.

Aitor enfiló el último camino de tierra y se apresuró en aparcar en la zona asfaltada. Abrieron las puertas, salieron sin demorarse y corrieron hacia las escaleras. No llovía, pero el fuerte viento precedente a una tormenta se había levantado y pequeños remolinos de hojas secas y tierra flotaban en el aire con un único mensaje: ponte a cubierto antes de que sea demasiado tarde. Luego no me vengas con que no te lo advertí.

—Venga, corred, corred —les instó Aitor.

Él adoraba las tormentas, era un fenómeno meteorológico que admiraba

desde que era un crío, sin embargo, una tormenta en mitad del monte no le hacía ninguna gracia, y el único motivo eran los relámpagos. Nunca se sabía dónde podía caer uno.

Subió en primer lugar, abrió la puerta con rapidez y entraron en la casa. Al cerrar la puerta les invadió una sensación de aislamiento, dejando el fuerte viento al otro lado de la puerta. La súbita oscuridad se había trasladado al interior de la casa y por unos segundos a Aitor le pareció una casa distinta, como si hubiesen atravesado a otro plano antinatural. Noa encendió las luces, sin embargo, esa extraña sensación todavía perduraba en Aitor.

—Será mejor que bajemos las persianas de todas las habitaciones por si llueve —aconsejó Aitor.

Guillermo corrió a su habitación y bajó la persiana, Noa la de la habitación contigua y Aitor la del comedor y la de la habitación de matrimonio.

—Noa, baja tú la de la cocina, yo me encargo de cerrar la ventana del cuarto del baño.

Cuando terminaron, tuvieron la sensación de estar encerrados en un bunker, a decenas de metros bajo tierra. En el comedor y en silencio, escuchaban el fragor del viento como si pretendiese echar los muros de la casa a tierra, observaban cómo las persianas eran sacudidas con un sonido estridente, casi ensordecedor. Sin embargo, parecía que la tormenta no acababa de arrancar. Finalmente, pensó Aitor, el parte meteorológico estaba en lo cierto, y si todo seguía igual, los próximos días iban a estar acompañados por lluvias y fuertes tormentas por la tarde.

—Me da miedo —susurró Guillermo continuando con su plan.

—Ven, cariño, acércate a mí. Es solo aire, no te preocupes —dijo Noa con un tono de voz protector mientras pasaba el brazo por el hombro de Guillermo y lo atraía hacia ella.

Un insecto pasó volando cerca de la cabeza de Noa el cual consiguió arrancarle un grito. Voló tan rápido que no logró verlo. Aitor se giró con rapidez hacia ella sobresaltado, pensando qué demonios ocurría ahora.

—Joder, ¿qué pasa?

Guillermo escuchó el taco de su padre, pero esta vez prefirió no llamarle la atención.

—Ha pasado algo volando cerca de mí —gritó Noa mientras escrutaba el aire con la mirada. Un bicho en casa, solo faltaba eso, pensó, pero estaba en el

monte, ¿qué esperaba? Era algo que no se podía evitar, y lo sabía bien.

Aitor escuchó un zumbido revolotear muy cerca de él. Por lo visto era grande. Giró la cabeza en todas direcciones hasta que al fin pudo ver de qué se trataba.

Poco se imaginaba en ese momento que el horror no había hecho más que empezar.

La abeja —era una abeja furiosa— se posó sobre el cristal de la ventana. Sin embargo, otro zumbido hizo agitar las manos a Noa como si estuviese espantando moscas.

Gritó.

Se convulsionó cuando sintió un insoportable aguijonazo en su hombro, como una dolorosa inyección de cortisona.

Pero su boca alcanzó un grado de abertura imposible cuando un enjambre salió dibujando una línea curvada de la chimenea, un brazo oscuro que se alzaba retorciéndose hasta el techo. El zumbido reverberando en las paredes del comedor fue el sonido más espantoso que había escuchado en su vida, y aunque su grito fue absorbido por las fuertes ráfagas de viento, supo que jamás lo olvidaría. Un simple instante en la vida (una conjugación de situaciones aleatorias), había quedado tatuado en la piel de su cerebro hasta el fin de sus días.

—¡Joder...!

Noa escuchó el grito de su marido, pero era como si su voz no estuviese allí. Una pequeña avanzadilla de abejas la rodeó y, aunque intentaba zafarse de ella a manotazos, la sucesión de picotazos le ocasionó tanto dolor que por un momento su vista se nubló.

Conmocionada y aterrada, alzó la mirada para ver cómo la nube de abejas se dividía en varios escuadrones como si una maraña de tentáculos brotase de ella. Serpenteaban con un zumbido aterrador, dilatándose y separándose en una mano de afluentes. Lo siguiente que su cerebro pidió con urgencia fue mirar a Guillermo. Una oleada de terror se apoderó de ella. Por un instante evocó el momento en que aplastó aquella avispa contra el cristal del coche. Mientras sentía dos aguijonazos simultáneos en su muslo derecho, vislumbró a Guillermo sacudiendo sus brazos y con la boca abierta en lo que debía ser un grito desgarrador, reflejando una perfecta mueca de terror, sin embargo, no lo oyó.

El viento agitó las persianas como si una mano gigante tratase de entrar en

la casa a través de la ventana. Noa, retrocediendo hacia ningún lugar, tropezó contra una de las sillas. El sonido al chocar contra la mesa sonó hueco. Tenía la angustiada sensación de que cuanto más trataba de espantar las abejas, de más cantidad se veía rodeada.

La aversión hacia los insectos exprimió el aire de sus pulmones. Su cerebro, al verse envuelto entre decenas de ellos, se bloqueó, y ni siquiera el inmenso dolor que lo fustigaba fue capaz de hacerlo reaccionar. Su mente inventó una nueva respuesta. Obligó a la boca a permanecer cerrada por miedo a que una abeja se introdujese por ella. Entre latigazos de dolor y repulsión trataba de averiguar cómo habían podido salir de la chimenea.

Noa dio un fuerte manotazo, que chocó contra un marco sobre el mueble y éste cayó haciéndose el cristal añicos contra el suelo. De pronto, entre el terrorífico zumbido de las abejas, escuchó la voz de Guillermo deslizarse entre el aleteo del enjambre.

—¡Mamá! ¡Mamá, ayúdame!

Su súplica se clavó en sus tímpanos como una larga y estrecha aguja. La primera opción que pudo procesar su mente fue huir de allí. Una elección más completa, coger a su hijo y huir de allí. ¿Qué estaba pasando con Aitor? La duda hizo dirigir la mirada hacia él, aunque fue un acto tan costoso y sacrificado que pensó si se arrepentiría de ello. Junto al sofá, al lado de la chimenea, luchaba contra un espectro oscuro de abejas que deambulaba a su alrededor, como un fantasma tratando de atormentarlo. Quiso llamarlo, pero no se atrevió a abrir la boca. El terror le hizo imaginarse una colmena enfurecida dentro de su estómago, rasgando las paredes con sus afilados agujones, tratando de expandirse como un cáncer por todo su cuerpo para escapar por cada agujero de su cuerpo. Su mente martirizada la hizo verse a sí misma retorciéndose de dolor, mientras cientos de abejas brotaban de su nariz, oídos y boca dándole la apariencia de una medusa tan negra como la brea, huyendo encolerizadas confirmando a su vuelo el aspecto de unos apéndices obscenos, revoloteando en una procesión organizada hasta formar una oscura nube sobre su cabeza.

Bombardeada por su propio cerebro, sintió cómo una mano la cogía del brazo con fuerza. Notó un dolor agudo en esa zona de su cuerpo, que manifestaba una gran cantidad de picotazos. El brazo tiró de ella. Aitor la arrastró con violencia en dirección a Guillermo, mientras con su mano libre continuaba espantando a las abejas más insistentes. El pequeño se había hecho

un ovillo en el suelo tratando de protegerse de los insectos enloquecidos.

—¡Guillermo, levanta! —gritó Aitor.

Cuando escuchó la voz de su padre, el dolor de los aguijonazos remitió por un instante. Estaba salvado, su padre venía a por él. Levantó lentamente la cabeza y lo miró aterrado.

—Papá...

Aitor miró su cara con los ojos entrecerrados. Tenía manchas rojas, pero no parecía que se hubiesen cebado con ella.

—¡No hables, levántate, rápido, hay que salir de aquí!

Aitor abofeteó su mejilla y una abeja cayó muerta al suelo.

—¡Hijas de puta! —gritó encolerizado.

Guillermo, alentado por la voz imperiosa de su padre, se alzó del suelo con dificultad, y a punto estuvo de caer de espaldas. Notó las piernas flaquear, como si se hubiesen convertido en dos ramas secas y podridas. Escuchaba a su madre gimotear, creyó haberla visto junto a su padre, sin embargo no estaba seguro, quizá podría haber sido una sombra de las muchas que se habían formado en el salón. El rugir de las abejas en el aire era perturbador, igual que si hubiese un escuadrón de bombarderos en sus cabezas, un sonido metálico, a motor aceitoso. Sintió la fuerte mano de su padre cómo lo cogía por el brazo y prácticamente lo arrastraba hasta la puerta de entrada a la casa. Le hacía daño, pero sabía que era necesario, hubiera sido válido incluso que le arrancara el brazo de un fuerte tirón por el hombro. Daba igual con tal de salir de allí. Lo siguió trastabillando con sus propios pies, y fue cuando tuvo la certeza de que su madre caminaba a su lado.

Aitor giró la llave y abrió la puerta mientras las abejas revoloteaban alrededor de su cabeza. Salió en primer lugar y a continuación tiró de Noa y Guillermo hacia el pequeño descansillo que había al final de la escalera. Cuando estuvieron los tres fuera, cerró la puerta con tanta fuerza que sintió cómo se estremecieron las viejas paredes de la casa. El fuerte viento, al principio, resultó paliativo, como un fuerte chorro de agua helada proyectado sobre las picaduras. Luego, cuando se llevó las pocas abejas que habían logrado salir con ellos, se tornó insoportable, capaz de tirarlos al suelo si no se sujetaban a algo. El cielo se había ennegrecido, un manto oscuro de nubes asimétricas que cubría el firmamento hasta donde alcanzaba la vista. Sin embargo, la lluvia se resistía a dejarse caer. Bajaron las escaleras con la sensación de que en cualquier momento sus pies tropezarían y rodarían como

un saco de paja. Noa sollozaba. Guillermo lloraba aterrado. Aitor los guió hasta el estanque. Las hojas de los árboles revoloteaban alrededor de ellos, subían y bajaban, trazaban divertidos tirabuzones, curioseando lo que había sucedido.

Los obligó a sentarse en las rocas que circundaban el estanque (cubiertas por una capa de moho verdoso), les gritó y agitó por los hombros para que dominasen el estado nervioso en el que se encontraban y los examinó para ver la gravedad de las picaduras.

30 de julio de 2016, 23:17 horas.

Nena, tienes que estar despierta para cuando llegue el manto negro. Nena, ¿me oyes?

—Estoy despierta, mamá, estoy... despierta.

Estás sudando cariño, y temblando.

—Estoy... congelada mamá.

Dime tu nombre. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo... Elena Bayona.

El aire era tan espeso en el interior del ataúd de madera que podría sujetarlo entre sus manos. Su mirada solo podía contemplar abismada un punto fijo en la tapa de madera, una de las hendiduras por donde se escurría la tierra enlodada. Sujetaba la linterna con fuerza, como si con ello se agarrase a la vida, y era allí donde dirigía el débil haz de luz. Morir con luz era mucho mejor que morir envuelta por la oscuridad. Ese hecho era algo que había asumido desde que encontró la linterna en su bolsillo, un leve retazo de lucidez que esquivaba las voces en su cabeza para mantener viva la realidad.

¿Sabes que han habido otras antes que tú, florecita?

No sueltes la linterna, nena. La luz espanta a la muerte.

—¿Otras? ¿Cómo... lo sabes, papá?

No lo sé, lo presiento, solo lo presiento. Y sabes que tu padre nunca se equivoca.

La caja de madera crujió como una escalera vieja. Elena aparcó las voces momentáneamente y, embargada por un terror indescriptible, escrutó las tablas con los ojos abiertos hasta el límite de sus párpados. Le costaba incluso jadear. Las tablas parecían estar combándose. La tierra húmeda era la culpable, era como si un ser gigantesco se hubiese sentado sobre el ataúd. Elena gimió.

Reza, cariño, reza...

—Ahora no, mamá, por favor, tengo miedo.

¿Por qué hablaba? Cuanto más lo hiciese, antes se consumiría el oxígeno. ¿Y eso no era bueno? ¿Acabar asfixiada antes que la tierra quebrase las tablas

y entrase en tromba para acabar anegando sus pulmones? ¿No era mejor morir así?

Las tablas aguantarán, florecita. Mira, son fuertes, quien haya hecho este ataúd es un gran artesano, créeme.

La voz de su padre le inspiró esperanza. Un recuerdo la embargó de pronto. Su niñez, viajó a cuando tan solo tenía nueve años. Corría el mes de agosto, su hermano, tres años mayor que ella, había conseguido (después de muchos intentos frustrados) encerrar una mosca en un tarro de miel. Éste descansaba boca abajo en la mesa de la cocina. No lo vio tan divertido como su hermano, que gritaba y brincaba por su hazaña, pero sí interesante. ¿Cuánto tiempo custodiaron el tarro? ¿Una hora? Observaron pacientemente cómo la mosca revoloteaba sin llegar a entender cómo no podía traspasar aquella barrera transparente. La libertad la veía a tan solo un aleteo, sin embargo, inalcanzable. Y todo porque ellos lo habían decidido así. Jugando a ser dioses, decidiendo sobre la vida de aquel insecto. Habían fabricado un ataúd cilíndrico y cristalino, aunque en aquella época no fueran conscientes de ello. Simplemente era un juego, o más bien curiosidad. Una curiosidad extrema por la vida y la muerte, por saber cuánto tiempo podría aguantar la mosca sin respirar. Recordó cómo sus fervientes intentos al principio se convertían con el paso de los minutos en aleteos lentos, ralentizados, sin embargo, nunca la vio rendirse, dejar de luchar por su libertad. Recordó los ojos distorsionados de su hermano a través del cristal, cómo seguía con la mirada agrandada el vuelo desesperado del insecto.

Hasta que finalmente se detuvo sobre la curva acristalada, adherida a una superficie incomprensible para ella, algo que no debería estar allí, pero que sin embargo, estaba. Se preguntó cómo vería la vida, cómo vería la muerte cercana. El oxígeno se fue acabando para ella, hasta que incapaz de permanecer más tiempo sobre el cristal, cayó contra la superficie de la mesa.

Un punto negro sin vida.

¿60 minutos fue lo que duró su tormento? ¿60 jodidos minutos?

Nena, eso no me lo habías contado, ¿Cómo pudisteis?

Te han hecho lo mismo, florecita, te han hecho exactamente lo mismo.

—Callad, no... me siento orgullosa.

La madera volvió a cruji, esta vez de forma más débil.

—Papá, ¿de verdad crees que las tablas aguantaran? No quiero morir así, no quiero...

Sus ojos se humedecieron de lágrimas. Sentía la falta de oxígeno al respirar, como debió de sentirlo aquella desdichada mosca.

Sí, hazme caso. A no ser que las maderas estén podridas, florecita, cosa que no creo, parece un excelente trabajo.

Confía en tu padre, nena, él sabe de esas cosas.

Le dolía el golpe en la cabeza y los músculos de su cuello estaban a punto de agarrotarse por la tensión de la inclinación. Un diminuto puñado de tierra cayó sobre su boca acrecentando el terror hasta lo imposible. Por un momento imaginó inspirar una bocanada de aquella sustancia viscosa y tuvo que reprimir el vómito que luchaba por escapar de su estómago. Giró la cabeza y escupió. El cabello presionado contra la pared frontal del ataúd estiró su cuello cabelludo produciéndole una terrible punzada de dolor. Pero se cuidó de no soltar la linterna. Ni un terremoto sería capaz de hacerlo, o al menos eso creía.

Eres una inconsciente, no hay que maltratar a los seres vivos. ¿No te he enseñado yo eso? Mírate ahora, mírate. De lo que das, recibirás, nena, qué razón tenía tu abuela.

—No te enfades conmigo... ahora no... por favor.

Su cuerpo tembló con más intensidad, unos espasmos tan violentos que sus músculos parecían estar siendo atravesados por una corriente eléctrica. Un pensamiento, tan insistente como aterrador, se instaló en su mente. Quiso apartarlo, refugiarse en las voces de su cabeza, pero éste sabía cómo clavar bien las uñas para no desprenderse tan fácilmente. Se vio a sí misma desde las alturas, contemplando aterrada su cuerpo de rodillas sobre una extensión infinita de tierra. A pesar de su posición elevada, todo lo que alcanzaba a ver era tierra, kilómetros de tierra incomprensiblemente seca y húmeda al mismo tiempo.

Miró horrorizada su cuerpo convulsionándose, sufriendo latigazos espasmódicos y dolorosos, clavó los ojos en sus manos, cómo sujetaban su estómago con los dedos crispados mientras unas agónicas arcadas le hinchaban la garganta (como si se estuviese tragando una ardilla entera) y lograban que la saliva se columpiase por su barbilla en su afán por escapar de su boca. Prestó atención a su color. Era oscura, demasiado oscura para ser saliva. Las lágrimas se desbordaban por sus ojos, ardientes, dibujando riachuelos de suplicio.

Cariño, tienes que salir de ahí, sal, ¡ya!

—No puedo... mamá.

Tosía con brusquedad, tratando de expulsar el mal de su cuerpo. Su frente sudaba, su piel estaba pálida como la luna, su garganta (envuelta en un caos de venas en relieve) se había hinchado obscenamente. Miró sus ojos, como si contemplara su propio reflejo en un espejo. Las pequeñas venas rojizas palpitaban en sus escleróticas inflamadas, trazando dibujos aleatorios parecidos a un relámpago en el cielo. El terror se apoderó de ella cortándole la respiración, paralizándole los pensamientos. La demencia está a tan solo un paso de la cordura, nena.

Observó un último esfuerzo agónico en su otro yo.

Y al fin el vómito llegó.

Un río de tierra oscura brotó por su boca abierta de forma inhumana con un horrísono sonido continuo, sin fin, similar al de una ola al romper contra un arrecife una y otra vez. Sobrecogida por la espantosa visión, apenas tuvo fuerzas para contemplar cómo su mandíbula se abría tan aparatosamente que parecía querer tragarse un puño entero hasta el codo. Su cara estaba deformada, desproporcionada por la angustia y el terror, retorcida por el fantasma de la muerte. Ésa no podía ser ella, se negaba a admitirlo, pero la tierra no cesaba de brotar, incansable, ensuciando su cara, su cuerpo y su ropa (un vestido azul marino de una pieza que no reconocía), convirtiéndose en lodo al contacto con su abundante saliva. La tierra llama a la tierra. En el rudo paraje se unirán formando una sola, una única materia, un mar negro y cenagoso capaz de engullir hasta los pensamientos más profundos, incluso ciudades enteras.

De pronto, conmocionada por la horrible visión, su yo flotante sintió la boca marchita y un desagradable sabor áspero, rugoso, como si la tierra tratase de infectarla, de cubrir con su macabra textura cualquier forma de vida que habitase en aquel plano desquiciante.

Florecita, aún estás a tiempo, huye de ese lugar.

Algo se movía dentro de su boca, jugueteaba con su lengua, con los empastes de sus muelas.

Insectos que solo habitan bajo tierra, adoradores de la oscuridad.

Cariño, estamos aquí, ven, ven, ven...

Su yo doblegado en el suelo se retorcía de dolor, incapaz de detener la explosión de tierra que abandonaba su cuerpo por boca y nariz. Su yo etéreo comenzaba a sentirse mal, un extraño dolor en el estómago que se extendía

hasta sus tripas y que reptaba por su esófago hasta su faringe.

Nena, es tu última oportunidad... ven, ven...

Su última visión fue un enorme montículo de tierra, deslizándose lentamente como un río de lava, fundiéndose con más tierra, negra y carente de sombras, tierra, tierra, tierra...

Cuando su mente regresó despavorida dejándose guiar por las voces de sus padres, la tierra líquida se descolgaba hacia su boca con mucha más intensidad. Sus labios, su nariz, su barbilla, todo quedó cubierto por la pequeña pero constante catarata. Su estómago seguía revolviéndose, como si nunca hubiese dejado de hacerlo, y lanzando un desfallecido gemido, apartó la cara hasta donde la estructura de madera le permitió. Creyó no poder contenerlo, pero finalmente el vómito se quedó dentro de su cuerpo. Deslizó su mano libre por el cajón y se limpió la cara con el dorso, tratando de vencer el incesante tembleque que la dominaba.

Eso es, cariño, lo has hecho muy bien. Límpiate, no dejes nada en tu boca.

Embargada por el horror más primitivo, gritó con todas sus fuerzas, sin importarle los segundos que ese acto pudiera robarle de vida.

—¡Socorroooo! ¡Ayudaaa!

No te esfuerces, florecita, aquí no hay nadie más que nosotros tres.

—¡Por favor! ¡Estoy aquí!

Aunque no lo creía posible, sus gritos sonaron tan firmes que tuvo la sensación de que el reverbero podría ser capaz de agrietar las maderas, de quebrarlas como si fueran huesos podridos. De pronto, el miedo a la avalancha de tierra cobró fuerza.

Calla, nena, calla, o la tierra te cubrirá por completo. ¿Es eso lo que quieres? ¿Inundar tus pulmones hasta morir de una agonía tan terrorífica que no la hubieses imaginado en la vida?

—Calla mamá... no me asustes más, por favor.

Piensa en la mosca, cariño, piensa en ella.

El chapoteo del agua mezclada con tierra caía junto a su oído, perforándolo con cada golpe contra la madera. El ataúd volvió a crujir, puede que porque las maderas se estaban ajustando, o puede que porque estaba soportando una presión terrible. Sintió el agua caer sobre su pierna. Sollozó aterrada. Levantó como pudo la cabeza y miró hacia el final de la caja. Sin el haz de luz de la linterna estaba tan oscuro como los pulmones de un fumador. Hizo un esfuerzo supremo y logró dirigir la luz hacia sus piernas. Desde la

tapa caía también allí el agua, pero mucho más que un goteo, un hilo continuo revuelto con tierra. Se precipitaba contra su tibia. El agua escurría hacia la superficie, sin embargo parte de la tierra se quedaba adherida a su piel.

Aterrada, la agitó tan fuerte como pudo, pero la tierra parecía haberse soldado a su pierna.

Jadeando desesperada, no pudo sofocar el llanto que anegó descontrolado sus ojos. Necesitaba desprenderse de ella, alejarla lo más lejos posible. Sin embargo, lo peor estaba aún por venir. El haz de luz tembló, una intermitencia luminiscente que disparó los latidos de su corazón. Sintió el calor correr por sus venas, como llamaradas endemoniadas. Aguantó la respiración y rezó en pensamientos oraciones exentas de sentido. A la linterna no le quedaba mucho tiempo de vida.

* * *

—¡Ya ha pasado! ¡Ya ha pasado! —gritó Aitor.

Primero se ocupó de Guillermo. Examinó su cuerpo con minuciosidad. El pequeño había reaccionado a los gritos de su padre y sollozaba en silencio, dejándose inspeccionar el cuerpo mientras soportaba con valentía el intenso dolor de los picotazos. Odiaba las abejas, más que a nada en el mundo, (ahora sabía que era así) y se prometió a sí mismo exterminar el mayor número de ellas hasta el fin de sus días, descargaría su terrible ira sobre ellas y sus detestables colmenas, incluso se permitiría torturar hasta la muerte a las más desafortunadas, y nadie podría evitarlo, ni siquiera la reina de las abejas, por muy grande que fuese, porque...

—Ay, papá, me duele...

—Lo sé, hijo, no te muevas.

Las ranas, escondidas en sus guaridas, observaban aterradas y en silencio a aquellos tres seres gigantescos que habían usurpado su territorio. Guillermo alzó la húmeda mirada y se dejó embriagar por el mecer de las ramas de los álamos que cubrían la casa. El fuerte viento las agitaba dando la sensación de que los árboles habían cobrado vida y trataban de arañar el tejado. Mientras tanto, Aitor observó sus brazos, sus piernas y su cara. El horror que le comprimía la mitad del corazón se fue difuminando cuando se cercioró de que los agujonazos no eran tantos como creía en un principio. Guillermo tenía la piel enrojecida e hinchada, pero no parecía haber más de diez o quince picotazos.

De pronto, Noa habló, como si su mente hubiese sido liberada del

enjambre de abejas que había logrado anular sus sentidos.

—¿Está bien? Por favor, dime que está bien.

—Sí, sí, tranquila. Guillermo está bien. Tiene varios picotazos, pero nada grave. ¿Cómo estás tú? Déjame verte.

Una ráfaga de viento, que levantó las hojas del suelo, empujó a Aitor y tuvo que apoyar su pierna con fuerza para no caer al suelo. El cielo se oscureció como si la noche estuviese a punto de devorar al día. Sintió unas pocas gotas de lluvia en su cuerpo, una pequeña avanzadilla de lo que parecía estar por venir. Se arrodilló frente a Noa y examinó su cuerpo con urgencia.

—¿Qué ha pasado? ¿De dónde han salido? —no dejaba de repetir Noa, mientras se dejaba manipular por Aitor.

—No lo sé, Noa, no lo sé. ¿Estás bien? Mírame.

Noa supo interpretar las palabras de Aitor y clavó su mirada aterrada en sus ojos. Aitor sintió un alivio desmedido en su otra mitad del corazón cuando comprobó que Noa tampoco tenía demasiados picotazos por su cuerpo. Al igual que Guillermo, tenía la piel enrojecida e inflamada, pero el número de abejas que se habían cebado con ella era insuficiente para que el veneno pudiera llegar a ser mortal. Parecía impensable con el gran número de ellas que había, pero así era. Daba la impresión de que solo había sido eso, una advertencia, un ataque controlado y doloroso. Por fortuna, era sabedor que ninguno de ellos era alérgico a las picaduras de abeja, porque en caso contrario, se veía conduciendo enloquecidamente y bajo las inclemencias del tiempo que se avecinaba hacia el hospital más cercano.

—Sí, sí, estoy bien, me duele todo el cuerpo, pero estoy bien —respondió Noa cuando fue capaz de procesar la pregunta de Aitor.

La repentina oscuridad los envolvió entre sombras espectrales. La lluvia, poco a poco, iba ganando en intensidad, y ahora las gotas eran tan grandes como monedas. Noa cogió la mano de Guillermo y se giró hacia él alarmada, como si su mente hubiese reaccionado al fin. Se mordió el labio inferior para tratar de contener el llanto.

—¿Estás bien, cariño?

Guillermo asintió mientras Noa repasaba impulsivamente su piel con la mirada. Mientras tanto, Aitor se observó los brazos y las piernas aterrado por lo que podría encontrar en ellos. Cómo dolían los jodidos picotazos, pero afortunadamente también habían sido benevolentes con él. Soportando el fuerte viento, se giró hacia la casa. Había tenido la acertada precaución de abrir la

ventana del comedor antes de llevarse a Noa y Guillermo consigo. Invocó a un gran número de Dioses para que la mayoría de ellas hubiesen decidido salir por ella. Y las que no, él mismo se encargaría de exterminarlas, de alguna forma u otra, pero lo conseguiría. Sin apenas darse cuenta, el terror que lo embargaba se había convertido en una ira desmedida. Nadie se metía con su familia. Nadie.

—¡quedaos aquí!

—¿Qué vas a hacer? Por Dios, ten cuidado.

—Voy a machacarlas.

Guillermo estaba temblando. Observó a su padre caminar decidido hacia la casa. Le asaltó una sensación de seguridad extraordinaria que incluso llegó a calmarle el terrible dolor de los picotazos. Ése que iba a enfrentarse con las abejas como un caballero medieval era su padre. Lo siguió con la mirada, confiriendo a su rostro una expresión de admiración. Sin embargo, también sintió miedo por él. Pero era impensable, trató de convencerse a sí mismo, su padre siempre sabía lo que se hacía. Siempre.

—¡Mátalas, papá. Mátalas a todas! —le gritó desde la lejanía.

Pero Aitor no escuchó sus gritos de aliento. Se los había llevado el fragor del viento, como si pretendiese dejarlo a solas ante el ejército de abejas. Sin embargo, aunque la calma reinase en los cielos, tampoco los habría escuchado. Porque ahora tenía otra cosa en la cabeza. Concretamente, cómo iba a eliminar a aquellas hijas de puta. La ira, que le hacía hervir la sangre y mitigar el dolor, le proporcionó una idea. Una idea estúpida quizá, pero que podría resultar.

La zapatilla.

Era un arma perfecta y, además, era la única que tenía a mano. Subió las escaleras y cuando llegó al pequeño descansillo levantó el pie y se quitó una. La sujetó fuertemente con el brazo en alto y con su mano libre cogió el pomo de la puerta. Desde esa posición podía ver cómo algunas abejas revoloteaban sin control escapando por la ventana, superadas por el fuerte viento. Una de ellas pasó cerca de su oído provocando un estremecedor zumbido que erizó todo el vello de su cuerpo. Por un momento el terror fue más fuerte que la ira y se imaginó que las abejas estarían tras la puerta esperando su regreso, ávidas por cubrirlo como una sábana gelatinosa y descargar en él su veneno.

No había más opción.

No debía dejarse intimidar por el miedo.

Su familia dependía de su valentía.

Se repitió esas palabras en la cabeza una y otra vez, tratando de invocar de nuevo a la rabia, la única que podía hacerle actuar sin temer por nada, ni siquiera por su vida. Cerró los ojos y contó hasta tres. Se sorprendió cuando vio que funcionaba. Sintió las venas de sus sienes crecer, palpitar como si anidase en su cabeza algún tipo de parásito extraño.

Había llegado el momento.

Abrió la puerta de golpe, entró despacio a la casa y encendió la luz, preparado para cerrar rápido si fuese necesario. Contradiendo a sus peores temores, las abejas no se abalanzaron sobre él. De hecho, no había tantas como había creído, o quizá habían escapado por la ventana, no podía saberlo. Pero todavía quedaban algunas en el comedor, sobre la mesa, sobre las blancas paredes, en el mueble. Parecían aletargadas, como si hubiesen despertado de una hipnosis y ahora no supieran dónde se encontraban. Recorrió el suelo con la mirada. Estaba lleno de cadáveres de abejas, posiblemente, pensó, todas las que les habían picado a él y a su familia. «Joderos. Joderos del todo, cabronas».

Ahora que ya había probado el dolor que provocaban sus picotazos, estaba preparado para recibir más si fuera necesario, así que, apretando la zapatilla llena de tierra entre sus dedos, comenzó a aplastar a toda aquella que estaba posada en una superficie. Golpeó contra seis o siete sobre la pared. No ofrecían resistencia, simplemente se limitaban a contemplar cómo morían sus compañeras hasta que les llegara el turno. La pared quedó colmada de regueros de carne de abeja, ríos amarillentos mezclados con la tierra de la suela. Aitor mató todas las que vio, empleando su brazo como un martillo pilón, continuó por las que estaban sobre la mesa, sobre la pared de enfrente, sobre el televisor. Por un instante se vio sonriendo, disfrutando con la fácil matanza que estaba consumando. Era extremadamente sencillo. Aquellas hijas de zorra no sabían con quién se habían metido, habían cometido un terrible error, un error que les iba a costar el exterminio.

Mientras se insuflaba ánimos en sus pensamientos, dirigió la mirada hacia la chimenea, el lugar por donde había salido la nube de abejas. Había algo en el suelo, lo vio claramente mientras chafaba contra el mueble de la pared a una de ellas. Lo reconoció de inmediato. Era un trozo de colmena. ¿Qué demonios hacía allí un trozo de colmena?

Pero no era momento de preguntas de difícil respuesta, así que pensó que

luego se encargaría de examinarlo. Ahora tenía que matar a todas y cada una de ellas. Vio cómo algunas volaban hacia la ventana, perdiéndose en el fuerte viento que arremetía en el exterior. La lluvia parecía caer con más fuerza, pero moderada, gracias a Dios. Ay, si pudieran verme Noa y Guillermo, pensó. Fue un paso más allá. Se descalzó la otra zapatilla y, a dos manos, machacó toda abeja que se le puso a tiro. Sus fuertes músculos temblaban con cada latigazo. Con la izquierda, con la derecha, incluso trató de aplastar a una que volaba adormecida con un tremendo aplauso de zapatillas, pero falló. Al siguiente intento no lo hizo. Murió aplastada entre la masa de tejidos que se había quedado adherida a las suelas.

«Muere, puta».

—Papá las está matando —dijo emocionado Guillermo—. Quiero ayudarle, mamá, por favor.

—Ni en sueños, Guille. Tú te quedas aquí conmigo. Es muy peligroso.

La lluvia comenzaba a empaparlos, pero no se atrevieron a moverse del estanque. Desde allí veían de vez en cuando por la ventana un brazo volar armado con una zapatilla. Guillermo, completamente encandilado por la hombría de su padre, había dejado de sentir las dolorosas palpitaciones en su cuerpo. Quería ser como él, exactamente igual de valiente, capaz de enfrentarse a la muerte por sus seres queridos, fue el pensamiento que se cruzó por su cabeza. No quería ser como Batman, ni como Superman, quería ser como su padre.

Sin embargo Noa, que también había recibido una buena dosis de optimismo, no consiguió aplacar el dolor que fustigaba su piel. El interminable dolor era uno de los más intensos que había experimentado en su vida. Pero no podía negar que estaba entretenida viendo cómo Aitor se peleaba como un perro rabioso contra cientos de abejas, y eso le hacía pensar que en cierto modo se sentía protegida, como una dama en apuros. Tuvo la certeza de que había sido un verdadero milagro que sobrevivieran, y que de no ser por Aitor ahora quizá estarían muertos. No, quizá no, con toda seguridad. Tenía que admitirlo: les había salvado la vida.

Mientras se disponía a pensar de dónde habían salido todas esas abejas, vio entre la débil cortina de lluvia cómo Aitor salía por la puerta y los llamaba a gritos con voz agitada.

—¡Podéis venir!

* * *

El viento provocado por la tormenta sacudía el cartón que Emilio había grapado a la pared tapando el cristal de la ventana que él mismo había destrozado en su ataque de furia. Decidió bajar la persiana de la ventana contigua, por lo que la *pajarera* era ahora como una cueva oscura, en la que solo habitaba la luz blanquecina que proyectaban los nueve monitores del sarcófago número uno. Incluso las negras paredes parecían absorberla, sumiendo a la habitación en una lobreguez desalentadora.

Emilio había esperado pacientemente la llegada de la familia de la piscina, sentado de cualquier forma en la silla giratoria frente a los monitores, bebiendo su segunda cerveza en lata. Le había recorrido por las venas un estado de ansiedad por ver el resultado de su macabra obra. Lo del hombre y lo del muchacho eran daños colaterales. Era una verdadera pena, algo que no podía evitar, porque a quien realmente deseaba ver sufrir era a la mujer. A esa traidora caliente braguetas.

Había sonreído maliciosamente cuando vio llegar el coche por la cámara exterior y aparcar en la zona asfaltada. Se encendió un cigarro antes de que la función empezase, algo que fue extremadamente complicado debido a los temblores que sufría por la emoción. Creyó que tendría que esperar más, pero las abejas atacaron en cuanto se sintieron amenazadas. Fue divertido ver cómo la cosían a picotazos, cómo su piel mancillada se tornaba de un color oscuro a través de los monitores en blanco y negro. Pero esa oscuridad eran los efectos de los picotazos, su piel en verdad debía estar roja, hinchada, incluso intentó sentir el dolor que debía recorrer su cuerpo.

«Así ya no te parece tan atractiva, ¿verdad, Germán?»

Tenía que admitirlo. El hombre había reaccionado bien y había sabido sacar a la perra y al crío de la casa antes de que fuese demasiado tarde. Pero, por supuesto, él ya contaba con una actuación de ese tipo. Formaba parte de la cuadrícula de sus planes. No había que ser muy avisado para saber que finalmente el cabeza de familia siempre lucha hasta el final por ella, que incluso es capaz de dar su vida con tal de ponerla a salvo. Ése era uno de los defectos que tenía poseer una familia: que en cualquier momento podías perder la vida por ella. Pero en este caso el hombre se había portado como un auténtico héroe de película barata, aunque sin saberlo, había actuado en su propio beneficio, porque mantenerlos con vida le permitía continuar con el sobrecogedor programa que había trazado para ellos.

Adoraba los veranos.

¿Unas intensas vacaciones en Roma, o en París? Para nada. Aquello era mucho más divertido, no, más bien le proporcionaba una maleta llena de sensaciones difíciles de superar por un aburrido viaje donde lo más emocionante sería tratar de no perder el avión.

Emilio bajó a la cocina y se abrió su tercera lata de cerveza. Mientras le daba un trago, miró hacia el cartón de la ventana. El viento parecía haberse calmado, pero la lluvia que había empezado a caer con moderación le empararía el cartón y el agua entraría sin obstáculos en la *pajarera*. Su gesto se torció cuando supo que había cometido un error. Debía aprender a controlar la ira, a ser más listo que ella. Ahora, el recuento de bajas era desalentador. Dos sarcófagos destruidos y el cristal de la ventana destrozado. Lo peor de todo era que si no quería que el cristalero viese lo que no debía de ver, tendría que encargarse un cristal a medida y colocarlo él mismo.

Resopló con furia y se sacó un cigarro del bolsillo de la camisa. Tenía que aprender a pensar en positivo como le había enseñado el doctor. Y la parte positiva de aquel despropósito era que ahora podría disponer de monitores en color. Como ver una jodida película por televisión. Sonrió. Estaba satisfecho con el insignificante progreso que había hecho.

Se sentó frente a los monitores de nuevo y se encasquetó el cigarro entre los labios. Le prendió fuego y le dio una fuerte calada mientras observaba con aire desafiante a la familia en el comedor. El hombre estaba aplicando bolsas de hielo en los picotazos de la mujer y el mocoso. Luego vio cómo se los aplicaba él mismo con sumo cuidado. Con los brazos apoyados y extendidos en los reposabrazos de la silla soltó un sonoro eructo que retumbó en la oscuridad de la *pajarera*. La luz de los monitores que se reflejaba en su rostro le confería un aspecto fantasmal. Ahora el hombre había ido al cuarto de baño y traía lo que le pareció un tubo de pasta de dientes. Se incorporó en la silla e hizo un zoom para asegurarse mientras daba otra calada al cigarro. Efectivamente, era pasta de dientes, debía ser un remedio casero contra las picaduras de abeja que él desconocía.

«Muy hábil, sí señor».

Volvió a recostarse en la silla y le dio un buen trago a la cerveza. La cabeza comenzaba a darle vueltas y los ojos salpicaban incómodas lucecitas que le obstaculizaban la visión. Levantó la lata de cerveza aún medio llena y la lanzó con furia contra el escritorio. La lata chocó estrepitosamente y al caer al suelo la cerveza se derramó por el suelo. Otro error. Otro paso atrás. Tenía

que tener cuidado, casi le había dado al cartón que protegía la ventana, pero de todas formas ya daba igual, pensó, porque el agua lo había empapado y ahora se deshacía y se desmenuzaba por su propio peso.

«A tomar por culo el cartón.»

La oscuridad de la noche entró por la ventana y Emilio, por unos segundos, se quedó embelesado admirándola. Adoraba la oscuridad. Sería capaz de vivir en una noche perpetua, donde el día hubiese sido relegado a los infiernos más profundos. Dio una profunda calada y lanzó un chorro de humo contra la ventana. Por un momento le pareció una formación fantasmal flotando en el aire, observándolo, juzgándolo.

¿Qué hacía la familia?

Ah, sí, estaban aplicándose pasta de dientes sobre las heridas. ¿Cómo podía perder la concentración con tanta facilidad? Tenía que hacérselo mirar, tarde o temprano, aunque sin duda alguna el alcohol también tenía mucho que ver. Miró al hombre con un cierto respeto. Después de matar a todas sus abejas con una contundencia admirable se había atrevido a acercarse al trozo de colmena que había metido hábilmente en la chimenea y había tenido el valor de lanzarlo por la ventana, a pesar de que dentro todavía podían haber abejas vivas. Y además, el cabrón le había dejado las paredes llenas de regueros de tripas viscosas.

Sonrió maliciosamente sin apartar la mirada de los monitores. Sentía curiosidad por saber qué harían. ¿Tratarían de limpiarlo y ocultarlo o se lo harían saber? Por ahora el móvil no había sonado. Se acarició el mentón pensativo. Si no tenía noticias de ellos, mañana se pasaría a hacerles una visita *oficial*. Sintió un escalofrío de excitación recorrerle la columna vertebral. La causa fue la visita *extra-oficial* que tenía preparada para mañana por la mañana.

* * *

El viento había cesado y la lluvia se había detenido, aunque el cielo continuaba encapotado, tan gris que parecía haber sido cubierto por una placa metálica. El fuerte viento había dejado una alfombra de hojas arrancadas con brusquedad sobre la tierra y algunas ramas más débiles que no habían logrado soportar las intensas investidas. Las ranas, sintiéndose seguras al haber recobrado su territorio, habían reanudado su incesante croar, que en aquellos momentos rebotaba exasperante en el cerebro de Noa.

—Por Dios, esas ranas me van a volver loca —masculló Noa encogiéndose

el gesto mientras Aitor extendía con cuidado la pasta de dientes en los picotazos de sus brazos.

—Ya está, Noa. No te muevas tanto, por favor. Esto calmará tu dolor. Intenta no hacerles caso, ¿quieres? —trató de tranquilizarla Aitor confiriendo un tono suave a su voz.

—¿Seguro que están todas muertas, papá?

Sentado en el sofá junto a su madre, su pueril voz sonó temerosa.

—Sí, hijo, las que no han escapado por la ventana están todas muertas —le aseguró Aitor girándose hacia Guillermo y dedicándole una confortadora sonrisa.

—¿Cómo... cómo podía haber una colmena en la chimenea? Llevamos cinco días en la casa y nunca habíamos visto nada, ni siquiera una abeja revolotear —la voz de Noa todavía temblaba por la impresión que había recibido.

—No es tan extraño como parece —aseguró Aitor—. En el monte las abejas pueden instalar la colmena en los lugares más insospechados.

—¿Y no te parece extraño que Emilio no estuviese al corriente de que en su casa de alquiler había una colmena? Digo yo que en invierno usarán la chimenea... ay, lleva cuidado, por favor.

—Perdona, cariño. Puede que la hayan construido durante la primavera, yo que sé. Las abejas son impredecibles. Para asegurarnos de que no quedan más, ahora cuando acabe de extenderos la pasta de dientes encenderé la chimenea, y si queda alguna el humo las hará huir.

Los ojos de Noa brillaron con una luz especial. Esa idea era magnífica, porque lo cierto era que sentía horror por dormir en una casa en la que en cualquier momento podía salir una nube de abejas de la nada. ¿Podrían ser ellas las causantes de aquellos extraños ruidos en la buhardilla? La idea, aunque no la comentó en voz alta, acudió a su mente como una posible solución a aquel perturbador suceso que solo se producía por las noches, pero no lo creía probable. Que ella supiera, las abejas no se arrastraban por el suelo como una serpiente. *Serpiente*. Un escalofrío la invadió al pensar en aquel reptil repulsivo. Se imaginó que allí arriba habitaba un nido de aquellos desagradables animales, y que solo salían por la noche en busca de alimento, pero apartó la idea de inmediato. Si la casa estuviera plagada de serpientes, las habrían visto al subir furtivamente a la buhardilla.

Aitor atacó el último picotazo en el muslo de Noa. Incluso ligeramente

hinchado era precioso, de una piel tersa y dorada, pensó. Cuando acabó, salió al exterior, bajó por el camino hacia la pila de leña y se apropió de unos cuantos troncos. El calor sofocante había desaparecido gracias a la tormenta y por el momento el cielo daba la impresión de que iba a continuar nublado, pudiendo llover en cualquier momento. Mientras la lluvia fuera moderada, como la caída hace unos minutos, no había ningún problema. Se giró hacia la casa. Desde allí abajo parecía que estuviese abandonada, de no ser por la luz que salía por la ventana del comedor. Era como si la construcción hubiese brotado de la tierra por unas fuerzas desconocidas. En ese preciso instante se percató del aspecto desaliñado que presentaba la fachada de la casa. Se acomodó los troncos en los brazos y regresó por el camino a la casa. El croar de las ranas lo acompañó en el recorrido. Noa tenía razón. El croar era como un taladro constante capaz de trepanarte el cerebro, llegar hasta el último de tus pensamientos y triturarlo como a un puñado de nueces. Más tarde, si tenía tiempo y se acordaba, les lanzaría unas cuantas piedras a ver si callaban un rato.

Le costó subir las escaleras cargado de troncos. Guillermo, que lo esperaba en la puerta, le cogió un par de ramas para tratar de ayudar.

—Bueno, espero que con éstas sean suficientes.

Noa no abrió la boca. Solo se limitaba a observarlo desde el sofá con ojos temerosos. De pronto sintió una oleada de terror. ¿Y si quedaban más abejas allí dentro y en vez de huir hacia el exterior decidían hacer el camino inverso y regresaban a la casa? Solo de pensar en recibir otra avalancha de picotazos el corazón aumentó sus pulsaciones. Vio cómo Aitor metía unos cuantos troncos de leña en el interior de la chimenea.

—¡Espera! —gritó Noa, que no pudo contener su temor—. ¿Y si hay más abejas y deciden huir hacia dentro de la casa?

—Está el fuego, Noa, si sale alguna morirá calcinada, un pequeño fuego cortesía nuestra —la tranquilizó Aitor mientras colocaba con mimo los troncos.

No podía negarlo. Aquella respuesta era de lo más convincente. Después de todo iban a patearles el culo a las condenadas abejas. Aitor se dirigió en silencio hacia la cocina, lo oyó rebuscar entre los cajones y regresó con un trozo de pastilla de encendido en una mano y un mechero en la otra.

—Sabía que había visto esto en algún sitio —dijo triunfal alzando la pastilla en su mano.

—¿Eso qué es, papá?

Guillermo estaba tan entusiasmado con lo que su padre estaba a punto de hacer que el dolor había desaparecido, aunque por supuesto la pasta de dientes también había tenido mucho que ver en eso. Su infantil mente imaginó cientos de abejas volando en llamas por el comedor, desconcertadas, consumidas por el dolor, calcinándose vivas. Sonrió con una cierta malicia.

—Esto es para encender el fuego rápidamente, hijo. Fíjate cómo funciona.

Para Aitor, cualquier ocasión para aleccionar a su hijo en lo referente a la supervivencia en el monte era buena. Metió la pastilla de encendido entre la leña, bajo la atenta mirada de Guillermo, acercó el mechero y le prendió fuego. Fue el único momento en que Noa se levantó del sofá y se colocó junto a la puerta de salida por si acaso Aitor había errado en su teoría infernal.

—¡Guille, ven aquí conmigo! —ordenó Noa de un grito.

—¡Pero yo quiero verlo!

—Guille, te voy a encomendar una misión importantísima —intervino Aitor sin apartar la mirada de las llamas que comenzaban a cobrar fuerza—. Sal ahí fuera y lanza piedras al estanque. Consigue que las ranas se callen, por favor.

—Pero... pero yo quería ver las abejas ardiendo...

—Hazme caso, Guillermo —sentenció Aitor girándose hacia él y lanzándole una mirada de advertencia.

Guillermo calló y, cabizbajo, salió fuera sin protestar. Sabía que si su padre lo llamaba por su nombre completo no había que jugar con él. Además, no creía que quedasen más abejas en el interior de la chimenea. Tirar piedras a las ranas podía ser mucho más divertido.

Mientras tanto, las llamas prendieron la leña a una velocidad vertiginosa. El humo subió por el conducto de salida arrastrándose por el metal, pero también salió hacia el exterior, como la boca gigante y metálica de un fumador. En pocos minutos, el comedor parecía haber sido invadido por una liviana niebla. Aitor se incorporó tosiendo y abrió también la ventana de la cocina para que la corriente de aire se llevara el humo.

—Menuda mierda de chimenea —protestó.

Noa, por su parte, abrió la puerta de entrada. Desde allí observó a Guillermo lanzando despreocupada y divertidamente piedras al estanque. Al menos las ranas habían callado de nuevo, viéndose amenazadas por extraños objetos que caían sobre el mohoso agua. Volvió la mirada hacia la chimenea.

Los ojos le comenzaban a escocer. Por fortuna ningún brazo de abejas furiosas emergió huyendo del fuego. Era un alivio. Un auténtico alivio. De pronto, volvió a recobrar la confianza en sí misma, a sentir esa protección que le otorgaba la casa, a disfrutar de la seguridad de hallarse entre cuatro paredes.

—Cariño, apaga eso o se nos va a ahumar toda la casa. Ahí dentro ya no hay nada vivo, si no hace ya tiempo que habrían salido enrabiadas.

—Sí, espera un poco, quiero estar seguro.

Esta vez la suerte les sonrió. Aitor esperó unos minutos a una distancia prudente, pero no hubo rastro de insectos buscando una escapatoria. O al menos en dirección a la casa. Satisfecho, llenó una jarra de agua y la echó sobre el fuego. El humo se reprodujo entre un crujiente crepitar, pero en pocos segundos la leña cesó la emisión.

—Gracias a Dios —susurró Noa cerrando los ojos por un instante. Después, salió al pequeño descansillo al final de las escaleras—. ¡Guille, lo has hecho muy bien! ¡Ven a la casa, ya no hay peligro!

—¡Voy, mamá! —gritó el pequeño, y salió corriendo hacia las escaleras—. ¿Has visto cómo las he hecho callar? ¿Lo has visto?

—Sí, cariño, lo has hecho muy bien, entra dentro, tiene pinta de ponerse a llover en cualquier momento.

Guillermo corrió hacia la chimenea y observó acalorado la leña calcinada. Todavía brotaba una fina columna de humo de ella.

—Ya no había nada, ¿verdad, papá?

—No hijo, no queda ni una viva. Ya no nos harán más daño, te lo prometo, no les dejaré. Por cierto, has cumplido a la perfección con tu misión.

Su padre sonrió al tiempo que le acariciaba cariñosamente el cabello. De pronto, se escuchó una rana, luego otra, y luego todas a la vez.

* * *

La oscuridad de la noche ocultó las espesas nubes, aunque éstas a su vez encubrieron el cielo estrellado que días atrás lucía resplandeciente en la noche, cientos de puntos brillantes que daban la sensación de pertenecer a una mágica ciudad flotando en el cielo. Esa noche no había nada, absolutamente vacío, una oscuridad tan opaca que incluso llegaba a ser claustrofóbica. Había comenzado a chispear, pero por el momento no parecía que fuese a ir a más. Sin embargo, logró lo que más deseaban en esos momentos: que las ranas callasen de una vez.

Habían encendido la televisión y se preparaban para una cena rápida, ya

que ninguno de los dos se sentía con fuerzas para cocinar. Para ello, nada mejor que una gran ensalada de pasta fría y un bocadillo de fiambre con pan descongelado del que todavía conservaban de cuando vinieron el primer día. La corteza se desprendía por el tiempo que llevaba congelado, pero eso les daba igual, la única misión esa noche era llenar el estómago con cualquier cosa. Ya en la mesa, Noa observó a Aitor mientras daba un succulento bocado al apático bocadillo de chorizo. Parecía estar disfrutando con aquella desquiciante experiencia, como si fuese una prueba de supervivencia extrema en mitad de un bosque oscuro, sin embargo ella comenzaba a sentirse incómoda en aquella situación. Está bien, tenía que admitirlo, en cinco días que llevaban allí había vivido situaciones novedosas, placenteras, había descubierto una forma distinta de llevar a su cuerpo hacia un placer inimaginable, así como un abanico de sensaciones inexploradas, de las que ni siquiera conocía su existencia. Pero la balanza se declinaba hacia el lado de lo oscuro, lo inexplicable y lo doloroso. Los extraños ruidos en la buhardilla, aquellas malditas abejas, y por Dios, ni siquiera podía salir a pasear por el monte sin sentirse acosada.

—¿No comes? tienes que coger fuerzas —le aconsejó Aitor.

Noa jugueteó con un trozo de corteza que se había desprendido del bocadillo.

—Tú estás disfrutando con todo esto, ¿verdad?

Aitor la miró fijamente, sin cesar de masticar.

—Ya sabes que siempre lo hago —admitió. Luego dio un trago de agua antes de continuar—. No es que me agrade que me devoren las abejas, pero tengo que reconocer que son experiencias que no me disgustan.

Noa miró a Guillermo para asegurarse de que no prestaba atención a la conversación. El pequeño parecía estar ensimismado mirando los dibujos animados en la televisión.

—¿Incluso esos ruidos en la buhardilla? —preguntó inclinándose ligeramente hacia Aitor.

Éste mostró una expresión despreocupada, que para Noa le resultó ser la cara de un atontado en potencia.

—Incluso eso. Un poco de vida a nuestras vacaciones, cariño. De aquí a un año lo recordaremos como algo extraordinario, ya lo verás. ¿Podrías mencionarme algo digno de recordar de las vacaciones del año pasado? Seguro que no. Estuvieron bien, pero no sucedió nada atípico. De aquí a unos

años ni te acordarás adónde fuimos. Hechos como los que están sucediendo aquí es lo que las convierte en especiales. Unas vacaciones inolvidables. Yo lo veo así.

—Creo que te falta un tornillo...

—Come, acábatelo todo, tienes que estar fuerte, ni siquiera has probado la ensalada.

Noa se metió el bocadillo en la boca sin apartar la mirada de su marido. El pan parecía una masa de chicle, pero masticó igualmente y tragó con dificultad.

—Os ha bajado la hinchazón de los picotazos —comentó como restándole importancia.

—Sí, a ti también.

—Aitor —comenzó a decir, como si no se atreviera a pronunciar aquellas palabras—, ¿crees que alguien ha podido meter la colmena deliberadamente por el conducto de la chimenea?

Dicho esto, Noa le dio otro mordisco al bocadillo y desvió la mirada hacia la ventana, como si fuera consciente de que había dicho una estupidez. Aitor miró primero a Guillermo, que seguía absorto con la televisión, y luego clavó su mirada escrutadora en Noa.

—¿Alguien? ¿Quién? ¿Quién podría estar interesado en atacarnos con un enjambre de abejas? Mira, Noa, no te crees una película en tu cabeza con todo esto. Ha sido un hecho casual, algo habitual en el monte, no le des más vueltas.

—No sé... me parece tan raro.

—Quizá siempre han estado ahí y algo las molestó. Por eso salieron. En serio, cariño, confía en mí, sé de lo que hablo.

Noa, sin apartar la mirada de la ventana, dejó el bocadillo sobre el plato.

—¿Has visto que oscuridad? —su voz sonó impertérrita.

Una parte de ella quería creer a Aitor, porque en parte tenía razón, en el monte los encuentros con todo tipo de bichos era lo habitual, pero otra parte trataba de advertirle de que eso no había sido un hecho fortuito, que alguien debió de meter aquella colmena allí. Y solo se le ocurría una persona, aunque pensándolo mejor, se le ocurrían dos personas. Evocó el fascinante encuentro con Germán aquella misma mañana. A primera vista parecía un hombre tradicional, el típico agricultor que puedes encontrar en cualquier pueblo, ¿pero y si el hombre no era lo que aparentaba?

—¿Me escuchas? Que si quieres que baje la persiana.

Aunque la casa estaba unos metros por encima del suelo, una ventana luminosa vista desde el exterior era como un faro en la costa, por lo que cualquiera que rondase por fuera de la casa tendría casi una visión perfecta de lo que ocurría dentro de ella sin ser visto, oculto en la oscuridad más absoluta.

—Sí, cariño, bájala, por favor. Desde ahí fuera pueden vernos.

—Como quieras, pero no creo que pase mucha gente por aquí a estas horas.

Aitor soltó el bocado, se dirigió a la persiana y la bajó con un ruido estridente hasta que las lamas se fundieron por completo, no sin antes echar un vistazo a la oscuridad que habitaba al otro lado de la ventana.

—¿Más tranquila? Así ya nadie podrá vernos.

—Gracias.

Aitor se sentó de nuevo a la mesa. Observó a Noa. Al menos continuaba comiendo. Con el pánico que le tenía a los bichos aquella experiencia debía haber sido más de lo que podía soportar.

—Mañana no saldré por la mañana al monte. Me quedaré aquí contigo.

Solo entonces Guillermo dio muestras de estar presente en la mesa lanzando una protesta con la boca llena de pan.

—Papá, por favor, yo quiero ir.

—No te preocupes por mí —dijo Noa—. Estoy bien, seguramente cuando vuelvas todavía seguiré durmiendo. Estoy agotada. Puedes salir sin problemas, en serio.

—¿Estás segura? De verdad que por un día no me importa.

—Segura del todo.

—Está bien, como quieras.

—¡Bien! Me llevarás contigo, ¿verdad, papá?

—Sí, hijo. Puedes venir conmigo de nuevo.

Noa sonrió mirando a Guillermo. A su vez, Aitor miraba a Noa. Una sonrisa, por fin una sonrisa, aunque le pareció forzada, sin embargo lo consideró normal. De hecho, estaba en mejores condiciones de las que cabría esperar dado el mal trago que había pasado.

—¡Gracias, papá! ¡Lo vamos a pasar genial!

—Claro que sí.

—Vosotros salid tempranito, que yo me quedo durmiendo hasta la hora de comer —se atrevió a bromear Noa, con la intención de que Aitor no se viese cohibido por su lamentable estado.

Todavía no eran las once de la noche, pero Guillermo se sentía tan casado que pidió a Noa irse a la cama.

—Claro, mi vida. A descansar y a olvidar esta horrible tarde —le dijo mientras se levantaba del sofá. Guillermo le dio un beso a su padre y se encaminó hacia su habitación seguido de Noa.

—Buenas noches, hijo.

—Buenas noches, papá.

Normalmente solía saltar sobre el colchón antes de tumbarse en la cama, como si se lanzase a una piscina, pero esta vez la piel irritada hizo que se lo pensase mejor. La rodeó (como si fuese un adulto, pensó) y se acostó muy despacio para no hacerse daño en las picaduras. Después de todo, aquel improvisado ataque de las abejas había hecho olvidar a sus padres el altercado en la piscina. Como le había escuchado decir a su padre en más de una ocasión, no hay mal que por bien no venga.

Se acomodó en el colchón y dejó espacio para que su madre se sentara junto a él. El viento soplaba con fuerza, agitando las ramas de los árboles. Por un momento, le pareció los lamentos desesperados de una horda de zombis hambrientos de carne de niño.

—Mamá, ¿a qué ruidos en la buhardilla os referíais papá y tú?

Noa lo observó sorprendida. Aquel renacuajo prestaba más atención a sus conversaciones de la que creía. Ahora supo que no debía de haberlo mencionado delante de él. Solo faltaba que Guillermo tuviese miedo por las noches en aquella jodida casa. Grave error. Sonrió y le apartó el flequillo de la frente con suavidad.

—No es nada, cielo. Creemos que se ha metido un pajarito allí arriba y no puede salir. Pero escucha, no tienes de qué tener miedo, ¿entiendes?

Guillermo pareció quedar satisfecho con aquella contestación. Si era un pájaro no había nada que temer. Le dedicó una sonrisa tranquilizadora a su madre.

—¿Y podremos subir mañana a sacarlo de ahí?

—No sé, ya veremos. Imaginamos que hay algún agujerito por el que se cuele a sus anchas. No tienes que preocuparte por él.

Guillermo desvió la mirada hacia la ventana en actitud pensativa. Noa lo observó complacida sin poder evitar sonreír. Le volvía loca esa mirada que dibujaba cuando algo rondaba su mente. Sería capaz de comérselo allí mismo.

Parecía tan frágil. Su pequeño cuerpo se giró hacia la ventana.

—Hace mucho viento, mamá.

—No hagas caso del viento. Duérmete, nosotros estamos aquí al lado. Cuando despiertes mañana verás cómo vuelve a lucir el sol.

Sus ojos se entrecerraron, dejándose vencer por el sueño.

—Vale, mamá.

—Buenas noches, cariño.

—Buenas noches, mamá.

Guillermo se durmió en apenas unos segundos. Estuvieron viendo una película en la televisión con la luz apagada hasta que el sueño fue imposible de soportar. Aitor cabeceaba de vez en cuando, hasta que finalmente se quedó dormido con la cabeza apoyada en el respaldo del sofá. Noa era capaz de contener el sueño, pero ya no aguantaba más. Y tampoco estaba prestando atención a la película. Los ruidos de la buhardilla se apelotonaban en sus pensamientos, y además, aunque trataba de evitarlo, sus ojos buscaban continuamente alguna abeja revolotear por el aire. Trató de resistir el mayor tiempo posible en el comedor, pero si Aitor había caído dormido ya no tenía ningún sentido. Al menos esa noche refrescaba. No llovía, pero el cielo nublado había bajado considerablemente las temperaturas. Con un poco de suerte, agotada como estaba y libre de ese calor sofocante, podría quedarse dormida en cuestión de minutos. Cogió el mando a distancia que estaba entre las piernas de Aitor y apagó la televisión. El silencio se apoderó de la casa de una forma tan contundente que sintió un esbozo de inquietud. El viento se escuchaba con fuerza, remover las hojas de los aledaños, un sonido que le pareció espectral.

—Aitor —susurró sacudiendo su hombro—. Aitor, despierta. Vamos a la cama.

—¿Ya se ha acabado la película?

—Te estás durmiendo. He apagado ya la televisión.

—Pero si estoy viéndola.

—Sí, sí, lo que tu digas. Venga, a la cama.

Cuando Aitor se quedaba dormido en el sofá, al despertarse era exactamente igual que un niño. Se levantó del sofá, tropezando tontamente con el brazo de éste, y se dirigió al dormitorio. Noa lo siguió de cerca. Se sentía agotada, solo quería dormir.

—Me voy a quedar dormido en un segundo.

La voz de Aitor sonó como si estuviese embriagado. Entró en el dormitorio, encendió la luz y se dejó caer sobre la cama.

—Me voy a lavar los dientes, no tardo nada —le dijo Noa, aunque suponía que ya no la había escuchado. Como era habitual en él, había cumplido su palabra. Cómo envidiaba su facilidad para quedarse dormido, era como un don divino, pero a veces podía tener sus inconvenientes. Entró en el cuarto de baño, encendió la luz y se detuvo frente al espejo. Por un instante estuvo tentada de dirigir la mirada hacia la cámara de video oculta. Pero supo contenerse, por si acaso. Sacó su cepillo de dientes de color rosa, apretó el tubo de pasta dentífrica y colocó una pequeña cantidad sobre las cerdas. Lo mejor era mirar a los ojos de su propio reflejo. La duda la asaltó de nuevo. ¿Habría alguien mirando desde el otro lado? Sentimientos opuestos se debatieron en sus pensamientos mientras comenzaba a frotar sus dientes. Por un lado imaginó que Emilio podía estar viéndola en ese preciso instante, lo que consiguió que, pese al malestar causado por los picotazos de las abejas, el deseo la poseyese nuevamente, una calidez que corría por sus venas. Pero por otro lado, la duda de si sería Emilio quien colocó la colmena en la chimenea logró que esa calidez se convirtiese en una corriente helada.

Mientras comenzaba a frotar sus molares, llegó a la conclusión de que estaba imaginando demasiado, creando hipótesis sin sentido y sin fundamento. De pronto le pareció todo tan surrealista, tan disparatado. ¿Cómo iba Emilio a estar controlando sus movimientos a través de una cámara? ¿Y cómo iba Emilio a meter una colmena en la chimenea? ¿Para qué?

Una fuerte ráfaga de viento llamó su atención y desvió la mirada hacia la pequeña ventana situada sobre la taza del wáter. Desde allí, si se asomaba, se podía ver el tejado que cubría lo que debió ser en su día un establo, allí donde Emilio decía tener los conejos. Pobres animalitos, pensó. Seguramente estarían muertos de miedo con el viento que zarandeaba los árboles.

Cuando terminó de cepillarse, se inclinó sobre el grifo y se enjuagó la boca. Cuando se irguió de nuevo frente al espejo se observó, aproximándose hacia él, un picotazo que tenía sobre la mejilla. Ya casi no estaba hinchado, pero la zona estaba enrojecida, de un tono sanguinolento un tanto alarmante. Tenía que reconocerlo, el remedio de Aitor había sido milagroso. Con un poco de suerte, mañana por la mañana cuando despertase, las heridas presentarían un mejor aspecto.

No quiso pensar más en aquella cámara disimulada en la estructura del espejo, ni en las malditas abejas. Por ese día ya había tenido suficiente. Apagó la luz y fue hacía el dormitorio. Para ello solo tenía que cruzar de una puerta a otra, atravesando el pasillo. Aitor, boca abajo y agarrado a la almohada, ya se había quedado dormido. Se tumbó en su lado de la cama (despacio para no despertarlo), apagó la luz y por primera vez desde que llegaron tuvo que taparse con la sábana. La habitación estaba fría, pero no en demasía. Después de las noches calurosas y asfixiantes que había sufrido era de agradecer. Con un poco de suerte, también ella podría caer rendida.

Recogida por la oscuridad y acunada por el viento, su mente no dio para más. Cerró los ojos y se quedó dormida.

6 de agosto de 2016

Cosas que hacer: Reconstruir los dos sarcófagos destruidos a la mayor brevedad posible. Reforzar las uniones de las maderas.

El despertador sonó a las siete de la mañana. Emilio le dio un fuerte manotazo para apagarlo y el estridente *bip-bip* se detuvo en seco, como si se negase a recibir más golpes por el simple hecho de cumplir con su labor. Durante la noche le había costado conciliar el sueño, excitado por la misión que se había encomendado a sí mismo para hoy, y el despertar había sido despiadado hasta que recordó el motivo por el que tenía que levantarse tan temprano.

Exaltado al desprenderse del estado onírico, abrió los ojos como platos y se incorporó en la cama como si de pronto el colchón estuviese en llamas. Sintió el entusiasmo subir desde la boca de su estómago hasta su garganta, una agradable sensación que enardecía sus terminaciones nerviosas. Su mirada, desquiciada, miraba en todas direcciones, escrutando nada en concreto, imaginando con un realismo casi tangible lo que le deparaba el día.

Sin perder tiempo, se atavió con unas bermudas color verde militar y una camisa a cuadros verdes y amarillos un tanto ridícula. Toda la ropa estaba limpia y bien colocada sobre la silla junto a la cama, tal y como la había dejado la noche anterior antes de irse a dormir. Silbando una tonadilla, salió de su habitación y se dirigió hacia el cuarto de baño. Éste era amplio como cada habitación del resto de la casa, aunque anticuado, con una decoración insulsa que se utilizaba en los años setenta. Frente al espejo se lavó los dientes con furia, como si quisiera arrancar hasta el último fragmento de sarro incrustado, se aplicó un buen afeitado deslizándose con cuidado su reluciente navaja francesa y se impregnó la piel con su mejor colonia, dándose suaves palmadas en las mejillas mientras ladeaba la cabeza observando el acabado final. Usó su cabello para extenderse la colonia sobrante que empapaba sus manos, deslizándolas desde la frente hacia la nuca.

Perfecto.

Dedicó una sonrisa satisfactoria al espejo, que marcó todas las arrugas de su piel como un terreno recién arado, apagó la luz y salió hacia el pasillo que desembocaba en la gran antesala, allí donde se hallaba la *pajarera*. Ahora era el turno de cargar al cuerpo con un buen desayuno. Mientras lo recorría, su andar resultaba danzarín, marcando el ritmo de la canción que silbaba incansablemente. Cuando llegó a la antesala camino de las escaleras, ignoró las dos puertas que quedaron a su espalda, una de ellas la *pajarera*, sin embargo, también ignoró los sonidos guturales que se colaban por el resquicio de la otra puerta, y que se arrastraban por el suelo de terrazo como una serpiente decapitada. Emilio se detuvo por un instante frente al primer escalón, esbozó una sonrisa y pareció deleitarse con aquel murmullo indescifrable, un aliento ahogado, una súplica sin voz.

Se giró y desanduvo el camino hacia la segunda puerta sin dejar de silbar animado. Buscó la llave tanteando en el bolsillo de los pantalones, inconfundible porque era un poco más grande que la que abría la *pajarera* (y de las que nunca se separaba), entreabrió la puerta y asomó la cabeza por la

abertura.

—Todo va bien, todo va bien. Más tarde estaré contigo.

Los ruegos ininteligibles cobraron intensidad, incluso podía percibirse la más absoluta desesperación en la entonación, aunque a Emilio no parecía importarle demasiado. Pronto se vieron ahogados en cuanto cerró la puerta y le pasó dos vueltas de llave produciendo un enervante sonido metálico.

Sonriendo, caminó decidido hacia las escaleras, las bajó a buen ritmo y terminó su viaje en la cocina. La luz del día soleado con el que había amanecido Bicorp ya entraba por la ventana y se reflejaba en el mármol de la bancada, provocando atrevidos destellos en el fregadero.

«Un buen desayuno.»

Puso a calentar la cafetera eléctrica y metió un tazón de leche en el microondas. A continuación, se cortó una generosa porción de pan, la separó en dos mitades y las tostó en el fogón, sujetándolas con unas pinzas de madera chamuscadas por la punta. Cuando quedaron bien negras, preparó un café y lo vertió en el tazón de leche. Sacó la mantequilla de la nevera y se sentó a la mesa de la cocina. Era una manía de la que no podía desprenderse, ni tampoco quería. El desayuno siempre tenía que ser en la cocina.

Mientras masticaba atrozmente con la boca abierta el primer bocado de la mantecosa tostada, sintió que había recuperado de nuevo el control de la situación, pero sobre todo, el control de sí mismo. Poder continuar con la agenda estipulada, aunque con algunos cambios forzosos. Sin embargo sabía que eso era algo inevitable, formaba parte del juego por así decirlo, a pesar de que en ocasiones esos cambios podían sacar lo peor de él, pero ahí radicaba la auténtica diversión. Saber recomponerse, actuar en consecuencia y utilizar los contratiempos en su propio beneficio.

Tragó la requemada bola de pan con dificultad y le propinó otro bocado a la tostada. La historia se repetía, y año tras año la cosa iba mejorando notablemente, segundas y terceras partes que, en contra de lo que decían las ignorantes bocas que de todo creían saber, superaban con creces a la primera. Se vio embargado por una ola de excitación. El hombre ya debía de haber salido de casa, como cada día. No había duda. Cuando se obcecaban en facilitarle las cosas, no podía hacer otra cosa que alabar su suerte. Era como... como si lo desearan, como si estuviesen rezando para que les ocurriese.

Qué placer. Qué bien se sentía en esos momentos.

No había nada mejor que el tiempo que precedía a la acción, como el

viernes antes de la llegada del fin de semana. Un destello se produjo en sus ojos, parecía la manifestación de una mezcla de satisfacción y locura, aunque claramente había sido un reflejo de la luz del sol que se filtraba a través de la ventana.

Devoró la tostada en segundos, algo inusual en él, y apuró el café con leche de un trago, con cuidado de no tragarse los posos, otra manía que no estaba dispuesto a sacrificar. Ya lo fregaría todo después, ahora no podía perder más tiempo. Disponía de unas dos horas, justo el tiempo que el hombre tardaba en regresar del monte, pero más que suficiente. ¿Se habría llevado al mocoso con él como ayer? La pregunta le asaltó mientras llevaba el plato y el tazón al fregadero. Era un mínimo riesgo que debía correr, aunque no podía detenerse a comprobarlo en los monitores, pero si era así, desde luego le facilitaría mucho las cosas. Si por el contrario el crío continuaba en la casa, solo sería un pequeño estorbo fácil de superar. Había dado por supuesto que el hombre, a pesar de la terrorífica tarde que les había preparado el día anterior, había optado por cumplir con su rutina diaria. Simplemente había sido un presentimiento, ya que creía entender cómo funcionaba su campestre mente con lo que llevaba observado desde el día en que llegaron. Lo llevaba en la sangre, como él, algo que no se podía evitar.

Abrió uno de los armarios (el cual tenía la grasa reseca adherida a la madera dibujando oscuros chorretones, como si fuera el sudor de la muerte) situado encima del microondas y buscó un recipiente oculto entre los pequeños botes de especias. Era una pequeña botella transparente, de boca estrecha y sin etiquetar, justo detrás del pimentón rojo y del orégano. La cogió con mano temblorosa por la emoción y la guardó en el bolsillo de las bermudas. Al cerrar la puerta del armario sus dedos quedaron pegajosos por la grasa acumulada durante días y días, por lo que se vio obligado a lavarse las manos bajo el grifo, y con jabón. El día de hoy marcado en la agenda era sumamente especial, tenía que mantenerse pulcro, limpio como un bebé recién bañado.

Cuando salió de casa se aseguró de cerrar bien con dos vueltas de llave. Teniendo en cuenta que todas las ventanas de la casa estaban enrejadas, nadie podría entrar en su ausencia, ni salir. Accedió a la plaza de garaje, se montó en el Toyota y puso en marcha el motor. Sujetó con fuerza el volante antes de meter primera, haciendo tamborilear sus dedos contra el cuero en un claro signo de nerviosismo. Podría haber ido dando un agradable paseo bajo el frescor de la mañana, pero ese día era impensable. No debía sudar, ahora

estaba totalmente prohibido. Era curioso. Se sentía como un adolescente que acude a su primera cita con la chica de sus sueños. Y era agradable saborear esa sensación año tras año, como si siempre fuese la primera vez. Más que sonreír esbozó una mueca acartonada.

Puso en marcha el todoterreno suavemente, abrió la puerta de la cancela y no inició la marcha hasta que ésta se cerró de nuevo. Bajó la ventanilla hasta el límite y sacó el codo por la ventana. Tenía la convicción de que a esas tempranas horas sería el único momento del día en que la temperatura daría una pequeña tregua, por lo que se dejó acariciar por el cálido aire que penetraba por ella. El sol, ausente durante toda la tarde del día anterior, comenzaba a superar los tejados de las casas del pueblo, y parecía dispuesto a reconquistar su trono usurpado por la pequeña tormenta, pero ese hábito meteorológico era algo a lo que ya estaba más que acostumbrado. Había épocas en las que las tormentas vespertinas se formaban a diario durante semanas, mientras que las mañanas eran propiedad del sol abrasador.

Se puso las gafas de aviador y se encendió un cigarrillo mientras giraba por la primera esquina hacia la calle principal. Lo tenía controlado. Éste llegaría al filtro en cuanto llegase a la casa, pero esta vez no quería aparcar en la parcela asfaltada. Tampoco quería hacerlo al final del camino asfaltado, cuando ya entraba en acción el camino de tierra. Tal y como había planeado, se desviaría por la segunda bifurcación a la derecha y detendría el coche en una pequeña explanada, cerca de un campo de olivos, para no levantar sospechas.

Mientras cruzaba la calle principal se encontró al señor Hilario, un anciano dueño de más de un tercio de los campos situados al oeste de la población. Éste llevaba una especie de gorra rural encasquetada en la cabeza y los pantalones casi a la altura de los sobacos, sujetando una camisa blanca, pero descolorida. Emilio observó cómo se giraba lentamente rotando sobre su bastón y cómo contraía la expresión para tratar de identificar al vehículo que se le aproximaba.

—¡Buenos días, Hilario!

Emilio pasó por su lado apretando levemente el acelerador y levantó el brazo por la ventanilla a modo de saludo. El señor Hilario vio cómo el rugido del motor ahogaba su débil voz. Lo siguió con la vista y alzó su bastón devolviendo el saludo, pero Emilio estaba convencido de que no lo había reconocido. Quizá lo hiciera ahora, después de ver el todoterreno, o quizá

después de escuchar su tono de voz. Mientras daba una profunda calada al cigarro lo vio empequeñecerse en el espejo retrovisor, plantado y apoyado sobre su bastón como un árbol, observándolo.

Dejó atrás el Centro de Salud, salió a la rotonda donde quedó el primer día con la familia y cruzó el puente sobre el río. El verde que cubría las montañas resplandecía por los rayos del sol, creando una fotografía reconfortante. ¿Por qué se sentía tan nervioso? Había hecho esto infinidad de veces, pero creía que la respuesta estaba en lo terriblemente especial que era esa mujer. ¿Que si había perdonado su pequeño desliz?, se preguntó a sí mismo. No, él nunca perdonaba, eso era para los débiles, simplemente había puesto las cosas en su sitio. No podía esperar menos de él. Era suya, solo suya. Era algo que supo desde el primer día en que la vio.

Subió la pendiente que enfilaba hacia el camino de tierra y observó las casas que la flanqueaban. Aquella calle estaba desierta, como el resto del pueblo, a excepción del viejo Hilario, por supuesto. Se le pasó por la cabeza lo tremendamente silenciosos que eran los amaneceres en el pueblo, como si estuviera habitado por fantasmas. En verano, los brillantes rayos del sol descolgados desde el cielo lo convertían en un paisaje vivificante, sin embargo en invierno, era como caminar por un terreno frío y devastado. Cuando el camino asfaltado se acabó y pasó al camino de tierra, el Toyota dio una sacudida y el sonido a piedras removidas y retorcidas invadió sus oídos. Tras de sí iba dejando una nube de polvo que se expandía como una oscura niebla. Los almendros estaban preciosos a esas horas de la mañana, sí, preciosos, pensó. Las rosadas flores que poblaban sus ramas conferían un tono rejuvenecedor al paisaje, resaltando entre el abundante color verde.

Llegó a la segunda bifurcación. Desaceleró el todoterreno observando el terreno con detenimiento por la ventanilla. Desde allí tenía una excelente panorámica de la casa. El coche de la familia seguía estacionado en la zona asfaltada, pero a ellos no se les veía por ningún sitio. Eso significaba que sus suposiciones se estaban cumpliendo al pie de la letra. El hombre debió salir a pasear, y posiblemente el crío se habría ido con él, por lo que la mujer debía estar durmiendo todavía.

«¿Así es cómo llevas a cabo tus planes? ¿A base de suposiciones? ¿Y si están todos en casa? ¿Y si ya están despiertos y están preparando el desayuno? ¿Y si, aunque la mujer se hubiera quedado a solas, ya estaba despierta y merodeando alegremente por la casa?»

Mientras detenía el todoterreno aplastando la maleza que invadía el tronco de una higuera al tiempo que subía con brusquedad el freno de mano, la serie de preguntas lo asaltó, haciéndole ver que debía de haberse asegurado primero antes de correr semejante riesgo. Solo tenía que haber madrugado un poco más, haber encendido los monitores y controlar la actuación de la familia. Apretó con fuerza el volante y gritó hasta que sus pulmones se quedaron sin aire.

Conducta descuidada, resultados catastróficos.

Cuando se relajó, acabó admitiendo que ahora ya no había otra opción que enfrentarse a su mal trazado plan con todas las consecuencias y obrar de la manera más efectiva posible. La culpa era de la excitación, estaba convencido de ello. Y no podía volver a dejarse llevar por las emociones. Debía actuar fríamente, como si de una máquina bien engrasada se tratase.

Había llegado el momento de lanzarse a la acción. Se quitó las gafas y se bajó del coche, lo cerró pulsando el mando a distancia y se puso en marcha por el camino de tierra hacia la casa. Apenas lo separaban unos trescientos metros. Consultó la hora en su reloj de pulsera. Las 07:28 de la mañana. Hasta ahora los horarios iban bien encaminados. Se moría por otro cigarro, pero ahora no era el momento. Anduvo despacio, evitando sudar, y mientras lo hacía iba controlando con la mirada la casa, cualquier movimiento que delatase que había alguien despierto en su interior. El vasto graznido de un pájaro que voló repentinamente sobre su cabeza lo distrajo durante unos segundos, obligándolo a levantar la vista.

¿Acaso no podía haber aparcado en la zona asfaltada junto a la casa como cada mañana, cuando se suponía que iba a dar de comer a los conejos? Alzó la comisura de sus labios en actitud de reproche. Por supuesto que podía haberlo hecho. Quizá era mucho más sospechoso si lo sorprendían merodeando por la casa sin su todoterreno al lado, pero ahora no pensaba dar la vuelta para acercarse con él, quería disponer del máximo tiempo posible, ése era un punto del plan del que no quería escatimar ni un ápice.

Recortó la distancia en doscientos metros y se ocultó tras un árbol. Desde allí podía observar la casa con mucha más claridad. De pronto cayó en la cuenta de un terrible error. ¿Por qué no había preparado las cámaras para que grabaran toda la escena? Contuvo un grito de furia y por contra golpeó con el puño el tronco del árbol.

Inútil. Inútil.

Aquella infame palabra retumbó en las paredes de su cráneo como una pelota de goma. La parte más placentera la había pasado por alto, obcecado con las maravillas que le esperaban allí dentro. Había dispuesto de tiempo, de mucho tiempo. Sin duda, un error imperdonable. Golpeó de nuevo el tronco y sus nudillos se amorataron. Le estaba bien empleado, por no saber dominarse, por no saber planificar una parte tan importante de su gran proyecto, por dar prioridad a sus placeres y obviar algo que perduraría eternamente.

Su respiración se tornó agitada. Debía controlarse. Ahora ya no podía hacer nada al respecto, más que seguir con el plan y tratar de retenerlo en su memoria el mayor tiempo posible. Inspiró y espiró lentamente, tal y como le habían enseñado, una acción que reconocía tener que realizar cada vez con mayor frecuencia. Su expresión contraída reflejó un odio desmedido contra sí mismo, incluso el azul de sus ojos pareció oscurecerse, como si el mal que habitaba en su cabeza tratase de escapar a través de ellos. Se humedeció los labios con la punta de la lengua mientras abrazaba el tronco del árbol como si de la cintura de una mujer se tratase. Bien. Se estaba calmando, podía sentirlo en la desaceleración de los latidos de su corazón. Aquel saco de errores ya era imposible de enmendar. Debía centrarse en lo que había venido a hacer. Esa parte del plan no se la arrebataría nadie. Absolutamente nadie. Era algo que estaba dispuesto a disfrutar hasta el último segundo.

Pensar en positivo y en lo que le depararía las dos próximas horas hizo que una sonrisa macabra se dibujase en su rostro. Las arrugas de su frente se marcaron como zanjas de guerra. Clavó tan fuerte las uñas sobre la corteza del tronco que una de ellas, la del dedo índice, a punto estuvo de desprenderse de la piel.

«¡Basta! ¡Basta!»

Era impensable que ahora se lastimara tontamente, y mucho menos las manos. Las necesitaba. ¡Las necesitaba! Soltó el tronco con rapidez, como si éste fuese una barra incandescente, y se frotó las manos contra las bermudas. Una ligera brisa, demasiado cálida para la temprana hora que corría en el reloj, agitó su rizado cabello. Con un tembloroso movimiento de manos se alisó el pelo deslizándolas por su cabeza hacia atrás. Tenía que estar presentable, mostrarse seductor, irresistible, como Cary Grant en aquella película en blanco y negro de la que nunca recordaba el título. En todo ese tiempo en que su cabeza se había convertido en un torrente de emociones y de acusaciones a sí mismo no vio signos de vida en la casa. La persiana del

comedor estaba subida, pero no vio a nadie despierto a través de la ventana, y pudo escrutar parte del interior gracias a que las amplias ramas de los álamos ocultaban el reflejo del sol en el cristal. Como siempre, la naturaleza obraba a su favor, una valiosa aliada.

Había llegado el momento.

Un delicioso cosquilleo se formó en la boca de su estómago, un evidente signo de la ola de emoción que arrasaba todo su ser. Nervioso, se palpó el bolsillo para comprobar que la botella transparente no se había movido del sitio. Allí estaba, abultando sus pantalones proporcionándole una apariencia obscena. Al fin se decidió a abandonar su escondite. Despacio y conteniendo la respiración en la medida de lo posible, se fue aproximando a la entrada de la casa. La alfombra de hojas arrancadas por el viento de la tarde anterior crujía bajo sus pies, y Emilio refunfuñó algo ininteligible. Esperaba que de un momento a otro los gatos que vivían por los alrededores, y a los que muchas veces había dado de comer, acudiesen a él para ronronear a sus pies, pero no vio ninguno. Los animales debían haber encontrado otra fuente de alimento o puede que la familia los alimentase, quizá el crío.

Eso le traía sin cuidado. Si no había felinos a la vista, mucho mejor para él. Si se pusiesen a maullar cabía la posibilidad de que despertase a la mujer. *A la mujer.* Tenía que estar sola. Tenía que estarlo. Pero debía asegurarse primero, una maniobra de anticipación podía valer una guerra ganada. No obstante, se le ocurrió una idea que podía ser provechosa. Si la cerradura de la puerta no tenía echada la llave, significaría que el hombre había salido a pasear, porque era inconcebible que dejara encerrada a la mujer dentro de casa. Sí. Eso era. Podía funcionar.

Entre pensamiento y pensamiento se vio subiendo el primer escalón con sumo sigilo. De pronto, el sonido deslizante de las hojas esparcidas por el camino de tierra desapareció. Fue un auténtico alivio. Si lo sorprendían, improvisaría cualquier excusa creíble. Para eso era muy bueno, el mejor. No valía la pena pensar en un pretexto con antelación. «No dejes ningún cabo suelto, ni se te ocurra.» Desoyó las advertencias de la parte de su mente más racional, ya que en aquellos tensos momentos solo deseaba escuchar a su lado irracional. Había llegado a la mitad de la escalera. Por el momento, no escuchaba voces ni ruidos en el interior de la casa. De pronto, se sintió más seguro de sí mismo, convencido de que sus previsiones se habían cumplido a rajatabla. La mirada de sus ojos se tornó desquiciada, tan abiertos, que sus

globos oculares corrían el peligro de deslizarse por sus mejillas. Antes de llegar al último escalón la tripa le rugió, a pesar de haber tomado un buen desayuno, lo que hizo que se sobresaltara de sus propios sonidos corporales.

Qué calladas estaban las ranas del estanque, pensó. Era como si estuviesen a la expectativa, ocultas entre las mohosas rocas, deseosas por ver cómo se desarrollaba la acción. Cómo adoraba aquellos pequeños batracios repulsivos.

Cuando llegó al final de la escalera se detuvo y por un momento le invadió un sentimiento de duda. El silencio y la calma eran absolutos, una de las mayores ofrendas que podía brindar la naturaleza. El único sonido que percibía era el mecer de las ramas de los árboles, como si hablasen entre ellos mediante oscuros susurros. Sacudió la cabeza con vehemencia intentando librarse de sus temores, y cuando se recompuso, acercó el oído a la puerta. Estaba fría. Se mantuvo en esa posición durante unos segundos. Silencio. Sus ojos se movían con rapidez en todas direcciones mientras escuchaba con atención. Finalmente esbozó una sonrisa victoriosa. Solo le faltaba comprobar si la llave estaba echada. Última parada. Se apartó de la puerta, escrutó los alrededores para asegurarse de que nadie merodeaba por allí y sacó la llave de su bolsillo. ¿Por qué le sudaban ahora las manos? Tenía que controlarse, ahora era primordial. La mantuvo suspendida en el aire unos eternos segundos frente a la cerradura, hasta que al fin se atrevió a introducirla muy despacio, tratando de evitar hacer ruido.

Su mente recreó los redobles de un tambor esperando el resultado final.

Cuando la giró, emitió un leve sonido metálico y la puerta se abrió. Fantástico. Solemne. La mujer estaba sola, y apostaría una de sus manos (la izquierda, pensó, ya que era diestro y había que respetar un pequeño margen de error) que el mocososo se había ido con su padre. La entreabrió hasta la mitad, deslizó su cuerpo por el hueco y cerró tras de sí. El silencio que moraba en la casa era abrumador, tanto, que parecía tener vida propia, observándolo desde todos los rincones de la casa. La luz natural de sol iluminaba el comedor confiriéndole un aspecto acogedor, pero no había ninguna lámpara encendida, ni en la cocina ni en ninguna habitación. Observó las paredes. Aquellos cabrones las habían dejado sembradas de regueros de abejas aplastadas, restregones de tejidos resecos, sin embargo, nada que una buena mano de pintura no pudiera solucionar. La primera puerta a la derecha, donde dormía el crío, estaba abierta. De puntillas, avanzó un par de pasos y

asomó la cabeza despacio por el umbral, con un sigilo tan estremecedor que se sorprendió a sí mismo. Trazó una mueca desagradable en su rostro, aunque pretendía ser una sonrisa. La habitación estaba vacía y las sábanas desechas. La luz penetraba por la ventana con la persiana subida iluminando toda la estancia.

Estaba en lo cierto. El chiquillo se había ido al monte con su padre. Estaba convencido de que tenía un sexto sentido para determinadas circunstancias de la vida, un don que le había sido concedido por algún poder desconocido con el único objetivo de ayudarlo en sus propósitos. No cabía ninguna duda. Quizá por eso cada vez cometía más errores en la elaboración de sus planes. Dejó escapar el aliento y esta vez sí logró esbozar una sonrisa perturbada cuando asimiló lo que eso significaba:

La mujer estaba sola en casa.

Sintió una repentina erección que acompañó al bulto de su bolsillo. Sigilosamente, se encaminó hacia el pasillo, rodeando la mesa. Los juguetes del mocoso estaban esparcidos por el suelo, frente a los sofás, por lo que tuvo que llevar mucho cuidado de no pisar ninguno y delatar así su presencia. La nevera crujió como si se hubiese desmontado el motor, sin embargo, no lo sobresaltó. Conocía ese sonido como si hubiera vivido toda la vida dentro de él.

Desde el comienzo del pasillo pudo divisar que la puerta del cuarto de baño estaba entreabierta, pero con la luz apagada. Por la obertura pudo ver que allí dentro habitaba una oscuridad más densa, ya que la pequeña ventana no dejaba pasar demasiada luz. Siempre había sido así. Avanzó unos pasos apoyándose en la pared hasta llegar al marco de la puerta de la habitación principal. No pudo evitar que su corazón aumentase sus latidos, regando su cuerpo de un calor insoportable. Era una sensación indescriptible, capaz de devolverle la vida a un muerto, algo por lo que muchos pagarían si la hubieran sentido germinar en su interior alguna vez.

Al igual que hizo en la habitación del mocoso, adelantó su cabeza para echar un primer vistazo. Ahora sí que era primordial no correr ningún riesgo. Las manos le sudaban con más abundancia, retorció los dedos con movimientos convulsos, como si se estuviese preparando para desenfundar una pistola.

Allí estaba. Durmiendo plácidamente boca arriba, con los brazos rodeando su cabeza como un recién nacido. El torrente de excitación que avanzó por sus

venas le hizo lanzar un débil gemido. La tenue luz que se filtraba por las lamas de la persiana iluminaba su deslumbrante cuerpo como si de una deidad se tratase. Emilio produjo un sonido empalagoso con la lengua como el que desprende un perro al relamerse el hocico. Se acercó muy despacio. A pesar de la escasa luz, la penumbra no le permitía contemplar los detalles de su cuerpo.

Se detuvo frente a la cama sin apartar la mirada de sus ojos cerrados. Sacó la pequeña botella de su bolsillo izquierdo y un pañuelo a cuadros azules del otro bolsillo. Desenroscó el tapón y vertió parte del contenido en el pañuelo, empapándolo con cuidado de no derramar ni una sola gota. Por la destreza de sus movimientos, parecía que era una labor cotidiana para él.

«Tranquila, cariño. No va a dolerte, todo lo contrario.»

Se aproximó al borde de la cama con cautela, sin apartar la mirada de la mujer, hasta llegar a la altura de su cabeza. Con un movimiento rápido y certero, como si tratase de atrapar una mosca despistada, alojó el trapo húmedo de cloroformo sobre su cara, cuidándose de cubrir incluso los ojos para impedirle la visión. Noa se agitó violentamente durante unos segundos, tratando de agarrarse a algo imaginario. Emilio, paciente, presionó con fuerza el trapo hasta que la mujer detuvo todo movimiento. Lentamente apartó el pañuelo de su cara, no quería dejarla sin oxígeno. Bañada por la penumbra, su bello rostro adquiría un matiz pueril, como si acabase de beberse un vaso de leche caliente y se hubiese quedado dormida al instante. Emilio la contempló satisfecho por la efectividad de sus acciones. Ahora lo que necesitaba era luz. No quería perderse ni un solo detalle de su presa. Rodeó la cama sin preocuparse ya por el ruido de sus pisadas y subió la persiana con brusquedad casi hasta el límite. Era de vital importancia recordar volver a bajarla en cuanto acabase sus quehaceres, tal y como la había encontrado. Fácil.

La luz diurna cubrió con delicadeza el cuerpo inerte de Noa y reveló su bronceada piel, moteada por pequeñas ronchas causadas por las picaduras de las abejas. Emilio se permitió contemplarla durante unos segundos, soportando las investidas del deseo. Incluso con el aspecto de una rodaja de mortadela le parecía extremadamente apetecible. Había quedado sobre la cama con los brazos extendidos. Llevaba una ligera blusa beige que le apretaba los pechos contra el cuerpo, y como parte inferior, tan solo se cubría con unas bragas blancas adornadas con una pequeña perla en la parte superior, tan escasas de tela, que dejaban a la vista la mayor parte de los muslos. Su expresión era

dócil, daba la impresión de estar sonriendo. Emilio acercó su cara a la suya e inspiró su pausado aliento profundamente. Olía bien para haber pasado toda la noche durmiendo. En un principio dudó. Sabía que esa acción era algo que le iba a costar superar, pero estaba convencido de lograrlo en pocos minutos. Acarició con su dedo índice sus carnosos labios. Aquellos labios corrompidos. Deseaba saborearlos, pero el desagradable recuerdo se lo impedía. Sin embargo, como tenía previsto, era un escollo que estaba dispuesto a superar. Se abalanzó sobre ellos y los besó, los mordió, los estiró, paseó su lengua por toda su cavidad bucal, degustando su saliva. Sentía que los testículos le iban a explotar de un momento a otro. Dejó de explorar su boca satisfecho por su poder de superación, se sentó sobre ella a horcajadas y le levantó la blusa hasta los hombros dejando sus senos en libertad, aplastados contra su cuerpo atraídos por la fuerza de la gravedad. Incluso dormida sus pezones apuntaban erectos en ambas direcciones opuestas. Cubrió con sus manos los pechos de Noa y los apretó con dureza, como si fuese una masa de pan. Sonrió obscenamente, reflejando un destello siniestro en su mirada.

Tenía por delante dos intensas horas de placer, además, tenía que guardar los últimos diez minutos para ofrecerles un regalo que nunca olvidarían.

* * *

—¡Mamá, ya hemos vuelto! —gritó Guillermo con cierto tono de orgullo en su voz.

Aitor miró la hora en su reloj de pulsera al cerrar la puerta de casa. Las 10:20 de la mañana. Se habían demorado más de lo habitual, pero había valido la pena. La camiseta negra que vestía estaba empapada en sudor. Esperó un saludo por parte de Noa, pero el silencio fue la única respuesta que obtuvieron.

—Guillermo, no grites. Puede que mamá esté durmiendo todavía —susurró.

—Jo, yo quería contarle...

—Espera...

Aitor cruzó el comedor seguido a pocos pasos de Guillermo y se asomó a la habitación principal. Sonrió. Tal y como había imaginado Noa seguía durmiendo en la penumbra. Debía de estar agotada por la terrible tarde de ayer. Como precaución, esperó a verla respirar. Un mal pensamiento se había cruzado por su cabeza, atravesado como un trozo de jamón en la garganta, ya que nunca se sabía lo que podía pasar con el ataque de un enjambre de abejas

de tal magnitud. Cuando vio que su pecho se hinchaba lentamente, suspiró aliviado y cerró la puerta muy despacio para no hacer ruido.

—Está dormida. Venga, a la ducha.

Guillermo dio una patada contra el suelo como signo de desaprobación.

—¿A la ducha ahora? ¿No podemos esperar?

—No. Mírate cómo estás, empapado en sudor. Dúchate rápido y así podrás irte a jugar —ordenó con un tono de voz lo suficientemente contundente como para que Guillermo desistiese de su intento de evasión.

—Vale... está bien.

—Cógete ropa limpia, venga, ya verás cómo acabas enseguida.

Guillermo obedeció, pero no porque pensase que su padre tuviera razón, sino porque todavía tenía una cuenta pendiente con un juego de su propia invención. Ya que debía ducharse, lo haría cuanto antes, y así antes podría salir fuera a jugar.

Aitor escuchó desde fuera del baño el agua correr, pero se quedó tras la puerta por si Guillermo lo necesitaba. Se estaba haciendo mayor a pasos agigantados, y hace tan solo unos meses podía estar junto a él en la ducha, pero ahora estaba en la época en la que el pudor cobraba protagonismo, por lo que ya no le permitía ese acercamiento. Apoyado contra la pared, sonrió para sus adentros mientras escuchaba canturrear al pequeño al tiempo que se enjabonaba el cuerpo.

Cuando terminó, Guillermo salió del cuarto de baño con el pelo húmedo y bien peinado con la raya a un lado, informó de forma atropellada a su padre de que se iba fuera a jugar y salió corriendo hacia la puerta de entrada a la casa. Aitor apenas tuvo tiempo de advertirle que llevara cuidado. En cuestión de unos segundos se vio solo en la silenciosa casa. No desaprobaba esa sensación, pero no sabía por qué, en esos momentos desearía no estarlo.

Confiaba en que Noa se despertara al escuchar el agua de la ducha, pero al ver que aún seguía durmiendo, decidió ducharse él. Salió a la terraza y cogió unos calzoncillos limpios y unas bermudas del tendedero. Mientras descolgaba la ropa vio cómo Guillermo desaparecía entre los árboles que protegían la pila de leña. A esas horas el sol apretaba ya considerablemente. Con toda seguridad, Guillermo tendría que echarse al menos un agua antes de comer.

Dedicó casi un cuarto de hora a la ducha. Era uno de esos momentos en que el golpeo del agua contra su cuerpo lo trasladaba a un plano de placer extremo. Se lo merecía, las últimas horas habían sido de infarto. Por un

instante imaginó que Noa despertaba de su sueño, abría la puerta y se metía en la ducha a su lado esbozando su peculiar sonrisa traviesa, fundiéndose ambos en un eterno beso bajo el constante chorro de agua. La agradable sensación que recorrió su espina dorsal consiguió que sufriese una repentina erección.

«¿A qué esperas para despertarte, cariño?»

Hoy la necesitaba, más que nunca. Resignado, giró la rueda del agua fría al máximo y el helor del agua hizo que la sangre acumulada se repartiera uniformemente por todo su cuerpo. Odiaba tener que hacer eso. Cerró los grifos, salió de la ducha y se secó sin mucho empeño para mantenerse fresco al menos durante unos minutos.

Cuando salió del cuarto de baño la puerta del dormitorio seguía cerrada. Pensó en despertarla, pero finalmente optó por dejar que fuese ella misma la que abriera los ojos, que descansara todo lo que su cuerpo necesitase.

Fue a la cocina, se preparó un café bien cargado y se sentó en el sofá frente a la televisión. Se sentía cansado, ¿qué había de malo en ver un poco la televisión mientras estaba de vacaciones en medio del monte donde había miles de cosas por hacer? Cogió el mando a distancia y la conectó bajando el volumen mientras daba un pequeño sorbo al café. Su expresión se transformó en una mueca de asco. Se había pasado con la dosis. Aun así, se lo bebería hasta la última gota, porque ya no pensaba levantarse para preparar otro.

Sintonizó el canal 24H. Se fijó en la hora en una de las esquinas inferiores. Las 11:16 de la mañana. ¿Cuánto tiempo más tardaría Noa en despertarse? Estaban hablando de deportes, un tipo estirado con una sonrisa permanente. El tema no le interesaba mucho. Su mente suplió el espacio de atención pensando en aquel fragmento de colmena que cayó de la chimenea. La respuesta que le dio a Noa era la más lógica, en el monte las abejas pueden instalar un panal en cualquier lugar, pero quizá tenía razón en que Emilio debía de encargarse de mantener en condiciones una casa destinada al alquiler. ¿Pero si solo había un trozo de colmena, dónde estaba el resto? Mientras la cansina voz del locutor amortiguaba el ambiente, se levantó con cuidado de no derramar el café, se acercó a la chimenea y se asomó por el conducto de salida tratando de vislumbrar el resto del panal y así salir de dudas. Sin embargo, todo lo que sus ojos llegaron a ver fue hollín y oscuridad. De todas formas, el humo del fuego que encendieron en la chimenea en la tarde de ayer debió de espantar a las últimas que pudieran quedar allí. Puede que la colmena estuviese en el tejado, pero ni en sueños pensaba subir allí a comprobarlo.

Se sentó de nuevo en el sofá y observó haciendo un barrido con la mirada el desastroso estado en que habían quedado las paredes. Desde luego, ellos no pensaban limpiarlo, y a él, personalmente, no le molestaba lo más mínimo. Cuando Emilio lo viera, pensaba explicárselo bien claro.

La sección de deportes finalizó y dio paso al tiempo. Eso ya era mucho más interesante, sin duda. Se recostó en el sofá sujetando la taza de café entre sus manos, se cruzó de piernas, y dando un angustioso trago, se dispuso a ver qué tiempo había previsto para los próximos días.

La esbelta chica que presentaba la sección se giró hacia el mapa de España que quedaba a su espalda y, con una locuacidad digna de elogiar, fue explicando zona por zona hasta que llegó a la parte este del país. Aitor dobló su atención. La presentadora hizo hincapié en la zona del interior, justo donde estaban ellos, donde durante la mañana el sol sería el gran protagonista de la jornada, pero que a la tarde, una gran formación tormentosa se adueñaría del cielo haciendo bajar las temperaturas de forma considerable. Este peculiar comportamiento del tiempo se extendería durante los próximos días.

Aitor dio otro sorbo al café, prestando suma atención a las palabras de la joven. La previsión era calcada al día de ayer, solo que la tormenta había muerto antes de nacer. Quizá el día de hoy el cielo vomitaría todo lo que tuviese que vomitar. Bien, la parte positiva, pensó, era que si había un panal en el tejado, puede que el agua torrencial que se preveía acabase por destruirlo. Desvió la mirada hacia el reloj digital del canal. Las 11:36.

Habían pasado veinte minutos desde que lo consultó por última vez, y Noa seguía durmiendo todavía. En circunstancias normales sería algo atípico en ella, pero hoy era un día, por desgracia, especial. De nuevo sintió un imperioso deseo de ir a por ella, despertarla y cubrirla de besos, pero logró contenerse.

La secuencia de noticias había llegado a su fin y volvían a empezar. Trató de prestar atención al presentador y prefirió dejar que el ciclo de recuperación de su mujer se cumpliera por sí solo. Apuró la taza de café y la dejó en el suelo. El calor en el comedor comenzaba a ser insoportable, caldeando el aire hasta llegar a ser irrespirable. ¿Qué estaría haciendo Guillermo? Confiaba en él, pero no le hacía mucha gracia que anduviese tanto tiempo solo fuera de la casa. Se levantó del sofá y se asomó por la ventana en dirección a la pila de troncos. Los grandes álamos lo observaban con curiosidad. Allí estaba. Lo vio corretear con algo que no pudo reconocer en la mano. Ya más tranquilo, se

sentó de nuevo en el sofá y se concentró en las noticias. La presentadora, cariacontecida, se disponía a narrar lo que parecía ser la noticia del día.

"El macabro hallazgo del cadáver de Natalia Hidalgo ha conmocionado a toda la población. La víctima, una mujer de cuarenta y dos años de edad, desapareció hace un año sin que las labores de búsqueda por parte de El Cuerpo Nacional de Policía fueran fructíferas. Ayer, después de seguir una nueva línea de investigación facilitada por el hermano de la víctima, han sido hallados sus restos enterrados en un ataúd de madera, en el Macizo de Caroche, Comunidad Valenciana, gracias a la utilización de perros policía. A falta de la autopsia del cadáver, todo indica que Natalia Hidalgo fue enterrada viva. El portavoz de la policía así lo hace saber al desvelar que la tapa del ataúd presentaba abundantes arañazos desde el interior, en un intento desesperado por parte de la víctima de escapar de su prisión. Por el momento, no hay más datos sobre el brutal crimen ya que las investigaciones continúan..."

Noa abrió los ojos muy despacio, costosamente, como si alguien hubiese pegado sus párpados con pegamento. Al principio le costó desprenderse del estado onírico. Cuando lo hizo, no recordaba nada de lo que había soñado, sin embargo, sentía que su cuerpo había sido arrollado por un convoy de mercancías. Escuchó amortiguada la voz de una televisión, aunque la primera impresión que tuvo fue que estaban hablando Aitor y Guillermo.

Giró el cuello con pesadez hacia la ventana mientras se desperezaba. La luz del sol se infiltraba por los pequeños agujeros de las lamas creando delgados haces de luz donde flotaban las diminutas motas de polvo.

¿Qué hora era? ¿Cuánto había dormido?

Notó un desagradable sabor en la boca, como si hubiese estado masticando una fruta podrida toda la noche. Le dolían los labios, puede que hubiese tenido una pesadilla y se los mordiera entre sueños, pero por más que intentó recordar algún vestigio de ellos no lo consiguió. Agudizó el oído. Efectivamente, lo que escuchaba era la televisión. Aitor y Guillermo debían haber vuelto ya. Se incorporó en la cama y se sentó en la orilla bostezando. Se moría por lavarse los dientes y darse una buena ducha. Se palpó los pechos y su expresión se contrajo. Le dolían como si hubiesen sido aplastados por una prensa mecánica. Quiso comprobar el estado de los picotazos de las abejas, pero la tenue luz no le permitía observar con claridad su piel. Entonces fue cuando sintió su entrepierna húmeda.

«¿Pero qué coño?»

Se exploró la zona con suavidad, empapando sus dedos de un flujo viscoso. ¿Acaso había tenido un sueño erótico? Conociéndose a sí misma, era lo más probable. Sonrió. ¿Por qué no lo recordaba? Habría sido agradable saber cómo había sido, y con quién, y por qué no, dónde.

—¿Aitor?

Dedujo, por la emisora que estaba puesta, que era su marido quien estaba viendo la televisión. Aunque trató de gritar, su voz se quebró. Sin embargo, debió de escucharla, porque inmediatamente escuchó pasos acercarse por el pasillo. La puerta se abrió con timidez.

—Cariño, estoy aquí.

Solo entonces, al escuchar su voz, Aitor abrió la puerta de par en par y se acercó a ella con una gran sonrisa en sus labios.

—Buenos días, mi tesoro —susurró con tono pomposo mientras se sentaba a su lado y le daba un beso en la mejilla—. Has dormido un montón de horas. ¿Cómo te encuentras?

—Buenos días —respondió al tiempo que bostezaba—. Estoy como si me hubiesen molido a palos. ¿Qué hora es?

—Casi las doce del mediodía. Déjame que vea cómo llevas los picotazos.

Aitor encendió la luz principal. Noa se dejó caer en la cama y permitió que Aitor explorara su cuerpo. Le gustaba cuando su marido se preocupaba tanto por ella, como si no existiese en el mundo otra persona para él. Sus pechos rebotaron como dos globos de agua cuando impactó contra el colchón, detalle que Aitor no pasó por alto. Con paciencia, observó las ronchas rojizas que jaspeaban su piel. Sin lugar a dudas, estaban mucho mejor que ayer, al igual que en Guillermo y en él mismo, señal de que en pocos días todo volvería a la normalidad.

—Esto está... pero que muy bien.

Aitor palpó con extremo cuidado los muslos de Noa, ascendiendo peligrosamente hacia las ingles. El deseo que se vio obligado a aplacar en la ducha renació como si nunca hubiera muerto, como si hubiera estado pacientemente escondido en algún lugar de su ser. Noa levantó la cabeza forzando el cuello y, viéndose invadida por un sentimiento de pudor, le apartó la mano.

—¿Qué te pasa? ¿No te gusta?

—No, no es eso. Es que estoy empapada, esta noche he debido tener un

sueño subido de tono.

—Ah, así que es eso.

Aitor se fijó en sus bragas. Era cierto, estaban húmedas, radiantes. Sintió una oleada de excitación y las acarició con la punta de su dedo. Estaban ardiendo.

—No, ahora no. Quiero ducharme primero. ¿Dónde está Guillermo?

Aitor, refunfuñando, apartó la mano de su mujer. Hoy, por lo visto, estaba condenado a hundir sus sentimientos en un barreño de agua.

—Está fuera, jugando a no sé qué.

Noa percibió un tono irascible en su voz y trató de hacerle entender con buenas palabras que ella no tenía la culpa de sentirse así.

—Perdona, cariño, pero es que me he despertado tonta, no sé, me siento sucia. Déjame que me duche y te prometo que hoy no te acostarás sin que hayas pasado por taquilla.

¿Pasado por taquilla? ¿Qué expresión tan vulgar era ésa? No obstante, a Aitor le hizo gracia y sonrió. Cómo se notaba que Noa lo conocía muy bien. Había logrado con pocas palabras que su decepción se evaporase en el aire, como si supiese en cada momento qué decir exactamente para llevar la situación a su terreno. Estaba convencido de que era un don innato que poseía su mujer, que incluso, en el estado somnoliento en el que se encontraba, se manifestaba sin que ella fuese consciente. De forma natural. Cuando le besó en los labios y sopesó sus testículos ejerciendo una pequeña presión, supo que se había confirmado su teoría.

—Está bien —acabó cediendo Aitor mientras le daba una cariñosa palmada en los glúteos—. Date una ducha y despéjate. Parece que hayas estado hibernando toda la noche. Pero que sepas que te tomo la palabra.

Noa le dedicó una sonrisa mientras cruzaba la puerta del dormitorio y se metía dentro del cuarto de baño, aunque sus ojos entrecerrados por el sueño le hicieron sospechar a Aitor hasta qué punto cumpliría hoy su promesa.

Noa encendió el grifo del agua caliente y dejó correr el agua para que fuese alcanzando temperatura. Aunque hacía un calor insoportable, no sabía por qué le apetecía antes que una ducha fría. Se desnudó, tiró la ropa a un rincón y se metió dentro de la ducha cuando el vapor fue tan denso que apenas pudo verse a sí misma. Se sentía atontada, como si parte de sus facultades se las hubiese robado el profundo sueño que la había embargado. El agua caliente sobre su cuerpo logró que su mente se despejase un poco. ¿Por qué

había dormido hasta tan tarde? ¿Habían sido los picotazos de las abejas los culpables? Mientras se masajeaba los doloridos pechos las preguntas asaltaron su mente. Pero todavía tenía muchas más. ¿Por qué le dolían tanto los pechos? Incluso soportar su propio peso era una insoportable molestia. La cuestión que más le intrigaba: ¿cómo había podido segregar tanto flujo con un simple sueño? Sí, en otra mujer podía ser normal, pero a ella nunca le había ocurrido. Sin embargo, no todas las preguntas se centraban en su cuerpo. Por ejemplo, la noche la había dormido de tirón, ¿se habrían producido los extraños ruidos en la buhardilla?

Hoy era el primer día en que no se sentía cómoda en aquella casa. ¿Por qué siempre acababa hartándose de todo? Bueno, esta vez tenía motivos más que de sobra, pensó. Estaba perdiendo el control de la situación. Ésa era la respuesta elemental. Trató de no pensar en nada y dejar que el agua arrastrase con ella sus inquietudes.

Cuando al cabo de veinte minutos la puerta del baño se abrió, Aitor giró la cabeza hacia el pasillo para ver el aire renovado de su mujer. Eso era lo que esperaba, lo que hubiese deseado, pero su expresión lánguida demostró que ni siquiera la ducha había logrado sacarla de su letargo.

—Ven, siéntate aquí a mi lado. Pareces muy... cansada.

Noa no dijo nada, se limitó a caminar pesadamente hacia el sofá y a dejarse caer sobre él al lado de Aitor. Éste la miró a los ojos al tiempo que le cogía la mano. Aunque era evidente que no se encontraba bien, podía reconocer en su mirada el final de aquel periodo vacacional. Lo intuía, porque Noa lo conocía bien, ese hecho tenía que admitirlo, pero él también la conocía sobradamente, sabía interpretar sin margen de error cada expresión suya, cada gesto.

—¿Qué estás viendo? —preguntó Noa con indiferencia mirando hacia el televisor.

—Nada en concreto. Estoy cambiando de canales. ¿Te encuentras bien?

—Sí, pero estoy muy cansada. Supongo que se me pasará.

—¿Quieres que te prepare un café? Te vendrá bien.

—Te lo agradecería tanto...

—Claro que sí, cariño. Eso está hecho, dame unos minutos.

Aitor no tardó ni un segundo en levantarse e ir a paso ligero hacia la cocina. Noa, desde el sofá, podía ver cómo trasteaba con la cafetera de un lado a otro.

—Para esta tarde han anunciado tormentas —comentó Aitor mientras llenaba el filtro de café molido—. Al parecer estos días van a ser así, sol por la mañana, tormentas por la tarde. Debe ser habitual por esta zona.

Noa se mantuvo callada, siguiéndolo con la mirada, como si sus venas hubiesen sido sustituidas por complicados circuitos.

—¿Me has oído? —preguntó Aitor girándose hacia ella al ver que no contestaba.

—Sí, cariño, te he oído. Alto y claro.

Aitor cerró la cafetera y la puso al fuego. Frente a la vitrocerámica había salido del campo de visión de Noa.

—He pensado que para comer podríamos sacar la ensalada que sobró anoche y aparte puedo freír unos huevos, ¿qué te parece? Supongo que no tendrás ganas de cocinar, porque a mí no me apetece en absoluto. Algo rápido, para llenar el estómago.

Su voz sonó amortiguada por la pared que separaba el comedor de la cocina, igual que si hablase desde dentro de una caja de madera. Aitor tuvo que esperar unos segundos hasta poder escuchar la voz de Noa.

—Me parece una idea estupenda.

* * *

Aquel juego había terminado, o más bien, se había cansado de él. Con ese pensamiento intentó convencerse a sí mismo. Mientras trasteaba en su escondite secreto, tan solo era una pequeña porción de tierra arropada por un grupo de pinos y circundada por arbustos bajos, Guillermo había escuchado un ruido entre el sotobosque que inundaba aquella zona del terreno. El silencio que después moró en los alrededores le hizo recordar aquel paseo con su madre hace unos días en el que al parecer alguien iba siguiendo sus pasos. O al menos eso era lo que pensaba su madre. El crujido de una rama había sido idéntico, como si hubiese sido partida en dos por un considerable peso sobre ella.

La inquietud de sentirse amenazado por un animal de gran tamaño, o mucho peor, por un desconocido, ayudó lo suficiente para que desistiese de su entretenimiento y abandonase su escondrijo. Además, tampoco quería que nadie descubriese lo que tanto trabajo le había costado crear.

Así pues, imaginando que en cualquier momento algo o alguien pudiera emerger del sotobosque dispuesto a darle caza, se incorporó y corrió hacia la pila de leña sin mirar atrás. Mientras lo hacía, su asustada mente imaginó que

aquello que husmeaba cerca de él, ocultándose hábilmente entre los arbustos, era una abeja gigantesca, del tamaño de un jabalí. Pero no cualquier abeja, sino la reina, aquel maldito insecto que había jurado aplastar. Imaginó un zumbido aterrador, tan intenso que le reventaba los tímpanos como dos granos de uva. Escuchó su propia respiración agitada, frágil y vulnerable, como un soplido burlón dentro de sus oídos. Corrió más rápido mientras evitaba con saltos precisos algunas piedras y raíces en el camino. Pero en ningún momento quiso girarse para ver si algo o alguien iba tras él. Ese gesto desesperado podría hacerlo caer y perder la ventaja ganada, y además, verlo podría cortarle la respiración y dejarlo paralizado e indefenso. Su padre siempre se lo decía. Cuando te sientas en peligro, corre, corre como alma que lleva el diablo, y nunca mires atrás, sin embargo, nunca pensó que debiera llevar a la práctica aquel sabio consejo.

Le vino a la memoria aquel maldito enjambre de abejas que les atacó el día anterior. ¿Podrían ser ellas, sus hermanas aclamando venganza por haberlas aplastado su padre? Por nada del mundo quería volver a sentir ese dolor insoportable, no, nunca más. La sensación de decenas de inyecciones clavadas salvajemente en todo su cuerpo le produjo un escalofrío tan agudo que le arrancó un gemido quejumbroso. ¿Existiría en el mundo un dolor más intenso que aquél?, se preguntó.

Rodeó el tronco de una higuera y, sofocado, giró a la derecha y se ocultó entre la pila de leña. Esa maniobra de huida la había visto en muchas películas, y siempre funcionaba. Si alguien lo seguía, cuando pasase el muro de higueras que protegía aquel montón de troncos acumulados se encontraría completamente solo, frente a la cuadra. Su presa se habría esfumado en el aire, puede que pensase que se había refugiado en la casa en un apoteósico sprint final. ¿Pero y si era un animal? Invasión por el miedo, se acurrucó entre los troncos, haciéndose un ovillo, como si así consiguiese hacerse invisible. Si era un animal, y estaba dotado de un olfato prodigioso, no tardaría en dar con él. Y aquel perfecto escondite se habría convertido en una trampa mortal, una ratonera de la que no podría huir sin pasar por encima de quien tuviese delante. Tragó saliva con dificultad y ocultó la mirada entre dos troncos sobresalientes. Sentía el corazón desbocado y la respiración agitada. Rezó para no ser escuchado. El ruido de dos pájaros que volaron de una rama persiguiéndose en el aire lo sobresaltó. Aparte de sus enloquecedores graznidos, no se escuchaba nada más.

Esperó.

Tenía que ser paciente.

Si alguien lo seguía, no tardaría en aparecer a pocos metros de él, sin embargo, esa idea lo aterraba todavía más.

Pasaron los segundos, y con ellos un par de minutos.

Guillermo destensó el cuerpo. Quizá solo había sido un pequeño animal, una rata, o una ardilla. ¿Allí había ardillas? No estaba seguro, pero ratas seguro que sí. Aun así, optó por esperar un poco más, solo por si su perseguidor lo que pretendía era que se confiara.

Los latidos de su corazón fueron recuperando la normalidad. Su respiración se había vuelto tan silenciosa que ni siquiera podía escucharse a sí mismo. Pero las rodillas, flexionadas, comenzaban a dolerle. Agudizó el oído. En aquel silencio perturbador escucharía cualquier sonido. Por muy ínfimo que fuese.

Silencio.

Solo las copas de los árboles agitadas por el viento.

Miró al cielo. Algunas nubes grises y esponjosas comenzaban a cubrirlo. Tuvo una desagradable sensación, como si de pronto supiera que no debía estar allí, pero no escondido entre la pila de leña, sino en aquel lugar, en aquella casa. Como si sus huesos no le perteneciesen.

Había pasado demasiado tiempo y seguía completamente solo. Al parecer, su imaginación había trabajado en demasía, y además, ya no aguantaba más en aquella posición. Aunque no estaba muy convencido, decidió al fin salir de su escondite. Por si acaso, se armó con un tronco cubierto de tierra húmeda. Las hojas secas crujieron bajo sus pies cuando avanzó unos pasos y se detuvo. Allí, inmóvil frente a los troncos, se sentía vulnerable. Por un momento imaginó que alguien sin rostro emergía de detrás de las higueras y se abalanzaba sobre él, con unos brazos tan largos que sería imposible que perteneciesen a un ser humano. Apartó esa imagen de su mente. Ese momento era crucial. Era el preciso instante en que se decidía si todo había sido producto de su imaginación o si realmente algo lo había estado acechando. Sus músculos se tensaron. Estaba seguro de que los había oído rechinar. Tratando de hacer el menor ruido posible, giró la cabeza hacia la casa. Sería el momento ideal para que sus padres salieran y lo llamaran para ir a comer. De pronto, se le ocurrió una idea: ¿y si los llamaba a gritos y les explicaba lo que había pasado? No, esa opción era inviable. Si lo hacía, probablemente no le

volverían a dejar salir a jugar solo nunca más. Entonces sus vacaciones habrían finalizado en aquel preciso instante. Además, estaba solo, allí no había nadie. Por lo que todo habría sido en vano. Perdería su libertad por una estupidez que había ocurrido solo en su imaginación.

Por fin se atrevió a moverse. Caminó despacio, algo encorvado en posición defensiva, y deshizo el camino hasta donde comenzaba el muro de higueras. Estaba muerto de miedo, pero tenía que reconocer que la experiencia estaba siendo increíble. Las montañas, a su derecha, eran testigos de los fuertes temblores que sufría su cuerpo. Cuando llegó, levantó el tronco en actitud amenazante y miró más allá.

Nadie.

Ni nada.

Los árboles se cerraban creando un espacio abrupto. El silencio era tan espeso que incluso le silbaban los oídos. Bajó el tronco despacio y relajó su brazo. Después de suspirar aliviado, decidió no pisar su escondite hasta mañana. Solo por si acaso. Además, seguro que así podría apreciar mucho mejor su obra, ese pensamiento era mucho mejor que admitir que estaba aterrado.

De pronto giró sobre sí mismo y clavó la mirada en la cuadra. Al final de ésta estaba lo que el dueño de la casa decía ser un establo.

¡Conejos!

La palabra resonó en su mente, brillando como si estuviese provista de luz propia, y sus ojos se iluminaron. Esbozó una mueca traviesa, que transformó su cara angelical en una expresión diabólica. Sin soltar el tronco, se acercó pensativo hacia la cancela que formaba la cuadra. Sin darse cuenta, el desagradable altercado de hace unos minutos había pasado a la historia, como si se hubiese borrado de su mente.

El hombre le había dicho cuando llegaron a la casa que algún día se los enseñaría, pero había pasado casi una semana y seguía sin verlos. Si estaba dispuesto a mostrárselos, ¿qué había de malo en que los viese primero por propia iniciativa? Además, no iba a enterarse, aunque tampoco creía que le importase. Solo sería un pequeño vistazo, bueno, comprobaría la jaula, y si podía sacar uno para sostenerlo entre sus brazos, lo haría. Pero solo eso. Nada más. Luego lo dejaría en su sitio de nuevo, cerraría la jaula y saldría de allí como si nada hubiese ocurrido.

Un plan perfecto.

Examinó la cancela en busca de un lugar por el que poder saltarla. Era bastante más alta que él, de alambres entrecruzados formando un tapiz de rombos, pero allá, al final de la cuadra, donde la cancela se unía al muro, seguro que habría más posibilidades. De hecho, era el único sitio viable que había visto. Giró en círculo para comprobar que no había nadie por los alrededores y rodeó la cancela hasta llegar al punto divisado. Todo lo que había más allá de la cuadra, aparte de las montañas, eran huertas recién trabajadas. Los surcos de tierra perfectos le recordaron a una patata ondulada, y eso, a su vez, le recordó que se moría de hambre. ¿Qué hora sería? Tarde, seguro. Su madre no tardaría en llamarlo para ir a comer. Debía darse prisa.

El sol desapareció por unos segundos, ocultado por una oscura nube. La sombra, avanzando lentamente, cubrió el suelo como si fuera la llegada del fin del mundo, para luego hacer el sol la misma operación a la inversa. No supo por qué, pero ver oscurecer el cielo repentinamente le produjo una sensación de desasosiego.

No debía tener miedo.

Trató de concentrarse en su cometido y de expulsar los pensamientos insanos que comenzaban a cobrar demasiada fuerza. Observó el muro de ladrillo al final de la cuadra. Como había previsto, permitía un acceso fácil, porque, aunque no entendía la razón, estaba provisto de agujeros formando una especie de escalera por la que no era muy difícil trepar y pasar al otro lado. ¿El dueño de la casa sería conocedor de este hecho? Estaba al final de la propiedad, un lugar por el que no era habitual caminar. Quizá lo ignoraba, o quizá había sido él mismo quien la había construido. Sea como fuese, allí estaba para poder encaramarse por encima de la cerca.

Fácil.

Cuando ya se disponía a escalar la pared, cayó en la cuenta de que necesitaba un plan de escape, la posibilidad de volver a saltar la cerca hacia el lado contrario. Bajó el pie del primer agujero y observó el otro lado de la cerca. No había problema. Junto al muro había una gran roca, como si hubiese sido puesta ahí con la única finalidad de servir de escalón para saltar la valla desde el interior de la cuadra. Perfecto. Sonrió maliciosamente. Levantó la vista hacia la terraza para cerciorarse de que sus padres no salían. Si lo hacían, lo descubrirían sin lugar a dudas. Por ahora estaba vacía, debían de estar dentro, viendo la televisión, o haciendo la comida. Tenía que darse prisa, una vez dentro del establo ya estaría a salvo, pero ahora era vulnerable.

Volvió a encajar el pie en la oquedad y, extendiendo el brazo, se agarró a otra algo más arriba y se aupó. Repitió la operación, y en poco tiempo, alcanzó el final de la cerca. Pasó una pierna por encima del alambre, con cuidado de no caerse, y dio un salto para aterrizar con las rodillas flexionadas.

Lo había hecho en un tiempo record, pensó. Se sentía el mejor asaltador de moradas, el profanador de propiedades más intrépido. Con la respiración agitada, volvió a mirar hacia la terraza, comprobó que seguía solitaria y corrió hacia la puerta del establo. O más bien, hacia el hueco donde debía haber una puerta, por el que en otros tiempos debían salir los caballos a su antojo. El hedor a excremento que salía del interior le hizo contraer el rostro, y por un instante sintió una arcada. Cruzó con rapidez el umbral y se detuvo frente al alargado establo que se extendía hasta donde la oscuridad se volvía tan espesa que daba la sensación de ser un corredor sin fin.

Guillermo echó un rápido vistazo. Allí no había nada interesante, más que tablones carcomidos, balas de paja seca y utensilios de labranza. Sin duda, las jaulas debían estar hacia el interior. No tenía linterna, por lo que si estaban donde la luz del día ya no alcanzaba, se quedaría sin ver a los conejos. ¿Sería capaz el dueño de la casa de tenerlos a oscuras? Lo dudaba.

Decidió avanzar unos pasos. Un poco más allá había una pila de maderas. Quizá las jaulas estuviesen tras ellas. Aquel olor era insoportable. Se vio obligado a taparse la nariz y la boca con la mano. No se encontraba cómodo en aquel extraño establo. Tenía la sensación de estar cruzando un pasillo que conectaba directamente con el infierno. Miró hacia el final. Allí solo había oscuridad. La puerta de acceso debía estar al fondo, por donde el hombre entraba todas las mañanas a darles de comer. Mientras daba otro paso, agudizó el oído tratando de escuchar a los conejos. Se preguntó qué sonido producían éstos. Supuso que pequeños chillidos, pero no escuchaba nada, más que silencio, que se fundía con la oscuridad de una forma terrorífica.

Sintió que el corazón aumentaba el ritmo de las pulsaciones. No era por su forma de actuar furtiva, sino porque sentía un terror irracional al violar aquel espacio que tenía prohibido. Sin embargo, al mismo tiempo sintió una emoción que le erizó todo el vello de su cuerpo. Sentirse fuera de la ley, correr un gran riesgo, observar a los conejos de cerca, provistos de esos ojos rojos como si a través de ellos pudiera contemplarle el mismísimo diablo.

Avanzó unos pasos más, dejando a su izquierda unas maderas cruzadas y creyó que podridas, cubiertas de telarañas que se descolgaban como un

grotesco flequillo. Intuyó que eran las barreras para retener a los caballos, aunque no estaba muy seguro. Siempre había pensado que eran puertas de madera, o algo similar. Por el aspecto sórdido y desaliñado del establo parecía que nadie había pasado por allí en años.

Cuanto más se sumergía en aquel oscuro establo, más se acrecentaba la sensación de ser engullido por la penumbra. Contemplar el final, allí donde la oscuridad era absoluta, le causaba tanto pánico que decidió llegar hasta donde la luz natural del día alcanzaba. Ni un paso más. Si en ese espacio no hallaba las jaulas de los conejos, daría la vuelta y volvería por donde había venido. Cuanto más se adentraba, el hedor se hacía más intenso, tanto, que parecía solidificarse en sus fosas nasales. Se preguntó a qué altura de la casa habría llegado. Calculó que al menos hasta la cocina. Probablemente, detrás del muro que quedaba a su derecha estarían sus padres preparando la comida. Sin embargo, él estaba solo allí, y nadie sabía de su existencia. Ese pensamiento logró estremecerlo. Levantó la mirada. Las maderas que estaban falcadas en las esquinas le recordaban a las escuadras que dibujaba cuando representaba una horca. Puede que hubiesen murciélagos allí. Mientras seguía avanzando a paso lento, se preguntó qué aspecto tendría uno en vivo. Debía de ser asqueroso, repulsivo, aunque solo lo deducía por las fotos que había visto en libros.

Sus ojos vislumbraron a pocos metros una jaula, aunque la oscuridad se filtraba entre los barrotes. Por fin. Estaba sobre una mesa destartalada. Esbozó una sonrisa y corrió hacia ella. El suelo crujió bajo sus pies. Conforme iba acercándose, descubrió que junto a la jaula había dos más. A pocos metros, la luz desaparecía, aunque el establo continuaba a través de la oscuridad. Cuando llegó se detuvo, jadeando, y observó las jaulas. Los barrotes metálicos estaban cubiertos por una sustancia reseca y oscura, con algunos tonos verde oscuro. Parecía excremento de paloma, pensó. Sin embargo, sus ojos se abrieron como platos cuando vio que sobre la paja que cubría la superficie de la jaula no había más que huesos. Montones de huesos de pequeño tamaño. Dio un paso lateral y se plantó ante la segunda jaula. Aquí los esqueletos de los conejos estaban completos. Sintió un escalofrío reptar por su espinazo. La cuencas de la calaveras, oscuras como un agujero negro, parecían observarle en una mueca indiferente. Dejó escapar un débil gemido de terror. La tercera jaula también estaba colmada de esqueletos repartidos entre la sucia paja.

Guillermo gritó y corrió hacia la entrada del establo. Había perdido el

control de sus pensamientos. Ahora el terror se cernía sobre él estrangulando su mente, asfixiando su capacidad de raciocinio. Imaginó que algo salía del interior del establo y lo perseguía ávido de carne, tratando de que no escapase, impidiendo que contase lo que acababa de ver allí. Se giró con expresión aterrada, tropezó y cayó al suelo. Sus manos chocaron contra la tierra, evitando que su cara golpease duramente contra el suelo. Gritó de dolor. También gritó de terror. Nunca debió desoír el consejo de su padre. Se levantó todo lo rápido que pudo sin dejar de mirar atrás y continuó corriendo. La luz iba ganando intensidad, sin embargo, parecía no alcanzar nunca la puerta de entrada. De pronto, las mugrientas paredes del establo parecían arrojarse sobre él, como si estuviesen dotadas de articulaciones y tendones. Gritó más alto, mientras miraba aterrado a un lado y a otro. Pensó que era su fin, que iba a morir de una forma dolorosa y cruel, devorado por maderas y ladrillos hambrientos. Se habían comido a los conejos, y ahora era su turno. Había cometido un error entrando allí, y le iba a costar la vida. El sudor de su frente se deslizó hasta sus ojos y le provocó un escozor insoportable.

Todavía no había sentido dolor. Aún no lo habían mordido. Allí estaba la entrada, más cerca, mucho más cerca, sin embargo, inalcanzable. Tenía una oportunidad. Su mente creó un alarido ilusorio que emergía del fondo del establo, que se arrastraba por las paredes, de algo tan grande y atroz que solo con verlo caería fulminado por el terror.

«No hay nada, no hay nada.»

La parte de su cerebro más racional trató de guiarle hacia la cordura, de que controlase su cuerpo, su mente. Cuando alcanzó la entrada, algo que creía imposible, la sensación de vida que lo embargó hizo que corriera más rápido, se apoyase en la roca junto al muro y saltase al otro lado.

* * *

—¡Guillermo, a comer! —gritó Noa desde lo alto de la escalera.

Consultó la hora en el reloj. Las dos y media de la tarde. Alzó la mirada y pudo ver cómo el cielo se había nublado por completo, y por su color grisáceo, casi negro, las nubes debían ir cargadas de agua. El viento se había vuelto frío y se abrazó a sí misma mientras vigilaba por dónde aparecería Guillermo. Por lo que podía ver, el parte meteorológico había acertado plenamente. Esa tarde habría tormenta, y puede que mucho más intensa que la de ayer.

—¡Guillermo! —gritó más fuerte cuando vio que su hijo no venía.

Una ráfaga de viento frío estremeció su cabello. El sonido de las hojas al mecerse le resultó escalofriante. ¿Dónde se había metido Guillermo? Una luz roja saltó en su cerebro. Puede que se hubiese alejado demasiado. Aunque Aitor y ella habían decidido darle manga ancha y dejarle vía libre para que pudiese disfrutar de las vacaciones, en lo más profundo de su ser no le hacía la más mínima gracia que Guillermo rondase por los alrededores tanto tiempo a solas. Podría ocurrirle cualquier cosa, y ellos ni se enterarían hasta que fuese demasiado tarde. De pronto, sintió como si un puño se cerrase sobre su estómago.

—¡Ya voy, mamá!

La sensación de alivio que se adueñó de su ser fue tan poderosa que en ese mismo instante tomó una decisión que deambulaba inquieta por su mente desde ayer: no quería acabar las vacaciones, daba igual el tiempo que faltara todavía. Lo único que quería era irse de allí. Aquella semana había sido, en gran parte, un calvario, por lo que luego, con gran tacto, se lo comentaría a Aitor. Esperaba poder convencerlo. De pronto, Guillermo se acercó corriendo por su izquierda, venía de la zona asfaltada. No pudo contener una sonrisa placentera.

—Estoy aquí, mamá.

—¿Se puede saber de dónde vienes, trastete?

Guillermo subió casi corriendo las escaleras y se abrazó a su madre.

—Estaba investigando las casetas que tiene... Emilio a la entrada de la casa.

Por fin había recordado el nombre del dueño de la casa. Tuvo la tentación de contarle a su madre lo que había descubierto en el establo, pero por miedo a que le castigasen sin salir a jugar prefirió guardarse el secreto para él. Al fin y al cabo, solo eran unos conejos muertos.

—Vale, cariño, vale. Pero lleva cuidado, no toques nada de ese hombre, ¿de acuerdo? —le advirtió Noa mientras le daba un cariñoso beso en la frente—. ¡Por Dios! ¡Estás todo sudado! Vas a tener que volver a ducharte.

—¿Otra vez? No, mamá, por favor. A la noche, cuando haya acabado el día.

—No. Después de comer.

La expresión recta de su madre hizo que comprendiera que la sentencia no era negociable, ni siquiera refutable.

—Está bien, mamá. ¿Qué hay para comer?

Nada más lanzar la pregunta, se zafó de los brazos de Noa y se metió en casa corriendo.

—La ensalada que sobró ayer y unos huevos fritos —le informó alzando la voz mientras cerraba la puerta de la casa—. ¡Lávate las manos, haz el favor!

Guillermo pasó corriendo por la puerta de la cocina y vio a su padre rompiendo un huevo sobre una sartén.

—¡Hola, papá! ¡Ya estoy aquí! ¡Voy a lavarme las manos!

—Hola, Guille. Venga, date prisa, esto ya casi está.

El huevo crepitó en el aceite, y a Guillermo le hizo imaginar que eran sus alaridos infrahumanos, como si estuviera siendo sometido a una tortura medieval.

—¡Con jabón! —gritó Noa desde el comedor.

—¡Vale! —respondió Guillermo desde el cuarto de baño.

Aitor sacó el tercer huevo frito (una obra de arte, pensó, ya que freír un huevo no era tan fácil como parecía, según su punto de vista) y lo depositó en un plato con mucho cuidado de no reventar la yema. Noa entró en la cocina mostrando una expresión ausente, cogió los tres platos con asombrosa habilidad y los sacó a la mesa.

—Ya está todo. Venga, Guille, a comer.

—¡Voy!

El pequeño apagó la luz del cuarto de baño y corrió a sentarse a la mesa.

—Dios mío —comentó Noa mientras sacaba del paquete una servilleta para cada uno—, no sé de dónde sacas tantas energías.

Guillermo cogió el mando a distancia de la televisión, puso un canal de dibujos animados y rio divertido por el comentario de su madre. Arrancó con sus pequeños dedos un trozo de pan y lo sumergió en la yema del huevo. Por un momento imaginó que explotaba un globo ocular.

—Debes tener una tenia dentro del estómago, ¿verdad, hijo? —bromeó Aitor mientras se echaba a la boca un trozo de pan.

—¿Qué es una tenia, papá? —farfulló Guillermo con la boca llena.

—Por favor, ¿vamos a empezar a hablar otra vez de guarradas en la mesa? —protestó Noa lanzando una mirada amenazadora a Aitor. El comentario de Noa fue suficiente para que Guillermo cobrase un repentino interés por el tema.

—¿Qué es? ¿Qué es? —preguntó con insistencia.

—Luego te lo explico —trató de rectificar Aitor—. Ahora come, que se

enfría. ¿O acaso quieres comerte un huevo frito frío?

—De verdad, no puedo con vosotros dos. Pretendéis quitarme el hambre, ¿verdad?

—No exageres, tampoco es para tanto.

El comedor de pronto se oscureció, como si el ocaso se hubiese adelantado en el tiempo. Aitor se giró con actitud indiferente hacia la ventana. Por lo que pudo apreciar a través del cristal, las nubes estaban armándose peligrosamente en el cielo. Aprovechó esa eventualidad para cambiar de tema antes de que fuese demasiado tarde.

—Esta tarde va a haber una buena tormenta. ¿Ves qué nubes, cariño? —dijo señalando hacia la ventana.

—Claro que las veo. No estoy ciega. Pásame el pan, ¿quieres?

Aitor emitió un casi inapreciable gruñido y le acercó la barra de pan. De nuevo Noa se mostraba irascible, y sabía lo que eso significaba. Claro que lo sabía. Al menos, Guillermo se había dado por satisfecho con su evasiva respuesta y había vuelto a centrar toda su atención en la televisión. Estaba convencido de que si hubiese seguido insistiendo, Noa habría estallado en un ataque de ira. Guardando un silencio prudencial, siguió dando buena cuenta de su huevo frito mientras, disimuladamente, observaba de soslayo a Noa. Desde que se había levantado la notaba distinta, como si su mente estuviese a cientos de kilómetros de allí.

—Si hay tormenta aquí no correremos peligro, ¿verdad, papá? —rompió el silencio Guillermo.

—No hijo, aquí estamos a salvo.

¿Hasta qué punto se creía sus palabras? Un rayo podría incendiar el monte y convertir la casa en una trampa infernal, o una fuerte tromba de agua inundar toda la zona. Sin embargo, prefirió transmitir seguridad a su hijo antes que disparar las alarmas. En pocos minutos, acabó con el huevo frito, como si no hubiera comido en años. Cogió el cucharón y lo sumergió en la ensaladera removiéndola.

—¿Te pongo ensalada, hijo? Está fresquita.

—Sí, por favor —respondió con la mirada absorta en la televisión. Aun así, no perdió sus buenos modales.

—¿Tú quieres, cariño?

—Sí, pero poca. No tengo mucha hambre.

«El final había llegado.»

Aquellas palabras eran el motivo de la pérdida de apetito de Noa. Cuando viese el momento oportuno, se lo haría saber a Aitor, pero de alguna forma sabía que ya sospechaba algo. Quizá porque ambos se conocían bien. Demasiado bien después de tantos años.

—¿Te duelen los picotazos? —preguntó Aitor mientras se servía ensalada en el plato con un movimiento mecánico. Sus ojos se clavaron en las ronchas rojizas que sembraban la piel de Noa. Pensó, aunque lo creía poco probable, que su inapetencia podía ser debido a las picaduras de las abejas.

—No, no. Estoy bien, no te preocupes por mí, solo estoy algo cansada.

—Ya...

Típica frase de Noa, pensó. Sin apartar la mirada de ella, se echó una cucharada de ensalada a la boca.

Sus dientes crujieron.

El sonido fue tan estremecedor que Noa y Guillermo no pudieron evitar lanzarle una mirada inquieta. La cara de Aitor se había vuelto pálida, como si acabase de salir de una tumba. Su mirada, perdida e incrédula, se escapaba por la ventana, hacia la oscuridad que envolvía el cielo. La cuchara cayó de su mano al suelo provocando un sonido metálico.

—¿Qué te pasa? —logró decir Noa, que no pudo contener un ligero temblor en su voz.

Aitor parecía no haber escuchado la pregunta de Noa. Cerró los ojos con fuerza, como si estuviese soportando un terrible dolor, y de su boca comenzó a manar primero un hilo de sangre, luego un río que se deslizó por su barbilla y tiñó su ropa. Aitor, con la expresión contraída por el dolor, abrió la boca lanzando un escalofriante alarido que reverberó en las paredes como si hubiese gritado a una montaña. Su boca y sus dientes estaban anegados de sangre, que incapaz de contenerla, se precipitaba como un manantial sobre la mesa. Guillermo dio un respingo en la silla asustado, con la cara desencajada por el terror.

—Papá... —susurró en un fino hilo de voz, tan asustado que un trozo de clara de huevo se escurrió de su boca.

Noa se levantó con rapidez empujando la silla hacia atrás y produciendo ésta un gran estrépito al volcar y chocar el respaldo contra el suelo. Sin perder un instante, se acercó a Aitor y le puso la mano temblorosa sobre el hombro. Por un momento había pensado que se estaba atragantando, pero no era eso. Imposible. Si no, no estaría sangrando con semejante abundancia, como si las

tripas le hubiesen reventado por dentro.

—¡Por Dios, Aitor! ¡Dime algo! ¡Dime qué te pasa! —gritó.

Aitor solo pudo lanzar un gemido quejumbroso. Trató de toser, pero no pudo. El dolor que le producía hacerlo era insoportable. Se llevó la mano a la boca, temblorosa por el terror que se había apoderado de él, y ante la mirada atónita de su familia, logró con pulso desgarrador extraerse un trozo de cristal del paladar. Guillermo gritó invadido por el pánico y las lágrimas se deslizaron por sus mejillas. Noa se cubrió la boca con la mano tratando de sofocar un grito. Aitor lo depositó sobre la mesa consumido por un terrorífico temblor y hurgó de nuevo entre sus encías en busca de más cristales. La sangre manaba incansable igual que una cascada sin fin, bañando su brazo. Su camiseta se había empapado por completo, adhiriéndose a su cuerpo como un traje de neopreno. Su mirada había quedado vacía y sus ojos zambullidos en lágrimas.

—¡Auummggg!

—¡Santo Dios! ¿Qué es eso? —gritó Noa con voz trémula. Cogió la pieza extraída entre sus dedos e, incrédula, la observó haciéndola girar ante sus ojos—. Tranquilo, tranquilo, son cristales. Dios mío, ¿cómo han ido a parar a la comida?

Aitor se arrancó otro trozo de la encía y sintió cómo la sangre brotaba por el corte separando su carne, caliente, con un horrible sabor a hierro oxidado. Con extremo cuidado, la dejó sobre la mesa ante la mirada despavorida de Noa. Una ráfaga de viento agitó los cristales de las ventanas, que vibraron produciendo un sonido sobrecogedor.

—¡Guillermo, deja de llorar y trae toallas húmedas! —ordenó Noa, que todavía no entendía cómo podía dominar sus nervios.

El pequeño despertó de su estado de terror cuando escuchó el grito de su madre. Los quejidos de su padre se introducían en sus tímpanos, y por un momento creyó que los oiría allí dentro el resto de su vida, recordándole que también su padre era de carne y hueso, y que por lo tanto podía sentir dolor, o lo que era mucho peor, morir en cualquier momento. Se bajó de la silla y corrió hacia el cuarto de baño enjugándose las lágrimas. En el corto recorrido, casi tropezó con la silla que había derribado Noa, sin embargo logró esquivarla a tiempo. Arrancó una toalla blanca del toallero junto al lavabo, abrió el grifo y la sumergió bajo el chorro de agua. Se miró frente al espejo y cerró los ojos con fuerza cuando escuchó un nuevo lamento de su padre, como

si de esa forma lograra mitigar el horrible dolor que estaba padeciendo. Sintió pena, también rabia, era una mezcla extraña de sensaciones, como si su cerebro hubiese sufrido un cortocircuito.

Cerró el grifo y corrió de nuevo al comedor. Cuando vio a su padre arrancarse un nuevo trozo de cristal de la boca, tan afilado que parecía una punta de flecha, sintió un vuelco en el estómago que a punto estuvo de hacerle vomitar el huevo frito.

—Toma, mamá —gritó atropelladamente, y le dio la toalla a Noa.

—Dame, corre... trae más, rápido.

Noa la tomó con brusquedad y la acercó a la boca de Aitor. Mientras, Guillermo corrió de nuevo al cuarto de baño obedeciendo a su madre.

—Toma cariño, muerde esto.

¿Sería conveniente actuar así? La pregunta apareció de improviso en la mente de Noa, pero no sabía qué más hacer. Supuso que la toalla cortaría la hemorragia, y el siguiente paso sería extraer todos los cristales clavados en la boca de Aitor. Solo había sido una cucharada, no podían haber muchos. Durante un instante apartó la mirada de la boca ensangrentada de Aitor y la dirigió a la ensaladera. El recipiente era de plástico verde, no se podía ver nada a través de él, sin embargo, dentro de la ensalada tampoco se apreciaban los cristales. ¿Habría explotado una bombilla del frigorífico? No, eso era imposible. La ensalada la taparon con un plato para que no se resecara, ella misma se encargó de ello. Trató de hallar una respuesta, pero el estado de nervios en que se encontraba no la dejaba pensar con claridad.

Aitor, con la mente nublada por el dolor, cogió la toalla y la metió dentro de su boca. Al apretar los dientes, con mucho cuidado y temblando por el horror, la punzada de dolor que sintió fue como si le clavaran una aguja larga y afilada en el cerebro. No quería presionar mucho sobre la toalla por miedo a que algún cristal se introdujera más en la carne y luego fuera imposible extraerlo, pero debía acabar con la hemorragia, como fuese. Cerró los ojos con fuerza y mantuvo la toalla en su boca durante unos minutos. Cuando los abrió, humedecidos por las lágrimas, pudo ver a Guillermo, acurrucado tras la silla, con una expresión de terror que jamás debió ver en su hijo. Su mirada estaba atornillada en él, una mirada que significaba que la palabra *muerte* flotaba en su mente. Quiso hablarle, decirle que no iba a morir, pero solo consiguió balbucir unas palabras ininteligibles. Giró la cabeza y vio a Noa. En sus manos sostenía unas pinzas de esas que utilizaba para arrancarse los pelos

de las cejas. No tenía ni idea de cuándo había ido a por ellas, pero eso daba igual. Cuando las vio, supo que ahora venía lo peor.

—Ya no sangra tanto —le tranquilizó Noa, acercándose tanto a su rostro que casi pudo saborear el olor de la sangre—. Abre la boca...

30 de julio de 2016, 23:28 horas.

Las maderas de la caja se fueron plegando como lo hace un papel, reduciendo su tamaño hasta casi desaparecer. Los dilatados crujidos que producían eran lo más parecido al aliento astilloso de la muerte, eternos chasquidos, comprimiendo el reducido espacio hasta la nada. Elena perdió el control de la respiración y comenzó a hiperventilar aterrorizada, palpando con desesperación las tablas de madera antes de que éstas se plegaran sobre sí

mismas. Su mente abandonó todo raciocinio y supo que el dolor que se avecinaba sería extremo, prolongado y lento, imposible de soportar. Estaba dentro del ataúd, por Dios, ¿cómo era posible? Sus huesos se partirían, rasgarían su carne incapaces de mantenerse dentro de su cuerpo. Sus órganos se comprimirían hasta que el espacio fuese tan escaso que no tendrían otra alternativa que explotar como una naranja aplastada por la rueda de un coche. Un nuevo crujido, muy parecido al de una vieja puerta abriéndose lentamente, movió las maderas que soportaban el peso de su cabeza. Su cuello se giró con brusquedad hasta golpear su barbilla contra el pecho, a pesar de que hizo toda la fuerza posible tratando de resistirse. Creyó que los tendones, marcados como dos varillas a través de su piel, se partirían en cualquier momento como una goma elástica podrida. Al mismo tiempo, sintió el mismo terrorífico movimiento de maderas en sus pies, chirriando como viejos y herrumbrosos goznes, obligándola a doblar las rodillas hasta chocar contra la tapa del ataúd. Gritó horrorizada. Un hilo de saliva se escurrió por la comisura de sus labios.

De pronto silencio.

Pero solo durante unos pocos segundos, porque las maderas de detrás de su cabeza volvían a temblar, como si sufrieran un ataque epiléptico.

Volvía a comenzar el proceso.

Gritó más fuerte, aunque su garganta comprimida solo dejó escapar un débil suspiro, tan insignificante que apenas se escuchó a sí misma. Comenzaron a crujir, un sonido amortiguado por la tierra húmeda que las rodeaba. Se movían, un suave desplazamiento que hacía saltar las astillas. Tan rápido como la luz, cruzó por su mente el pensamiento de que ese nuevo pliegue rompería su cuello, partiría sus cervicales con la facilidad que se rompe una rama seca.

Sus ojos se abrieron y escrutó con desesperación el habitáculo del ataúd. Sus globos oculares se movían con rapidez, en todas direcciones, guiados por un movimiento espasmódico, arrastrando la mirada por la madera estática iluminada por la luz de la linterna. Tuvo que pasar casi un minuto para que su castigada mente comprendiese que aquello solo había ocurrido en su mente, que se encontraba a salvo dentro de la caja de madera. Esbozó una sonrisa histérica. ¿A salvo? Apenas podía respirar.

Sí, nena, estás a salvo, a salvo. Prepara tu mente, acepta tu destino, limpia tu alma. Cariño, purga tus pecados.

«No me digas que voy a morir, por favor, mamá, háblame de otra cosa.»

Saborea la tierra, florecita. Todos acabamos formando parte de ella.

«Calla, papá.»

No hables, cariño, o el oxígeno se consumirá más rápido.

«¿Y no es mejor así? No quiero sufrir más, mamá.»

No estás preparada todavía, arroja tus pecados al foso, libera tu alma, que la muerte sepa adónde tiene que llevarte, haz caso a tu madre.

Si no arderás en el infierno, florecita, como una antorcha impregnada en gasolina.

«Papá, no quiero oírte más, me das miedo. Calla, por favor.»

Tu padre tiene razón, nena. De lo que hagas ahora depende tu eternidad.

El ataúd se movió ligeramente, ahondándose en la tierra por su inclinación. Soltó un grito. De inmediato la caja se detuvo, como si deliberadamente hubiese tratado de asustarla. Suspiró. Pensar que podía enterrarse aún más en la tierra había comenzado un proceso de demencia irreparable en su mente, pero que afortunadamente se detuvo a tiempo. Sentía los labios secos, agrietados. Daría lo que fuese por un poco de agua.

Agua.

Tenía suficiente, qué estúpida había sido. Mezclada con tierra, pero suficiente para aplacar su sed.

Dejó la linterna bajo su muslo y, encogiendo los codos, formó un cuenco con sus manos y las colocó debajo de la pequeña cascada que se precipitaba cerca de su cara. La penumbra se adueñó del estrecho habitáculo. Las manos le temblaban tanto que tuvo miedo de que se derramara, pero creyó recoger suficiente y las acercó como pudo a su boca. Casi sin fuerzas bebió, e ignorando el sabor obscuro y granuloso a tierra, fue el trago más reconfortante que jamás recordara en su vida, una caricia placentera a su árida garganta.

Repitió la misma operación un par de veces, hasta que sació su sed. Cerró los ojos y trató de recuperar el aliento. Le costaba un infierno respirar. Ahora, las voces de sus padres se habían silenciado, como si tan solo se limitaran a observarla desde algún punto, ocultos entre las hendiduras de la madera.

Algo más tranquila, aunque temblando de frío, cogió la linterna e inspeccionó el ataúd con el haz de luz. Puede que ahora viese algo que no había visto antes. Una forma de salir de allí, alguna madera agrietada por el impacto, cualquier cosa.

¿De verdad quería malgastar el poco oxígeno que quedaba en eso?

¿En qué si no? ¿Acaso era mejor esperar a que sus pulmones se quedaran

sin aire? ¿Esperar impasible la llegada de la muerte?

La linterna parpadeó de nuevo. Una ola de terror se apoderó de ella, lacerando la piel de sus venas. Abrió la boca y dibujó una mueca desgarradora, con los ojos abiertos hasta el límite de sus posibilidades.

«No, por favor, no.»

Finalmente la luz se desintegró en el aire, sumiendo al ataúd en la más absoluta oscuridad. Elena lanzó un grito estremecedor que quedó sepultado bajo tierra. Golpeó la linterna, pulsó el interruptor repetidas veces, pero no volvió a encenderse, como si quien la hubiese dejado a su alcance hubiese calculado al milímetro la duración de la batería.

* * *

A las ocho de la tarde la oscuridad del cielo obligó a que Noa encendiera la luz del comedor. Las nubes, de un color plomizo, amenazaban con explotar en una tormenta colosal. Osaban descolgarse atrevidas sobre las cimas de las montañas, ocultándolas entre su densidad. El fuerte viento zarandeaba las hojas a su antojo en interminables remolinos, que Guillermo, con expresión abatida, contemplaba desde la ventana como si de la televisión se tratase. Quería estar lo más cerca posible de su padre, que echado sobre el sofá, descansaba con los ojos cerrados, pero sin dormir, sujetando una toalla ensangrentada en la boca.

Noa, sentada con las piernas cruzadas en el sofá junto a la chimenea, contemplaba pensativa a Aitor. Desde su posición, le pareció un ser moribundo, con la boca reventada y con la piel salpicada de manchas rojizas detalle de las abejas. Esas vacaciones le habían dado lo suyo, sin duda. Le había costado una eternidad extraer todos los cristales de su boca, y esperó no haberse dejado ninguno. Supo que para Aitor debió ser el peor de los calvarios, pero había que hacerlo, por su bien. Como bien había supuesto, no fueron muchos los que quedaban clavados. Pensó en ellos. Solo se le ocurría una respuesta para aquella barbarie, era inviable otra solución. Cambió el peso de las piernas y dirigió la mirada hacia la ventana. Guillermo parecía abstraído por las inclemencias del tiempo, y aunque todavía no llovía, sabía que no tardaría en hacerlo.

—Guillermo, ¿quieres merendar algo? No has comido nada —le preguntó en un tono de voz bajo para no molestar a Aitor.

—No, mamá, no tengo hambre —respondió sin apartar la vista de la ventana.

Esa era la respuesta que se temía, aunque no podía reprocharle nada después de la dantesca escena que había presenciado. Suspiró resignada. No había tenido tiempo de comentarle a Aitor sus intenciones, pero no necesitaba su aprobación. Ésa sería la última noche que pasarían en aquella casa infernal.

Pensó. Y continuó pensando. Se agitaba inquieta en el sofá. La expresión de su rostro le confería un estado de intranquilidad.

Finalmente, descruzó las piernas y se levantó despacio, avanzó hacia Aitor y se arrodilló para dejar sus labios cerca de su oído. Daba igual si dormía o no. Eso ahora era indiferente. Susurró unas palabras ininteligibles, a las que Aitor respondió con un asentimiento de cabeza, aunque parecía haberlo hecho entre sueños. Más tranquila, se levantó del suelo y volvió a su lugar en el sofá. Guillermo ni se había percatado del acercamiento de su madre. Estaba absorto contemplando cómo las oscuras nubes se habían tragado la montaña.

Cruzó de nuevo las piernas y fijó la mirada en Aitor, como si estuviese admirando el cadáver recién devorado por una manada de hienas hambrientas. Comunicarle sus deseos había resultado más liberador de lo que creía en un principio. Aitor, su gran hombre, siempre dispuesto a complacerla bajo cualquier circunstancia. Ése era el motivo por el que lo quería tanto. Esbozó una débil sonrisa de satisfacción.

De pronto, un trueno prolongado retumbó muy cerca de las montañas, como si fuera el presagio del fin del mundo. Guillermo, impactado por el terrible sonido, dio un brinco hacia atrás y chocó contra el sofá donde descansaba Aitor. Éste gimió, aunque no abrió los ojos. Las primeras gotas de lluvia no se hicieron esperar. Colisionaron, primero débilmente contra el cristal, luego, cobraron más fuerza, produciendo un sonido ensordecedor y creando una cortina translúcida que no permitía ver más allá de la ventana, excepto los luminosos rayos que rasgaban el cielo. Noa se levantó como si tuviese instalado un muelle en cada pierna y corrió hacia la ventana.

—Aparta, cariño, voy a bajar la persiana.

Guillermo, asustado por la violencia de la tormenta, se echó hacia atrás. Noa tiró de la cinta de la persiana hasta que ésta encajó todas sus lamas, excepto en la parte superior que debía estar defectuosa, donde quedaban unos puntos luminosos. Cuando finalizó la urgente tarea miró a Aitor. Éste estaba observándola con los ojos abiertos, con atención extrema. Un trueno, mucho más cercano, explotó repentinamente. Por la intensidad del sonido, daba la sensación de haberlo hecho justo encima de la casa.

—Joder... —susurró Noa asustada, sin preocuparse de soltar un taco delante de Guillermo.

La endiablada lluvia castigó la tierra sin descanso. La sucesión de rayos centelleantes y truenos ensordecedores se adueñó del cielo encapotado, incansables, tan aterradores y amenazantes que Noa pensó en más de una ocasión en salir de allí, subirse al coche con su familia y desaparecer antes de que fuese demasiado tarde. Tras unos minutos, el devastador aguacero inicial fue perdiendo fuerza y la lluvia ya no era tan severa, pero sí persistente. Ese hecho hizo que Noa recuperase el control de los latidos de su corazón, porque por un momento pensó que aquella zona se inundaría en cuestión de minutos. Sin embargo, los desgarradores truenos parecían haberse alojado sobre ellos, lo que logró que no perdiese su estado de alerta.

—Gracias a Dios que la lluvia ha parado un poco...

—Ggmnogg...

—No hables cielo, no te esfuerces porque no te entiendo.

—Ya no quiero estar aquí, mamá —dijo Guillermo con voz temblorosa, que se había refugiado tras el respaldo de una silla.

—Lo sé, hijo, lo sé...

Noa se sentó en el sofá y Guillermo se acurrucó a su lado. Noa pasó el brazo por detrás de sus hombros y lo atrajo contra su cuerpo con delicadeza maternal. Así se quedarían hasta que la tormenta amainase, no pensaba mover ni un solo músculo a no ser que fuera estrictamente necesario. Cuando volvió a consultar la hora en su reloj eran las nueve y media de la noche. Aunque en un día clareado el sol todavía se dejaría ver a esas horas, en aquellos momentos las nubes se encargaron de que la oscuridad llegase antes de tiempo, como si el infierno se hubiese cernido repentinamente sobre la tierra.

Sin embargo, las cosas todavía podían ponerse peor. Mucho peor.

De pronto, las luces del comedor titilaron, como si estuviesen electrocutando a un reo en la habitación de al lado. Cuando un relámpago rompió el cielo iluminándolo con ensañamiento, la luz acabó por claudicar ante la violencia de la tormenta. La espesa oscuridad ocupó todo el espacio dentro de la casa, pegajosa, casi respirable.

* * *

Las cámaras ocultas en el comedor, con el potente zoom enfocado sobre los rostros de la familia, proporcionaron a Emilio una espléndida visión de la atrocidad que sagazmente había perpetrado. El plan no había salido como en

un principio había previsto, puesto que le hubiera gustado ver a los tres al unísono meterse una cucharada de ensalada en la boca, pero ver al menos cómo el miembro más fuerte de la familia había degustado su plato especial logró que la euforia histérica se desatase en todo su ser. ¿Qué posibilidades había de que se cumplieran sus deseos? Muy pocas, aunque su trastornada mente no logró asimilarlo. Si hubiera tenido que escoger a uno de ellos, le hubiera gustado que hubiese sido esa perra, ver su boca corrompida sangrar como un cerdo en una matanza, pero el elegido fue el hombre, no podía hacer nada más al respecto.

Ahora, cuando la mujer había logrado extraer los cristales de la boca del hombre y cortar la hemorragia, las cámaras ofrecían un plano general del comedor. Emilio, sentado en la silla giratoria frente a los nueve monitores, contemplaba el escote de la mujer, recordando cómo había estrujado sus pechos esa fantástica mañana hasta haber satisfecho sus ansias. Ahora había cumplido todos sus deseos, nada le faltaba por hacer. Había sometido a la mujer a su voluntad, había hecho realidad sus pensamientos más obscenos y depravados, aunque detestaba que ella no se hubiese percatado de nada a causa del cloroformo.

Siempre había una parte negativa, un pequeño matiz que derrumbaba la perfección que anhelaba. Siempre. Si al menos hubiese tenido los ojos abiertos, pensó. Sin duda, hubiera concedido al acto un grado más de realismo. Sacó un cigarro del paquete y lo encendió con cierto aire de superioridad. Dio una profunda calada y expulsó el humo con brusquedad. La primera calada siempre era la mejor. Luego, el resto, ya se volvía vulgar, repetitivo. Sin desviar la mirada del escote, lanzó una sonrisa macabra. Qué casualidad, pensó, igual me sucede con las mujeres.

Un trueno ensordecedor hizo que girara la cabeza hacia las ventanas. A mediodía había decidido clavar unas tablas en la pared resguardando la destrozada, para que la lluvia prevista para esa tarde no inundara la *pajarera*. Como precaución, había apartado la mesa y el ordenador de debajo de la ventana colocándolos cerca de la puerta, porque a pesar de las maderas, el agua seguía entrando (aunque en menor cantidad) formando pequeños riachuelos en la pared. Para finalizar con su labor preventiva, en la parte del suelo debajo de las ventanas había esparcido todas las toallas que encontró en la casa para tratar de proteger los dos sarcófagos que quedaban sin destruir. Para él, eso era lo primordial. Sus sarcófagos, su vida.

Cuando todo terminara ya se encargaría de reparar la *pajarrera*, pero cuando todo terminara. Observó al hombre tumbado en su sofá. Había quedado destrozado. Lo tenía bien merecido, por ignorante, por desconocer qué tipo de mujer tenía a su lado. Los errores en la vida se pagan, y muy caros. Esa expresión la aprendió con sangre, como se aprenden las cosas, la única forma que hay de que se queden tatuadas en el cerebro hasta el fin de los días.

De pronto escuchó un golpe en la habitación contigua, como si alguien hubiese golpeado la pared. El sonido podía haberse confundido con un débil trueno, pero sabía que no era así. Ni los truenos eran débiles, ni hacían temblar la pared que quedaba a su espalda. Emilio alzó la comisura de sus labios mostrando una sádica sonrisa. Se acercó el cigarro a la boca y le dio una profunda calada. El humo salió por los orificios de su nariz envolviéndolo en una densa nube grisácea.

«Golpea lo que quieras, te mataré de hambre igualmente.»

Pensar en comida le recordó que no había cenado nada, pero se había pasado la tarde bebiendo cervezas, una tras otra, así que se sentía con el estómago hinchado, por lo que desechó la idea de inmediato. Ahora no podía quitar la vista de los monitores, no podía perder de vista a la familia, bajo ningún concepto. Para esa noche tan desapacible que se había presentado tenía otro plan preparado para ellos, un plan realmente sustancioso.

De pronto, al mismo tiempo que un trueno retumbaba en el cielo, se quedó perplejo cuando vio los monitores oscurecerse por completo. Todos menos uno. El que enfocaba la puerta de entrada colocado en el exterior. En éste, la visión apenas se apreciaba por la oscuridad de la noche que se avecinaba, pero todavía podía verse algo en forma de sombras.

Emilio frunció el ceño desconcertado. De no ser por el monitor delator, habría pensado que el cable principal había sufrido algún contratiempo. Acariciándose el mentón pensativo, fue cuando cayó en la cuenta de lo que realmente había pasado, justo en el instante en que su teléfono móvil vibró en su pantalón. Con un gesto despreocupado consultó la hora en su reloj. Las nueve y media de la noche. Al mismo tiempo, las campanas de la iglesia del pueblo tañeron indicando la media, dos golpes sordos que se entremezclaron con el estruendo de la tormenta. Estiró la pierna en la silla y sacó el teléfono de su bolsillo mientras sujetaba el cigarro entre sus labios. El persistente zumbido le hizo gracia y le hizo sonreír, pero fue mucho más divertido cuando vio quién le llamaba. Decidió tardar en contestar una eternidad. Inmersos en la

oscuridad, debían de estar aterrados, sobre todo ella. Ella. Al octavo tono descolgó.

—Sí, dígame —habló con sequedad.

—Gracias a Dios. Emilio, soy Noa...

Emilio la interrumpió deliberadamente, disfrutando de la situación.

—¿Noa? ¿Qué Noa?

—Noa —respondió atropelladamente—, la familia que está en la casa de alquiler.

—Oh, disculpe mi torpeza, no la había reconocido. Estoy achicando el agua que me ha entrado en la cocina —mintió divertido—. ¿En qué puedo ayudarla?

—Siento molestarle a estas horas, pero con la tormenta deben haber saltado los plomos. Nos hemos quedado completamente a oscuras. ¿Podría indicarme dónde está el cuadro eléctrico para activar la luz de nuevo?

Su tono de voz denotaba una inquietud patente, por mucho que Emilio notase que trataba de ocultarla.

—Vaya, lo lamento muchísimo, de veras. Me temo que el cuadro de luz está en las cuadras, por donde entro a darle de comer a los conejos. De verdad que lo siento...

—Por favor, ¿podría venir a conectarlos de nuevo? Sé que hace una noche de perros, y si no fuera estrictamente necesario no se lo pediría, pero es que estamos sin luz, y mi marido ha sufrido un accidente, no podemos quedarnos a oscuras, ¿comprende la situación?

Noa trató de convencerlo costase lo que costase. Le traía sin cuidado que su cocina estuviese inundada. Necesitaba luz, como el aire que respiraba.

Emilio mantuvo la duda en el aire. Perfecto. Perfecto.

—Está bien —contestó finalmente tras la exasperante pausa—. Entiendo que no pueden quedarse sin luz, y menos con esta tormenta, aunque ya le advierto que es posible que vuelvan a saltar. Por si acaso, le llevaré una copia de la llave de la cuadra. Estaré allí en quince minutos.

—Gracias Emilio, se lo agradezco, de verdad. Aquí le esperamos.

Emilio colgó. Sus ojos se abrieron como platos, mirando a ningún lugar en particular. Cuando las cosas estaban predestinadas a salir bien, nada podía hacerse al respecto, más que alabar la buena suerte. Se levantó de la silla, apagó los monitores y salió de la habitación. No se le olvidó apagar las luces de la *pajarera*, ni tampoco echar la llave con dos vueltas.

En la habitación contigua escuchó un golpe y el sonido ininteligible de una boca amordazada. Sonriendo, los ignoró y se adentró en el pasillo hacia su dormitorio. Cuando regresó, iba ataviado con un chubasquero verde, ideal para pasar desapercibido entre el colorido del monte y, además, poco visible en la noche. Un dilatado trueno rompió el cielo, lo suficientemente intenso como para acallar el balbuceo desesperado tras la puerta. Emilio pasó por delante de la habitación y bajó las escaleras con exagera lentitud sin prestar la mínima atención a las súplicas.

No había prisa. Ninguna prisa.

Entró en la cocina y sacó una linterna del segundo cajón. Era potente, con protección contra el agua y cincuenta horas de autonomía. Una de sus últimas adquisiciones. No obstante, comprobó que funcionara correctamente pulsando el interruptor varias veces. No quería cometer ningún error. Un relámpago resplandeció en el cielo iluminando toda la cocina.

—¡Uuaauuu! —exclamó Emilio mirando el destello a través de la ventana.

Conectó de nuevo la linterna y la colocó debajo de su barbilla dirigiendo el haz de luz hacia el rostro. El efecto de sombras confirió a su rostro un aspecto fantasmal.

—¡Buuuuu!

Emilio estalló en una carcajada. Tenía que haberlo hecho frente a un espejo, con la luz apagada, así habría resultado mucho más aterrador. Cuando logró dejar de reír tontamente, decidió apartar los juegos estúpidos a un lado y centrarse en la labor. Apagó la linterna, abrió en esta ocasión el primer cajón y cogió un cuchillo largo y de hoja curvada, su favorito. Siempre lo tenía en condiciones, tan afilado, que podría cortar la retina de un ojo con solo mirar su filo. Lo alzó en el aire y lo observó esbozando una sonrisa. La hoja resplandeció cuando de nuevo un relámpago invadió la cocina a través de la ventana. Sus ojos se iluminaron reflejando la demencia que lo embargaba. Siempre podía confiar en él. Siempre.

Sumergió la mano en el fondo del cajón y rebuscando entre las decenas de objetos desperdigados y mal ordenados extrajo una funda de cinturón de color negro, una pieza extraordinaria que adquirió en uno de sus viajes a la capital. Introdujo el cuchillo en la funda y, como siempre, se deleitó cuando comprobó que encajaba a la perfección. Era una acción que lograba erizar todo el vello de su piel, como un ritual necesario para su existencia.

Se quitó el chubasquero, se ajustó el cinturón y se volvió a colocar el

chubasquero, esta vez cubrió su cabeza con la capucha.

Había llegado el momento de salir de casa.

Su cuerpo se estremeció de puro placer. Apagó la luz de la cocina y se encaminó hacia la puerta de entrada. Descorrió los cerrojos, la llave y la abrió. El fuerte viento le dio la bienvenida enviándole una ola de lluvia contra la cara. Sopló tan fuerte que tuvo que anclar bien su pierna al suelo para no caer. Sin perder tiempo y antes de que se le llenase la casa de agua, cerró tras de sí y volvió a pasar la llave. Los chasquidos de la cerradura fueron ahogados por un trueno muy cerca de las montañas.

«Seguridad. Seguridad. Nadie puede entrar ni salir. Nadie.»

El todoterreno lo observaba con los faros apagados debajo de la cochera. Salió de la repisa que lo protegía encima de la puerta y corrió hacia él con los hombros encogidos. Sus pies se hundían en el barro del jardín que se había formado en cuestión de minutos. Accionó el mando a distancia del coche y éste respondió con un *bip*, parpadeando sus intermitentes dos veces, como si hubiese hecho un guiño confidente a su dueño.

Emilio, protegido por la cubierta metálica de la cochera, ya no tenía prisa. La lluvia repiqueteaba insistente sobre la plancha, produciendo un ruido ensordecedor. Abrió la puerta, se metió dentro del todoterreno y cerró de un fuerte portazo. El sonido de la tormenta quedó amortiguado en el habitáculo del coche. Lanzó un suspiro y se echó la capucha hacia atrás. Estaba acostumbrado a las tormentas veraniegas, pero la de esa noche era una de las más intensas que podía recordar. Quizá fuera porque se hallaba justo encima del pueblo, un hecho que sin duda acrecentaba esa sensación. No obstante, la lluvia ahora era moderada. Si hubiese mantenido la misma intensidad que cuando comenzó, ahora todo el pueblo estaría en serios problemas.

Metió la llave en el contacto y encendió el todoterreno. El motor rugió sacudiendo la carrocería. Accionó el limpiaparabrisas y el agua que el viento había salpicado sobre la luna delantera desapareció. Ante él se hallaba a unos cincuenta metros la casa vecina de una sola planta de altura, y por encima de ella, el ocaso tras el muro de nubes. El día moría ante él, una agonía lenta, y en cierto modo le producía placer. Un relámpago iluminó las nubes, convirtiéndolas en una masa espesa y grisácea centelleante, como si una gigantesca nave espacial se hubiese posado sobre ellas.

Puso sus manos sobre el volante y lo apretó con fuerza. Lo que contemplaban sus ojos era la naturaleza en estado puro, demostrando su

poderío, exhibiendo la fuerza devastadora que era capaz de alcanzar si se lo propusiese. Emilio, con la boca abierta y torcida, dibujó una expresión ensimismada, porque en el fondo le gustaría formar parte de ella, poseer su apoteósica fuerza en cada poro de su piel, hacer uso de su poder a su antojo. De pronto, sacudió la cabeza, como si acabase de despertar de un sueño.

¿Cuánto tiempo había pasado desde que lo había llamado aquella perra?

Estiró el brazo para correr su manga hacia atrás y consultó su reloj de pulsera. Diez minutos. Entrecerró los ojos y movió los labios como si estuviese saboreando un manjar. Tardaba cinco minutos en llegar a la casa. Tenía el recorrido controlado. Hizo mentalmente una suma rápida. En total, quince minutos, justo lo que le había indicado a la mujer. ¿Era necesario ser tan preciso? Sí, en la inflexibilidad estaba el éxito.

Encendió los faros del todoterreno y el haz de luz se proyectó contra la puerta de la cancela. La lluvia se veía caer claramente a través de los haces de luz, cientos de gotas oblicuas precipitándose alocadamente contra el suelo. Metió primera y el coche comenzó a moverse lentamente. Cogió el mando a distancia de la puerta situado junto al cenicero repleto de colillas y lo pulsó. La puerta comenzó a abrirse lentamente bajo la atenta mirada de Emilio, que había detenido el todoterreno a pocos metros del ángulo de apertura.

Mientras esperaba, su mente evocó años atrás, cuando todavía era un incauto principiante. Ahora, con los años, había adquirido una destreza desmedida, una ejecución de los actos rozando casi la perfección, y además, cada año concebía nuevas ideas, innovadoras, placenteras, en muchas ocasiones aterradoras, pero eso era lo de menos. En el terror ajeno también anidaba la satisfacción, lo más parecido a una inyección de adrenalina. Para el año que viene tenía nuevos proyectos, que sin duda, lo llevarían al éxtasis final.

La puerta de la cancela terminó de abrirse produciendo un sonido a metal hueco. La tenue iluminación de las farolas apenas proporcionaba la luz suficiente para caminar por el pueblo, pero cuando Emilio cruzó la puerta y avanzó despacio calle abajo, comprobó que nadie se aventuraba a salir de sus casas ante la amenaza de semejante tormenta. La penumbra cubierta por una cortina de lluvia reinaba en las calles, a excepción de algunas ventanas iluminadas. Cuando giró en el primer cruce, vio más de lo mismo. Un pueblo desierto. Un relámpago iluminó la calle durante unos segundos. El trueno que lo siguió fue estremecedor. Esta vez daría un pequeño rodeo para evitar pasar

por la calle principal. No creía que hubiese nadie por allí, pero toda precaución era poca.

«Seguridad, seguridad.»

Repitió esa directriz en su mente hasta la saciedad, tratando de no cometer ningún error. Una fuerte ráfaga de viento zarandeó el coche, como si para él sus toneladas de peso no significaran nada en absoluto. Pasó por la calle que desembocaba en la iglesia. La observó con indiferencia acercándose a la luna delantera. Dios no tenía nada que ver con esto. Sus actos estaban justificados más que de sobra, al menos eso era lo que su mente le decía. Como había previsto, la iglesia estaba cerrada a cal y canto, y por supuesto, nadie merodeando por los alrededores.

Se moría por un cigarro, pero no pensaba permitir que el coche se le inundara de agua. Cuando giró la calle dejando la iglesia atrás, no soportó más la tensión y sacó un cigarro del paquete. Solo habían pasado escasos segundos. Le prendió fuego a la punta y exhaló el humo contra la luna delantera, saboreando tanto placer que sus párpados temblaron sin control. Una neblina incómoda se formó en el interior del todoterreno. La solución estaba en no bajar la ventanilla, simplemente eso. ¿Qué más daba? Cuando llegase al filtro, la bajaría durante unos segundos para que el humo se disipara y asunto resuelto.

Era el mejor, lo sabía. Era consciente de ello, no tenía que escuchar halagos por parte de bocas ajenas. Golpeó el volante con el puño con tanta fuerza que éste vibró.

—¡Sí, Sí!

Su grito eufórico no traspasó los muros del vehículo. Callejeando sin prisas, cruzó el río por el puente construido en la parte alta del pueblo, muy cerca de la piscina municipal. Los árboles que flanqueaban el arcén de la carretera se balanceaban empujados por el viento, como si una fuerza invisible tirase de sus ramas. Desde allí, solo quedaba bajar la carretera en sentido contrario y desviarse por el cruce que llevaba directo al camino de tierra. Detenido en el stop, vio a alguien correr buscando cobijo, seguramente vendría de la piscina. Desapareció como un fantasma por el paso peatonal habilitado sobre el río.

Miró a ambos lados de la carretera y salió del stop. Como el resto del pueblo, la carretera estaba desierta. Serpenteó unos metros, ensimismado viendo el balanceo de los limpiaparabrisas y giró por la calle que llevaba al

camino de tierra. El colegio, a su derecha, era ahora un cementerio. Cambió a una marcha más corta para subir la cuesta sin problemas. El motor lanzó un gemido, pero respondió favorablemente.

A partir de ese tramo, todo lo que alcanzó a ver fue la penumbra que envolvía el monte y los huertos. Cuando dejó atrás el camino asfaltado, el todoterreno demostró su fuerza de agarre al deslizarse por la tierra.

Faltaba poco, muy poco para llegar.

Se sintió exaltado, igual que cuando de pequeño abría los regalos por Navidad. Observó las hileras de olivos. Bajo la incipiente oscuridad, parecían garras retorcidas que brotaban de la tierra tratando de alcanzar el cielo. Emilio tosió sin apartar la vista y volvió a darle una calada al cigarro. A pesar de que conocía el camino sobradamente, levantó el pie del acelerador como precaución. Un accidente ahora echaría todo su trabajo por tierra. La mala visibilidad a punto estuvo de ser la causante de que se equivocara en la primera bifurcación. Su mente, despistada recreando el gran momento matutino, también ayudó a lo que solo hubiera sido un pequeño contratiempo.

Al fin veía la casa al final del camino. Sintió un agradable vuelco en el estómago. La oscuridad iba recortando terreno a la luz, y desde su posición parecía un destartalado mausoleo abandonado en mitad del monte, devorado por la inexorable oscuridad que se cernía sobre ella. Los álamos mecían sus ramas sobre el tejado; por el fuerte viento, tuvo la sensación de que alguna podría partirse en cualquier momento. Aminoró la marcha, bajó la ventanilla y tiró la colilla. Ésta se apagó en cuanto tocó el suelo. Al mismo tiempo que un río de lluvia entraba por la pequeña abertura, el humo del cigarro salió por ella aspirado por la tormenta. Subió rápidamente la ventanilla y detuvo el todoterreno a pocos metros de la zona asfaltada. Pensó en la boca perforada y sangrante del hombre, lo que provocó que un escalofrío recorriese su cuerpo. Sin desviar la mirada de la puerta de entrada a la casa se echó la capucha hacia atrás y se mojó los labios con la punta de la lengua. Saboreó el aspecto lánguido de la casa, admiró y disfrutó de la apariencia tétrica y fantasmal que le confería la tormenta aunada con la llegada de la noche. De pronto, la puerta se abrió y una sombra salió del interior de la casa. Entrecerrando los ojos y afinando la vista, descubrió que era la mujer, sin duda había escuchado el ruido del motor. La silueta oscura levantó el brazo haciéndole señales para que se acercara y, amedrentada por la lluvia, volvió a meterse dentro de la casa.

Apretó el embrague, metió primera y llevó lentamente el todoterreno hacia la zona asfaltada de la casa. Aparcó junto al Honda de la familia, apagó las luces y a continuación el motor. La lluvia sobre el techo del vehículo se tornó más intensa, repiqueteando incesante, como si pretendiese perforar la chapa metálica.

Se colocó de nuevo la capucha y palpó el cuchillo en su cintura. Era una sensación agradable saber que siempre estaba dispuesto a protegerlo de cualquier eventualidad. Respiró hondo y contó hasta tres. Espiró el aire retenido con firmeza. Estaba preparado. Cogió la linterna del asiento de pasajeros, abrió la puerta y bajó del coche. No se preocupó de cerrarlo, por allí nadie se acercaría al menos hasta la mañana siguiente. La lluvia impactó contra el chubasquero. Ahora era el momento en que se sentía parte de la naturaleza, formando un único ser. Un rayo sesgó el cielo dibujando interminables bifurcaciones luminosas y proyectó su sombra contra el muro de la vieja caseta. Cuando el trueno rompió justo encima de su cabeza sintió su cuerpo estremecer. Adoraba ese poder, la fuerza de la que presumía y que anhelaba poseer.

Rodeó el Honda de la familia y caminó decidido hacia las escaleras. Despreocupadamente, echó un vistazo al interior del vehículo. Vacío. Sus pasos chapoteaban en los charcos embarrados que se habían formado en el trayecto. Al pasar junto al estanque agudizó el oído. Las ranas se mantenían en un silencio sepulcral. Aunque la causa evidente era la tormenta, su mente creyó que la intimidación de su presencia era suficiente para acallarlas. Se enfrentó afanoso a las escaleras. Un golpe de viento le obligó a hacer un sobreesfuerzo con las piernas. Se sujetó a la barandilla y subió escalón a escalón, despacio, hincando toda la planta del pie para no resbalar y caer.

Cuando llegó a la puerta, vio que estaba entreabierta. Por el resquicio todo lo que podía ver era oscuridad. Sujetó el pomo de la puerta y abrió lentamente. Incluso con el fragor de la tormenta, escuchó las bisagras chirriar.

Cosas que hacer: cambiar la puerta de la casa.

La dulce voz de la mujer, pero que en esta ocasión denotaba una urgencia manifiesta, se escuchó desde el interior del comedor:

—Pase, Emilio, por favor. Guillermo, no salgas, quédate a mi lado.

Emilio se echó la capucha hacia atrás con un gesto rápido y, abriendo la puerta lo suficiente para que cupiese su cuerpo y no entrase demasiada agua en la casa, cruzó la puerta girando su cuerpo. Ante todo debía cuidar de su

propiedad.

—Hace una noche de mil demonios —anunció tratando de parecer amable—. ¿Cómo se encuentran? Siento lo sucedido, pero siempre que hay una gran tormenta ocurre lo mismo. La instalación eléctrica es antigua y a la mínima saltan los plomos.

Las yemas de sus dedos tantearon la empuñadura del cuchillo, un gesto que no podía evitar cuando el cinturón rodeaba su cadera.

—Pase por favor, pase, o va a empaparse.

Emilio cerró la puerta tras de sí. El oscuro silencio dentro de la casa fue lo más parecido a vagar de noche por un cementerio. Un relámpago estalló en el cielo, pero las persianas estaban bajadas convirtiendo la habitación en una cripta sombría, por lo que el destello no pudo penetrar dentro de la casa. Qué extraño se escuchaba la tormenta desde el interior, no recordaba que fuera una sensación tan placentera. ¿Cuántas tempestades había vivido allí en su infancia? Conocía cada centímetro de sus ladrillos, cada rincón donde esconderse cuando los relámpagos le atemorizaban y no podía evitar que su vejiga se soltase descontroladamente empapando sus pantalones. Pero ese temor a la ira de los cielos solo duró hasta la adolescencia. A partir de ahí, comprendió lo que realmente significaba, la naturaleza tratando de expresarse utilizando sus propios medios, la tierra tendiéndole la mano.

Emilio avanzó dos pasos y encendió la linterna. Cuando enfocó el potente haz de luz en la dirección de donde provenía la voz de la mujer, el desconcierto por el que se vio abrumado aceleró su corazón. Esta vez la sensación no fue nada agradable, nada que deseara que se volviera a repetir. La mujer, con expresión desquiciada pero sin emitir grito alguno, corría hacia él con el atizador de la chimenea en la mano, alzando el brazo dispuesta a asestarle un golpe. Tuvo exactamente dos segundos, suficientes para saber que la locura y un odio desmedido corría por sus venas. Conocía esa expresión sobradamente, porque la había visto infinidad de veces en su propio reflejo. Cuando pasaron los dos segundos, su visión se oscureció. Una bolsa se había encasquetado en su cabeza con una rapidez endiablada, un movimiento certero y preciso. Cuando trató de respirar apremiado por el sobresalto, el plástico se introdujo en su boca taponándole el oxígeno. Escuchó un balbuceo en su oído, como si quien tratase de hablar estuviese desprovisto de lengua. La voz era masculina. Era el hombre. Ése que creía desvalido y fuera de juego intentaba decirle algo mientras tiraba de la bolsa hacia su pecho. Una ola de terror se

apoderó de él cuando comprendió que su propia creación macabra se había vuelto contra él, un susurro demoníaco flotando en la oscuridad, tratando de someterlo a su voluntad.

Encerrado en la burbuja sobre su cabeza escuchó el sonido aplacado de los pasos de la mujer. Emilio forcejeó tratando de zafarse de aquella prisión, pero el hombre era fuerte, muy fuerte. Pudo escuchar un grito demente lanzado por la perra. La tenía frente a él. Sabía lo que venía a continuación. El atizador impactó contra su hombro. Unos centímetros más arriba y el hierro habría destrozado su cara. En su mente, ahora asustada, supo que de nuevo la oscuridad había jugado a su favor.

La oscuridad.

Solo quebrantada por el haz de luz que recorría desesperado las paredes del comedor. Sintió más presión sobre su cuello. La bolsa se le estaba clavando en la garganta cortando el paso del aire. Con las piernas trató de empujar hacia atrás. Se sorprendió cuando vio que lo conseguía. Sí, él también era muy fuerte, más viejo, pero provisto de una fuerza suprema. Sintió cómo el hombre se veía obligado a retroceder incapaz de soportar la fuerza del retroceso hasta chocar su espalda contra la puerta. Las maderas crujieron. Un trueno hizo vibrar los muros de la casa. Escuchó de nuevo el grito enloquecido de la mujer. Estaba armando el brazo. Solo un segundo pasó cuando sintió de nuevo el atizador golpear contra su pierna. Trató de gritar de dolor, pero no lo consiguió. La presión en su garganta era demasiado fuerte. Ese golpe había sido mucho más dañino. Le había alcanzado la parte alta del muslo, una parte sumamente dolorosa.

Trató de golpear a ciegas con la linterna, pero su brazo solo logró sesgar el aire. Forcejeó a la izquierda, para luego girar de un golpe seco hacia la derecha. Lo tenía bien agarrado, aquel cabrón no soltaba la presa tan fácilmente.

—¡Mátalo, mamá, mátalo!

Escuchó el grito del crío lejano, como si estuviese fuera de la casa, alentaba a su madre, quería darle fuerzas para que acabase con él. Sus pulmones trataron de inspirar aire. La bolsa se acopló en su boca como el cuerpo de una medusa. El hombre rezongaba palabras ininteligibles junto a su oído. Su mano temblorosa trató de encontrar la empuñadura del cuchillo, pero el hombre ejerció más presión sobre la bolsa. Incluso en el estado desamparado en que se hallaba, todavía podía demostrar más fuerza, como si

la hubiese estado reservando contra un intento de defensa. Perdía el control de su brazo, comenzaba a faltarle el aire en los pulmones. Su mano falló. Ya no supo si el cuchillo lo tenía a su lado izquierdo o al derecho. Forcejeó con rabia, clavó su codo repetidamente en el costado del hombre, una sucesión rápida de golpes, pero éste tenía sujeta la bolsa con una fuerza sorprendente, y aunque debió infligirle daño, no dio muestras de fatiga.

La mujer gritó nuevamente, un grito que traspasó el plástico de la bolsa para acabar muriendo en sus oídos. Se preparó para un nuevo golpe del atizador, y el horror a desconocer el destino del impacto bloqueó su mente. Si era en la cara estaba perdido. Esos pensamientos duraron décimas de segundo. El hierro golpeó su tobillo, con tanta fuerza, que la vibración del choque trepó por sus huesos hasta perforarle el cerebro. El dolor hizo que la oscuridad se viese invadida por miles de pequeños destellos, mofándose de él, cuchicheando palabras obscenas entre ellos, con él como único objeto de burla.

Escuchó un jadeo baboso delante de él. La mujer debía estar recuperando el aliento y pensando dónde asestar el siguiente golpe.

—¡En la cabeza, mamá! ¡Dale en la cabeza!

Emilio sintió un latigazo de horror cuando escuchó la petición del mocosito.

—¡No, en la cabeza noooo!

La voz salió de la boca de la mujer, cabalgando torpemente sobre el movimiento del cuerpo hacia atrás cogiendo impulso. El siguiente golpe cayó sobre su rodilla. Su grito de dolor fue sofocado por la bolsa, sin embargo, el hombre también gimió, un balbuceo ininteligible. Gracias a la oscuridad también lo había alcanzado a él. Por un momento, sintió cómo la presión en su garganta se suavizaba, y una pequeña porción de oxígeno penetraba por el orificio abierto. Vio una oportunidad, era ahora o nunca. Por un momento, el intenso dolor en la rodilla desapareció, ahora su mente tenía otras cosas de las que ocuparse. Clavó su tacón en el empeine del hombre con tanta fuerza como pudo y acto seguido, con su cabeza, golpeó fuertemente hacia atrás. Su coronilla impactó contra la boca destrozada del hombre. Sintió y escuchó un crujido sordo. Debió de partirle algún diente. El hombre cayó hacia atrás golpeando su espalda contra la puerta. Emilio se desplomó contra el suelo de rodillas, y tosiendo de agonía, se arrancó la bolsa de la cabeza con un movimiento torpe. Una profunda bocanada de aire llenó sus pulmones y una sensación de alivio le hizo creer todavía en la vida.

Antes de que pudiera expulsarlo, la rodilla de la mujer, acompañada de un grito enajenado, chocó contra su mandíbula. Emilio cayó hacia atrás, aterrizando sobre las piernas del hombre que había quedado tendido y aturcido boca arriba como un escarabajo. La linterna saltó de su mano y quedó en posición horizontal sobre el suelo lanzando el haz de luz hacia ningún sitio en concreto. El dolor que sintió en su cara era desproporcionado, insoportable. Durante unas décimas de segundo pasó por su mente secuencias de películas donde se golpeaban una y otra vez, salvajemente, y siempre se mantenían en pie, sin sangrar, como si sus cuerpos fuesen de piedra. Y una mierda. Con uno como esos había quedado prácticamente noqueado, mareado, con la boca anegada de sangre, un sabor desagradable que su mente rechazó en forma de terror. No pudo evitar tragar una buena cantidad, caliente, espesa. El resto la escupió como pudo, aunque el simple gesto ocasionó terribles punzadas de dolor.

Notó las manos del hombre sobre sus hombros, tratando de retenerlo, pero sus gemidos de dolor le indicaban que también él había quedado aturcido por el golpe. Trató de ponerse en pie, librarse del abrazo del hombre. Ahora que la linterna ya no estaba en su mano, supuso que aquella zorra tendría más problemas en saber dónde estaba. Era el momento idóneo para escapar de su propia casa. Dio un fuerte tirón y las manos sin fuerza del hombre se deslizaron por su espalda. Sus balbuceos quejumbrosos eran aterradores, pero en una pequeña parte su ser sintió placer, placer solo por haberle partido algún que otro diente.

Jadeando, logró ponerse en pie. Su pierna izquierda era un amasijo de dolor, apenas podía sostenerlo. Ahora la mujer se mantenía en silencio, como un león acechando a su presa en la oscuridad. Debía estar frente a él, pero la lobreguez de la habitación no le permitía ver dónde. No obstante, obviando el dolor que martirizaba su mandíbula y sus oídos, escuchó una respiración agitada a pocos metros. Un trueno, como si el cielo se hubiese seccionado en dos trozos, retumbó sacudiendo la casa. Durante su duración, los jadeos de la mujer se enmudecieron, viéndose superados por el terrible estallido.

Su mente, incrédula por la situación, elaboró un plan de huida a la mayor velocidad que pudo. Coger la linterna, abrir la puerta antes de que la mujer lo golpease de nuevo y huir bajo la tormenta. Eso era todo.

La linterna había quedado a poca distancia de su posición. Dio un doloroso paso, se agachó y la cogió tan rápido como pudo. Cuando se giró

hacia la puerta, alumbrando desesperado con el haz de luz, se sobresaltó cuando vio que el hombre ya había logrado incorporarse. La luz iluminó su destrozado rostro. De su boca manaba la sangre a borbotones, espesa, como si estuviese mezclada con harina. Sin embargo, lo más terrorífico fueron sus ojos. Su mirada perturbada lo traspasó como un cuchillo afilado. La locura anidaba en algún lugar de su mente, igual que en la mujer.

—¡Aparta, cabrón! —logró balbucir sintiendo un terrible dolor en la mandíbula.

Levantó su brazo, y con la palma abierta, se dispuso a golpear su cara. El bofetón habría sido decisivo, pero el hombre logró interponer su brazo en el camino deteniendo el impacto. No obstante, la fuerza con la que Emilio descargó el brazo hizo que perdiese el equilibrio y cayese de nuevo al suelo. Cuando se disponía a abrir la puerta, sujetando el pomo con tanta fuerza que hubiera podido arrancarlo de golpe, el atizador chocó contra su espalda de nuevo. La expresión de su cara se contrajo de dolor, cerrando tan fuerte los ojos que su piel se arrugó dando la impresión de ser una máscara acoplada a su rostro.

—¡Que se escapa, mamá! ¡Páralo!

Aquel pequeño era el diablo en persona. Logró abrir la puerta y salir al diminuto descansillo al final de las escaleras. El atizador golpeó de nuevo contra la puerta, produciendo un chasquido y levantando algunas astillas. La lluvia de la tormenta lo recibió como pequeñas agujas transversales buscando su piel. Un relámpago iluminó los aldaños. Los álamos se agitaban violentamente empujados por el fuerte viento. El trueno que siguió al rayo llegó en pocos segundos. Fue lo más parecido a un edificio derrumbándose en mitad de la noche.

Escuchó las voces de la familia tras él, dentro de la casa. Cojeando, bajó las escaleras sujetándose a la barandilla. Con la linterna iba iluminando los escalones tratando de no resbalar, pero el sonido que hizo la puerta al chocar bruscamente contra la pared le hizo girarse aterrado. El foco de luz iluminó el rostro desquiciado de la mujer, a la que la lluvia le había empapado el cabello en tan solo unos pocos segundos. Ahora, caía flácido sobre su cara, perdiendo toda su belleza y confiriéndole un aspecto estremecedor.

Comprendió que ese gesto había sido un grave error cuando su pie no encontró apoyo y se precipitó escaleras abajo. Sus codos y sus rodillas chocaron repetidas veces contra los afilados cantos de los escalones. Cuando

llegó al final, la inercia de la caída lo despidió hacia delante contra un charco enlodado como si fuera un saco de tierra. La linterna rodó por el barro trazando un círculo de luz hasta quedar detenida por la densidad de la superficie.

Emilio, con todo el cuerpo dolorido, miró sobre su hombro aterrado. Un relámpago le permitió ver con una claridad sorprendente cómo la mujer bajaba las escaleras con el atizador en mano. Lo hacía con cuidado, sujetándose a la barandilla para no caer. Cuando el cielo se iluminó, la mujer aceleró el paso. El hombre iba tras ella, tambaleándose, resbalando con algún escalón, pero sujetándose a tiempo a la barandilla oxidada para no precipitarse por las escaleras.

Confuso por el terrible golpe, buscó la linterna mientras gateaba. Por la luz que desprendía no le costó demasiado localizarla. La cogió con fuerza como si fuera una porción de energía extra, y justo en el momento en que se levantaba torpemente la mujer le asestó otro golpe con el atizador en la espalda. El hierro se clavó en su omóplato logrando arrancarle un grito. Hizo ademán de caer hacia delante, pero consiguió frenar la caída apoyando su pierna sana.

Giró desorientado en un círculo completo. La mujer bloqueaba el camino hacia el todoterreno. No obstante, no creyó que le permitieran subir a él, antes acabarían con su vida a golpes. Arrancó en una carrera desmañada hacia el lado contrario, hacia las huertas. La lluvia entorpecía su visión, aun así, trató de iluminar el camino para no volver a caer. Si lo hacía, estaba perdido. Sus jadeos atormentados se mezclaron con un trueno devastador.

Logró avanzar unos metros dejando el estanque atrás. Por ahora, no había recibido más golpes. Por un momento pensó que había logrado despistarlos, pero eso no tenía ningún sentido. Gracias a la linterna, era el único foco visible en la noche. Miró por encima de su hombro y proyectó el haz de luz con un giro rápido de la linterna a sus espaldas. El terror se apoderó de él cuando comprobó que el hombre y la mujer seguían sus pasos caminando con calma, como si supiesen que no habría lugar en el monte donde pudiese esconderse de ellos.

—Hijos de puta...

El insulto brotó de su boca como un hilo de voz, aunque la sensación para él fuese como si hubiese conseguido golpearles con todas sus fuerzas en la cara, sin embargo, en lo más hondo de su ser deseó que no lo hubieran escuchado. Quizá podría hacer que se enfurecieran todavía más, que lo

golpearan hasta matarlo.

Quizá.

Quizá, si hubiese sabido lo que le esperaba, lo habría gritado hasta quebrarse la garganta.

Alumbró de nuevo el camino y trató de correr más rápido, pero la pierna castigada se había convertido en un lastre con el que tenía que cargar. Aquella perra le había golpeado en tres puntos vitales pero, sobre todo, dolorosos. Una ráfaga de viento a punto estuvo de hacerle caer. Cojeaba como un impedido, chapoteando en los charcos, cubriendo sus pies de lodo, y cuantos más pasos daba, más pesados se volvían.

De pronto escuchó unos pasos correr hacia él, pero no supo discernir su procedencia. Eran cortos, acelerados, como si fueran de un niño.

A continuación, sin saber de dónde había venido, sintió un puñetazo en su dolorida mandíbula. Había nacido de la oscuridad. Supo que era el crío porque de forma fugaz vio cómo saltaba frente a él para alcanzar su rostro. Aunque su puño era pequeño, sintió como si lo hubiese golpeado un martillo. Trastabilló con sus propios pies y se tambaleó lanzando un gemido de dolor, sin embargo, el golpe no fue lo suficientemente fuerte como para hacerlo caer. Creyó escuchar unas risas tras él, pero el fragor de la tormenta unido al dolor que palpitaba delirante en su cabeza le hicieron dudar. Debía continuar. Seguir adelante o morir.

Logró llegar hasta la pila de leña. Pensó que nunca lo conseguiría, pero allí estaba. Había olvidado su cuchillo por completo. En cambio pensó en armarse con un tronco, darse la vuelta y hacerles frente. Fue un pensamiento efímero, porque sabía que nunca llegaría a hacerlo. Se sentía muy débil, y aunque el hombre también había quedado mal parado, la mujer no había recibido ni un solo golpe, y además estaba armada con el atizador que lo usaba como si toda la vida hubiese estado soldado a su antebrazo. En un cara a cara contra ellos no tenía nada que hacer. ¿Intimidarlos? No lo creía probable, no parecían de ese tipo de personas que se dejan intimidar por un viejo moribundo y con el cuerpo medio inutilizado por los golpes.

Solo quedaba la opción de huir.

Tratar de despistarlos entre la oscuridad del monte.

Sabía que tras la pila de leña la espesura cobraba protagonismo. Quizá podría sacarles algo de ventaja, apagar la linterna y ocultarse en el sotobosque. Ese pensamiento hizo que renovase energías y acelerara el paso.

La oscuridad era absoluta cuando se zambulló entre los árboles. El sonido de las ramas curvándose por el fuerte viento le resultó aterrador, pero quizá también podía servirle de ayuda, ocultar de alguna manera su resuello. Las copas de los árboles hicieron de pantalla y la lluvia, aunque seguía castigándole, ya no lo hacía con tanta intensidad. El esfuerzo y el dolor estaban consumiendo sus energías. Tropezó con una raíz y cayó al suelo con las palmas de las manos por delante. Pudo sujetar la linterna para que no saliese despedida de sus manos, pero sus palmas chocaron contra una roca semienterrada. La punzada de dolor que subió por sus brazos fue paralizante, ¿pero que era ese pequeño golpe comparado con su caída por las escaleras? Le estallaban los codos, le ardían las rodillas. Logró levantarse con cierta agilidad y continuar su avance, sin embargo, escuchó por encima del estruendo de la tormenta el crujir de unas ramas. No se atrevió a mirar hacia atrás. Prefirió no saberlo, mantener viva una pequeña esperanza.

Rodeó el tronco de un árbol con premura y sintió cómo un arbusto laceraba su antebrazo derecho. Tragó sangre y buscó un escondite con el haz de luz, con movimientos desesperados entre la vegetación. No podía quedarse allí de pie mucho tiempo. De nuevo, un relámpago centelleó en el cielo. Su brillante luz penetró entre las copas de los árboles, pero se difuminó en menos de un segundo. Suficiente para quedar al descubierto. Jadeó y continuó cojeando hacia el interior.

—No tiene dónde esconderse, Emilio.

La voz de la mujer había llegado desde su espalda, a pocos metros de distancia. Carecía de sentimiento, de humanidad. Sintió unas ganas incontrolables de echarse a llorar, como si así pudiese mitigar el mal que, de forma inexorable, se había cernido sobre él. Unas lágrimas humedecieron sus ojos.

Estaban detrás.

No había logrado despistarlos, ¿cómo había sido tan ingenuo?

Llegó a una pequeña explanada. Su visión se había difuminado por las lágrimas que cubrían sus ojos como si fuese una molesta pantalla translúcida. Desesperado y sabedor de que había perdido, tropezó de nuevo y cayó con todo su peso sobre sus manos. En esta ocasión, el dolor en sus manos había sido mucho más intenso. La mandíbula resentida tembló en su cara por el fuerte impacto, mandando a su cerebro miles de pulsaciones dolorosas.

—Dejadme en paz, cabrones.

Gateó en un último intento de escapar de la familia, con la linterna bien sujeta en su diestra. Las fuerzas se habían extinguido en el peor momento, tratar de levantarse ahora era una misión que carecía de sentido. Sintió cómo un pie se apoyaba en su trasero y lo empujaba hacia delante con fuerza, obligando a sus muñecas a doblarse y a caer de nuevo contra el lodo. Su barbilla besó un charco. Con gran esfuerzo, se incorporó flexionando los codos y continuó el gateo hasta que su mano palpó algo en el suelo. Hubiera querido obviarlo, pero una fuerza sobrehumana guió la linterna hacia el esponjoso objeto.

Sus ojos se abrieron aterrados cuando descubrió de qué se trataba.

* * *

El gato yacía crucificado sobre la tierra en una posición sobrecogedora. La expresión de terror y de dolor que había quedado disecada en su rostro era perturbadora, y de pronto sintió unas ganas de vomitar irreprimibles. Lo conocía por su pelaje pardo. Era uno de los gatos que rondaban por su propiedad en busca de comida, uno de tantos que habían hecho de su terreno su hogar.

Su abdomen había sido abierto en canal y el amasijo de entrañas se desparramaba por la abertura siendo ya una sustancia reseca y negruzca. A pesar del dolor que sentía en su rostro no pudo sofocar un grito de terror. Cuando apartó la linterna de un movimiento brusco descubrió que ese pobre animal no era el único que había sufrido ese horrible fin. A menos de un metro, alineado milimétricamente, yacía el cuerpo de otro felino con sus cuatro patas abiertas en cruz y clavadas con gruesas ramas en la tierra. Su pequeña lengua salía inerte de su boca, abierta en un último maullido de terror.

Escuchó escapar una risita infantil tras él. Aquel maldito crío era un sádico, y por la expresión de asombro que escuchó de la boca de su madre, parecía que no era el único en descubrir aquella terrible crueldad. Su mente se bloqueó tratando de proteger su cuerpo. Se limitó a pasar secuencias de los pechos de la mujer, su piel tersa y caliente acariciando su lengua, sus muslos abiertos mostrándole sus apetitos, cómo la había poseído hasta saciar su hambre carnal. Esbozó una sonrisa desequilibrada, pero también dolorosa. Qué injusta era a veces la vida. La voz de la mujer llegó a sus oídos acompañada por un trueno estremecedor:

—Se acabó el viaje, Emilio.

—Gruuuhg.

Una mano se apoyó en su hombro y le obligó con severidad a darse la

vuelta. Quedó tendido boca arriba, contemplando la oscuridad. El relámpago que estalló a continuación le mostró a la mujer frente a él, con su cabello mojado enredado sobre su rostro como crías de víbora, apretando tanto los dientes que creyó oírlos rechinar. El puño que alzaba en el aire y que descargó contra su mandíbula trajo consigo la oscuridad.

* * *

Emilio abrió los ojos lentamente, le pesaban tanto los párpados que tuvo la sensación de que habían sido pegados con cinta adhesiva. Cuando consiguió vencer la sensación, aturdido y con fuertes náuseas, solo pudo ver oscuridad allá donde con gran esfuerzo logró guiar su mirada. Sus oídos silbaban como si una línea ferroviaria hubiese sido construida en ellos. La lluvia, ahora demasiado fría, caía sobre él, con la misma intensidad que la última vez que recordaba haberla visto. Fue antes de perder la consciencia. Su mente fue ordenando lo sucedido como las piezas de un puzle repartidas en la línea del tiempo. Recordó los gatos crucificados, sus muecas de dolor, el puño de la mujer cortando el aire para acabar golpeando su rostro.

¿Dónde estaba?

Su cuerpo se agitaba con un movimiento rítmico, sus piernas no tocaban el suelo y su cabeza debía estar boca abajo porque la sangre se estaba almacenando en su cerebro y las punzadas de dolor eran insostenibles. Giró despacio la cabeza y escupió sangre. Notó cómo unos hilos de babas ensangrentadas se descolgaban de su boca y se introducían por sus orificios nasales unos, otros rodeaban su nariz y cruzaban sus mejillas hasta desembocar en sus ojos. Todavía desorientado, supo que era la prueba irrefutable de que habían volteado su cuerpo.

Descubrió que sus brazos colgaban y se balanceaban por debajo de su cabeza. Cuando sus manos tocaron unas piernas que caminaban fatigosamente por la oscuridad entendió cuál era su situación. Para soportar su peso, debía de ser el hombre quien lo llevaba como un saco de tierra sobre su hombro. Pensó en moverse para caer al suelo y huir, pero su rostro era una masa de carne dolorida, y con ello solo conseguiría que lo golpeasen aún más. No quería recibir más puñetazos, ni patadas, además, ¿de qué le serviría? Aparte de llevarse un gran golpe contra el suelo, no podría dar ni un solo paso en las condiciones en las que se hallaba. Barajando sus escasas posibilidades, decidió no dar muestras de su despertar y esperar a que lo depositaran en el suelo. Quizá ésa era su única oportunidad. Su última oportunidad.

¿Qué pensaban hacer con él?

Mientras escuchaba gruñir al hombre, la duda lo asaltó y el terror se apoderó de él. Tenía miedo al dolor, miedo a morir. Escuchó las voces de la mujer y del mocoso llevar una conversación alegre, como si nada hubiese sucedido, sin embargo, el aturdimiento que sufría no le permitía descifrar el significado. Creyó ver dos haces de luz proyectándose en la oscuridad, barriendo el camino a seguir. Estaban atravesando el monte, estaba convencido, pero no sabía en qué punto se hallaba. El terreno era inmenso, por lo que durante su inconsciencia podían haber andado kilómetros en cualquier dirección.

Resignado, cerró los ojos. Por ahora, lo único que podía hacer era esperar y rezar.

* * *

No sabía cuánto tiempo habían estado adentrándose en el monte. La sucesión de rayos y truenos los acompañó durante todo el recorrido, solo ahora, cuando se sentía perdido y sin opciones, le resultaban unos terroríficos compañeros de viaje hacia un infierno desconocido. Durante los pocos segundos que duraban los incesantes destellos, no logró adivinar a qué parte del monte lo estaban llevando. Para que el hombre cargase con él a costas durante todo el trayecto, y a pesar de que estaba malherido, debía ser mucho más fuerte de lo que había supuesto. Le daba miedo, y eso le hizo pensar que quizá no era tan buena idea tratar de huir en cuanto se presentase una oportunidad. Si el puñetazo de la mujer le había dejado inconsciente, no quería pensar lo que podría hacerle el puño de ese tipo.

Supo que habían llegado a su destino cuando el hombre se detuvo y lo dejó caer despreocupado contra el suelo. Su cuerpo se sacudió contra la hojarasca húmeda y enlodada, haciendo retumbar sus heridas. No pudo evitar lanzar un gemido de dolor. Maldijo para sí mismo. Había cometido un error, y con ello, el factor sorpresa se había evaporado en la tormenta.

—Vaya, vaya. Mira quién se ha despertado —se burló la mujer.

Emilio entreabrió los ojos y pudo ver el dulce rostro de la mujer acercarse a su cara para observarlo mejor. Sonreía. Se sorprendió cuando su mente pasó de ser un rostro demoníaco a uno dulce sin previo aviso. Escuchó pisadas rápidas y cortas corriendo hacia él, chapoteando en el barro. A continuación, una patada se hundió en sus costillas. Gritó de dolor y se encogió sujetándose el costado. Había sido aquel pequeño hijo de puta.

—¡Para, Guille! No queremos matarlo, ¿verdad?

—¡Socorro! ¡Ayúdenme!

Gritar. Solo se le ocurrió ese plan desesperado para escapar de aquella familia enloquecida. No podía enfrentarse a los tres, tampoco salir huyendo sin ser alcanzado.

—No grite, Emilio. Aquí nadie puede oírle. Estamos solos. Nosotros solos.

El rostro de la mujer se acercó tanto que por un momento recordó cuando mordisqueaba embargado por la excitación sus labios inertes. Dócil. Dócil.

—¿Qué vais a hacerme, cabrones? —sintió su propia voz distorsionada, como si no fuese suya, ya que mover la mandíbula era terriblemente doloroso.

El pelo húmedo de la mujer se descolgaba hasta tocar las retorcidas puntas su cara.

—Por su bien le recomiendo que no nos insulte.

Creyó que lo mejor sería hacerle caso. ¿Qué estaba haciendo el hombre? Se había separado del grupo nada más soltarlo como si fuese un cuerpo inservible. Giró la cabeza y trató de averiguar qué era. La lluvia caía sobre sus ojos entorpeciendo la visión. La mujer giró la cabeza con él acompañándolo en el recorrido.

—¿Quiere ver qué está haciendo mi marido?

La mujer enfocó su linterna hacia el hombre. Incomprensiblemente, otra linterna reposaba sobre el suelo alumbrando la zona de trabajo. Debían tenerla en la casa, o quizá en el maletero del coche. Se le ocurrió que podría golpear a la mujer, deshacerse del crío rápidamente y tratar de huir. Sin embargo, el hombre le intimidaba, y por lo que veía, estaba en mejores condiciones que él. Cuando lo alcanzase, podría mostrarse implacable por haber atacado a su mujer y a su hijo. Amedrentado, se limitó a ver qué hacía.

Hizo un sobreesfuerzo por enfocar la visión. Estaba apartando unas tablas y troncos del suelo disimulados con la hojarasca del monte, con una fuerza y energía desbordantes. Las hojas muertas y húmedas volaban por el aire con cada movimiento. El sonido de las maderas al chocar contra la tierra le resultó estremecedor. Volvió a escupir sangre. ¿De dónde habían salido esas tablas?

—¿Qué... qué es eso? —balbució.

—Oh, no se preocupe. Eso solo es la tapadera. Lo verdaderamente interesante está en su interior. Mi marido es un manitas con la madera, ¿lo sabía?

—Me gusta su cuchillo, mamá. ¿Puedo quedármelo?

El crío se acercó a su cara y paseó la hoja del cuchillo por su mejilla. Aquel pequeño hijo de perra se lo debió haber quitado mientras estaba inconsciente.

—Apártate de él, cariño. Claro que puedes quedártelo. A usted no le importa, ¿no es así?

La mujer acarició el mentón del niño con sus dedos. Con ese gesto amoroso tuvo por un instante la sensación de que la mujer podría albergar una mínima cordura que se apiadase de él, un punto de luz en su contaminado corazón. A continuación, agarró su cuello como una tenaza y repitió la pregunta alzando la voz:

—¿No es así?

—Sí, sí... puedes quedártelo —afirmó con la voz entrecortada debido a la presión que ejercía la mujer.

La mano liberó la presa. La risita triunfal del crío acrecentó su ira. Podía cogerle cualquier cosa, cualquier cosa menos el cuchillo. De pronto, la ira se convirtió en temor cuando vio que la mujer se acercaba a su oído con una sonrisa torcida.

—Dígame, Emilio —susurró—, entre usted y yo: ¿la cámara del cuarto de baño oculta en el espejo está operativa? —La mujer paseó la lengua por sus labios, originando un sonido obscuro que consiguió excitar a Emilio, a pesar del desconcierto que había sufrido al descubrir que sabía de su existencia. Optó por asentir con la cabeza, un gesto que agudizó el dolor en su mandíbula. La mujer retrocedió un poco y lo miró fijamente, exhibiendo una sonrisa maliciosa.

—Es usted muy travieso, Emilio, pero que muy travieso. —Aprovechó que el chiquillo se había ido a enseñar su nuevo juguete a su padre para seguir indagando—. ¿Hay más?

—Sí...

—¿Cuántas?

Dudó antes de contestar, ya que no sabía si era bueno o malo hacerlo.

—Por toda la casa.

Emilio se vio obligado a escupir sangre. Creyó tener un diente partido, o dos, que no cesaban de sangrar. La mujer, de pronto, se sentó a horcajadas sobre su cintura con un ágil movimiento. La lluvia no cesaba, y un repentino relámpago le permitió a Emilio ver cómo la camiseta de tirantes escotada se

adhería a los pechos de la mujer marcando su inmensidad, una espléndida visión que apenas duró dos segundos. La mujer apoyó las manos en su pecho. Emilio sintió su calidez incluso a través de la camisa.

—¿Tiene un sistema de vigilancia en su casa?

Emilio descubrió que sus manos se posaban sobre los muslos de la mujer, como si estuviesen provistas de consciencia propia. Ella lo permitió. Aquella perra estaba a punto de sacarle toda la información, porque sabía que si no se la daba, el dolor sería inolvidable.

—Sí.

Un destello en las nubes desveló cómo los ojos de la mujer se abrían sorprendidos cuando comprendió que había sido vigilada en todo momento, fornicando con su marido en la cama, el encuentro esporádico con Germán. La oscuridad llegó de nuevo, pero Emilio supo que tras su expresión de asombro también existía excitación, una excitación como no había visto nunca en una mujer. Apretó sus muslos con suavidad, fue un acto reflejo. Su piel húmeda por la lluvia era suave, tersa. La mujer no se resistió.

—¿Dónde vive?

Emilio negó con la cabeza, dubitativo. La mujer solo escuchó un silencio prolongado.

—Queda poco tiempo para que mi marido termine de destapar la sorpresa que tenemos preparada para usted. Si cuando acabe de apartar las maderas no me lo ha dicho, me verá obligada a desvelarle su pequeño secreto, y entonces será mucho peor. Puedo asegurárselo.

De nuevo la intimidación actuó en su contra. Por el momento, lo mejor era contestar a todas las preguntas sin oponer resistencia. Luego ya vería cómo solucionar el problema. Así pues, le indicó cómo llegar hasta su casa.

—Buen chico, Emilio. ¿Dónde tiene el sistema de vigilancia?

—En la planta de arriba, a la izquierda.

Cosas que hacer: instalar un sistema de defensa letal en la casa.

—¿Las llaves?

—En... —tragó con dificultad— en mi bolsillo.

La mujer se bajó de su cintura y tanteó su cuerpo hasta dar con los bolsillos. Cuando introdujo la mano por uno de ellos se sorprendió divertida cuando palpó el miembro endurecido de Emilio. Disimuladamente, paseó su mano por encima, rebuscando en el interior. Emilio gimió. Cuando sacó la mano, tenía en su poder un manojito de llaves, las llaves del coche y dos llaves

sueeltas. Sintió cómo la mujer gateaba por el barro hasta acercarse a su oído.

—Podía haber sido digno de recordar.

Su voz sonó terrorífica entre el estrépito de la lluvia. De pronto, la mujer se levantó con urgencia, como si la hubiesen sorprendido haciendo una travesura. Emilio desvió su mirada hacia la luz de las linternas. El hombre había acabado de apartar las maderas y caminaba hacia él decidido, con pasos amplios y firmes. Sintió cómo su estómago se comprimía de terror. El mocoso iba correteando alrededor de su padre riendo y tarareando una canción infantil, como si estuviese impaciente por ver lo que venía a continuación. El haz de luz de la linterna recorrió la tierra hasta llegar a sus ojos y lo deslumbró, cegándole la visión.

* * *

Entre el hombre y la mujer lo levantaron del suelo y el hombre lo cargó sobre su hombro sin mucho esfuerzo. El recorrido hasta el lugar donde el hombre estaba apartando las tablas fue corto, y durante ese reducido espacio de tiempo su mente se perdió entre la oscuridad que los rodeaba. La tormenta parecía amainar, o quizá solo era una falsa sensación.

Al llegar, el hombre lo dejó caer de nuevo contra el suelo. Una roca se clavó en su columna vertebral arrancándole un alarido de dolor. Las linternas alumbraban hacia un punto en concreto. Cuando abrió los ojos y vio que se trataba de una fosa dejó escapar un gemido de horror. Trató de gatear y huir de allí. Sus manos se sumergían en los charcos cremosos a causa del lodo. El hombre lo cogió de la nuca con una sola mano, que le pareció inmensa, y lo arrastró hasta la oquedad. Consumido por el terror, se vio obligado a contemplarla. Era un rectángulo perfecto, de unos dos metros de largo por uno de ancho. La lluvia arrastraba la tierra acumulada en los flancos hacia el interior, una espectral catarata oscura y fangosa que crepitaba como el agua de un arroyo. Dos cuerdas salían del interior atravesando la cavidad de lado a lado, como si las hubiesen dejado caer desde el cielo.

El hombre farfulló unas palabras y forzó su cuello para que viese lo que había en su interior. La risita del mocoso la escuchó desde algún lugar, le pareció endiablada, retorcida. Aunque trató de resistirse, sus fuerzas se habían extinguido. Ahora (y desde hacía ya mucho tiempo) era un vulgar muñeco de trapo fácil de manejar.

Se asomó al precipicio jadeando, y cuando vio lo que se hallaba en su interior, en parte no le sorprendió. Lo sabía de antemano como podría haberlo

sabido cualquier persona en sus circunstancias. ¿Qué otra cosa podría haber si no? El ataúd de madera asomaba desde la oscuridad del interior sin la tapa, como una garganta opaca esperando para devorar su carne. Cuando las linternas lo enfocaron, descubrió que era una buena obra, él sabía de maderas, parecía consistente, bien encajada. Gritó de terror, un alarido atroz que se perdió en la oscuridad del monte. Conocía muy bien el terreno, y sabía que allí nadie podría oírlo. Absolutamente nadie. Por su mente cruzó un pensamiento ahora irrelevante. ¿Cuándo lo habían construido? La respuesta era obvia. Debió de ser el hombre, cuando cada mañana salía temprano a pasear por los alrededores. A esto se dedicaba el cabrón, a cavar su tumba y a construir su ataúd. Incluso los últimos días debió permitir que el crío le echase una mano. Instruyéndolo, revelándole las directrices correctas a seguir para trabajar la madera.

La poderosa mano tiró de él hacia atrás y lo tumbó de espaldas al suelo. Se sumergió en un charco y chapoteó con sus brazos tratando de levantarse. Tosió. Era inútil, sus músculos temblaban sobrecargados, también de frío. Un frío glacial que recorría su cuerpo, que tensaba su piel, aunque sabía que el verdadero culpable del incontrolable temblor era el terror que se ahondaba en su ser cada vez más profundo, una espiral sin fin hacia el horror más absoluto.

—¡Nooo!

Su súplica fue engullida por un golpe de viento, convirtiendo gradualmente su grito en un acorde distorsionado hasta desintegrarse por completo. El hombre y la mujer sujetaron las cuerdas, cada uno desde un extremo, y tiraron de ellas para sacar el ataúd de la tumba. El crujir de las maderas rozando contra la pared de tierra le produjo un fuerte escalofrío. Cuando quedó suspendido sobre la superficie, las desplazaron hacia un lado y dejaron caer el ataúd contra el barro de un golpe seco.

—¿Qué le parece, Emilio? ¿Se lo esperaba? —preguntó la mujer irónicamente.

—Dejadme... marchar... por favor.

Los temblores y su mandíbula castigada apenas le permitían articular las palabras. Sin embargo, sabía que de nada servirían. Se parecían mucho a él, más de lo que hubiera deseado, y él se mostraría implacable, despiadado.

El hombre, mostrando rudeza, lo arrastró hasta la caja de madera. Trató de meterlo dentro, pero Emilio opuso resistencia. Jadeó, golpeó inofensivamente con sus puños, se revolvió para librarse de las manos del hombre. Finalmente,

el puño de la mujer golpeó con fuerza sobre su pómulo izquierdo. El dolor punzante lo dejó aturdido. Sintió cómo el hombre lo alzaba en brazos y lo dejaba con desprecio en el interior del ataúd. Creyó sentir una mano introduciendo algo en su bolsillo, pero no estaba seguro. Su cabeza veía destellos en la oscuridad, su mente vagaba por otros mundos. Trató de lanzar una última súplica, rogar clemencia, pero su voz no brotó de sus labios. Sus ojos se cerraban, la inconsciencia estaba al otro lado esperándole, con la nada abriéndole los brazos.

Dejó caer su cabeza contra la madera, ya no podía soportar por más tiempo su peso. Se había convertido en una masa de carne dolorosa, un lastre soldado a sus hombros. Mientras el hombre apoyaba su mano sobre su pecho ejerciendo presión para que no se alzara (aunque hubiese querido, ya no hubiese podido) la mujer buscó entre unos matorrales cercanos siguiendo las indicaciones de la mano libre del hombre.

—¡Aquí están! —exclamó victoriosa.

Apartó las ramas y sacó una mochila negra y una pala deteriorada por el uso.

—¡Ggnnnn! —gimió el hombre mostrando sus dientes ensangrentados.

La mujer entendió lo que quiso decir por el aspaviento que hizo con su mano. Se acercó, dejó la pala en el suelo y le tendió la mochila con cierta emoción. El hombre, vigilando de soslayo que Emilio no se levantara del ataúd, descorrió la cremallera y rebuscó en su interior. De él sacó un martillo y una caja de clavos de diez centímetros de longitud. A continuación, señaló a la mujer para que se acercara a otros matorrales a escasos metros de los anteriores. La mujer obedeció y de allí extrajo la tapa del ataúd construida magistralmente con retales de tablas.

Cuando Emilio vio cómo la tapa se desplomaba lentamente sobre el ataúd, su corazón palpó tan fuerte que hubiese sido una bendición para él que se hubiese partido en dos en aquel preciso instante. Trató de gritar invadido por el terror, pero su mandíbula entumecida lo impidió. El horror al que se vio sometido redujo su mente a la nada. Sintió cómo la oscuridad se introducía gradualmente por cada orificio de su cuerpo, invadiendo sus entrañas, germinando lóbreguez en cada órgano vital. Lo último que sus ojos vieron fue las tres caras de la familia asomados a la oscuridad de su prisión, deleitándose con el terror que lo asediaba, esbozando una sonrisa macabra en sus labios como si el demonio que debía habitar en ellos tratara de mostrarse

aunque solo fuese un instante. Luego, todo fue oscuridad.

Hizo un esfuerzo inhumano y trató de empujar la tapa con sus manos, un último aliento guiado por su instinto de supervivencia, pero la madera pesaba más de lo que hubiera imaginado, seguramente porque aquellos cabrones debían haberse sentado encima. Palpando desesperado el interior buscando una inexistente salida, escuchó unos golpes secos en la tapa. Supo que estaban sellándola con clavos, y cada golpe que castigaba sus oídos reverberaba en el espacio rectangular como el sonido de una campana dentro del mar.

Ya no habrían más oportunidades.

Emilio sintió las lágrimas caer por sus sienas. De haber imaginado ese espantoso final habría luchado, habría aprovechado las ocasiones que se le habían brindado.

Ahora era tarde. Demasiado tarde.

Los golpes cesaron.

El trabajo estaba hecho.

Notó cómo el ataúd se elevaba en el aire, se desplazaba y quedaba suspendido durante unos segundos. Luego descendió. Escuchó las tirantes cuerdas rozar contra la madera.

Un viaje al interior de la tierra, directo al infierno.

Dejó de llorar y rio como un perturbado, comenzando a asimilar su destino.

Se preguntó qué profundidad alcanzaría la fosa.

También se preguntó cuánto tiempo le quedaba de vida.

Una hora, sesenta minutos como mucho.

El descenso llegó a su fin. El ataúd retumbó cuando chocó contra el fondo de la excavación, haciendo crujir las maderas como la estructura de un puente viejo. Escuchó el sonido burbujeante del lodo bullir a través de la madera. El terrorífico sonido de la tierra al golpear contra la tapa no se hizo esperar. Una palada.

Y otra.

Y otra más.

...

Luego llegó el silencio.

30 de julio de 2016, 23:34 horas.

Cada golpe de respiración era como inhalar aire en llamas. Sus pulmones se esforzaban en recoger el poco oxígeno que quedaba en el ataúd acelerando

el ritmo de inspiración y espiración. Los espasmos de su cuerpo eran como pequeñas sacudidas eléctricas que agarrotaban sus músculos. Cuando sus ojos se volvieron a abrir, la oscuridad continuaba envolviéndola, una masa viscosa y pegajosa que podría masticarla si se lo propusiese. Por un instante, creyó que todo formaba parte de una horrible pesadilla, que al abrir sus ojos se encontraría sana y salva en la cama de su dormitorio. Seguramente bañada en un sudor frío, aterrorizada, pero con posibilidades de vivir al fin y al cabo.

Descubrir la inexorable verdad reavivó el terror, pero creyó estar preparada para dar el paso.

Cariño, te queda muy poco tiempo. Ahora es cuando tienes que ser fuerte. Recuerda mis consejos, sigue hacia la luz, en ella encontrarás la paz eterna.

«Mamá... no quiero morir.»

¿A quién pretendía engañar? Nunca se está preparado para abrazar a la muerte. Nunca. Sin embargo, sentía que ya habitaba en algún rincón del ataúd, oculta entre la oscuridad, observándola impaciente con sus ojos vacíos, deseando entrar en su cuerpo.

Nena, llega un momento en la vida en el que hay que aceptar el destino que te es impuesto. Y tu momento está a punto de llegar, es algo que no puedes evitar.

Florecita, florecita —chaseó los dientes—, a ti nunca te gustaron las nuevas experiencias, ésta será la leche, hazme caso, sé de lo que hablo.

«Tú siempre crees saber de lo que hablas.»

Porque soy tu padre.

Ignóralo, nena. Hazme caso a mí. Velo por ti, por tu bienestar, por tu futuro.

Elena forzó una sonrisa torcida. ¿Futuro? ¿Qué futuro?

«Voy a morir, mamá. Yo no tengo futuro.»

En el más allá, cariño, en el más allá...

En el más allá...

La voz de su madre se fue apagando paulatinamente en su mente hasta fundirse con la oscuridad. Se sentía mareada, exhausta. Movié ligeramente la cabeza. El pequeño chorro de lluvia enlodada cayó sobre sus labios. Abrió la boca y bebió. ¿Por qué no lo habría hecho antes así?

Trató de pensar quién le había hecho esto, qué ser despiadado camina sobre la tierra impune. Por más que se esforzó, no logró recordar. La razón era bien sencilla y lo sabía: no lo recordaba porque no lo había visto. Las maderas crepitaron suavemente. Pensó en su último recuerdo antes de

despertar allí dentro...

¿Para qué quieres saber quién te enterró, florecita? No malgastes tu tiempo en eso.

«¡Quiero saberlo, papá!»

La voz se quedó a la espera de la resolución final. Era una pérdida de tiempo, pero una excelente forma de pasar sus últimos minutos de vida. Recordó acudir a su casa de campo, a los pies de una bella ladera. La tenía en alquiler, sus magníficas vistas siempre habían ayudado a arrendarla durante el verano completo. Todos los años. Recordó que era una tarde lluviosa, que llegó caminando a la casa, que aquella familia le abrió la puerta... y ahí terminaba todo.

¿Estarían vivos? ¿Les habrían atacado algún demente, o un grupo organizado de asaltadores de moradas?

Oh, no, no. No pienses que los han enterrado a tu lado, que yacen en tres ataúdes enfilados con el tuyo. Estás sola, florecita. Si quieres mi sinceridad, creo que fueron ellos, lo intuyo, y sabes que tu padre nunca se equivoca.

Elena apartó la cara de la minúscula catarata de agua y recapacitó.

«¿Tú crees, papá? Parecían tan amables...»

¿A quiénes viste por última vez?

«A ellos, creo... creo que a ellos.»

Exacto. Te sedaron, florecita, por eso estás tan desorientada, tan confundida. Pero pronto habrá acabado todo. Muy pronto.

Las palabras de su padre la hicieron dudar. Después de unos eternos segundos, dio por buena la explicación. Mejor llevarse eso al otro lado que nada. Sin embargo...

«Pero papá, había un niño, no es posible.»

Todo se hereda, hija, todo se hereda, hasta la locura.

«Mamá, dime qué opinas, por favor.»

Silencio. Cuando su madre callaba delante de su padre, significaba que, muy a su pesar, tenía que darle la razón.

Elena cerró los ojos y una lágrima se deslizó por su mejilla. Bien, y ahora que había encontrado un culpable, ¿qué? ¿Qué iba a pasar? ¿Iba a atravesar el oscuro umbral llena de rencor, de ira? No, no, no. No si no quería ver el infierno al otro lado, ríos de lava ardiendo, cimas de miembros amputados...

Escuchó un sonido ahuecado. Estaba segura. Abrió los ojos de par en par expectante y centró toda su atención en el sistema auditivo. El sonido se

volvió a repetir. Viajaba apremiante a través de la húmeda tierra. Había sido un ladrido. Sí. Sí. Pondría la mano en el fuego, estaba casi convencida. Se volvió a repetir, pero esta vez mucho más cerca, podría jurar que justo encima de ella, a pocos metros, en la superficie. Confirmado. Eran ladridos.

Última oportunidad.

Gritó todo lo fuerte que su garganta le permitió.

—¡Socorrooo! ¡Aquí abajo!

Se preguntó si serían los mismos perros que escuchó antes de que comenzase a llover. De pronto, tuvo la sensación de que el oxígeno se hubiese regenerado. Escuchó voces de hombre, no entendía lo que decían, pero daba igual. Gritó como nunca lo había hecho.

—¡Ayúdenme! ¡Socorro!

Era imposible. ¿Sería una treta de su cabeza? Continuó gritando, ya no tenía nada que perder, excepto la vida.

Ahora, a través de la madera, oyó un sonido arrastrado, como si algo estuviese penetrando en la tierra. Era rápido. Muy rápido. Su corazón disparó las pulsaciones. Golpeó con tanta fuerza como pudo la tapa del ataúd. Estaban cavando. ¡Estaban cavando!

Después de unos agónicos minutos, en los que sus pulmones parecían haberse recuperado como por arte de magia, un sonido crujiente se clavó en la tapa del ataúd. Sus ojos se anegaron de lágrimas, sus temblores se duplicaron. Sin ser consciente de ello, rezó oraciones con celeridad, musitó cada palabra como si fuera la última.

Finalmente la tapa del ataúd se abrió produciendo un escalofriante crepitar. La luz que deslumbró sus ojos fue lo más parecido a ver el cielo al alcance de su mano. Una inmensa sensación de paz. De serenidad.

—¡Policía! Estás a salvo, tranquila, estás a salvo.

7 de agosto de 2016

Las nubes habían desaparecido sin dejar rastro en el cielo. El sol despertaba tímidamente entre las montañas que salpicaban el horizonte y los colores comenzaban a alcanzar su verdadero significado. Su incómodo destello matutino obligó a Aitor a coger sus gafas de sol que colgaban sobre el último botón abrochado de su camisa y a colocárselas con suavidad, tratando de no rozar ninguna zona magullada de su cara. Echó un vistazo al espejo retrovisor. Guillermo, agotado, dormía con su cabeza apoyada contra el cristal de la ventanilla. Ésta se movía a un lado y a otro con el vaivén del coche, golpeándose de vez en cuando. Un hilo de baba se descolgaba por la comisura de sus finos labios.

Noa, con la mirada perdida en el paisaje que discurría por la ventanilla, se dejaba arropar por el sueño que trataba de cerrarle los ojos. Sin embargo,

hacía un gran esfuerzo por mantenerlos abiertos. No quería dormir todavía. No hasta que abandonaran los límites del pueblo. Miró su reloj de pulsera, llevaban casi veinte minutos de camino, no tardarían mucho en dejarlo atrás definitivamente.

El coche tomó una curva pronunciada y su cabeza se vio obligada a separarse del cristal. Se giró con aire distraído hacia Aitor, que mantenía la vista al frente concentrado en la carretera. Observó su boca y pensó que en cuanto llegasen a Valencia debían acudir a un hospital y que le diesen puntos en los cortes. Eran profundos, los había visto con sus propios ojos. No pudo evitar que un escalofrío reptara por su espina dorsal y su expresión se contrajo por la aversión que le produjo solo con pensarlo.

Se propuso distraer su mente con cualquier cosa y apartar la imagen que se había formado en su cabeza de la aguja curvada y brillante atravesando la encía de su marido como si de un trozo de tela se tratase. Decidió hacer un recorrido mental por la casa de Emilio, a la que no les había costado llegar durante la madrugada siguiendo las indicaciones que le arrancó. Desde luego, ese hombre había sido una auténtica caja de sorpresas. Ninguna mente en su sano juicio hubiera podido imaginar el sistema de vigilancia que tenía instalado en el piso superior, y por lo visto, aquella casa no era la única a la que sometía a una estrecha vigilancia, a juzgar por los armarios de madera que habían descubierto en aquella habitación extrañamente pintada de negro. Se preguntó qué debió ocurrir allí para que dos de ellos estuviesen destruidos en el suelo y una de las ventanas estuviese destrozada permitiendo que el agua de la lluvia entrase e inundase la habitación dos centímetros por encima del suelo.

Sin embargo, ésa no era la única sorpresa que Emilio les tenía preparada. Los sonidos de una boca amordazada atravesaron la pared, y Guillermo pensó que un fantasma moraba por aquella vieja casa. Recordó (mientras fijaba la mirada en un coche que circulaba por el carril contrario) la mirada extrañada que intercambió con Aitor. Cuando vieron que la habitación contigua también estaba cerrada con llave, dedujeron que la única que les quedaba por utilizar debía abrir aquella habitación. El secreto macabro de Emilio. Cuando abrieron la puerta y vieron quién lanzaba aquellos gemidos suplicantes, su mente comprendió. Comprendió exactamente lo que debió pasar por la mente de Emilio. Y recordó la excitación que se adueñó de su cuerpo en aquel preciso instante. Saber lo que Emilio había visto, cómo había actuado en

consecuencia y sentirse deseada. Ahora, sabía que sus fantasías de sentirse observada no eran tales, sino realidad, y ser poseedora de ese conocimiento le hacía arder la piel y aumentar los latidos de su corazón. Sin embargo, no era nada comparado con la expresión de terror de Emilio cuando cerraron la tapa del ataúd sobre él. Ése semblante deformado por el pánico supo que lo llevaría grabado a fuego en su memoria hasta el resto de sus días.

Tuvo que reconocer que la visión de lo que encontraron fue impactante, como si una gran mano te abofeteara la cara. Sobre la pared que colindaba con la habitación negra había una cruz de madera hecha a mano, bien pulida, supuso que construida por el propio Emilio. En ella, crucificado (Emilio solo ató los miembros a la madera, no los atravesó con clavos, creyó que eso hablaba en su favor), estaba Germán desnudo, a excepción de unos calzoncillos de algodón blancos, que creyó ser los mismos que ella misma bajó.

Noa sonrió con malicia. Emilio debió ser devorado por los celos. Y eso le excitaba.

Aquel hombre salvó la vida gracias a que una venda tapaba sus ojos. De no ser así, habrían tenido que acabar con él. Sin embargo, allí se quedó, tratando de hablar con un trozo de cinta americana adherido a su boca. Lógicamente, Aitor no entendía nada de lo ocurrido, pero tampoco le hacía falta comprender. Se limitaron a recoger los DVD grabados y a dejar la casa tal y como la encontraron.

En definitiva, pensó, aquel verano había sido de lo más intenso, unas vacaciones que no olvidaría nunca. Puso la mano sobre el muslo de Aitor. Pensar en Emilio había despertado su apetito sexual. Con disimulo, acarició su entrepierna. Aitor no se inmutó, pero sintió cómo la tela del pantalón crecía por momentos.

—Cariño, el año que viene iremos de vacaciones a la playa. En el monte hay demasiados bichos —dijo con un tono de voz dulce.

—¡Mmognne! —respondió Aitor girando la cabeza hacia ella con rapidez.

—Está bien, cielo. Monte. No te pongas así.

Las curvas serpenteantes habían llegado a su fin, y ahora la carretera, mucho mejor asfaltada, recorría los pueblos por donde habían pasado en el camino de ida. La temperatura continuaba su ascenso gradual y Noa bajó unos centímetros la ventanilla.

Cuando pasaron una rotonda coronada por un gran olivo y enfilaron una

curva cerrada hacia el siguiente pueblo, Aitor levantó el pie del acelerador en un acto reflejo ordenado por su cerebro que se negaba a seguir adelante. Sin embargo, ya era demasiado tarde para cualquier maniobra evasiva.

A poco metros, en la siguiente rotonda, las destellantes luces azules de los coches patrulla de la Policía Nacional indicaban que había que atravesar un control. La orden era clara y precisa: localizar a los tres miembros de una familia que coincidiesen con la descripción facilitada por Elena Bayona.

FIN

NOTA DE AUTOR

Los personajes descritos, afortunadamente para la humanidad, son imaginarios. Cualquier parecido con la realidad es simple coincidencia. El pueblo de Bicorp ha sido modificado en parte para el beneficio de la historia, por lo que espero que sus habitantes sepan perdonarme por mi atrevimiento.

Si deseas seguir mis nuevas novelas puedes hacerlo a través de @DiegoGAndreu

